

LA CULPA

UNA NOVELA DE
MARÍA SOLAR



CONTRALUZ

MARÍA SOLAR

La culpa

Traducido del gallego por Susana G. Ducrós



*Para Jaime.
Tus ojos están en este libro.*

*Me debías mucho.
O debería decir, me lo debías todo.
Pero nunca me devolviste nada,
solo la caridad, como a quien mendiga.*

La herencia

La vieja puta maloliente

A las siete de la mañana el despertador se empeñó en destruir la perfección del sueño. La chillona sintonía arrancó a Manel del lado de Amanda y en su hueco de la cama dejó a Enric, el vecino del tercer piso. Hacía año y medio que Manel no estaba en su vida, esa era la terca realidad; como mucho, aparecía, igual que hoy, involuntariamente en algún sueño. Año y medio de duelo y, aun así, soñándolo cualquier noche traidora. El duelo por los vivos siempre es más duro que por los muertos. Será porque sabes que los muertos no dan la esperanza de volver. Aunque, siendo realistas, este vivo tampoco la daba.

La habitación estaba escasamente iluminada por la mortecina claridad de las farolas de la calle que se colaba por una rendija en el lateral de la persiana. En tiempos había sido luz blanca, pero hacía unos años que el concejal de turno había decidido cambiar las farolas de los barrios. Ahora el centro urbano brillaba blanco y los arrabales estaban teñidos por aquella luz extrañamente anaranjada, pero de menor consumo, que confería a los paseantes del barrio obrero una singular ictericia forzada. Amanda estiró la pierna para comprobar que Enric permanecía a su lado. No sabía por qué le había dejado quedarse a dormir. Ella marcaba siempre esa línea, los acompañantes transitorios no se quedaban. Y solo quería acompañantes transitorios. Pero ya que estaba, y que su sueño había resistido al despertador como el mejor de los muertos, le pareció que no debía echarlo tan temprano. Lo dejó allí y se fue tan tranquila a trabajar.

A las ocho y media, en invierno, y con tres grados de temperatura, el banco estaba a punto de abrir. El personal dedicaba aquella media hora de paz a la pesada y tediosa burocracia diaria. No esperaban grandes multitudes a primera hora con aquel frío y se agradecía para avanzar por la habitual montaña anodina de papeles.

A las ocho y treinta y uno, la puerta de doble hoja automática se abrió y en el umbral aparecieron tres figuras. Una mujer mayor con dificultades para andar, apoyada en dos bastones y flanqueada a ambos lados por dos jóvenes de unos treinta y pico años, algo bruscas en sus modales. Nada más verlas, la oficina entró en tensión y todos iniciaron la maniobra del avestruz, consistente en bajar la cabeza cuanto era posible sobre los papeles en un claro mensaje de «yo estoy ocupadísimo, diríjase usted a otra mesa».

Antes de que las tres mujeres saliesen del radio de reconocimiento de la puerta y esta se cerrase, un golpe de viento del exterior aproximó a las narices de la primera línea de empleados bancarios el fétido olor que aquella anciana emanaba. Un olor tan rancio, viejo y fuerte que a Amanda le trajo inmediatamente a la mente el recuerdo de la planta de tratamiento de residuos que había visitado hacía ya varios años. Allí descubrió una nueva dimensión del hedor, tan intenso que olía a ácido y se adhería a la ropa y a las vellosidades nasales de manera que permanecía allí durante horas, sin que nada pudiera hacerlo desaparecer. Nunca había visto a empleados que se ganaran tan bien su salario; de hecho, pensó que no había salario que pagase vivir entre aquel hedor pegajoso e indeleble. Y lo mismo pensaba sobre cómo se ganaban su herencia las dos sobrinas de la vieja señora Gondar, como gustaba ser llamada la pobre mujer.

Su visita semestral, aunque esperada, no resultaba menos desagradable. Cada seis meses, como un clavo, la señora Gondar hacía su entrada en la sucursal para poner al día los intereses de las cuentas a plazo fijo y, cuando tocaba, para regatear y discutir hasta el hartazgo las nuevas condiciones de renovación. Siempre acompañada por sus dos sobrinas, familia lejana pero interesada. Siempre con el mismo hedor nauseabundo que desprendía su cuerpo a orines y fluidos viejos fermentados. Era evidente, y ella lo sabía perfectamente, que no era preciso desplazarse a la oficina cada vez que vencían los depósitos a plazo. Así se lo habían explicado amablemente en mil ocasiones. Se renovaban automáticamente y los réditos se ingresaban escrupulosamente en la cuenta. Pero ella iba, incluso ahora que los intereses estaban por los suelos. Y cuando llegaba el momento negociaba décimas y centésimas como una leona con algún abrumado y lloroso empleado con la pituitaria colapsada que cedía en todo lo que podía, y más le daría si tuviese atribuciones con tal de deshacerse de su presencia.

Con el andar arrastrado de aquel cuerpo abandonado que pesaba demasiado, la mujer avanzó estudiando a los trabajadores hasta elegir a uno que ya conocía. Ellos, igual que las sobrinas, soportaban esa situación por dinero. Aquella mujer vestida como una indigente, con faldas y jerséis superpuestos hasta hacer difícil calcular los límites de su generosa gordura, había acumulado una auténtica fortuna, según la leyenda que circulaba, siendo puta.

—Cambiáis mucho de personal aquí. No me gusta nada —dijo a modo de saludo mientras se sentaba aparatosamente—. Un banco debe inspirar confianza y a mí no me inspira ninguna confianza que no dejéis de cambiar a la gente. ¿Qué hacéis con ellos? ¿Por qué los cambiáis tanto? ¿Es que saben demasiado?

Ignacio se reconoció como el elegido. Agobiado, se aflojó inconscientemente la corbata al mismo tiempo que percibía con nitidez toda la intensidad de aquel olor inmundito y los ojos se le llenaban de lágrimas debidas al esfuerzo de aguantar las arcadas.

—Muy buenos días, señora Gondar. Ya han pasado seis meses... Siéntense, por favor —se dirigió a las sobrinas—. Ahora mismo les acerco otra silla.

La cogió de la mesa de al lado, donde Amanda asistía a la escena como espectadora.

—Me llevo esta silla un momento, Amanda.

Cuando giró cargado con ella tenía detrás a la vieja, que se había puesto en pie con extraña agilidad, sin utilizar los bastones. Se la encontró parada frente a la mesa de Amanda.

—¿Eres nueva?

—Sí —contestó Amanda—, pero ya estaba la última vez que usted vino.

La vieja la observaba sorprendida, manteniendo la mirada. Revisándola sin reparos de arriba abajo como solo los años permiten escrutar a la gente. Pareció quedarse algo aturdida, pero se recuperó.

—Te pareces mucho a una mujer que conocí —sonó afectada, con voz débil, muy distinta a la dureza y hasta el desagrado con el que los trataba siempre—. Te pareces mucho. Acabas de recordarme a ella. —Se dejó caer pesadamente en la silla que Ignacio había colocado justo detrás de su trasero—. Es asombroso, ni que fueras su hija. Dicen que todos tenemos un doble, un doble perfecto —repitió casi inaudible—. Un calco natural. No lo puedo creer, eres igual que ella.

Y se sentó allí mismo para que Amanda la atendiese.

La llamada

Ella no había pedido nada, no podía ni sospecharlo. Estaba impresionada. Ni siquiera acertaba a decir que contenta. No era esa la sensación. Era de estupefacción y de asombro. La señora Gondar, la puta rica que vivía en la miseria, le había dejado todo. Todo. Heredera universal. Aún no sabía la magnitud que podía suponer, pero solo en su banco, en imposiciones a plazo fijo, había veinticinco millones de euros. Amanda, con sus veintiocho años, sumaba en su cuenta corriente unos escasos diez mil euros y ya era una cierta fortuna para una joven de su edad. ¿Cómo podía una puta haber reunido tanto dinero? ¿Y cómo podía alguien con tanto dinero vivir en la miseria? No era capaz de atar los cabos. En el fondo, nada de aquello le parecía real.

Por la mañana había recibido la llamada de Alberto Seoane, uno de los trabajadores de la notaría de Hixinio Ruiz, con la que el banco trabajaba habitualmente, para advertirla *off the record*. No era un hombre amable, ni hablador, ni por supuesto era amigo suyo, así que fue una conversación extraña: «Mira, Amanda, yo esta llamada nunca la he hecho, pero que sepas que la vieja Gondar ha muerto, y vino hace dos semanas por aquí a cambiar sus últimas voluntades para hacerte heredera universal».

No sabía por qué la había avisado, podría no hacerlo y nadie la iba a informar nunca, pero aquel hombre con el que no tenía confianza la llamó. Tal vez porque era el golpe de suerte que todos deseábamos tener en la vida.

Amanda colgó el teléfono desconcertada y se quedó mirando la agenda que tenía ante sí repleta de apuntes bancarios. Vio a Ignacio, en la mesa de al lado, hablando con cara de estreñimiento con una mujer que parecía culparle personalmente de los problemas económicos mundiales y, por supuesto, de todos los suyos personales. Vio a Inma, la apoderada, con su gran escote, atracción de la oficina, y que se ocupaba de mantener bien bajo con continuos tirones de camisa que ya se habían convertido hacía décadas en un tic nervioso. Vio la cola de clientes serios, como todos los días, caras largas que parecían a la espera del proctólogo y que comenzaban a mirarla impacientes porque estaba libre y no daba vez. Llamó al siguiente, la herencia quedó para después, y después no se lo contó a nadie.

A mediodía salió a comer con Ignacio sujetando el paraguas en medio de un vendaval de agua que se colaba por debajo y que los empapó. Aquel día se notó poco habladora.

—Hoy no dices nada. Es raro en ti —advirtió su compañero, que siguió zampándose el menú del día de un bar cercano.

No era un hombre feo, aunque aquel insulso traje seguramente le quitaba atractivo. Un traje o es bueno o es un desastre. Si el tejido es de poliéster, si el color es demasiado fuerte, si le han salido brillos de plancharlo o ha perdido la raya, si se han marcado las rodilleras, si la tela no es buena, si el corte no está a la última, si lo abotonas mal o si simplemente no sabes llevarlo, entonces el traje se convierte en el atavío de carnaval que llevaba puesto Ignacio por varias de esas razones juntas. Y, además, porque había cogido aquella costumbre tan fea de aflojarse la

corbata como agobiado. Eso parecía, un hombre agobiado con un traje barato. La suya era una vida estándar envidiable. Tenía un piso con una beneficiosa hipoteca de empleado, mujer funcionaria y dos hijos con actividades extraescolares por las tardes estudiadamente colocadas para conciliar horarios. Lucía unas marcadas y oscuras ojeras que cada cliente coñazo pintaba un poquito más con su dedo índice manchado en carboncillo restregándoselo por la cara, pero era capaz de sonreír en la comida, no hablar de temas del banco y ser una persona extremadamente preocupada por todos sus clientes. Los coñazos que le marcaban las ojeras incluidos.

Amanda pensó por un momento en contárselo, pero no lo hizo. Y no había una razón para no hacerlo, simplemente no le salió de dentro. Joder, era la heredera universal de la vieja puta millonaria con la que solamente había hablado una vez. ¿De qué manera se puede contar eso?

Regresaron al banco, donde estuvieron toda la tarde. Con la puerta cerrada a los clientes era cuando más se trabajaba para mover todo aquel papeleo de burocracia e informes que por la mañana no había manera de sacarse de encima. La oficina parecía un santuario, cada uno se ocupaba de lo suyo en sus puestos poco íntimos desde la última remodelación, cuando alguna lumbrera había decidido en un despacho de una carísima empresa de diseño que eliminar tabiques entre empleados daba amplitud y creaba un ambiente de transparencia. ¡Ya! Así se lo debieron de vender a los directivos que nunca habían trabajado en una sucursal. Desde que no había tabiques los clientes miraban desconfiados a los clientes de al lado y hablaban en voz baja, incomodados por la falta de intimidad. En el dinero, como en el sexo, las cosas no siempre son lo que parecen, y las apariencias engañan. Así, los empleados aprendieron a afinar el oído y a contestar también con el mismo tono discreto para que no se sintiesen agredidos en su imprescindible intimidad bancaria. Y por eso por las tardes, incluso sin clientes, cada uno tenía sus conversaciones telefónicas con los servicios jurídicos, con las empresas y particulares, con los servicios centrales o con quien fuese, en voz baja. Ya se habían acostumbrado a mantener ese volumen incluso sin los clientes. El banco murmuraba a todas horas como un templo.

Amanda marcó un número.

—¡Rocío, hola! ¿Puedes hablar?

—¡Hasta las pelotas estoy! Hoy no salgo hasta las nueve por lo menos. No hay Dios que aguante a esta gente, ¡qué incompetencia! Todo hecho a última hora. Avisan tarde, mal y a rastras. ¿Y quién las paga echando mil horas? ¡Yo, claro! La imbécil de Rocío.

—Llamo en mal momento, ya hablaremos.

—No, mujer, cuenta, cuenta.

—Es para hacerte una consulta...

—Es que me toca las pelotas la incompetencia. Podríamos salir todos a una hora decente si no fuera por estos vagos.

—No es buen momento. Ya hablaremos, de verdad...

—Que no, que no... Cuenta tranquila. Así me distraes de esta panda de iletrados.

—Quería hacerte una consulta jurídica. No es del banco. Bueno, es de una clienta, pero no para el banco. Es particular, para ella.

—Dime.

—Es una mujer a la que una persona ha nombrado como heredera universal y no son familia, pero esa persona tiene familia. Y vaya, no sé si eso... puede ser.

—¿Si puedes desheredar a la familia para dejárselo a uno de fuera?

—Sí.

—¿De qué grado de parentesco hablamos?

—De sobrinas.

—¡Ah, sí, mujer! Eso está a la orden del día. La tía soltera que lo deja todo a la beneficencia o a quien la cuida. Dile que sí —zanjó la conversación con intención de colgar y seguir con el lío del bufete.

—¿Y ella ahora qué tiene que hacer?

—A ver, nosotros estamos especializados en Derecho Mercantil, Amanda, de esto no sé mucho, pero si lo necesitas te lo consulto, tengo una colega experta en Derecho de Sucesiones. Yo entiendo que puede pedir las últimas voluntades de la fallecida como parte afectada y luego reclamar lo suyo. Le tardará unas semanas. ¡Ay, quién tuviera esa suerte, coño! Tener una herencia para retirarse, le iban a dar mucho por el culo al Derecho. Me marchaba al Caribe. A lo mejor es lo que tenemos que hacer, buscar una vieja millonaria para cuidarla —se rio— y que nos saque de trabajar. Nada de un marido rico para aguantarlo, una vieja para heredar.

Amanda no respondió a la broma. Escuchaba un tanto ida. Le costaba asimilar.

—¿Y la familia?

—La familia puede impugnar el testamento... Y patalear y cagarse en la vieja y joderse —se rio de nuevo—. ¡Venga, tía!, te dejo, que estoy a tope con un tema para mañana en los juzgados. Llámame para tomar un vino un día de estos.

—Te llamaré, Rocío. Gra... —se dio cuenta de que había colgado— ... cías —terminó la frase ya sin interlocutora.

Ella también colgó y miró alrededor a ver si alguien había escuchado. Ignacio estaba al teléfono suficientemente concentrado en lo suyo como para oír. Inma intentaba rodear con una goma un puñado demasiado gordo de folios hasta que la goma reventó y le propinó un latigazo en los dedos.

—¡Hostia!

Ella tampoco había prestado atención. Y la propia Amanda no estaba muy segura de lo que había escuchado.

Enric

Regresó tarde, como siempre. Se liaba con facilidad con los papeles de la oficina igual que con las copas cuando salía. Llegó a casa empapada de aquella lluvia rebelde que mojaba por debajo del paraguas como si no lo llevase. Había salido con la luz naranja de las farolas y regresaba con la luz naranja de las farolas. Llevaba todo el día pensando en la herencia, pero sin capacidad de reacción. Era habitual en ella. En ocasiones miraba la vida pasar como si no fuese suya, aturdida o despistada, sin centrar la atención en lo que era importante o debería serlo. Los últimos meses con Manel habían sido así. El deterioro de la relación crecía como las células informes y desnortadas de un tumor que iban consumiendo y devorándolo todo. Ella claro que se daba cuenta, pero estaba paralizada por el miedo, por la posibilidad de que se marchase, sin entender que aquella actitud apática la alejaba cada vez más de él. La mayor parte de las personas no comprenden que ante la posibilidad de la pérdida de lo que más amas puedes, simplemente, no saber reaccionar.

El amor es para los jugadores, no para quienes miran desde la barrera. Es para los que se ponen en evidencia y arriesgan un día soltando un «te necesito en mi vida». Y también para los que otro día dicen un tranquilo «pequeña, me voy, lo nuestro ya no tiene sentido». Las dos habían sido frases de Manel, la primera con la que comenzaron una vida juntos hacía ya siete años, y la última la que le puso fin. Esa había sido la frase, con un «pequeña» que ya no era de amor, era de cariño, pena e intención de reducir los daños a lo mínimo posible. Y Amanda no lloró ni chilló, no hizo ninguna escena ni suplicó, se quedó petrificada, aterrorizada y hasta le ayudó a hacer la maleta. Otra falsa señal de desinterés. Se lo puso fácil, e incluso entendió que decidiera marcharse a vivir otra vida. Porque, aunque él no se lo dijo ni ella se lo preguntó, seguramente había ya alguien más interesante que ella. También podía comprenderlo. Toda su explicación había sido razonable, solo que Amanda lo amaba como siempre.

Subió chorreando con el paraguas las viejas escaleras rehabilitadas del edificio que tanto atraían la atención de las visitas y, sin saber muy bien por qué, llamó a la puerta del 3.º C.

Enric abrió tan rápido que incluso parecía que estaba esperando tras la puerta.

—Hola, Enric. ¿Te apetece un vino?

Llevaba una camiseta básica blanca de manga corta y unos vaqueros de un azul intenso. No le hacía falta más, era realmente una hermosura de hombre.

—Claro, linda. ¿Cuándo quieres que suba?

—¿En media hora?

—Perfecto. —Le guiñó un ojo y cerró la puerta.

Objetivamente Amanda no tenía una razón para no disfrutar de Enric y olvidar a Manel. Era, sin lugar a duda, mucho más guapo y atractivo que él. A cualquiera de sus amigas se le pondrían los ojos como platos y harían un sinfín de comentarios obscenos si lo conociesen, sin embargo el amor no es objetivo ni razonable y el sufrimiento tampoco. Enric no pasaba de ser una agradable compañía para follar sin compromiso, pero no sentía amor. Seguro que aquello tenía alguna

compleja explicación bioquímica.

Preparó una merienda-cena improvisada con una tabla de quesos y embutidos con pan de molde, que era el único que tenía. Se había olvidado de pasar por la panadería. Había también una cerveza y un refresco. Se puso cómoda en el sofá pero sin quitarse los tacones, que eran su baza de seducción, y al rato llamó Enric. No miró el reloj, aunque estaba segura de que era puntual. Se saludaron con un beso en la mejilla y él aprovechó para abrazarla contra su cuerpo acercándola con la mano que hábilmente le había puesto en la espalda. No perdía el tiempo, y a Amanda aquel saludo le entrecortó un poco la respiración.

Se habían liado por primera vez hacía un par de meses y desde aquel día se veían una o dos veces a la semana. Quien dice verse dice que tenían encuentros sexuales, pero nunca habían quedado fuera de casa, nunca salían a cenar a un restaurante, nunca habían tomado una copa en un pub, jamás se habían presentado a amigos, todo se enclaustraba en aquellas cuatro paredes o en las del 3.º C. Era un *affaire* vecinal con limitaciones geográficas y emocionales.

Sería bonito tener una hermosa historia que contar sobre cómo se conocieron, la lástima era que no la había. No habían tropezado en la calle y él le había ayudado a recoger los papeles caídos surgiendo el flechazo; no había ido al banco casualmente y se habían reconocido como vecinos; no habían coincidido en un viaje exótico. Simplemente se encontraron tres veces en el ascensor y a la tercera él la invitó a tomar un vino a su casa. Y ella fue porque no tenía nada mejor que hacer ni nada que perder. Era guapo, parecía inofensivo y, sobre todo, necesitaba conocer hombres ahora que su universo alrededor de Manel había desaparecido. Un comienzo práctico y poco romántico.

Aquel día de la primera visita no la había saludado así, hasta quedar pegados cadera con cadera, pero casi. La acercó con la mano colocada en el centro de su espalda hasta prácticamente rozarse y a Amanda, ya entonces, se le había entrecortado la respiración. Lo escuchó fascinada contar historias en las que había trabajado como periodista *freelance* para periódicos, revistas, radio y televisión, y terminaron en la cama esa misma noche, pero ella no se quedó a dormir. Puede que eso hubiera marcado desde el inicio los límites emocionales que llevaban a aquellos otros límites geográficos de los que nunca habían salido.

Decidió contarle el asunto de la herencia. La verdad es que ya tenía ganas de soltarlo y observar cómo podía reaccionar un ser humano normal ante aquella bomba. Alguien que lo viviese de forma ajena y que no se quedase aturdido como ella. Su única duda era si hacerlo antes o después de la cama. Lo hizo antes. Lo soltó de pronto con unas escuetas pero acertadas explicaciones sobre las circunstancias de la vieja, y la noticia impactó en él como por la mañana había impactado en ella. Se reconoció en aquella mirada extrañada, fascinada y seria por igual que dudaba de la verosimilitud del asunto. Solo que él, sería por su profesión, la bombardeó con mil hábiles preguntas, algunas de las cuales ella, en todo el día, aún no se había planteado.

—¿Estás de broma?

—No, ya me gustaría. ¡Bueno, no! No es que no me guste la noticia, es que me parece imposible; de hecho, no sé si es posible.

Enric seguía asombrado, con cara de incredulidad.

—Pero ¿dices que no la conocías?

—No. Bueno, sí. Hombre, la conocía, la atendí en el banco, pero una única vez. Fue hace un mes y medio, no más. No se veía mal de salud... Quitando el olor a podrido.

—¿Y no la volviste a ver?

—No.

—¿Tú estás segura de que te ha dejado todo?

—Sí, supongo que sí. El tipo que me llamó de la notaría es un hombre serio, prudente, no iba a decirme una cosa por otra. Lo que no sé es si el tema puede tener algún problema. Supongo que ahora tengo que hacer mil trámites e informarme bien.

—¿La ley permite desheredar a las sobrinas?

—Ah, sí. Eso lo comprobé. Hablé esta mañana nada más saberlo con una amiga abogada, pero no le dije que la consulta era para mí. Prefiero confirmar todo bien primero y que no sepa mucha gente del asunto. No lo cuentes, por favor.

—Claro, mujer, descuida. Tienes que saber más datos y si hay más familia. Vaya, ¿y la atendiste solamente una vez? Pero ¿por qué te lo dejaría todo a ti?

—No lo sé. Yo estoy igual de sorprendida. Llevo todo el día como en una nube, no lo asimilo.

—Amanda se sintió incómoda con el interrogatorio y se puso de pie, fue a la cocina y trajo dos copas y una botella de vino.

Enric seguía el bombardeo desde la sala.

—¿Estaría loca? A ver si la vieja no regía bien... Como sea eso estás jodida, porque las avaras de las sobrinas van a revolverlo todo hasta demostrar que estaba incapacitada y que el testamento no es válido. Va a ser eso.

Amanda reapareció descalza y con la botella. Una de las que habían quedado allí de Manel. Y así entró el ex en escena.

Se preguntó qué pensaría él si supiese que iba a heredar una fortuna. Siempre le había importado el dinero; de hecho, cuando se marchó después de siete años de convivencia arrasó con todo lo que pudo, incluso se llevó la tele y los apliques del baño. Menos mal que las cuentas del banco no estaban a medias. Aunque, para ser justos, hay que decir que había sido ella quien lo había animado a que cogiera todo lo que le diese la gana, y así lo hizo sin miramientos. Amanda tenía otra educación, seguramente trasnochada y anticuada: si le hubieran dicho lo mismo, nunca habría hecho lo que él hizo y hubiera repartido todo por igual entre los dos, prescindiendo voluntariamente de aquello que sospechase que a él le gustaría tener. Pero Manel no. Manel hizo lo que ella le dijo, coger todo lo que quiso. Así de decepcionante y, al mismo tiempo, así de comprensible.

Colocó las copas en el mantelito de la mesa de la sala y sirvió vino para los dos.

—Gracias. —Enric aceptó la copa con una de sus maravillosas sonrisas.

—No estaba loca, ni demente, ni incapacitada. Tenías que ver qué manera de hacer las cuentas del dinero. Eso te lo dice cualquiera del banco, era un prodigio haciendo operaciones de memoria, no se le escapaba nada, estaba perfectamente.

—Ya, pero tú dices que vivía en la miseria, en la inmundicia, sin lavarse... Eso un magistrado puede interpretarlo como que no estaba en su sano juicio.

—Era una avara, pero te aseguro que hablaba y razonaba perfectamente. Estaba siempre refunfuñando y quejándose, pero era una especie de pose con el banco, o vital, no lo sé. A las sobrinas también les hablaba así. Aguantaban el hedor y los insultos. Era brusca, con mucha

retranca y un punto de humor inteligente. Y, desde luego, hablaba con un vocabulario amplísimo, como todos los argentinos; no le faltaba labia.

—Ah, ¿entonces era argentina? —se extrañó él.

—No. Era de aquí, pero debió de estar emigrada décadas, el acento era un poco de allá. Llevaba tiempo retornada. Y tenía buena memoria; de hecho, vino a mi mesa porque le recordé a alguien. A una amiga, dijo.

—¿Otra puta?

—Vete tú a saber... A ver, yo tampoco tengo la certeza de que ella fuese puta. Son habladurías de la gente.

—Pues ahí tienes razón, no puede haber otra. Le recordaste a alguien y la vieja fastidió a las zorras de las sobrinas y sabe Dios a cuántos otros familiares más dejándoselo todo a una extraña. Como si se lo hubiera dejado a las monjas o a la beneficencia. —Enric se echó a reír—. Esperemos que no tenga un hijo en la Argentina. Qué cabrona la vieja, los jodió bien jodidos a todos. Me parece una jugada magistral. Si no estaba loca, entonces lo que pretendía era dejarlos con un palmo de narices. Y bien que lo hizo. Seguro que estaba al tanto de todo el interés que tenían las sobrinas en conseguir la herencia. Y el dinero era suyo, ¡qué coño! ¡Hizo bien! Me apuesto algo a que le encantaría verles la cara cuando lo sepan. —De pronto Enric dejó de reírse y en un movimiento inesperado y todavía sonriendo se acercó a Amanda en el sofá—. ¿Sabes lo que pienso? Creo que nunca he follado con una millonaria.

—Eso tiene remedio.

Heredera universal

A las ocho y media de la mañana, cuando se abrió la puerta de la oficina, Amanda la contempló ansiosa esperando que por ella entrasen las dos sobrinas de la vieja hechas unos basiliscos, pero no aparecieron. Eso la relajó y se sumergió en la monotonía diaria. Montones de papeles ideales para no pensar demasiado, aunque en su cabeza no dejaba de crearse la imagen de la vieja puta, las sobrinas, el notario, y hasta se imaginó un grupúsculo de parientes en distinto grado, furiosos y entrando en tropel en el banco por aquellas puertas automáticas. Una imagen tormentosa incluso a pesar de ser ficticia.

Hasta el momento Enric seguía siendo el único que lo sabía y se lo tomó como si fuese un asunto propio. Desde el primer instante decidió ayudarla a obtener información sobre herencias y sobre la vieja. En realidad Amanda no tenía ni idea de cómo reaccionarían algunas personas al recibir la noticia; como por ejemplo sus compañeros o sus superiores del banco.

Por más que movía papeles, los nervios la devoraban y no pudo frenar el impulso de marcar de nuevo el teléfono de Rocío a ver si disipaba alguna duda más.

—Rocío, hola. ¿Tienes un momento?

—Dime, dime... No lo tengo, pero dime.

—Ehhh, verás, sigo buscando información sobre lo de la herencia que te había contado.

—¿Lo de la vieja que desheredó a sus sobrinas? —se rio—. ¡Qué cabrona! Sí, cuenta.

—¿Crees que las sobrinas pueden demostrar que la mujer no estaba bien de la cabeza? ¿Que no sabía lo que hacía cuando las desheredó?

—Mujer, tú conocías a la vieja. ¿Estaba loca?

—Ella hablaba perfectamente y hacía de memoria las cuentas del banco que ni te imaginas.

—Pues entonces...

—Ya, pero hay más. Vivía en la inmundicia. ¿Sabes? No se lavaba. No te hablo de estar sucia, te hablo de miseria, de vestir ropa rota y llena de mierda. Esa mujer desprendía un hedor insoportable, pero insoportable de verdad, daba náuseas tenerla delante. Orina, sudor... ¡Buff! A saber qué mezcla era. ¡Y estaba forrada de dinero, tenía un dineral! Así que muy bien no estaba, Rocío.

—Mira, Amanda, si yo fuese una de las sobrinas, por supuesto intentaría esa vía, pero no la veo factible. Ser una cerda no es un delito. ¿El testamento fue ante notario?

—Sí, sí.

—El notario tiene el deber de comprobar la salud mental de la clienta. Normalmente les hacen preguntas concretas sobre qué día es, cuántos años tienen... Les hacen hablar para comprobar que rigen. Es muy difícil que eso prospere si se firmó ante un notario. ¿O el testamento es anterior a estar así?

—No, no. Es muy reciente. De hace un mes o poco más.

—Pues mira, Amanda, que se den por jodidas.

—Gracias, Rocío.

—Venga, de nada. Me apuntas otro vino en esa lista que nunca quedamos para tomar.

—Pronto, pronto quedaremos. Gracias otra vez.

Amanda colgó el teléfono y pensó que tenía que reaccionar de una vez por todas.

No era una broma, no era imposible, no había robado nada, no tenía por qué sentirse mal, el destino le daba ahora este regalo, así que lo que debía hacer era reclamarlo como haría cualquiera. Incluso podía regalarles algo a las sobrinas si eso la hacía sentirse mejor. Quedarse, por ejemplo, con el dinero y dejarles el piso. Una vivienda en esa calle estaba muy cotizada. Esa era también una buena opción.

Se puso de pie y fue a la mesa de Ignacio para invitarlo a un café. Había decidido que aquel hombre gris que parecía tener los colores escondidos bajo una gran capa de responsabilidad bancaria sería su próximo confidente. Pero no lo fue porque, sorprendentemente, Enric entró en la oficina y se fue con ella a tomar el café de Ignacio.

Aquel era su primer acto público. La primera vez que se veían fuera de casa y de sus respectivas camas, la primera vez que tomaban algo juntos en un bar. No se besaron, ni siquiera hubo un amago de hacerlo. Se habían dado dos castos besos de amigos, pero ninguno de los dos destinó el beso a los labios del otro, ni siquiera a la comisura. Amanda lo recibió con agrado. Tampoco hubo manos en la espalda ni cuerpos rozándose. Todo fue aséptico. Lo observó allí, en el banco, fuera de su entorno habitual, y no pudo dejar de apreciar su extraordinario atractivo. Incluso sintió cierto orgullo por haber metido en la cama tantas veces a un tipo con aquella planta.

Se dirigieron a una cafetería próxima sin agarrarse de las manos ni de la cintura, cada uno manteniéndose con naturalidad en su espacio vital como si aquellos cuerpos no se hubieran llamado tantas veces. A fin de cuentas, tenían una relación sexual no sentimental, puede que de incipiente amistad, después de follar a menudo, y más ahora que él estaba allí invitándola a un café. El término «relación sentimental» todavía les quedaba muy grande por muchos polvos que hubiesen echado.

Una vez tranquilamente sentados y solos, ya con un café delante, Enric le habló con entusiasmo de sus averiguaciones, que ella escuchaba atenta a la información y al informante.

—A ver, te cuento lo que he encontrado. Tienes que ponerte a andar, Amanda, nadie va a venir a decirte que hay una herencia esperándote. Eso pasa en las películas americanas, pero en España no. No hay deber de informar, así que tienes que reclamar tú. —Amanda lo escuchaba mientras reparaba en cómo movía las manos reafirmando cada frase, cómo echaba el cuerpo hacia delante acercándose a ella al hablar, y en aquellos hermosos ojos que la miraban fijamente todo el tiempo. Visto allí, fuera del ámbito domiciliario, todo parecía nuevo.

—¿Y no va a parecer raro?

—¿Raro por qué, mujer?

—Hombre, el oficial de la notaría me dijo que no contase que lo sabía.

—Ya, pero lo sabes. Nadie te va a preguntar quién te lo contó, pero si no lo reclamas, lo pierdes. Por Dios, Amanda, ¿qué problema hay? Tú no lo has pedido, te lo ha dejado. Es algo legítimo, cada uno hace con lo suyo lo que le da la gana y a esa mujer, por la razón que sea, le ha dado la gana de dejarte a ti lo que tenía. Pues mira, Amanda, seguramente porque no había nadie en su vida que se lo mereciese.

Aquella frase le impactó. Permaneció mirándole a los ojos. Él hablaba desde el otro lado de la

mesa inclinado hacia ella, esforzándose en llegar físicamente a su interlocutora como si no los separara un trozo de madera con patas. Amanda pensó por un instante en aquella realidad tan rotunda: la vieja no tenía a nadie mejor que ella para dejarle todos sus bienes. Toda la fortuna que había reunido en una vida que las lenguas bancarias aseguraban que había sido de puta era para una desconocida. Puta puede que evolucionada a *madame*, porque difícilmente se junta tanto dinero follando o haciendo felaciones. Fuera como fuese, el caso es que la persona más cercana a la señora Gondar era una desconocida que se parecía a alguien y con quien había hablado una única vez y de cuestiones pecuniarias. Ya había que estar sola en el mundo para elegirla a ella, pensaba Amanda. Aunque, si mañana mismo se muriera ella, ¿a quién le dejaría sus sufridos diez mil euros? Recordó a su madre y le alivió tener una clara y legítima heredera en la vida.

Aunque Enric había dado en el clavo. La vieja tenía herederas, pero no merecedoras del fruto de su trabajo. Así que, por algún impulso, había pensado que Amanda podía disfrutar de aquella fortuna que tanto ansiaban sus sobrinas.

—¡Ay, las sobrinas! ¡Cuando lo sepan las sobrinas me matan!

—No llegarán al crimen, mujer. Como mucho te pueden montar un numerito en el banco y ponerte verde en público, pero mira, si sucede, llamas al guardia de seguridad y que las ponga de patitas en la calle. Tú estás en todo tu derecho. —Le cogió las manos—. Amanda, no puedes ni dudar en aceptar esa herencia. Te la ha dado a ti. Es tuya, solo tienes que reclamarla legalmente.

Aquella muestra de cariño pública e inesperada la dejó extrañamente nerviosa. Se ruborizó por lo que ponía en evidencia. Nadie que hubiese presenciado la escena podía tener dudas de que entre ellos dos había algo más que una atención bancaria. Y esa exposición a la vista de todos le despertó de pronto un sentimiento de vergüenza. Se sintió invadida en su privacidad y de nuevo surgió el fantasma de Manel. ¿Y si los veía tan cerca algún conocido suyo? Asumía que era libre para hacer lo que quisiera, pero no sabía muy bien qué hacer con aquella libertad porque en lo único que pensaba era en que un presunto novio podía acabar con cualquier posible y remota intención de regreso de Manel. Era consciente de que era un pensamiento estúpido, pero ahí estaba, manifestándose en forma de unas mejillas rojas y de la reacción casi instantánea de retirarle las manos a Enric.

—¿No me vas a dejar cogerte las manos? ¿A estas alturas? ¿Después de todas las partes de tu cuerpo que han recorrido estas manos?

Amanda se ruborizó un poco más.

—¡Qué tontería! No es eso. Es solo por prudencia.

—¿Prudencia por qué? ¿Estás casada? —se rio.

—No. ¡Bah! Prudencia por... dar buena imagen de empleada bancaria.

—Pero, mujer, ¿a quién le preocupa hoy en día dar buena imagen? Ya ni a los políticos.

Enric sonrió con aquella mágica dentadura y ella dejó de escuchar su siguiente y seguro que ingenioso comentario, pero sí atendió al resto de la información que le facilitó sobre los trámites necesarios para aceptar la herencia.

—Reclámala, Amanda. ¿Por qué no quieres aceptar que te ha pasado algo maravilloso?

La pasión y claridad del análisis puso fin a su turbación y la llenó de una sensación de alegría que aún no había sentido. Heredar todo ese dinero era más que un golpe de suerte.

—¿Quién sería esa mujer, Enric?

—Puede que la propia herencia nos ayude a averiguarlo. Las cosas de su piso, habrá documentos, cartas... Todavía desconoces qué más hay, tal vez otras cuentas o más pisos. Caray, Amanda, es una historia apasionante. ¿Me prometes que me dejarás escribirla?

—Quién sabe. Queda todo por descubrir.

—Pues lo haremos juntos, a cambio solo te pido un reportaje. —Enric la volvió a coger de las manos en público, pero esta vez Amanda no se las retiró.

*Sabía que la culpa te haría débil.
La esperé durante años,
segura de que llegaría
y de que tendría que arrancártela.*

La culpa

I

Buenos Aires, miércoles 10 de marzo de 2004

Hoy rompí la taza en la que Amaro desayunaba desde niño. Su favorita. La utilizaba cada mañana como una especie de homenaje doméstico. Sin aspavientos. Un uso cotidiano que atrapa el tiempo en las rutinas como si nada hubiese cambiado, pero hoy se me resbaló de entre los dedos entumecidos por la artrosis en el despertar del día. La vi caer a cámara lenta. Me horroricé y mi pensamiento me gritó anticipado: «¡Se va a romper!». Se rompió. La vi estallar en mil pedazos. Y yo con ella.

Me rompí con la taza.

También lo vi, a cámara lenta, desde el día en el que tenía que sentirlo, hasta hoy que padecí la desesperación absoluta de su pérdida. Allí estaba yo también rota, doblada sobre los trozos de porcelana fina que recogí histérica como si fueran pedacitos suyos. Intentando recomponerlo con las manos torpes, viejas, incapaces de devolverle la vida. Tan estúpida, tan inútil, tan poco madre que no supe protegerlo.

Supongo que hice muchas cosas mal. O una, una gran cosa mal que atravesó toda mi vida. Siento que el principio y el final se unen y se explican, pero también es cierto que todo ha fluido con naturalidad, fruto de cada momento. Y, si no hubiese sucedido, sé que hoy sería otra mujer que ni puedo imaginar.

Por fin me acomodo en esta butaca para escribir todo. Todo lo que me dé tiempo, pero necesito dejar escrito tanto pasado que me tortura y me desgarrar seguir callando. Me abraza el silencio dentro. De algún lugar surgió este valor desconocido para contarlo por primera vez, puede que de esa taza hecha añicos como yo, como Amaro, como demasiadas personas en mi vida. O de la sensación de que nunca siento lo que tengo que sentir en su momento.

Por eso escribo, para purgarme. Escribo por culpa y por liberación. Y también escribo porque soy cómplice.

Durante muchos años, muchos, ella se esforzó en hacerme sentir culpable, instigadora y parte de todo. Era su manera de retenerme a su lado. A veces lo hacía sutilmente, con un mínimo comentario dicho de pasada, pero siempre oportuno y certero, calando la culpa en mí despacio como las olas erosionan la piedra y consiguen destruirla, lenta pero eficazmente. Otras veces vomitándome la culpa a la cara, como ácido que quema, destroza, retuerce y deja para siempre cicatriz. Lo negué y lo acepté al mismo tiempo. Nunca quise reconocer que era tan monstruo como ella. Yo no. Yo tenía las manos limpias. Yo era víctima. Mártir sufridora. Carne de mala suerte y de miseria. Yo no era monstruo. Negaba, pero también aceptaba que todo sucedía por mí. Yo era la fuerza maligna por la que pasaban las cosas. Sin mí nada de eso habría sucedido. Y así pasaron los años, ocultando la realidad hasta casi creer que nunca había ocurrido.

Pasaron tantas cosas que casi no caben en una vida, y desde luego no cabrían en la vida de cualquiera de las personas que ahora veo caminar por la acera desde este piso porteño, allá abajo,

tan diminutas y anónimas, tan prescindibles. Yo he vivido varias vidas. Poca gente, muy contada, puede decir eso, pero el tiempo no pasa en vano. Se hace sentir en la carne, en la piel, en los muslos y en los pechos, en la flacidez y en las formas que se pierden groseramente, en ese espejo donde ya casi no me reconozco y me adivino cada mañana entre las arrugas. En esta cara en la que los años descubren la mirada de mi padre.

Siento tanta distancia con todo al mirar atrás que a mí misma me sorprende, pero eso me permite ver con más claridad que nunca. Será porque ya no me queda nada que perder. Ya solo tengo recuerdos y cierto miedo. Un miedo natural y a la vez tranquilo por desaparecer. Miedo a no estar, a dormir eternamente, a imaginar cómo y cuándo lo hará. Porque si de algo estoy segura es de que lo hará. Sé que llegó la hora de pagar mi deuda.

Me reconozco culpable, pero no por sus causas. Soy culpable por otras razones alejadas de las tuyas. Las que intento dejar aquí escritas. Por eso escribo, para purgarme, para exorcizarme, para arrancarme tanto mal, tanta culpa y poder irme en paz. Será mi descanso. Este mundo ya no me necesita. Veo en sus ojos que me queda poco tiempo. Después de todo lo que pasó solamente espero. No lucho contra mi destino que ella maneja, pero debo buscar la paz antes de morir, y quiero hallarla en estos folios que no sé ni para quién escribo. Puede que para mí. O para ella. Sí, para ella. Aunque a veces creo que ya las dos conformamos un solo ser.

Siento la necesidad de contar, pero cambiamos tantas veces de piel que es difícil saber por dónde empezar. Nuestro mundo hoy nada tiene que ver con aquello que dejamos atrás. Construimos un castillo de éxito, pero tenemos los pies llenos de fango. No seremos las únicas, ha de haber muchos con los pies podridos en su ascensión, a lo mejor todos, y también son capaces de dormir tranquilos, como yo. Así lo hice durante años. No puedo decir que siempre nos persiguiese la culpa, no sería veraz. Una es capaz de vivir disculpando el pasado y adaptándose a lo nuevo, sobre todo cuando lo nuevo es mejor. Todo se puede superar y olvidar, incluso los muertos. Sobre todo los muertos que alivia que falten. No lo inventé yo, es nuestra naturaleza. Tenemos esa facultad innata e instintiva para sobreponernos. Somos capaces de vivir sin tener presente el pasado, olvidando a las personas que sobran, convenciéndonos cuando surgen los remordimientos de que sobraban. Es fácil olvidar cuando tienes razón, cuando te reafirmas en pensar «yo soy la víctima a pesar de todo, a pesar de las monstruosidades, la víctima soy yo». Y así vives, y disfrutas de lo bueno que has ganado con esa ausencia.

No quiero que estas páginas parezcan una tragedia porque mi vida no lo ha sido, tengo que decirlo. Fui muy feliz muchas veces, muchísimo, disfruté, amé, me reí, triunfé, tuve los mejores amantes y fui la mejor amante; algunos matarían por llegar a tener lo que nosotras tuvimos, por ser Mirtha Val. A nuestros pies se rindió un país entero, los hombres me deseaban y las mujeres ansiaban ser como yo. Y todo lo ganamos a pulso, las dos. Todo era nuestro por derecho, trabajo y lucha. Como cualquier hembra feroz en un mundo de hombres, como las que no guardan muertos debajo de la alfombra. Pero la culpa estaba ahí, esperándome en una taza rota, en un marido y en un hijo muertos, en una vida que tiene su final cerca, pidiéndome explicaciones tantos años después en los ojos de mi padre que cada mañana veo en mí en el espejo.

¡Qué cabrona la culpa! Me río de pensarlo. Una auténtica hija de puta.

II

Buenos Aires, jueves 11 de marzo de 2004

Domingo, lunes, jueves... Qué más da, aquí dentro todos los días son iguales, nada los diferencia. Creo que la tarea de escribir que me he autoimpuesto me sienta bien en esta rutina sin metas ni ilusiones. De hecho, es ya mi único anhelo, contarlo.

Busco por dónde empezar y encuentro telarañas en la memoria. La misma sensación de tener que entrar en una cueva oscura y sucia, que inquieta y da miedo, separando con asco las telarañas que se enredan en los brazos, abriéndome paso con desagrado. Pero todo empezó allí, a diez mil kilómetros de este piso en el que escribo, de esta ciudad y de este país que se hizo mío hace ya tantos años. Diez mil kilómetros parecen tanto, pero realmente me siento más alejada por el tiempo que por la distancia física que me separa.

Aquellos años remotos de la infancia decidieron nuestra unión para siempre. En mi casa natal de la aldea eran tiempos de palizas, moratones, botellas y silencio. Nací en plena guerra civil española y crecí en la posguerra en un barrio de un pueblo donde todos desconfiaban de todos. Todos ocultaban algo o a alguien. Ser ciego y mudo era la primera habilidad de supervivencia; no ver, no contar, no saber, no hablar. Se aprende pronto. No tiene ningún mérito. El rencor y el miedo se habían adueñado de las personas. Eso es la posguerra de cualquier guerra civil, da igual donde se produzca. La nuestra no era diferente.

Nací en casa pobre con demasiados hijos, cuatro. Yo era la mayor. El primer golpe del destino fue nacer primera y mujer. Soy consciente de lo diferente que sería mi vida simplemente si no hubiese sido la primogénita o si no hubiese nacido mujer, pero lo era. Tan pronto como pude cargar, dejé por días la escuela para acompañar a mi madre a vender productos de estraperlo por las aldeas de los alrededores. Cargadas las dos como mulas, todo lo que podíamos soportar y un poco más. Reventadas. Por lo visto, de ahí me vienen los dolores de columna que padezco desde niña. Esta columna demasiado fina y torcida que percibe los cambios de tiempo y cada vez más a menudo me tiene postrada en la cama retorcida de dolor. Ese dolor es lo único que queda en mí de aquellos días miserables.

Hasta que fui madre no me di cuenta de que yo nunca tuve madre. Nunca recibí un beso de ella. Ni yo ni mis hermanos. No era cariñosa, ni habladora, ni nada. No era. No tenía madre mucho antes de que ella muriese cuando cumplí los once años. Tampoco la extrañé. Ni un solo día. No creo que eso sea nada patológico, no se extraña lo que no se tiene.

Cuando faltó, después de una breve pero penosa dolencia que la consumió hasta dibujarle los huesos en la piel, me convertí por derecho, como la mayor que era de las hermanas, en la mujer de la casa para todo. Así me lo hizo ver mi padre. «Ahora tú eres la mujer de la casa», dijo simplemente. Y así pasé a ocuparme de todo, de la huerta, de la comida, de los hermanos, del estraperlo y de él. Pasé a ser esposa, a dormir en su cama matrimonial y a que usara mi cuerpo cuando le apetecía. Tampoco me daba besos. Ni siquiera esos días. Nunca. El primer beso que

recibí de un hombre fue pocos años después en un burdel de la capital, y tampoco había amor, claro está. La gente no cuida los besos, no les dan valor, los dilapidan, los tiran y los reparten a cualquiera, incluso a quien no les apetece darlos. Yo no. Yo solo beso a quien quiero besar y jamás saludo a un extraño besándolo. Eso siempre me diferenció de otras mujeres. Yo tendía la mano para saludar, como haría cualquier hombre, y me alejaba cuando alguno utilizaba mi mano tendida para tirar de ella y acercarse para besarme las mejillas. Muy elegantemente, no se lo permitía. Qué estúpida costumbre. Los besos tienen valor. Hay que merecerlos. Así lo siento, puede que porque los extrañé tanto tiempo o porque antes di muchos sin sentirlos y aprendí a que parecieran ciertos, a fingirlos como los orgasmos. Y también porque sé cómo son los de verdad. Yo besé besos sinceros, de amistad y de amor. Muchos, abundantes besos de amor absoluto, arrebatador, entregado, apasionado. Amor. Los demás besos, a estas alturas de la vida, ya no me interesan. Lo mismo me ocurre con las personas.

En aquellos años de infancia no había besos. Ni de niña con mi madre ni cuando fui la mujer de la casa para servir a mi padre. Muy al contrario, lo que no faltaron fueron las palizas que ella recibía y que también vinieron en el lote los días que él bebía de más. Aprendí a recibirlas en silencio para no alertar a los pequeños y que ellos no las recibiesen también. Eso lo aprendí de mi madre. Poco más puedo contar de ella.

En medio de todo eso, Marcela era un remanso de luz y de niñez en aquel mundo precozmente adulto. Me venía a ver siempre que podía y, cuando no, era yo la que me escapaba hasta su casa, muy cerca de la mía. Así que creo que antes escribí mal, rectifico: de aquellos años recuerdo palizas, moratones, botellas, silencio y sobre todo a Marcela. Realmente recuerdo mucho mejor los juegos y las risas con ella que todo lo demás.

La memoria es sabiamente selectiva. Ella, a diferencia de mí, iba a diario a la escuela, donde nos hicimos amigas tirándoles piedras a las gallinas de la maestra. Aquellos animales medio tontos que te miraban de lado, inexpresivos e incapaces de aprender nada, eran nuestras mascotas en el recreo. Nos esforzábamos por enseñarles rutinas para perros que las pobres no podían asimilar. Hasta que nos pillaron apedreándolas en castigo por su torpeza. A una le sacamos un ojo de su órbita que le quedó colgando y que las demás inmediatamente se afanaron en picotear con saña. Por la gallina ciega recibimos veinte golpes con la regla de madera en las puntas de los dedos y otros veinte correazos con el cinturón en el culo, y no volvimos a jugar con las gallinas de la maestra, pero para entonces ya éramos inseparables. De hecho, aún lo somos hoy, de una manera o de otra, para bien o para mal.

Marcela sabía tocar el bandoneón. No es un instrumento frecuente, pero era lo que había en su casa. Era originario de la Argentina, como su difunta abuela. De allá lo había traído y desde muy pequeña a la niña le había llamado la atención. Su padre, en los escasos momentos en los que no atendía la panadería familiar, le enseñaba a tocar lo poco que sabía, pero pronto la alumna descubrió un especial talento y superó al maestro. Marcela tocaba el bandoneón con destreza y yo cantaba muy bien. Su abuela había conservado también un viejo libro con letras de canciones argentinas a las que nosotras les inventábamos la música entre risas e inocencia, sin saber que eran conocidos tangos y que ya todos ellos tenían música propia.

Y qué importaba. Nos divertíamos cantando y tocando a nuestra manera. Quién nos iba a

decir cuánto partido le sacaríamos a aquella afición infantil por la música. A veces, cuando miro atrás, porque lo hago a menudo desde mucho antes de tener intención de escribirlo, pienso que todo tiene una lógica. Que es cierto que hay un hilo que conduce toda tu vida y que le da sentido hasta al más insignificante detalle, cuando un día, después de muchos años, aquello irrelevante se torna en esencial. Y en ese preciso instante te das cuenta de que ya estaba ahí hacía mucho tiempo, como el bandoneón y las canciones.

Las dos compartíamos algo más, la libertad. La libertad o, dicho de otra manera, que nadie cuidaba de nosotras. Yo tenía una montaña de deberes cada día además de la casa, los niños, la comida, la huerta... Pero salvo los días del estraperlo distribuía el tiempo como me venía en gana. Mi padre se iba a trabajar y a la taberna y faltaba hasta entrada la noche desde la mañana temprano. Y los de ella trabajaban de sol a sol en la panadería. Por eso hacíamos lo que queríamos sin que nadie nos preguntase o nos reprendiese. Jugábamos en las traviesas del tren, nos bañábamos en el río, paseábamos por el cementerio, les pegábamos a otras niñas y niños o recibíamos palizas de ellos. Y ningún adulto estaba allí para verlo.

En su casa la libertad era algo reciente. Durante años la abuela argentina había sido para Marcela madre, padre, cómplice, confidente, amiga, diversión y maestra, pero todo ese universo estable y seguro había desaparecido con su muerte. Fue la única pérdida que le he visto sentir y llorar de verdad.

Durante todos los años que crecimos juntas en la aldea, las canciones y las risas siempre nos acompañaron; otras cosas cambiaron, desde los amigos a las conversaciones, pero nosotras no. Nos reíamos mucho. Muchísimo. Por eso no sé cuándo se lo comencé a contar ni de qué manera, pero creo que fue algo natural, sin premeditación. Una queja por un día cualquiera en el que le hablé de mi casa, de mi padre, de todo. De las noches. Tendríamos unos doce años. Con aquella edad él dijo que era necesario tener precaución, porque me había hecho mujer. Me lo explicó una noche cuando descubrió que ya sangraba las bragas. Yo no sabía qué significaba esa precaución, que era toda suya; para mí poco implicaba que terminase la faena dentro o fuera de mi cuerpo. Se lo conté a Marcela, una tarde sin más, y recuerdo perfectamente sus ojos desorbitadamente abiertos mientras escuchaba espantada con gesto de asco y horror. Me miraba muy cerca, tanto que no pudo reprimir una arcada a pocos centímetros de mi cara con la que me pareció que iba a echar los hígados. Cuando se repuso y volvió a levantar la cabeza, simplemente afirmó: «Tienes que huir».

«¿Adónde?», contesté.

Esa era la cuestión. ¿Adónde?

Pasaron varios años hasta hacerlo realidad, pero desde ese día la palabra huir nunca nos abandonó. Fue creciendo, como una idea alimentada por Marcela que pronto comencé a creer posible.

Marcela también me enseñó a hornear tartas y bizcochos. Saqué los ingredientes del estraperlo y lo hice sin consultar, porque el dinero sí que había que consultarlo y tenía dueño, mi padre. Había muchas broncas por eso, por cuentas que yo no devolvía bien o porque él, turbado por la bebida, no calculaba correctamente y era imposible cuadrarlas. Por eso me arriesgué cuando preparé la primera tarta comprando los ingredientes sin decírselo. Pero, para mi sorpresa, a mi padre le encantó. Se puso feliz y contento, nos repartió a todos y él devoró el trozo más

grande y ordenó: «Quiero que cocines una de estas cada semana». Así que en mi casa a veces no había para carne, pero siempre había para una tarta semanal.

Éramos dos muchachas espabiladas. Marcela tenía una cara hermosa, mucho, con el pelo largo casi siempre recogido en trenzas que caían delicadamente por su espalda, y se vestía limpio y bonito. Yo parecía mayor que ella, siempre le llevé ventaja en el crecimiento. Era más mujer de cara y de cuerpo, aunque más o menos medíamos lo mismo. En el río, desnudas después de bañarnos en los días de verano, nos mirábamos los pies y nos reíamos de mi dedo torcido del pie derecho. Era el segundo dedo y se metía mucho debajo del tercero, como si se hubiese escondido allí. Los zapatos eran un suplicio para mí y siempre que podía me los quitaba. Marcela se burlaba y juntas nos reíamos de aquella malformación que perseguía a toda mi familia.

Yo vestía bastante peor que ella y mi ropa estaba todo lo limpia que podía lavarla entre todo mi trabajo y el tiempo de jugar. En mi casa nadie me había enseñado que la limpieza era importante, pero yo sola lo fui descubriendo en la adolescencia. Las niñas hermosas vestían limpio y bien, como Marcela, y traté de prestarle un poco más de atención a la higiene de la casa y a la nuestra. Con los años no solo llegamos a ser hermosas, fuimos las más hermosas, las mejor peinadas, las mejor vestidas y las más elegantes... Y tuve zapatos de tacones imposibles hechos a medida para mi pie deforme. ¡Qué dulce venganza!

Un miércoles todo se precipitó. Sé que era miércoles y que era el año 1950. También recuerdo que era invierno. Los miércoles y los viernes eran los días de ir al estraperlo. Mi padre me había preparado, como siempre, la cesta con los productos para la jornada y me había advertido hasta la saciedad de los precios y de hasta dónde podía rebajar cuando me regateasen. Después me instruyó sobre qué ruta seguir. Siempre la elegía él, aunque jamás en su vida había venido conmigo. Apuntaba en un cuaderno los lugares que yo iba visitando para no repetirlos demasiado pronto. Así que me mandó adonde ya tocaba ir y podían precisar productos porque había pasado un tiempo razonable. Fue algo simple, tan simple como una gripe que puede tener cualquiera, pero a mí me cogió trabajando. Lluvia, frío, fiebre, y regresé antes de tiempo y con tres cuartos de cesta por vender.

Pasé una semana larga en la cama, realmente estaba mal. Mi padre no tuvo más remedio que liberarme de los trabajos habituales y consentir que me quedara encamada, pero pronto la cama y el descanso no fueron suficientes, la temperatura me hizo desvariar y hubo que llamar al médico. El doctor vino a casa y habló de varias complicaciones, aquello ya no era una gripe ni un resfriado, habló de neumonía, anemia y cansancio exacerbado. Hasta vi a mi padre preocupado por mí. La situación lo obligó a llamar a mi tía Esther para que viniese a echar una mano en casa. Era hermana de mi padre, pero poco se parecía a él aquella mujer buena y generosa, que me daba montañas de besos.

También me vino a visitar Marcela en los días febriles, extrañada por mi ausencia. Estaba triste de verme así y culpaba a mi padre por haberme dejado ir a vender enferma y lloviendo. Estando allí entró mi tía, que saludó con un «¿Cómo está mi niña?». Era tan extremadamente dulce y yo estaba tan poco acostumbrada a aquella dulzura... Su caminar por la casa, sus pasos livianos, su tono de voz, todo era hermoso, todo era de luz. Recuerdo su mano en mi cara y un suave beso en la mejilla a cualquier hora de la mañana o de la tarde. «¿Te apetece otra taza de leche calentita que alimenta mucho? Hay que curar esa anemia que te pone tan blanca y volver a

colorear esas lindas mejillas.» Yo sonreía y Marcela también. El convite a leche que la tía me hizo y extendió a Marcela era en realidad una pregunta retórica, porque en la cocina ya esperaban las dos tazas humeantes de leche caliente que nos trajo con una cucharada de miel. Marcela recibió la taza en las manos con un «gracias, señora» que a la tía le encantó: «Qué educada eres. Y muy bonita, como mi sobrina». Y salió de la habitación mientras las dos nos quedamos sonriendo. Después nos miramos y Marcela me disparó aquel: «No sabe nada, ¿verdad?, de lo que te hace tu padre». Con la frase salí del sueño a la realidad de lo efímera que iba a ser aquella vida amable con la visita de la tía Esther. No lo sabía, claro que no. Ni se lo imaginaba, o se lo habría notado.

No lo sabía ni yo quería que lo supiese porque deseaba poder disfrutar de su presencia, aunque fuera tan de vez en cuando y siempre en situaciones extremas. Mi tía era amable, buena y daba besos. Ella representaba la evidencia de que la vida podía ser de otra manera. De haberlo sabido todo, no podía ni imaginar la reacción de mi padre, pero sí aventuraba que sería mala y violenta y que ella no volvería a entrar nunca más en mi casa. Sus cariños sanaban y yo necesitaba saber que existía. Y fue cuando el pensamiento se verbalizó en mi voz: «Ojalá fuese ella mi madre».

Aquella fue la primera vez que Marcela me lo preguntó: «¿No te gustaría que tu padre estuviese muerto?». Contesté con toda sinceridad, una respuesta precisa, clara, rápida: «Claro que sí». Me miró a los ojos, lo recuerdo como si ahora estuviese aquí, y dijo con voz firme: «Yo te ayudo. Lo matamos». Lo dijo y se quedó mirándome fijamente a los ojos, sin bajar la mirada a la taza que tenía en la mano y que seguro que le estaba quemando. Siguió mirándome firme, segura de lo que decía. Desde ese mismo día comenzamos a pensar en cómo hacerlo. Y una vez más creí que con ella todo era posible.

III

Buenos Aires, viernes 12 de marzo de 2004

Cuánto cansa escribir, no tenía ni idea de esto, o puede que lo que canse sea recordar. Hoy me siento totalmente sin fuerzas. Los escritores siempre me han caído bien. Tan proclives a moverse en ese fino hilo entre la realidad y los sueños. Y no hablo de su imaginación, hablo de los sueños de grandeza frente a la testaruda realidad. Viven en un delicado equilibrio entre el reconocimiento, el ego, la adulación y la cruda verdad de la miseria que ganan con todo eso que les da tantas alegrías y méritos. Cuento con los dedos de una mano a los que conocí que les hubiese llegado lo que ganaban para vivir. Y casi todos lo conseguían completando sus ingresos con artículos en periódicos y conferencias. Les he prestado mucho dinero a escritores. Es el dinero mejor empleado de mi vida, se lo gastasen en sobrevivir o en una vida bohemia de la que nutrirse.

Ana Elisa, una gran narradora y poeta que pocos libros vendía, pero disfrutaba de gran respeto social, me decía que todo el mundo creía tener una novela en su vida. «La gente me ofrece vidas para que se las escriba, todos creen que tienen un libro fascinante. El problema es que seguramente es cierto, pero no saben que la realidad es demasiado increíble para convertirla en ficción.» Me encantaba pasar horas hablando con aquella mujer. Fue durante una etapa de mi vida, luego simplemente cambié de amistades, como tantas veces, y otras me fascinaron. Murió joven, con cincuenta años se cayó en el interior de un pozo negro y falleció intoxicada por el monóxido de carbono y ahogada en purines. Me pareció terriblemente soez e injusto, ninguna poeta debería morir así.

Hoy no me encuentro bien. Mi salud fue también siempre un delicado equilibrio muy influenciado por el rumbo de la vida. Enfermo porque estoy triste o estoy triste porque enfermo. Tanto da, ambas situaciones eran oportunidades para encamarme y recluirme unas horas o unos días en mi habitación. Ahora reconozco que siempre tuve ese instinto de ponerme a salvo del mundo recluyéndome, o tal vez de poner al mundo a salvo de mí. En este momento final de mi vida ya la necesidad de estar sola es absoluta, solo me alimenta ver caer los días y escribir, cualquier otro estímulo es pasado. La gente está fuera de mi vida y, afortunadamente, yo de la de ellos.

Supongo que para consumar un asesinato a cuatro manos se precisa que dos personas de una pasta muy especial se encuentren. Entiendo cómo puede horrorizar a mucha gente la simple idea de planear una muerte, pero no era el caso. Para nosotras no fue nada extraño, perverso o diabólico. Yo solo ansiaba que mi padre no existiera y eso pasaba necesariamente por matarlo. Es cierto que no fue exactamente a cuatro manos, porque yo no fui ejecutora, pero era cómplice necesaria, artífice y origen. Desde que Marcela habló de aquella idea la acogí como mía. Y puedo decir, aunque parezca un monstruo, que esperaba el desenlace con ilusión. La idea de un mundo sin él era buena. Era justa. Nada en mi existencia ni en la de nadie lo echaría en falta,

estaba de más en el mundo. De hecho, el mundo sería mejor sin él. Hacíamos justicia. Fue una ilusión que brotó espontáneamente, sin miedo ni censura. Del mismo modo, nos repartimos los roles, con naturalidad. Marcela asumió desde el comienzo la función de verdugo. Y yo, como víctima agraviada que era, estaba satisfecha y aliviada dejándolo en sus manos. Me sentía protegida por ella. Marcela me iba a liberar y yo era feliz con mi heroína. No había más análisis, remordimientos, pesares ni culpas.

Recuerdo que años más tarde, leyendo la poesía de Whitman, me reconfortó una de sus frases, «contengo multitudes». ¡Cuánta verdad! Cuántas mujeres distintas he sido. No me horroriza ninguna de ellas, todas soy yo. Todas pensaron y decidieron en el momento en el que vivían, acertando o equivocándose. Y hoy soy la mujer fruto de cada una de aquellas otras mujeres que he sido, de las víctimas y de los monstruos que llevo dentro.

De alguna manera, en las siguientes semanas matar a mi padre se convirtió en un nexo muy fuerte entre las dos. Nos hicimos inseparables. Me hablaba de aquello a todas horas. Aunque en realidad, viéndolo con la perspectiva que dan los años, no hablábamos de la muerte, o sí. Imaginábamos, muertas de risa, mil maneras de deshacernos de él, desde la electrocución hasta el envenenamiento. Era como un juego a caballo entre la realidad y la ficción, pero lo que realmente nos arrastraba, lo que soñábamos con ilusión y nos impulsaba a seguir adelante era lo que conseguiríamos después: una vida libres. Huir, marcharnos lejos y ser otras. Ser otras.

Teníamos catorce años. Éramos unas niñas. Y así fue mi comportamiento, infantil y egocéntrico como la adolescente que era. Ni una sola vez pensé en qué ganaba Marcela con todo aquello. Nunca me paré ni un segundo a reflexionar en que su vida era cómoda y normal, que ella no necesitaba huir, dejar atrás a seres que la amaban. No me hice ninguna de esas preguntas. Las trascendentales. Las únicas preguntas. Las que comienzan a tener una monstruosa respuesta.

Hoy estoy cansada.

IV

Buenos Aires, sábado 13 de marzo de 2004

Día 13, aquí en la Argentina la superstición es una religión que puede convivir con todo, incluso con la razón. He conocido a dueños de teatros que cerraban el día trece, plantas trece de hoteles que no existían, habitaciones trece que se saltaban en la numeración, actrices que anulaban la función presas de un ataque de pánico por un espejo roto en el camerino. Lejos de lo que pueda parecer, la capacidad de histeria por las supersticiones aumenta con el nivel social. Cuanto más poderosos, más absurdos llegan a ser, como Luis Alberto Quintino, un empresario rico, inestable, temido y muy poderoso.

Tenía tantos enemigos como falsos amigos, y un talón de Aquiles en la superstición y la suerte, dictada por una vieja adivina que se llevó a vivir a una pequeña casa dentro del jardín de su mansión. Siempre me dio miedo ese hombre, vencido por el poder de una vieja. Imprevisible, capaz de hacer saltar por los aires el trabajo de cualquiera por un mal presentimiento. Un imbécil, pero uno de nuestros benefactores.

Aquella vieja mística le había dicho a Luis Alberto Quintino que dos luces nuevas alumbrarían fuerte en su vida y serían las luces que lo guiarían a un éxito seguro, y él vio en nosotras su destino, reencarnado en dos chicas temblorosas llenas de miedo y desconocimiento. No fue un mecenas, fue un empresario, éramos su inversión, pero da igual, nadie da nada gratis, eso tardé años en aprenderlo. El caso es que nos proporcionó todo lo que habíamos soñado: fama, éxito y hasta un nombre nuevo. Luis Alberto Quintino creó a «Las Españolas» y dejamos de ser en los carteles «Mirta y Marcela». Tanto se lo tenemos que agradecer a su vieja bruja como a él. Yo nunca temí a la suerte ni creí en el destino, nuestra suerte y nuestro destino lo construimos trabajando duro y siempre pagando por él. Luis Alberto nos ayudó, pero no fue suerte, fue interés y le correspondimos trabajando como adultas que no éramos, casi como esclavas, dispuestas a todo por aquella promesa de vida y triunfo que vimos al alcance de las manos. Por eso digo que nosotras construimos nuestro destino, las dos, Marcela y yo. En todo caso, eso pasó mucho después de lo que estaba contando.

A los catorce años tampoco creía en las supersticiones. Había que elegir un día para matarlo y no tuvo nada que ver con el buen o el mal fario, ni con la luna, ni con el azar. Decidimos meticulosamente el día de la semana para asegurarnos de su horario y del de los demás de casa, debíamos buscar un momento apropiado para poder irnos inmediatamente a coger un tren. Nada quedó al azar. Marcela sería la ejecutora y yo la esperaría a las cinco en el puente del río. Desde allí caminaríamos a la aldea cercana, a solo medio kilómetro, y cogeríamos el autobús a la ciudad y allí un tren que nos llevaría lejos. Acabo de escribir dos veces la palabra «huir», pero la he borrado, no es apropiada. No huíamos, nosotras nos marchábamos, aunque fuera con el corazón latiendo intensamente en el pecho. Sin embargo aquella ruta que dibujamos y marcamos con círculos a lápiz como un mapa de aventuras y que después guardamos en un libro, tenía más de

viaje sin retorno que de huida tras un crimen.

Hacía días que Marcela había conseguido un cuchillo de hoja larga, afilada hasta la perfección. Era de su casa y se había hecho con él a escondidas. Durante varias tardes lo tocamos, lo acariciamos, probamos la hoja haciéndonos pequeños cortes en la yema de los dedos que escocían y dolían exageradamente pese a lo superficiales que eran. Yo había escuchado cosas sobre el dolor en algunas de las pocas conversaciones de la familia sobre la guerra. Había oído que los cortes pequeños duelen muchísimo pero las heridas grandes no. Mi padre contaba historias de gente que había perdido un brazo o una pierna amputados por las explosiones y no sentían dolor, sino calor. Cuando la herida es mortal, sientes quemazón y no duele. Siempre me pareció extraño, pero es así. Algunos ni se enteraban de que estaban destrozados hasta que se miraban. A veces durante muchos meses notaban las piernas o los brazos que les faltaban. Nosotras desconocíamos si el corte con un cuchillo sería como la herida de una bomba o, por el contrario, sería como cuando hieren a los animales y se ponen más bravos para defenderse.

«Hay que clavar profundo, hasta el mango, y mover el cuchillo dentro para desgarrar las vísceras y hacer mucha herida.» Todo era excitante. Marcela agitaba el cuchillo en el aire y simulaba el golpe al clavarlo. Yo la miraba sonriendo. Probamos cientos de veces cortar en distintas superficies, pero ella necesitaba algo más real. «Corta bien para cortar, pero no sabemos cómo corta para matar.» Marcela hacía pruebas en el aire. «¿Tú sabes cómo se clava? ¿Cuánto hay que apretar? Imagina que coges hueso. Tenemos que practicar.» Y así lo hicimos. Buscamos la granja más lejana y robamos una cría de cochino que llevamos al monte y que Marcela acuchilló sin piedad hasta mucho después de estar muerta. Chillaba y sangraba de una manera descomunal. Fue muy desagradable, los gritos eran aterradores. Al principio necesitó mi ayuda para agarrarla. Su teoría de la bomba y de los amputados no parecía funcionar. Por el contrario, las heridas la hicieron extremadamente violenta y peligrosa siendo como era una cría de meses. Yo se la sujeté hasta que murió. Luego la solté en el suelo y ella siguió clavando y clavando. En la barriga, en los huesos para ver qué resistencia oponían, y también en zonas blandas que daban asco, como los ojos. Solo miré de vez en cuando.

Aprendimos lo estridente del ruido y lo sucio de la sangre. Y aun así éramos capaces de reír: «Sangra como un cerdo», decía Marcela. «Pues mi padre es otro cerdo, así que sangrará igual. Un cerdo de pie.» Seguimos riéndonos y desahogando la intensidad del momento con cada carcajada nacida en el diafragma. Después nos pusimos serias. Herido sería muy agresivo y ejercería una fuerza tremenda para soltarse. Había que hacerlo rápido y por sorpresa. La primera debía ser una estocada que lo dejase fuera de juego, porque mi padre era mucho más grande que aquel cochinillo, mucho más agresivo, y entonces nos percatamos claramente de que era también un peligro real para Marcela, que arriesgaba su propia vida.

Tiramos el animal al río, lastrado con unas piedras. Lavamos las salpicaduras de sangre en nuestros cuerpos que habían traspasado la ropa. Nos protegimos con telas viejas, pero no habían sido suficientes para absorber toda aquella sangre. Una vez limpias, mientras nos secábamos, volvimos por el camino de la mano, saltando y cantando. Nos sentíamos un poco más cerca de la libertad.

Lo revivo y tampoco hoy siento remordimientos. Siento liberación. Puede que todo fuera una inconsciencia, una locura, un terrible asesinato si quiero llamar a las cosas por su nombre, pero me senté en esta silla para escribir y ser sincera, no para convencerme a mí misma, una vez más.

La mañana de los hechos me levanté temprano. Había dormido poco, estaba ansiosa por poner en marcha nuestro plan. Ansiosa por marcharnos. Habíamos quedado en encontrarnos a las cinco en el puente del río. Antes, el día había discurrido con normalidad: ordeñar la vaca, preparar el desayuno para todos, ayudar a los pequeños con la ropa y despedirlos para el colegio, trabajar en la huerta y con los animales, hacer la comida, comer... nada extraordinario. Cuando miré a mi padre aquella mañana pensé que sería la última vez. No puedo decir que sintiera nada más por él, ni alegría ni pena. A las cuatro y media, media hora antes de lo acordado, llegué al puente del río con un hatillo con algunas piezas de ropa, un libro, un peine, un rosario y el dinero que había podido coger en la mesilla de noche de mi padre. Poco. Estúpido e inútil equipaje para iniciar una vida nueva. Ni siquiera recuerdo cuánto dinero era. Me senté en la hierba, un poco retirada de la vista de la gente, y allí esperé inmóvil a que Marcela llegase. Aunque no tenía reloj, debió de pasar como una hora.

Apareció en la lejanía cargando una bolsa grande de tela con ropa y con su aparatoso bandoneón en la mano. Limpia. Absolutamente limpia. Conforme se acercaba, escudriñé su figura. No estaba ensangrentada. No traía ninguna marca física del crimen. Nada. Era Marcela como cualquier otro día, sonriente y un poco colorada por avanzar a buen paso por el camino cargada con todo aquello. Venía firme. Segura. Nada más.

Nos abrazamos. En el último instante, algo en mí me hizo pensar que igual no lo había hecho, que podíamos estar marchándonos sin un crimen del que huir. Que pudo no atreverse en el último segundo, o pudo entrar alguien. Que tal vez él no había ido a casa a la hora de siempre. Intenté resolver todas esas dudas analizando al detalle aquellos metros finales, pero ella al abrazarme resolvió mis inquietudes, susurrándome al oído: «Podemos irnos, está muerto. Eres libre».

Me separé al instante, la miré muy cerca, con su cara de adolescente, hermosa, el pelo perfectamente peinado, tan limpia. Y la creí contra todo indicio. Era libre. Marcela me había liberado. Las dos éramos libres. No hubo pena ni dolor, hubo liberación. Mis hermanos estarían bien con la tía Esther y tendrían besos a diario. Y nosotras éramos libres.

Nos cogimos de la mano y caminamos sin viejas cargas.

No le pregunté cómo lo había hecho. De nuevo me sorprende hoy la crudeza, pero ya dije que escribo estas hojas para ser sincera, y no se lo pregunté. No por evitar el dolor, la pena o la grima, simplemente no me interesaba. No hice las preguntas que debí haber hecho y tardé algunos años aún en saber esas respuestas que tenían mucha más importancia de la que yo les daba. La conversación fue otra en aquel momento. Le pregunté por qué traía el bandoneón, que por su tamaño no dejaba de ser un incordio importante. Y ella simplemente contestó: «Me dio pena dejarlo».

Así que nos lo llevamos.

Y comenzamos a reírnos camino de la ciudad, libres.

V

Buenos Aires, lunes 15 de marzo de 2004

Ayer no pude escribir, tuve la visita de Marcela. Como casi siempre en mi vida es la única que cuida de mí. Últimamente cada domingo viene a casa, sus visitas se han espaciado hasta reducirse a un único día a la semana. Abre con su llave y entra cargada de bolsas. Ella es fuerte y disfruta de buena salud, yo siempre fui la débil en todo. Llenó la nevera y el congelador, cocinó, habló sin parar de la vida, de la política, del mundo, de nadie conocido. Hablamos como extrañas. Hace tiempo que es así. Mi salud y yo somos un peso, una carga, un deber para ella, pero también una posesión. Sé que es así. Evita toda conversación sobre el pasado como evita que yo pueda tener contacto con él. De alguna manera esta es mi jaula, en la que entré sola porque tampoco yo quiero relacionarme con lo que quedó atrás. Por distintas razones, pero las dos estamos bien así, con mi aislamiento del mundo.

Marcela apareció en el umbral de la puerta de mi habitación con una preciosa bolsa. Ya la conocía, era de una de las exclusivas *boutiques* de la ciudad. «Te traigo otro vestido, es hermosísimo, lo vi en un escaparate y no pude evitar comprarlo.» No mostré interés, ¿para qué otro vestido? Tengo cientos de ellos, tantos que ni puedo recordarlos. Cada vez que revuelvo en los armarios descubro ropa que no reconozco, que no sé cuándo ni dónde estrené, que seguro que me puse una sola vez. La genética me acompaña y, aunque cuido poco este cuerpo, sigue manteniendo, más o menos, las medidas de mi juventud. Sería una bendición ponerme toda esa ropa, pero no es el caso. No preciso más vestidos, así se lo dije, pero ella me replicó: «Querida, tú siempre precisas vestidos, tú eres una estrella, dentro y fuera de casa. Eres Mirtha Val». Sé quién soy, pero estoy en casa y tengo ropa de sobra, más de la que puedo usar. Era ridículo que siguiese entrando continuamente con más ropa lujosa para mí pero, como siempre, insistió hasta cansarme y hacerme desistir. Acepté también que me tiñera el pelo, me lo cortase y me peinase.

Cenamos en una mesa con copas talladas en cristal fino, como en los viejos tiempos, pero en casa en vez de hacerlo en el más caro restaurante de la ciudad. Y me puse el vestido, claro. El vestido de la diva que siempre fui. Marcela no precisaba esa ropa especial. Ella movía los hilos de mi carrera en la sombra y yo disfrutaba con opulencia de todo lo conseguido. Yo brillaba y ella gozaba de la satisfacción de haberme creado.

Aquel bandoneón tuvo tanto que ver...

Nuestro viaje nos llevó en tren de Santiago de Compostela a A Coruña, pero nuestro destino final era Madrid. Para cuando llegamos, en un viaje que nos parecía eterno y en el que más que nada dormitamos, ya solo nos quedaban unas pocas monedas en los bolsillos. Tuvimos la suerte de encontrar una pensión de mala muerte donde duramos poco, y luego otra, y otra. Hasta dar con una tan terrible como las anteriores, pero con una dueña atentísima, Angelita. Aquella mujer, siempre en manga corta, verano e invierno, gruesa, con el pelo ensortijado, de cara y cuerpo rechonchos como bollos de pan, nos dio una habitación y comida. Podíamos pagarle todo junto a

final de mes en vez de por semana, a diferencia de las demás pensiones donde habíamos estado.

La libertad es un peso inmenso, lo aprendí entonces, de repente no sabes qué hacer con ella. Tardamos poco en enterarnos de que no era fácil encontrar trabajo, que preguntaban demasiado, que estábamos en riesgo de ser descubiertas. Había que moverse, trabajar dos semanas o un mes y cambiar de ocupación y de vivienda. Ese era el plan perfecto que no salió.

En aquella nueva pensión, tan miserable como las anteriores, ya nos habíamos acostumbrado a escuchar los gritos de las putas y sus clientes a cualquier hora del día. Era común a los demás locales, pero Angelita era diferente a las demás caseras.

No sabía decir su edad, supongo que andaría por los cincuenta años. Con nuestros catorce las referencias flaqueaban. No tenía hijos ni esposo, pero la frecuentaba un hombre que la hacía gritar como las putas y sus clientes, pero de placer real.

Desde el principio charlaba mucho con nosotras. Marcela no era partidaria de hacer amistades, dada nuestra situación. Ella repetía que no nos podíamos fiar nunca de nadie, absolutamente de nadie, y que solo nos teníamos la una a la otra. Debíamos protegernos. Si alguien sabía más de la cuenta, si hacían preguntas, si investigaban, podíamos acabar en la cárcel. Yo comprendía perfectamente nuestra situación. Estábamos solas, pero juntas éramos invencibles. Por eso con Angelita también teníamos reservas. Marcela más que yo, siempre fue más lista.

En alguna ocasión me recordaba que nos teníamos que ir a dormir para poner fin a alguna conversación demasiado extensa con aquella mujer que no dejaba de ser una extraña, pero el tiempo fue relajando las barreras. Algunos días nos arreglaba el pelo con tiras de papel de periódico en las que enroscaba los mechones y después los ataba en la base para marcarnos unos hermosos rizos al soltarlos a la mañana siguiente. En otras ocasiones estiraba los mechones alrededor de la cabeza, sujetándolos con pinzas, en una operación minuciosa y lenta. Al día siguiente lucían perfectamente alisados.

Pronto el dinero se acabó. Buscamos empleo con todas las cautelas. Decíamos que teníamos dieciséis años, nos ofrecíamos en casas para servir, para limpiar en tiendas, para trabajar en talleres de costura, y Marcela además en panaderías, pero no apareció nada. Solo cosas puntuales y muy mal pagadas. Al principio no sentimos la presión de la deuda que fuimos acumulando. Angelita se encargó de seguir manteniéndonos, atendiéndonos, lavándonos la ropa y dándonos comida caliente, no una, sino tres veces al día, como si no pasase nada. Solo de vez en cuando nos recordaba lo que le debíamos. No sé cuánto tiempo pasamos allí, serían tres o cuatro meses. El dinero que aportábamos no cubrían ni de lejos los gastos.

Una noche, cuando ya estábamos en cama, oímos a Angelita gemir y chillar de placer con su visita habitual, pero al poco rato el estruendo se acrecentó. Los muebles impactaban contra las paredes, oímos ruido de golpes, de cristales destrozados, y los gritos se transformaron en dolor y rabia. Primero dudé si lo que estaba oyendo era real o fruto de mi sueño, pero enseguida percibí claramente que le estaban dando una paliza a Angelita. De hecho, tenía que ser su amante, porque hacía un momento estaban haciendo el amor. Me desperté por completo y me senté en la cama enfurecida, llamando a Marcela, que parecía dormida. «No es cosa nuestra», respondió girándose en la cama y tapándose la cabeza con la sábana para tratar de no escuchar.

Los golpes seguían y yo imaginaba el cuerpo ensangrentado de la mujer golpeando de un lado a otro de la habitación entre muebles y paredes. Pedía clemencia sin cesar.

A mí me hervía la sangre, era insoportable oírla. Me puse de pie furiosa y comencé a tirarle de la sábana a Marcela. Le dije que teníamos que ir a ayudarla, que debíamos ir las dos juntas, pero ella me contestó pausadamente, como si no pasase nada, repitiendo que no iba con nosotras y que con seguridad el tipo estaba borracho como tantas otras veces. «¿Y si nos mata a nosotras?», replicaba indolente, sin mostrar la más mínima alteración y volviendo a colocar con cuidado la sábana alrededor de su cuerpo.

Los gritos de Angelita se me hacían agujas dentro de los oídos, pero nadie más en toda la pensión parecía oírlos. Se había hecho un silencio ensordecedor y miserable. Y no pude más, tenía que ir allí aunque me matase.

Salí de la habitación con más rabia que miedo, descalza y vestida solo con el camisón. Marcela siguió gritándome que no fuera, que no era cosa nuestra.

Pero no me detuve. Abrí la puerta y entré seguida de Marcela. La escena era terrible.

Él estaba completamente desnudo y ensangrentado, seguramente con sangre de ella. La habitación destrozada y Angelita en el suelo, no se movía. Tenía los ojos cerrados, la cara vuelta de lado, posada en un charco de su sangre que le salía de la nariz, de los labios y de las orejas. Creí que la había matado. Chillé aterrada y él reaccionó cerrando la puerta de un golpe y girando la llave para encerrarnos a las dos. Marcela le saltó encima. Aquel hombre, de un solo golpe, la dejó tirada en el suelo semiinconsciente y sin posibilidad de levantarse. Después se encargó de mí.

Me violó, pero no como mi padre porque hoy, adulta, vieja ya, puedo poner las palabras en su sitio, las idóneas, las que son y que cuadran. Mi padre me violaba, sí. Cuántos años tardé en decirlo, en entenderlo en toda su magnitud monstruosa. Mi padre me violaba y aquel hombre también lo hizo, pero por detrás. Con un dolor brutal y dejándome un inmenso desgarró anal que la propia Angelita me ayudó a cuidar con humillantes curas para ella y para mí. No tardé mucho en entender por qué lo hizo.

Me forzó mientras me pegaba con saña y cuando descargó su semen aún me dio la última bofetada. Después se vistió y salió de allí dejando la desolación encarnada en aquellas tres mujeres heridas y en una pensión con el cartel de completo pero sorda para el ultraje de nuestro dolor.

Cada una fue volviendo en sí. Cada una con su pena y su dolor. Cada una con su tristeza y humillación. Primero había que recuperar el cuerpo propio y después atender los daños de los demás cuerpos. Tres cuerpos golpeados. Tres mujeres destrozadas y vencidas.

Marcela logró arrastrarse y erguirse para pasarle la llave a la puerta. «No va a volver», dijo Angelita al verla hacer el esfuerzo de alcanzar la puerta. «Hoy ya no. Igual no vuelve en días», y echándose a llorar, nunca olvidaré cómo repitió mil veces que todo había sido culpa suya y cómo nos llamó estúpidas e idiotas por haber entrado y provocado que el desastre fuese ahora aún mayor.

Yo la miraba enroscada sobre mí, sin intención ya de explicarme. «Entramos para salvarte», pensaba, y ni siquiera lo verbalicé.

VI

Buenos Aires, martes 16 de marzo de 2004

Debería escribir más cada día, a este ritmo necesitaría otra vida para contar esta y no sé cuánto tiempo me queda, pero realmente me cansa escribir, me agota la mente y el cuerpo, a veces hasta siento necesidad de encamarme para recordar.

Aunque en general he encontrado la necesaria distancia con el pasado para contarlo, hay situaciones, personas en concreto, sobre las que no consigo formarme una opinión. Es el caso de Angelita. Nunca supe comprenderla, ni antes ni hoy. Me resulta imposible razonarla. No creo que nada pueda justificar el papel miserable que desempeñó en nuestras vidas, nada. Aunque viviera mil vidas nunca comprendería qué la llevó a ser tan ruin. Sin embargo, tampoco soy capaz de odiarla como se merece.

Aquel hombre, Abelardo, tardó más de una semana en volver. Cada día que pasaba el nerviosismo de Angelita era mayor. Al principio nos ocupamos de nosotras, Marcela se quedó en casa conmigo a tiempo completo, casi no salía de la habitación y hablábamos poco. No podíamos ir a buscar trabajo hasta tener mejor aspecto. Yo, sobre todo, estaba afligida por la culpa. De nuevo, y como siempre en mi vida, todo había sucedido por mi culpa. Yo era el motor de la desgracia y así me sentía. Y Marcela no hacía nada para que no me culpase de esa manera porque era la verdad y porque ella así lo entendía también. Yo intentaba complacerla y atenderla dentro de lo posible, compensarla, hacer que no pensase y no estuviese enfadada conmigo, pero nada parecía servirle.

Angelita me hacía curas en las fisuras dos veces al día. La primera vez que hice de vientre creí morir. Aquel animal me había dañado mucho, pero en unos días empecé a mejorar.

Recuerdo cómo las risas, esporádicamente, curaban los sentimientos, aunque fuesen escasas y de humor negro. «Se me está curando antes a mí el culo que a ti la cara», le decía a Marcela, y nos reíamos. «Ahora soy yo quien tengo cara de culo», me respondía ella, y volvíamos a reír como adolescentes que éramos.

Angelita nos traía sopa a la habitación, ella tampoco quería que saliésemos. Prefería que nadie nos viese así. No lo entendía muy bien, estaba claro que todos sabían lo que había pasado y todos lo habían oído por muy ciegos y sordos que pareciesen.

Él volvió un jueves. No lo vimos entrar, pero follaron y ella gritó como las putas, igual o más que siempre. En nuestra habitación, de noche y ya las dos en la cama, los escuchábamos sin entender nada. Sin saber qué pensar, en silencio.

Siempre sospeché que ella tenía ganas de que regresase. Así se lo dije a Marcela, murmurando de cama a cama en la oscuridad de la noche, pero no encontraba contestación. Yo hablaba y hablaba en un soliloquio lleno de preguntas. Porque sí, a Angelita se le notaba que deseaba el regreso de aquel hombre, maltratador y violador. Y mi cabeza explotaba al recordar cómo me había reventado el cuerpo a patadas y golpes. Sentía tanta rabia y furia por él como

incredulidad por el comportamiento de ella. Marcela me dejó hablar hasta que se hartó y me hizo callar: «Déjame dormir. No es cosa mía. ¿No has aprendido nada?». Me dolió su respuesta. No, no había aprendido nada. Debía de ser tonta, y debo de serlo todavía porque lo recuerdo hoy, tantos años y tantas arrugas después, con las mismas ganas de entrar en aquella habitación y sacarla por los pelos. Pero, evidentemente, no lo hice.

Lloré, tapando la cabeza entre las sábanas, oyendo aquellos gritos de placer y el silencio posterior. El silencio a veces también se puede escuchar. Así caí dormida. Por la mañana él se marchó temprano, como siempre. Nosotras teníamos pasado el cerrojo de la habitación, por si se le ocurría ir por allí, y Marcela había arrimado un palo largo a la cama. Uno que había recogido un día de paseo, hacía tiempo. «Para sentirnos más seguras», había dicho.

Al rato de quedarse sola, Angelita llamó a la puerta de nuestra habitación con dos tazas de leche caliente y dos trozos de pan. Se sentó en la orilla de mi cama. Nosotras estábamos en camisón y ella andaba a medio vestir y olía fuerte a hombre, como las putas cuando bajaban a desayunar y habían tenido clientes.

Se sentó sonriente y dijo que tenía que contarnos algo. Nosotras la escuchamos intrigadas. Nos reveló el motivo de la paliza: nosotras. Las dos la mirábamos sin comprender. Y Angelita nos explicó que lo había intentado mantener en secreto para que no nos sintiéramos culpables, pero todo se debía a la importante cantidad a la que ya ascendía nuestra deuda. Ciertamente era que hacía mucho que no pagábamos y la deuda había ido engordando. «Ya no sé cómo vais a poder pagar tanto atrasado, ni siquiera cuando trabajéis, si es que encontráis trabajo.» Siguió argumentando que el problema no solo era la deuda, sino también que con nuestra presencia allí no podía ocupar la habitación; por tanto, perdía el dinero que podía estar ganando y del que, al parecer, él se llevaba una parte.

Entendí que tenía razón y bajé la cabeza abochornada. Nos disculpamos por desconocer que él también era socio. Fue el único momento en el que la observé extraña y violentada: «No es socio. Le doy yo una parte porque me da la gana dársela». Se justificó asegurando que Abelardo era bueno con ella y que la protegía. Entonces comprendí que Angelita temía tanto la soledad en la que se sentía que dependía de la presencia de aquel ser violento. Que pagaba para que él no la cambiara por otras mujeres más jóvenes a sabiendas de que nunca iba a conseguir nada bueno de él. Y comprendí también cómo una mujer puede estar herida hasta creer de verdad que no es nada sin un querer. Un querer falso, inventado, tóxico y violento. Puede que por eso todavía hoy no sea capaz de odiarla como sé que debería.

Marcela explotó y echó por la boca todo tipo de sapos. Todo lo que dijo era cierto. Todo estaba visto desde la objetividad de una mirada limpia. La insultó y la llamó de todo, pero a ella no parecieron afectarle las humillaciones. Se levantó de la cama apretando la ropa contra el cuerpo y hablando en el mismo tono amable que cuando entró.

El mensaje final, bien clarito, era que no podíamos quedarnos allí ni un día más o ella tendría un problema con Abelardo que no deseaba, pero también nos dijo, en lo que pareció un auxilio, que sabía de un lugar adonde trasladarnos. Se ofreció a llevarnos. Nos aseguró que no tendríamos que pagar inmediatamente, «pero que os quede claro que yo sigo sumando, no soy la beneficencia. Os cobraré el mismo importe por alojamiento y una comida al día. Todo igual, pero no aquí».

Las dos aceptamos.

Y así fuimos, engañadas por la propia Angelita, al burdel de Abelardo para convertirnos en putas.

VII

Buenos Aires, miércoles 17 de marzo de 2004

Hoy me he levantado temprano para escribir. Tengo ganas de seguir contando y sacar de dentro. Me hace bien. Es como si hubiese tragado piedras y ahora, por fin, consiguiera regurgitarlas y expulsar su peso del estómago. He pasado la noche pensando en qué contar de aquellos días. ¿Que fuimos tontas, confiadas, niñas? Todo sería cierto. Tontas, confiadas y niñas. Es difícil explicar lo que te aporta el tiempo. Es como si la experiencia moldease quién soy pero la esencia siguiera siendo la misma. No me siento tan alejada de aquella idiota que una vez más no hizo las preguntas adecuadas: ¿dónde está la casa?, ¿quién está allí?, ¿qué lugar es? A veces no cuentas con la maldad de algunas personas que pueden hacer daño sonriendo.

Así nos llevó Angelita, sonriendo. Encontrar allí a Abelardo nos dolió tanto como ver cómo ella nos dejaba dentro de aquella casa, abandonándonos en sus manos. La miré desesperada y ella fijó los ojos en mí largo tiempo, no esquivó la mirada, me miró firme, segura, como quien hace algo bien. Nadie habló. Ni ella, ni él, ni nosotras. Angelita no se detuvo, no nos explicó, no nos consoló. Solo le dijo: «Ahí se quedan». Le supliqué con los ojos una explicación, un porqué que nadie resolvió. Él nos condujo a las habitaciones y entramos por nuestro pie, sin rebelarnos. Y así nos encerró en dos habitaciones contiguas.

Las putas iban y venían. Salían a la calle a los bares o quién sabe adónde, regresaban con clientes, montaban barullo al entrar, follaban, gemían, ellos pagaban y se marchaban. Era el lugar de trabajo y también su casa. Había una estrecha relación de amistad entre ellas; alguna vez se peleaban, casi siempre por el alcohol, pero nosotras les resultábamos absolutamente invisibles. No veían o no querían ver. Así que nos cansamos de pedirles ayuda a aquellas sordas con clientes sordos también.

Fue todo un proceso extraño y difícil de explicar. No nos pegó, como temimos al verlo. Primero nos separó y nos dejó gritar, blasfemar, patear, arañar la pared, tirar los platos de comida contra la puerta. Después fuimos calmándonos, dejándonos ir. Aceptando algunas prebendas. «Si dejas de gritar y de comportarte como un animal, os dejo estar juntas», murmuraba Abelardo desde el otro lado de la puerta.

Pasaron los días, nos trajeron ropa y Marcela la rompió. Creí que le iba a dar una paliza monumental, pero no lo hizo. Pronto tuvimos que pedirle, humilladas, que nos diese paños para la menstruación. Nos los dio con más ropa que ya no rompimos. Todo fue por desgaste. Por cansancio. Por hacernos ver que era nuestra única salida.

«¿Sabéis cuánto dinero nos debéis? Yo puedo ir a la policía, ¿sabéis? ¿Quién no entiende lo que pasa? Dos chicas tan jóvenes, solas en una pensión... ¿De verdad creíais que no lo sabíamos? Solo tengo que dar parte de vosotras y volveréis a la misma mierda que dejasteis.»

Escribo estas letras con toda la verdad, con mucho vivido y con un número considerable de años a mis espaldas, y por eso hoy puedo decirme a mí misma que no fui puta voluntariamente.

Nos forzaron a las dos. No hubo golpes, aceptamos hacerlo, pero hoy puedo decir que aquello también fue forzarnos. Lo hicieron de una manera tan retorcida que todo era confuso. Nos hicieron pensar que era una salida para nosotras, la única salida. Nos hicieron creer que aceptábamos. Nos hicieron ser culpables y no, no lo somos. La culpa fue también su fuerza.

Durante días Abelardo nos contaba tras la puerta que aquello no era tan malo. Que él tenía allí mujeres que iban con hombres y hacían lo que ellos deseaban, sí, pero era un trabajo como otro cualquiera y muy fácil. Solo había que ser cariñosas, abrir las piernas y dejarnos hacer. Todo con una sonrisa en los labios, porque Abelardo aseguraba que a los hombres les gustaba que las mujeres sonrieran. Nos daba consejos: «Si sois listas, podéis conseguir más. Todo se paga. Si sois las mejores, todos os elegirán». Y por eso debíamos poner interés en aprender de Sofía, una de sus putas, que se encargaría de aleccionarnos. Nos contaba que, si lo hacíamos bien, juntaríamos una buena hucha para pagar la deuda y ahorrar. Eso sí, él se quedaba con el sesenta por cierto de lo que sacásemos, y aún nos hacía un favor porque, además de lo atrasado, seguíamos consumiendo cada día comida, bebida, ropa, habitación y el silencio. Porque que no nos denunciase también se pagaba.

Hablaba y hablaba.

Nosotras, desde dentro de la habitación, lo escuchábamos calladas.

Yo miraba a Marcela esperando alguna de sus demoledoras preguntas, como: ¿y Sofía no hizo ya una buena hucha siendo una puta vieja?, ¿no juntó dinero para irse y dejar de lamer a cerdos y viejos? Pero no, no dijo nada. Se calló. Y con aquel silencio de Marcela comprendí que ya estábamos dentro. No había más fuerzas. Ya éramos putas. Así nos doblegamos.

VIII

Buenos Aires, jueves 18 de marzo de 2004

A Abelardo lo matamos por animal, por despiadado, por cruel. Fue el segundo cadáver del camino, y no iba a ser el último. No merecía vivir, era un excremento. Materia en putrefacción. Era mierda. Y no, no sentimos dolor por librarnos de él. El mundo seguía girando a su ritmo sin su presencia. Ni más rápido ni más lento. Giraba exactamente igual. Su ausencia tampoco les solucionaba nada a todas aquellas putas desgraciadas, no nos vamos a engañar. Vendría otro Abelardo para ocupar su lugar, el mundo está lleno de ellos. Seguramente quien más lo lloró fue Angelita. Puede que fuera la única que lo extrañase.

Llorar a los muertos... En cierta ocasión, años después, Marcela y yo asistimos al entierro de Vicente Parrado, un afamado productor musical con quien habíamos mantenido una breve pero fructífera relación, hasta que otro de mayor envergadura apareció por la puerta y nos fichó. Vicente se había enojado y se había hecho el ofendido; formaba parte de lo esperable, pero él sabía muy bien que nuestra decisión era lógica y que los peces grandes engordan a base de devorar a los más pequeños. Él mismo había devorado a muchos otros y mantenía su nivel en la cadena trófica de los productores musicales. Así que no hubo resentimientos y, aunque perdimos algo de relación, seguimos respetándonos hasta que falleció solo un año más tarde. Hasta su muerte siguió engordando física y profesionalmente y subiendo puestos en la escala fagocitaria. Los entierros de los ricos deben ser en invierno para poder lucir las pieles. Un entierro millonario en verano desluce mucho. Este era un entierro de rico con clase, y en invierno, como debe ser, con una alta concentración de pieles por metro cuadrado. Ser un auditorio de artistas, principalmente, acrecentaba el glamur peletero porque no solo las mujeres, sino también algunos hombres presentes llevaban grandes solapas de piel en los abrigos. Esas estridencias les estaban reservadas a los artistas. Visón, zorro, castor, nutria. Conejo no, por supuesto, y afortunadamente había cedido ya la moda de las estolas con la cabeza disecada del animal, solo alguna extravagante vieja gloria como Marlene Mina la lucía aún, apestando a naftalina, como su propia carrera. Sentía un profundo asco por ambas, por las estolas y por las viejas glorias. Incluso para ser millonaria hay que tener clase.

Yo, Mirtha Val, era referencia en el vestir, siempre apropiada. Vestido discretamente entubado negro, lentes negras, tacón de aguja de seis centímetros, bolso de charol negro y piel corta de visón negro. En la mano un pañuelo blanco bordado para secar alguna furtiva lágrima o simplemente, como era el caso, para enjugar el lacrimal seco en presencia de los fotógrafos, pero allí también había lágrimas de verdad, siempre las hay en los entierros. No todas son por el difunto, algunas ruedan simplemente al constatar que somos carne y hay un final para todos.

Emilita, la viuda, estaba sentada en una silla tapizada de terciopelo granate. Si no era propia de los entierros, tendría que serlo. Podría incluso alquilarse una silla así para entronizar a la viuda. Quedaba tan bien allí. Tan fina aquella viuda joven, guapa y llorosa. Pero, de entre todos

aquellos grupos de personas con lágrimas secas y húmedas distribuidas aleatoriamente por el gran salón de la inmensa mansión, surgió la figura de una mujer de mediana edad, sola, con el pelo rubio brillante recogido en una cola de caballo alta. Iba vestida de negro, sin maquillar y con la cara encarnada, hinchada y deformada de llorar. Enseguida me fijé en ella. Era Antonia, la asistente personal de Vicente. No hizo falta nada más, lo supe enseguida, casi al tiempo que Emilita, que se acercó a ella y le soltó una sonora bofetada. No hubo cruce de palabras, la espuria se marchó y la viuda oficial se quedó enjugando el lacrimal seco con un finísimo pañuelo blanco en su trono de viuda.

A Abelardo lo lloró Angelita y nadie más. Y aunque no lo vimos, estoy segura de que lo lloró con cara hinchada y nariz encarnada.

Durante un par de semanas aquella bestia nos repitió que tenía grandes planes para nosotras. Evidentemente, la frase correcta sería «con nosotras», no «para nosotras». Tras recibir la instrucción de Sofía hubo unos días de calma. No hablamos mucho en aquella espera. Marcela y yo guardábamos dentro la preocupación por la llegada de los clientes. Los puteros. Y esa espera no hizo más que agravar nuestro temor. Le tocó primero a Marcela. Un día vino Sofía y la vistió de blanco inmaculado, casi parecía una de aquellas imágenes de santas de las iglesias. Tan ignorantes éramos que no sabíamos de nuestro valor, no por santas, sino por vírgenes.

No la vi llorar, ni antes ni después de aquella primera vez. No la vi diferente. No me contó nada.

Mientras estaba con el cliente dentro de la habitación yo esperaba nerviosa y desesperada, y entonces recibí la visita de Abelardo. Nada más verlo aparecer mi espina dorsal se erizó como la de los gatos. Se acercó despacio y mientras dejaba caer lascivamente el dorso de la mano por el contorno de mi pecho, me susurraba: «A ti te reservo. Tú eres una niña muy bien desarrollada. Esos pechos blanquitos de ubre van a valer mucho. Hay que reservarte bien. Tú te mereces una puja». Yo me puse en tensión, aterrorizada, pero no pasó nada más. Salió riéndose, riéndose a carcajadas de mi miedo. «Ese miedo que tienes también vale dinero.»

No le oculté nada a Abelardo. Simplemente, no caí en la cuenta de la situación en la que estaba. No me enteré de que su tesoro era de latón porque no había nada que estrenar en mí. Yo no valía nada, valía tanto como cualquiera de aquellas mujeres que nunca lograban saldar las deudas que habían contraído con él. Valía menos incluso que ellas, porque yo era un fiasco. La ropa blanca que Sofía me puso para la ocasión se manchó de rojo, pero de la sangre producida por los golpes que me propinó aquel desvirgador estafado y engañado. La paliza hasta la inconsciencia llegó después, por los puñetazos y las patadas de Abelardo. No me dejó hasta que me creyó muerta. Eso era lo que yo valía.

Y eso fue lo que le costó la vida.

El mundo se volvió sordo una vez más, otra vez más, para oír mis gritos. Pronto ni yo misma los oía, solo había un zumbido en los oídos que lo ocupaba todo. Más tarde la hinchazón, la deformidad, la sangre que me nubló la vista. Dejé de sentir, superados los límites del dolor, y pensé en las bombas y en los amputados. Y sí, tenía razón Marcela, cuando dejas de sentir dolor sientes calor. Pronto desaparecí. Y no volví hasta horas después, en la oscuridad, cuando percibí la mano de Marcela apretando la mía, firme.

«Hola. Hola.» Me hablaba bajito. «Tranquila, no está aquí. Soy yo, estás a salvo.»

La vi, yo aún estaba desorientada, y entonces volví en mí de repente, sobresaltada. Recordé el horror y sentí el dolor por todo el cuerpo. Intenté incorporarme, pero no podía. Oía a Marcela, me decía que permaneciese acostada, que no hiciese esfuerzos. Me acarició el pelo y así me tranquilizó.

Y entonces me susurró al oído: «Voy a acabar con él, ¿sabes? Como acabé con tu padre».

La voz sonó segura, sin miedo. No era un deseo, era una intención. Y yo me sentí bien. Reparada.

IX

Buenos Aires, viernes 19 de marzo de 2004

Fue con un cuchillo. Yo no vi nada ni supe demasiado del plan. De nuevo era la causa del horror, cómplice, origen, tan monstruo como ella, puede ser, pero en aquel momento no me sentía más que la víctima de Abelardo. Y Marcela era la ejecutora de la justicia divina. Marcela era un ángel en la Tierra, tan justa como las Antiguas Escrituras cuando se estilaba el reparador ojo por ojo.

Antes del ajusticiamiento tuvieron que pasar dos meses. En ese tiempo se curaron mis heridas y volví al mercado de los puteros ya sin la distinción suprema de la virginidad. Pero nuestra juventud todavía valía algo más que las demás mujeres. Por eso los más depravados de los clientes, los que deseaban niñas tiernas y de poco uso, eran para nosotras. Si les gustaban que parecieran mujeres, eran para mí; si las preferían de aspecto infantil, eran para Marcela. A cualquier hora del día o de la noche estábamos siempre disponibles. Cuántas veces Marcela me contó cómo le costaba controlar el impulso de arrancarles el pene de un mordisco y escupirles a la cara el glande con la boca chorreando sangre. Ganas de hacerlo no faltaban, ni arcadas cada vez que aquellos cerdos poco aseados nos exigían felaciones. No podía imaginar que eso sería exactamente lo que Marcela haría con Abelardo justo antes de cortarle el pescuezo. Era un detalle de nivel. No solo merecía la muerte, merecía la amputación previa. Una dolorosa y humillante amputación durante una felación. Y debo decir que a mí aquello tampoco me pareció cruel.

No vale la pena detenerse más en Abelardo, nosotras tampoco lo hicimos. Al contrario de lo que pasó con mi padre, que siempre tuvo presencia en mi memoria, a Abelardo lo comencé a borrar de mi recuerdo en el mismo instante en que abandoné la casa. Nos liberamos y de nuevo nos vimos juntas, solas e ilusionadas con el futuro por delante, todo él por escribir.

Marcela lo mató y yo le robé el dinero de la casa. Todo el que escondía en el rincón de un mueble tras un falso fondo. No era un robo, el dinero tampoco era suyo, lo habían ganado sus empleadas con las babas y el semen de sus clientes, así que ahora era nuestro, nos habíamos deshecho de aquel miserable cabrón. Era una cantidad importante, muchísimo más de lo que nos podíamos haber imaginado que habría. No sabíamos de su alergia a los bancos. Aquello fue un auténtico regalo, un premio por impartir justicia pero una muy mínima reparación por el daño que nos hizo; eso nunca sería saldable. Nos sirvió para comprar ropa y zapatos, cortarnos y peinarnos el cabello, trasladarnos y buscar un nuevo alojamiento muy lejos de allí. Y, una vez que mejoramos nuestro aspecto, hasta nos permitió encontrar trabajo de dependientas. Y, sobre todo, nos sirvió para ser libres y recuperar la confianza. Teníamos un colchón económico para meses o años. Juntas nos juramos que nunca más nos iba a faltar el dinero, y nunca más nos faltó. Desde aquel día no volvimos a depender de un hombre ni volvimos a deber dinero.

Nadie nos relacionó nunca con la muerte de Abelardo. Las autoridades prestaron escasa

atención y mínimos recursos al asesinato de aquel conocido delincuente y proxeneta. Un hombre violento, oscuro y peligroso. Para la policía fue un ajuste de cuentas, o de una de sus putas o de otro proxeneta; en todo caso, un arreglo seguramente más que merecido.

Éramos libres y todo tenía ahora un nuevo y esperanzador objetivo: el barco hacia América.

Las dos habíamos oído hablar tanto de América... Marcela sentía la Argentina como algo propio, un pasado que la conectaba umbilicalmente con su abuela. Había crecido sentándose a diario en sus rodillas para escuchar historias y descripciones de aquel país que un día había dejado y que, sin duda, con la distancia había sufrido un proceso de sublimación. Ella había hecho el viaje a la inversa de todos los miles de emigrantes que buscaban prosperidad en aquella tierra de oportunidad, y lo hizo por amor, que es por lo que se hacen las grandes revoluciones y los viajes sin retorno. El abuelo gallego de Marcela había regresado de la emigración bastante antes de lo previsto, con muy escasos ahorros y con la mujer argentina embarazada con la que se había casado la víspera del viaje de vuelta. Poco dinero y dos bocas más, mal negocio como emigrante.

Ella, al contrario que él, se adaptó muy rápido aquí, o por lo menos lo llevó con una resignación cristiana en la que jamás se le oyó hablar de volver. Vino para quedarse con su familia recién estrenada. De la Argentina traía su bandoneón y todos aquellos preciosos recuerdos de un mundo que con seguridad ya había sido transformado por los años, pero que en su cabeza permanecía eternamente retratado en el mismo instante.

Argentina era la tierra prometida para nosotras y de alguna manera ninguna de las dos la sentíamos ajena. Creo que nunca calculamos de verdad lo lejos que estaba, pero era, en aquel momento, justo lo que necesitábamos, un continente diferente, una tierra prometida, un lugar donde vivir nuevas y tranquilas existencias.

El mismo día del embarque recordé una frase que decía la vieja abuela argentina: «Volver a la tierra en donde nos criamos es un instinto, como las cigüeñas o las golondrinas con sus nidos. Por lejos o bien que una esté, tarde o temprano aparece la obsesión por volver». Me llamó la atención, a ella nunca se le había notado, parecía feliz y arraigada; pensé que serían los años que nos traían al pasado. Ahora sé que es así.

No sabía si yo podría adaptarme a la nueva tierra, al clima, a los paisajes, a los acentos y a las personas, o si algún día sentiría aquella obsesión por regresar. A lo mejor en nuestro caso la mezquindad de los recuerdos doblaría cualquier futuro impulso de retorno por muy instintivo que fuese.

Entonces, casi como si me estuviese leyendo el pensamiento, Marcela me miró y me espetó: «¿Sabes que nunca volveremos?». Claro que lo sabía.

Me centré en pensar que no dejaba nada atrás. Ahora nosotras dos éramos nuestra única familia. Y, cogiéndonos de ganchete, encaramos decididas la cola para iniciar el embarque.

X

Buenos Aires, sábado 20 de marzo de 2004

Sábado ya. Hoy acaba el verano, aunque aquí encerrada las estaciones solo son páginas en el calendario y cambios en la luz de la ventana. Como mucho, variar de ropa poniéndome o quitándome chaquetas, pero la calefacción y el aire acondicionado están programados para mantenerme siempre en una perenne primavera. Un ambiente ideal, estoy como en un museo, humedad y temperatura controlada. Con un poco de suerte terminaré en una vitrina también. Expuesta al público y momificada. Hoy voy a intentar centrarme y no dispersarme tanto escribiendo, si es que eso es posible.

Soy un desastre para recordar. El orden escasea en mi cabeza como en mis armarios, tan abarrotados de ropa que me sitúan siempre ante el peligro traicionero de ser sepultada al abrirllos. Comenzar estas hojas fue una revolución tanto en mi cabeza como en mi memoria. Me paso el día recordando como si abriese una espita por la que sale como espuma de cerveza la vida entera, con fuerza, a empujones, desordenada, creciendo, expandiéndose y empapándolo todo. Regresan a mí mil imágenes que llevan a otras mil y a la vez se enmarañan entre ellas hasta que ya me cuesta regresar al punto de partida. A veces me acuesto en la cama a ordenarlas para después poder escribir.

Escribir es ordenar. Ordenar la memoria. Ordenar y sorprenderme de las estupideces que una puede llegar a conservar. Me viene de familia. Cuando mi abuela ya no tenía memoria presente despertó en ella la memoria pasada. La recuerdo recitando insistentemente cómo eran las escaleras que bajaba en la casa en la que servía. «Siete escalones de piedra de granito, veinte escalones de madera y tres escalones más de baldosa.» Incluso yo lo aprendí de oírsele rumiar tantas veces, como un rosario refunfuñado. «Y en nuestra casa: seis escalones de piedra y tres tramos de siete escalones de madera, más un tramo último de ocho, también de madera.» La abuela, que no era capaz de recordar mi nombre ni el de ella, que no sabía en qué día de la semana vivía ni el año en el que había nacido, no olvidaba sin embargo cuántas escaleras tenían casas que ni existían. Ya de pequeña me parecía fascinante. Es la belleza de lo inútil. Yo tengo mucho de eso almacenado.

Conocí a un hombre que sumaba. Sumaba literalmente. Hacía de memoria sumas grandes e imposibles. Una habilidad de salón con la que acaparaba la atención y despertaba apuestas que siempre ganaba. Me hechizó enseguida aquella mente matemática capaz de ordenar el mundo en un instante.

Lo conocí en el barco que nos llevó a América.

La primera vez que lo vi ya había reunido a su alrededor un buen coro de gente. Unos lo increpaban por mentiroso, otros apostaban por él; todos esperaban con ansia la prueba de aquel desafío matemático que arrojaba arrogante por la boca.

«¡Puedo sumar de memoria cualquier cifra que os imaginéis! Siete cifras de treinta números,

diez si os da la gana, solo necesito verla durante seis segundos.» Bramaba el desafío en alto y le contestaba a cada uno que dudaba de su habilidad. Le gritaban que hacía trampa. «Trampa ninguna, escriba usted mismo los números.»

Era fascinante. Yo me quedé clavada en el suelo observando la aglomeración de gente que se había organizado. Comenzaron las apuestas. Cada uno que hablaba subía al anterior. Unas quince personas apostaron diversas cantidades.

Y de nuevo el barullo. Y más apuestas.

Completaron los números entre varios, se los dejaron ver durante seis segundos.

Y, nada más retirarlos, aquel hombre comenzó a recitar una retahíla de cifras. El resultado exacto de la suma que los presentes tardaron en apuntar y más todavía en resolver para comprobar estupefactos que concordaba cada número. Era un prodigio.

Desde el fondo miraba con curiosidad. Durante un instante el matemático centró los ojos en aquella jovencita boquiabierta que era yo y me guiñó un ojo. Era un hombre que me sacaba bastantes años, bien vestido y parecido, de piel y pelo oscuros y con un sombrero demasiado calado en la frente, lo que le obligaba a elevar la quijada para ver, un gesto altivo que encajaba a la perfección en aquella atmósfera de desafío. Posiblemente había sido universitario. ¿Quién si no iba a poder sumar así?

Lo hizo, vaya si lo hizo. Lo hizo y se retiró con el dinero dejando a todos con ganas de más. Pero, por mucho que se lo suplicaron, no repitió. Dijo que lo reservaba para otro día de aquel largo viaje y disolvió la improvisada reunión.

Volví corriendo a nuestro camarote compartido con veintidós personas más para contárselo exaltada a Marcela, que desde hacía días no era capaz de controlar los vómitos debido al movimiento del barco.

La encontré tal y como la había dejado, tirada en el catre, mirando hacia el techo con un cubo a su lado, sudorosa y agotada. Me saludó con un improperio. Muy propio de Marcela. «No sé cómo puedes corretear por ahí como las cabras.» Yo ni caso le hice, solo ansiaba hablarle de aquello imposible que acababa de ver. Debería estar contenta de que, por lo menos, una de nosotras pudiese ir y venir por el barco y ver qué había, pero, lejos de eso, estaba de morros.

Le describí al tipo con memoria prodigiosa y con aquel don para las matemáticas.

Ella desacreditaba cada comentario que yo hacía. «¿Y eso es un don? ¿Qué don es ese? Un don es tener dinero y no necesitar trabajar.»

Pero yo insistía emocionada en lo sobrenatural de lo que acababa de ver, en cómo había ganado sin esfuerzo el dinero y la gente enloquecía por apostar más.

Unos metros más allá, una mujer nos miraba y se fue acercando mientras yo seguía narrando entusiasmada. Pensé que se aproximaba porque estaba tan asombrada como yo, pero no era así. Cuando estuvo suficientemente cerca, habló sin alzar mucho la voz: «Apuesto a que no era tanto cosa de un don sobrenatural como una habilidad mundana». Parecía estar bien segura de lo que decía. «¿Qué viste? ¿Cómo desafió a la gente? ¿Te diste cuenta de que los que estaban los primeros eran los más incrédulos? ¿Los que sembraron las dudas? ¿Fueron ellos los que se ofrecieron a poner los números en un papel? ¿Entre varios para asegurar que no había trampa? ¿Montaron mucho barullo? Y, cuando hubo suficiente gente, ¿pararon la cuenta y se la dieron? ¿Fue así?» Sí, había visto exactamente eso. Todavía intenté replicar explicando lo imposible de aquella operación matemática resuelta en el momento. La desconocida se rio de mí. Me aseguró

que se la tenía aprendida, por eso tampoco había repetido, para evitar el riesgo de ser descubierto. Eran trucos de pícaros que, según dijo, había en todos los barcos que estaban haciendo las Américas antes de llegar a ellas. Cosa de listos que se aprovechaban de las tontas como yo. Eso no lo dijo, pero lo entendí perfectamente.

La mujer nos advirtió de que el mundo estaba lleno de espabilados. A mí aquellos en concreto no me parecían de la peor gente, por lo menos eran ocurrentes. Nos instruyó sobre su presencia e hizo hincapié en que no les fuéramos a dar el poco dinero que tuviésemos. Y peor que los engañabobos eran los ladrones, sobre esos todavía nos previno más, asegurando que en el barco había montones de ellos. Pícaros, ladrones, asesinos, gente de bien, tontos... Todos mezclados para buscar un futuro mejor. Nosotras atendíamos aquellas recomendaciones cuando la mujer nos inquirió: «Vosotras, ¿de cuáles sois?».

Aquella pregunta final me atravesó como un hierro. Era como si pudiese ver dentro de mí. Contuve la respiración. Me sentí descubierta y lo aparenté, pero, como siempre, Marcela fue mucho más hábil que yo y le espetó que tampoco nosotras sabíamos quién era ella y por eso no deberíamos estar hablando con una desconocida, mucho menos si existía toda esa calaña que nos acababa de asegurar que había en aquel barco.

La mujer estalló en una sonora carcajada y tomó camino de vuelta a su catre a tumbarse de cualquier manera sobre él mientras contestaba. «Veo que sois espabiladas. Soy adivina. Y esta predicción es gratis para vosotras. Os irá bien.» Y volvió a reírse exageradamente.

Fue la primera vez que conversamos con ella. La segunda no tardó mucho en llegar.

A veces pienso que la vida está hecha de pequeñas decisiones, no de grandes. Son las pequeñas las que nos marcan, las más inocentes y estúpidas. Las grandes ya vienen enfiladas, pensadas, repensadas y valoradas, pero las pequeñas, las intrascendentes, son las que abren caminos y nos cogen como somos, desprevenidos y naturales. Esa decisión osada de tirarles piedras a las gallinas de la maestra junto con una niña de la clase que poco conocía fue el germen de nuestra amistad, dependencia, miedo, esclavitud o lo que sea que nos relaciona desde hace tantos años a Marcela y a mí. Entrar en aquella pensión miserable regentada por Angelita fue otra decisión insignificante que le dio a nuestra vida un vuelco de arriba abajo. Todas esas pequeñas decisiones que parecían intrascendentes han tenido más repercusiones que las que tomé como respuesta a una situación importante, porque a todas ellas llegué así, de una manera natural, siguiendo el hilo de la vida. Por ello a veces imagino que todo lo que me tocó vivir tiene poco de extraordinario. Podía haberle tocado a cualquiera: las muertes, los amantes, el éxito, el amor, el dolor, la culpa, la reclusión... a cualquiera que hubiese estado allí, en mi lugar, en las mismas circunstancias.

La segunda vez que le hablé a la adivina fue una de esas pequeñas decisiones que te cambian para siempre sin tú saberlo. Una pequeña decisión que abrió puertas y caminos inimaginables. Y todo por aburrimiento.

Marcela, continuamente revuelta del estómago, ya había pasado del mareo a la enfermedad. Era una piltrafa humana tirada sobre el catre en un cuerpo que solo admitía agua y a veces ni eso. Nada le paraba en el estómago, estaba tan débil como cansada e irritable, con un humor de perros, por eso pasaba horas de cara a la pared dándome la espalda, descansando y dormitando, sin ganas de hablar ni de nada que no fuese llegar al destino y bajar para siempre de aquel barco.

Yo, aburridísima, pasaba las horas junto a ella, excepto en las escapadas por el barco que mi amiga tanto condenaba. Por eso volví un día a hablar con aquella extraña mujer.

Me acerqué a charlar con ella mientras cosía algo, parecía un mandil.

La saludé. Ella fingió interés por la costura, pero yo estaba segura de que el mandil podía esperar porque lo que sobraban en aquel barco eran horas para matar el tiempo. Hubo un silencio más o menos prolongado y me preguntó si sabía coser. Claro, sabía, como todas las mujeres. Podía zurcir un calcetín, poner un botón o una cremallera, arreglar un siete en la ropa o hacer una prenda sencilla, una falda fruncida o de tablas, un mandil como aquel... Pero ella insistió en que no todo el mundo sabía. Me expliqué: no había dicho todo el mundo, había dicho todas las mujeres, pero ella me corrigió: «Tampoco, querida. Las señoritas están acostumbradas a que se lo hagan. Se lo hacen chicas espabiladas como tú». La contestación me molestó y me detuve a explicarle que quien llevara una casa sabía hacer todo eso. Yo cosía los pantalones de mi padre y remendaba las camisas que mis hermanos traían rotas de jugar, y los pantalones también. Lo normal. Entonces me di cuenta de que estaba contando cosas que no debía, pero era demasiado tarde. La mujer ya había cogido el dato: «Así que tienes padre y hermanos. ¿Cómo es que no vienen en el barco?».

Me imaginé enseguida que mi cara se veía encarnada y culpable. Y recordé la historia inventada que Marcela me repasó mil veces. Íbamos a América reclamadas por la familia argentina de Marcela para buscar un futuro mejor. Seguramente nos estarían esperando en el muelle. Me sentí satisfecha de la veracidad de mi cuento, pero aquella señora que parecía saberlas todas le volvió a dar la vuelta a lo que había dicho: «Así que se llama Marcela tu amiga. Y tú, ¿cómo te llamas?». «Yo Mirta, Mirta Gondar.» Y de nuevo me faltó la respiración al oír mis propias palabras. Incluso ya le había dado mi nombre y apellido. Cuántas veces Marcela me había dicho que no convenía dar los nombres completos porque no sabíamos si los periódicos habían hablado algo de la muerte de mi padre. Me sentí estúpida. Marcela me habría pateado el culo por tonta. Y lo merecía. Me dispuse a marcharme, pero la mujer me detuvo.

Me dijo que me quedara un momento. Tenía un remedio para mi amiga, que se veía realmente mal. Me ofreció del fondo de una bolsa una raíz o algo semejante. La llamó jengibre. Tenía que masticarlo, aunque no era de buen sabor y picaba, pero aseguró que le haría bien. Un trocito, tres veces al día, no más. Y debía tomarlo levantada, estar en el catre tirada todo el día le hacía notar todavía más el movimiento del barco. «Si consigues traerle alguna tisana de manzanilla caliente, le hará mucho bien, le asentará el cuerpo si la bebe a sorbos pequeños.»

Cogí la raíz y la olí con desconfianza. Después le di vueltas en la mano. Su aspecto tampoco mejoraba de cerca. Sentí que ya llevaba demasiado tiempo allí y me dispuse a marchar por segunda vez, pero antes mi desasosiego aumentó con las palabras que la mujer le dedicó al jengibre, o bien pudiera ser que a nosotras: «No todo lo bueno es hermoso, mi niña. Las apariencias engañan. Muchas cosas o personas no son lo que parecen. Incluso unas niñas bonitas y aparentemente inocentes como vosotras podríais ser malas personas o fugitivas».

Le agradecí el remedio y me apresuré a marcharme preguntándole antes si era curandera. «Soy adivina. Ya te lo dije.» Hui de allí en cuanto pude camino del catre de Marcela, cruzando los pocos metros como si fuesen kilómetros y decidiendo apresuradamente que cuando llegase junto a ella no le contaría lo tonta que había sido.

El remedio y las indicaciones fueron buenas para Marcela, o puede que todo se arreglase porque el cuerpo se fue acostumbrando, pero la realidad es que la mejoría se hizo notar progresivamente en poco tiempo. Yo, mientras, aún correteé un poco más por el barco. La verdad es que no tener permanentemente la mirada vigilante de Marcela me concedía una sensación de libertad que tenía por límite el miedo a mi propia estupidez, como ya me había demostrado a mí misma, pero también el miedo a toda aquella fauna humana que convivía a bordo por la fuerza. Trescientos emigrantes, más los pasajeros de primera clase, que eran muchísimos menos. Las palabras de la supuesta adivina habían calado en mí y las recordaba en cada escapada: «Pícaros, ladrones, asesinos, gente de bien, tontos, todos mezclados para buscar un futuro mejor. ¿Vosotras de cuáles sois?». ¡Vaya si recordaba esas palabras!

Recorría el barco con curiosidad, intentando adjudicar cada una de esas categorías a la gente que veía. Esta había sido puta, aquel era un labrador que nunca había salido de la aldea, esta otra escapaba de un amor violento y aquel de más allá había matado al dueño de una tienda intentando robar unas miserables monedas... No era difícil imaginar un pasado para cada uno. Un pasado acorde con su cara y su actitud. La mujer resuelta, sin miedo a mirar de frente a los hombres, que los buscaba con los ojos y ofrecía sin pudor los pechos para quien le correspondiese la mirada; la otra que huía de los ojos de todos ellos; el hombre con manos sacrificadas y uñas que seguían siendo negras pese a estar rodeados de mar; o el que miraba a su alrededor e inquiría sin descanso a lo lejos como si alguien lo estuviese siguiendo.

Verdadero o falso, a todos era fácil imaginarles un pasado. Ya más difícil era meterlos en una categoría humana. ¿Era la puta mala gente o ladrona? ¿Por qué? ¿Por ser puta como nosotras lo habíamos sido? ¿Era el labrador buena persona, mejor persona que la puta? ¿Era el asesino un hombre cruel a quien temer? ¿Había que temernos a nosotras? ¿Qué éramos nosotras? ¿En qué categoría nos colocaría la adivina? ¿O dentro de cuál nos sentíamos nosotras mismas? Difícil respuesta, una vez más. Ni hoy sabría responder.

Quién me diría a mí que todos nos volveríamos a encontrar: Marcela, el matemático, la adivina y yo. Tiempo después, convertidos en otras personas. Y quién nos diría que el destino les iba a sonreír a ellos y a nosotras con la misma carta ganadora.

Dejo de escribir hoy, mañana ha de venir Marcela. Es mujer de orden y rutinas. Podría venir anárquicamente cuando desease, pero no, tiene un día para visitarme. Descubrí que recordar todo esto me desasosiega delante de ella. Sus visitas me provocan una insana ansiedad, igual que su marcha me deja en soledad.

A veces una puede llegar a depender incluso de lo que la está matando, y hasta saberlo y continuar esperando, como hacía Angelita. Así hago yo también.

XI

Buenos Aires, lunes 22 de marzo de 2004

Ayer vino, como estaba previsto. La esperaba serena. Estuvo en casa todo el día desde bien temprano. No solo me acompañó, también se ocupó de medir una habitación. Trajo un metro y tomó medidas en un pequeño cuaderno que llevaba en el bolso. Me habló de vaciarla para su uso. No hice mucho caso, poco me importa que quiera guardar cosas en casa, ¿acaso no es todo de ella? Ya se apañará con lo mío. Total, a quién se lo voy a dejar sin familia, sin descendientes. ¿A quién? Si toda yo soy un fraude. Mirtha Val, la estrella venida a menos.

Vino, cocinó, limpió, habló, comió, bebió, lo de siempre pero diferente.

Yo lo sé y ella sabe que lo sé.

Acabará conmigo.

Y no se lo impediré.

Lo sabemos y nos comportamos como si no lo supiésemos.

Hablamos de vaguedades... De una a otra, incluso de Bruno Petrone, el cantautor. Un caimán con más vidas que un gato. Charlamos mientras ella esparcía meticulosamente la mantequilla en el pan, con la precisión de un robot, sin dejar ni un milímetro olvidado. Acercando perfectamente el cuchillo a cada borde. Mientras realizaba la operación me fue contando la nueva barbaridad de Petrone. Hacía años que no sabía de él, pero la última vez que lo vio ya tenía cara de señora, esa cara de señora que les queda a los hombres mal operados. Lo estiraron como a una sábana bajera, recogándole la piel sobrante debajo de la línea del pelo, pero la cara no era la misma, era extraña, era esa cara de señora mayor y fea. Su recuerdo me divirtió y ella, no sé si bajando la defensa de mi asedio en aquel piso, o simplemente para divertirme, sacó el móvil y me enseñó el esperpento de su nuevo vídeo. Petrone cantaba algo con ritmos latinos, mala letra y peor estribillo alrededor de una piscina, cubierto por una bata su cuerpo de viejo. Y rodeado de chicas treinta o cuarenta años más jóvenes que él fingiendo que se morían por aquellos pellejos. Patético, trasnochado e incluso, mirándolo con los ojos de hoy, de un machismo atroz y denunciabile. Sucedió así, hablando de algo intrascendente, casi divertido, que Marcela le echó la culpa al dinero o, mejor dicho, a la falta de él. «Intenta sobrevivir», dijo. Aquel hombre que, según ella, siempre había gastado más de lo que había ganado, buscaba el dinero de la única manera que sabía, llamando la atención, aunque fuese dando pena o humillándose. Exponiéndose a propósito a los programas televisivos de cotilleo, a las bromas y a las mofas. De ellas debía sacar tajada, y solo así completaba la mísera pensión con la que no era capaz de vivir.

Recuerdo que Marcela terminó su perfecta tostada y me miró satisfecha. Fue entonces cuando se me ocurrió preguntarle cuánto dinero tenía yo.

Me miró perpleja y cambió la cara de sorpresa por una abierta sonrisa para explicarme que yo no estaba en la situación de Petrone, por si tenía miedo de tener que llegar a hacer algo así.

Pero aquello no respondía a mi pregunta, más bien la evitaba. Así que volví a preguntar con el

mismo tono, con la misma intensidad, con el mismo derecho a saber: «¿Yo cuánto dinero tengo, Marcela?».

Posó la tostada sin darle ni un mordisco después de todo el trabajo perfecto, ofendida. Yo sabía bien que no estaba en la situación miserable de Bruno Petrone, y también sabía, y así lo dije, que no había sido por mis méritos. Yo ganaba dinero, dinero que ni miraba y tampoco contaba. Entraba en las cuentas como ríos y así, como el agua del río salía. Tenía y gastaba. Nunca vi un apunte bancario, jamás en la vida, no lo hice antes ni lo hago ahora. Ella fue quien gestionó, quien hizo crecer las cuentas hasta el infinito con buenas decisiones y certeras inversiones. Nos metimos en la hostelería, el ladrillo, el alquiler de plazas de garaje y la especulación urbanística. Ella me contaba y yo no escuchaba, para qué si todo iba bien. Mi parte del trato la hice bien, y ella la suya excelentemente. Así lo dije, era la realidad. Hasta que mencioné un inapropiado «Eduardo siempre decía...». Ahí saltó, como una fiera colérica. No soportaba su nombre, no lo disimulaba y mucho menos soportaba que yo compartiese con él los éxitos de Marcela en la gestión. Tomó con cierta violencia el móvil de la mesa, donde seguía sonando y bailando Bruno Petrone, y con un portazo puso espacio de por medio. Se marchó furiosa y yo me quedé gritando al aire el final de la frase: «Eduardo siempre decía que, si fueses presidenta, habrías evitado el corralito. Eso iba a decir. Él siempre te reconoció el mérito que tienes». Tuvo que escucharlo, pero no contestó. Y yo dejé que los muertos descansasen en paz. ¿Para qué insistir? El odio que se tenían era mutuo.

Se fue a encerrarse a la habitación que antes había medido. Desde allí la oí realizar una llamada que no logré descifrar ni me interesó hacerlo. Después de la conversación telefónica, que no duró mucho, tardó todavía bastante en salir. No se oía nada dentro. Casi llegué a olvidar su presencia en casa. Debí de pasarse encerrada un par de horas, en aquella habitación en la que había, como en todas, una cama amplia, muebles caros de maderas nobles y un armario repleto de ropa mía que ya no me pongo. Un piso inmenso lleno de habitaciones para huéspedes que nunca habían venido.

Cuando el accidente de Eduardo, cuando se murió, yo no quise dejar la casa en la que vivíamos. Poco se parecía a esta. Era la mansión que se esperaba para una mujer como yo y su familia. Marcela había vendido varios reportajes a revistas con la construcción, con la inauguración, artículos de moda y decoración en sus estancias, de todo. Los diseñadores de las publicaciones se ocupaban de hacerla especial. Una casa de ensueño. Y cuando Eduardo faltó yo no me marché de allí. Era mi hogar y también una manera de abrazar los recuerdos, sus cosas, el suelo que pisaba, la almohada en la que dormía. Era nuestro hogar, de los tres, de Eduardo, de mí y de nuestro hijo.

Había costado tanto llegar hasta allí, hasta aquella felicidad. La vida no respeta el orden lógico de las cosas. A veces se empeña en desordenarse, en enmarañar todo para después devolverlo al orden natural cuando ya te habías acostumbrado a vivir en el desorden encontrando calma y sentido en él. Así fue mi historia de amor y de vida con Eduardo.

Él apareció muy pronto, unos meses después de llegar a Buenos Aires.

En aquel tiempo todo había discurrido para Marcela y para mí con pasmosa fluidez. No parecía que estuviésemos a tantos miles de kilómetros de nuestra casa. Fue como si nunca nos sintiésemos extranjeras. La palabra era «naturalidad». La naturalidad con que corre la vida cuando hay dinero y no te falta de nada. Nunca sabría Abelardo lo bien empleado que fue cada

uno de sus céntimos. Entramos en Argentina como dos jovencitas bonitas. Bien vestidas, pero sin excesos llamativos. Cogimos un piso de alquiler, no una pensión. Lo buscamos en un barrio decente, ni lujoso ni rastrero. Un barrio de trabajadores e inmigrantes emprendedores. Y dentro de aquel piso hicimos vida. Cocinamos, decoramos, pensamos, trazamos planes... Todo con el amparo y la tranquilidad de un buen colchón económico que nos evitaría volver a acumular deudas impagables, pero también con la sabiduría de ser conscientes de lo rápido que el dinero se va y de lo fácil que es ser engañadas. Por ello no perdimos un instante descansando. Estábamos llenas de fuerza e ilusión y todo fue a un tiempo: montar la casa y buscar trabajo. Y ahí, de nuevo, Marcela tuvo la brillante idea. A veces, mientras escribo, pienso que todo se lo debo a ella. Todo lo bueno. Y todo lo malo. La luz y el horror. Ahora mismo una cosa ya no me compensa la otra.

Los primeros días paseamos por las calles del entorno. Ni siquiera hicimos turismo de monumentos o lugares famosos, no, ni una vez. Nos ocupamos conociendo la ciudad como quien busca la cercanía, la intimidad, la confianza. Caminamos del brazo, curiosas, alegres y entusiasmadas. Las calles estaban vivas como nunca habíamos visto. Gente, tiendas, vendedores de periódicos... En muchos establecimientos había carteles: «Se necesita empleado», «Se necesita dependienta», «Se necesita aprendiz». La ciudad necesitaba mano de obra que llegaba a montones de más allá del mar. Nunca, ni un solo día, nos sentimos extrañas, forasteras o lejos. Nunca, ni un solo día. Se necesita mecánico. Se necesita cocinera. Se necesita camarero.

Paseábamos mirando aquí y allá, abiertas a mil posibilidades. Fue Marcela quien se hizo la pregunta en alto. ¿Qué queremos ser? Yo pensaba en todo lo que sabía hacer y que, bien mirado, no era poco. Sabía fregar, coser, cocinar... Bien podía por tanto ser sirvienta, costurera, cocinera; había más posibilidades, tenía don de gentes para ser dependienta, mano para cuidar niños... Ninguna de aquellas opciones me parecía mala, pero Marcela me espetó que ella no iba a fregar toda la vida y enseguida me llevó a un nuevo lugar con muchas más puertas abiertas.

Para ella la cuestión no era qué sabía hacer sino qué quería ser. Y sí, yo también podía jugar a soñar. Quería ser rica y permitirme excentricidades como tener gente que me pasease a los perros. Yo seguía riendo y diciendo tonterías, pero Marcela, allí mismo, en aquella calle porteña de la que no sé el nombre pero que recuerdo perfectamente, con la luz y calidez que había en el ambiente, allí, ella dijo: «¡Sabes cantar! ¡Puedes ser cantante!».

A veces vuelvo a las pequeñas decisiones que fueron unas, pero podrían haber sido otras, porque fueron tomadas sin darles trascendencia, casi por casualidad. Aquellas que al fin sucedieron sin nosotras saberlo, las realmente importantes. Fregar, cocinar, coser, cantar. Se necesita servicio para casa. Se necesita cocinera. Se necesita modista... ¡Y quién nos lo iba a decir!: ¡Se necesita actuación musical! El mismo día de aquella conversación preguntamos y fuimos a dar una vuelta por las calles de los locales nocturnos de música en vivo. Había docenas de ellos, brotaban como setas en la ciudad noctámbula y bohemia, porque de noche había otra vida en la que rápidamente encajamos a la perfección.

Y sí, fui cantante. También se lo debo a Marcela.

XII

Buenos Aires, martes 23 de marzo de 2004

Noto que recordar esta etapa me pone contenta. Puedo volver a sentir aquella sensación de juventud, de que todo era posible, todo se podía alcanzar, de que los sueños se cumplen por muy alto que sueñes. Años después alguien intrascendente, a quien no recuerdo, me dijo una de esas frases que caen como losas: «Ten cuidado con lo que deseas porque se puede hacer realidad». Y cuánta razón tuvo. Pero antes de que la vida me llenase de reticencias, de reservas y de desconfianza era un ser libre en un país repleto de puertas que abrir. Así era el momento, así lo recuerdo ahora.

Cuando hicimos la prueba, enseguida notamos la gran sonrisa en los labios de la mujer de Olegario Molina. No fue difícil apreciarlo, llevaba un diente revestido de oro que brillaba a lo lejos como una especie de faro que él buscaba a veces para guiarse. No eran jóvenes. También habían llegado de España hacía ya muchos años y dedicado la juventud a trabajar y a hacer dinero evitando los hijos. Cuando se animaron a tenerlos, aparecieron los problemas. Tres abortos y uno que nació muerto, y ahí decidieron que ya no soportaban seguir intentándolo ni sufriendo. Eran una pareja singular, con un amor de muchos años casi convertido en necesidad. Necesitaban sus cuerpos cerca, el contacto, la presencia. A veces se buscaban solo para rozarse. Olerse. Apego, dependencia, costumbre, no sabría cómo llamarlo ni creo que precise etiqueta, simplemente se necesitaban físicamente como siameses.

El local estaba en penumbra, cuestión exclusivamente de ahorro, pero cuando brilló el diente de Nazaret y Olegario percibió la sonrisa, supimos que estábamos contratadas. Así de evidente era su sintonía.

Olegario no era hombre de alabanzas ni piropos. Su reacción a nuestra canción fue un «¿cuánto cobráis?» mucho más empresarial y contundente que una alabanza. Yo no sabía ni qué responderle. Fue Marcela la que se hizo dueña de la situación explicándole, muy segura, que llevábamos tan poco tiempo en la ciudad que no sabíamos los precios que se barajaban por allí ni las equivalencias con las tarifas españolas, que sí conocíamos a la perfección. Me pareció, una vez más, que era lista como una ardilla, pues así obligaba al empresario a tener que hacer él la oferta. Nazaret asistía a todo callada pero con peso. Mi nerviosismo era evidente. Me sentía como un fraude, como si estuviésemos delinquiendo y haciéndonos pasar por quienes no éramos. Estaba inquieta, excitada y ansiosa por saber si seríamos capaces de colársela, pero Marcela seguía adelante con toda seguridad negociando el repertorio. Un repertorio que no teníamos pero que ella aseguró que existía y además en abundancia como para ofrecer una hora y media de actuación. Recuerdo cómo me temblaban las piernas viéndome atrapada en aquella bola de mentiras que no dejaba de crecer.

La mujer de Olegario Molina sonrió tras unos instantes de silencio demoledor y él cerró el trato cogiéndonos a prueba. Iríamos un viernes gratis y, si les gustábamos a los clientes,

haríamos trato de dinero, e incluso con el tiempo, si éramos buenas, pasaríamos al sábado, el día de más público. Y así tuvimos empleo antes de tener repertorio.

Pasamos toda la semana ensayando de día y husmeando de noche qué hacían el resto de los músicos de la ciudad. En aquella gran capital que nunca dormía siempre había locales abiertos. Visitamos varios y analizamos qué nos gustaba y qué no nos gustaba de cada espectáculo. Mantuvimos años esa costumbre, no solo lo hicimos al principio. No tuvimos nunca recelo de copiar a otros desde nuestra manera de actuar, mejorarlos, inspirarnos o como se le quiera llamar. Comenzamos a absorber música. Toda la que pudimos, en directo y grabada, para lo que compramos un tocadiscos y discos. Trabajamos horas y horas y horas. Marcela más que yo, porque su instrumento era más complejo que mi voz. Ella no descansaba. Buscamos ropas adecuadas y preparamos un espectáculo en el que no todo era canción. Yo misma hablaba con el público, conversaba, contaba historias sobre nosotras y sobre las canciones, muchas de ellas inventadas. Era una necesidad. Hablar nos permitía descansar y ahorrar canciones, pero pronto se convirtió, con unas pinceladas de humor y con nuestro exótico acento gallego, en una diferencia que al público le entusiasmaba.

El primer día fue más que discreto pero, a pesar de ello, Nazaret iluminó la sala con su diente y el señor Molina nos contrató. En dos meses pasamos al sábado y ya teníamos una actuación defendible y una gracia y manera de hacer propias.

Olegario nos hablaba a veces del futuro que nos auguraba breve con él. «Es lo que tiene ser pequeño, nosotros descubrimos los talentos, pero después se los llevan los grandes.» Aseguraba que los oteadores de los empresarios importantes visitaban de incógnito las salas pequeñas como la suya y les robaban a los músicos buenos a base de dinero. No lo decía con rencor ni con pena, era más una narración de lo inevitable. Ni siquiera nos pidió que no nos fuésemos ni nos hizo contraoferta cuando llegó el momento.

Y así, siguiendo los designios que él mismo había presagiado, nos despedimos en tres meses de aquella abrazada pareja. Tiempo después volvimos a ver al señor Molina con la madre de sus dos hijos, una mujer discreta de vida tranquila y retirada que vivía en otra zona de la ciudad. Para entonces ya sabíamos de sobra que la vida da sorpresas, así que le miramos sin reproches. Y él, que lo notó, nos devolvió una mirada agradecida. Nosotras no juzgábamos a nadie, las personas tienen extraños motivos para hacer sus vidas como las hacen.

Nunca supimos si Nazaret lo sabía.

Ni nos importaba.

Ana Elisa, la poeta ahogada en purines, creía firmemente que el amor solo era perfecto si era un Frankenstein y, por lo tanto, un engendro monstruoso hecho de retazos y remiendos del amor de varias personas que se completan. No era algo que contase en público, a mí me lo había confesado tras unos tequilas recostada en el sofá de su casa, adonde la habíamos llevado Ricardo Santón y yo, arrastrándola con serias dificultades. Estaba completamente ebria y no se tenía en pie, pero la lengua se le había soltado ligera. Despedí a Ricardo y me dispuse a pasar la noche allí por miedo a dejarla sola y que hiciese cualquier tontería propia de una borracha. Siempre fui anticipadamente dramática, no me era difícil visualizar desgracias que pudiesen acaecer en cualquier momento. Sin embargo, lejos de tirarse por una ventana, Ana Elisa comenzó a hablar de lo prohibido. Fue cuando me explicó su concepto del amor.

Para ella todos los amores estaban lisiados porque era imposible que un hombre reuniese

todas las características que ella deseaba. Era consciente de ello, por lo que no temía vivir los amores Frankenstein, hechos de trocitos de felicidad que cada amante aportaba. Todos los matices del amor que precisaba no los podía abarcar un solo hombre, pero podía vivirlos, gozarlos y completarlos encontrando en varios el retazo de vida que deseaba. Puede que Mary Shelley pensase en eso cuando creó a su monstruo de ficción.

Nunca le di la razón, después nos alejamos y un día me enteré de su terrible y cruel muerte. Ana Elisa se convirtió en una de esas personas con las que sientes que la muerte te impidió tener la conversación que siempre aplazaste. Me encantaría verla una vez más, solo una, simplemente para decirle: «¡Querida, ya entendí lo del Frankenstein y lo he vivido!». Cuando supe de su final me fastidió no haber correspondido a su sinceridad con la mía, pero entonces no era consciente de que yo también era Mary Shelley intentando juntar trocitos de personas para construir a Eduardo, porque nadie resultaba tan perfecto como él lo era para mí. Pero no, esta parte no es de este momento. ¡Qué desastre de diario! El orden nunca fue lo mío. Vuelvo atrás.

Me ahorro contar cuántos Molinas vinieron después de Olegario Molina. Fueron tantos que ni el número sé, es más fácil recordar al primero y, de hecho, sentiré gratitud eterna por él. También por los demás aunque ya no recuerde sus nombres. El primer año pasamos por seis o siete locales, de uno nos llevaban a otro, y siempre mejor pagadas. Cuanto más pequeños eran los locales, más familiar el trato; cuanto más grande, los afectos quedaban abonados por el dinero. Todo era negocio.

Recuerdo a uno de ellos, uno de los que nos vino a ver. Nos citó al día siguiente en la parte trasera de su café-concierto. Fuimos a media tarde cuando todavía estaban limpiando y preparando las mesas para el show de la noche. Era un hombre grueso y grande. De gordura descompensada, asimétrica y rebosante sobre el cinturón del pantalón subido de más, y que hacía un efecto demarcador de toda aquella abundante grasa en dos barrigas, superior e inferior.

Dicen que todos tenemos muletillas que repetimos al hablar y que uno mismo no es consciente de que las tiene si no se lo dicen. La palabra recurrente de aquel hombre era «ojo». La metió en la conversación mil veces, «ojo» por aquí, «ojo» por allá. «¡Ojo!», más que a modo de «cuidado», lo empleaba a modo de «atended». Aclaraba continuamente su parrafada con «ojos» repetitivos. «Os voy a hablar claro. Mi local es un local para hombres. ¿Entendéis? Eso no quiere decir nada malo, ¡ojo!» Lo que tanto tenía que explicar, con tantos rodeos y «ojos», era que a aquel bar iban hombres a buscar compañía, aunque no estaba vetada la entrada a mujeres. Era un show en un local de alterne. Por supuesto, nuestro contrato era por el número musical, pero el hombre pretendía dejarnos bien claro que, si estábamos dispuestas a ser «amables» con los clientes, él nunca se metería en lo que hiciésemos y sacaríamos unos succulentos cuartos extra. Lo rechazamos con una certera frase de Marcela sobre el poco «ojo» que tenía para buscar putas y una sonora carcajada de las dos. Salimos libres y orgullosas por la puerta, despreciándolo a él y a sus cuartos. Una nueva victoria.

Aquel dinero que nos ofrecía por la actuación musical lo doblábamos solo una semana después en otro local sin tener que pasar por ser unos pedazos de carne otra vez.

Debo decir también que no tuvimos en aquellos años de cafés-concierto grandes contratiempos con la noche. Si había un borracho insolente en la sala, la seguridad de los locales solía deshacerse de él.

Esa etapa acabó con Luis Alberto Quintino, el último de los empresarios con los que estuvimos en la capital y con el que pasamos más tiempo. Quintino nunca hacía negocios sin su bruja, como Olegario no los hacía sin su mujer. A Quintino siempre le tuve miedo, aquella dependencia atroz de los hados lo hacía inestable, ya no dependía todo solo de nuestro trabajo, había un algo imponderable que no podíamos gobernar y eso nos preocupaba. Tuvimos la suerte de que aquella vieja bruja vio en nuestra sangre joven buenas vibraciones de futuro y un montón de dinero, lo que nos convirtió en las predilectas del empresario, pero siempre vivimos amargadas por si un día la suerte se marchaba como había venido. Trabajamos sin parar y nos hicimos de verdad adultas y responsables. Él se portó bien con nosotras, pero no por nada extraordinario, éramos su negocio. Nunca supimos si fue decisión suya o de su adivina, pero Luis Alberto Quintino decidió cambiarnos el nombre que pasó de «Mirta y Marcela» a otro que, ya de entrada, nos hizo queridas para la gran colonia emigrante. Con él nos transformamos en «Las Españolas». Fue nuestro mejor momento en la ciudad.

Sin embargo, y pese al trabajo y a la escalada de reconocimiento a nuestro talento, nosotras seguimos con nuestra vida tranquila hasta que apareció Eduardo por primera vez.

En realidad, todo lo que estoy contando desde hace párrafos y párrafos es para llegar a Eduardo, pero solo puedo explicarlo desde el lugar temporal y vital en el que estábamos. Tan al principio. Había pasado poco más de un año desde nuestra llegada. Éramos felices, trabajábamos mucho, estábamos centradas e ilusionadas. No dejábamos de progresar y de crecer. Al pasado no le dedicábamos ni un instante de memoria, por lo menos yo no lo hacía y Marcela, si lo rumiaba, no me lo contaba. Entonces apareció él con sus ojos azules, verdes, grises a un tiempo, del color del mar y del cielo gallego en invierno, o simplemente del color del reflejo de la camisa o el jersey que llevase puesto. No lo sé. Solo sé que sus ojos no solo eran hermosos, eran limpios, puros, sinceros, y enseguida creí en ellos. «Eduardo Torres», dijo en el descansillo de las escaleras con voz agradable, una sonrisa limpia y aquellos ojos verdaderos mientras me tendía la mano. Lo recuerdo perfectamente como si hubiese ocurrido hoy. Con el mismo efecto en mi piel.

Me pareció extremadamente educado. Creo que simplemente le correspondí con una sonrisa, no lo recuerdo. Sé que yo llevaba una barra de pan y él me preguntó por la panadería, porque acababa de llegar y aún estaba situándose en relación a las cosas básicas del barrio. Recuerdo eso. Y su hablar. «No tenía el placer de conocerla, señorita.» Parecía andaluz, pero era extremeño, no de mucho más lejos, y en todo caso del sur. Contaba que solo llevaba cuatro días en el edificio y en el país y todavía sufría de la descoordinación horaria tras el viaje. A nosotras también nos había pasado al llegar, pero la excitación podía con el sueño desacompañado.

Aquella barra de pan fue una excusa perfecta para detenerme en las escaleras, pero pronto me di cuenta de que lo que le llamaba la atención eran nuestros ensayos, que escuchaba cada día desde su llegada al edificio. Me preguntó si era una de las artistas y a mí me hizo gracia oírlo. «Artista.» Sí, ya era artista. «Déjeme adivinar, usted es la que canta.» Fue un breve encuentro, divertido, lleno de risas, y en el que sentí una intensa atracción que nunca había vivido. Recuerdo el rubor en mis mejillas, que disimulé con una falsa modestia por la palabra *artista*, pero él ya sabía que teníamos un show en un local y que lo llenábamos hasta la bandera todos los días de actuación. En eso Manuela, nuestra vecina puerta con puerta, ya se había adelantado para informarlo. Éramos «las artistas» del edificio, y las molestias que ocasionábamos con los

ensayos las pagábamos con entradas para vernos que aquella modesta gente agradecía. Gente trabajadora, algunos emigrantes como nosotras, que pasaban la mayor parte del tiempo fuera de casa, lo que nos permitía ensayar a gusto.

Eduardo me anunció su intención de ir a vernos esa misma noche, y así acabamos la conversación en las escaleras. Tan intrascendente como importante.

Cuando entré en casa encontré a Marcela justo detrás de la puerta. Me pilló aún ruborizada. Me preguntó si había pasado algo y yo, no sé por qué, le mentí y le dije que había subido muy rápido. Aquel encuentro quise guardármelo solo para mí.

Eduardo nos vino a ver, y volvió, y volvió y volvió. Algo me atrajo de él en aquellas mismas escaleras donde lo conocí. Siempre supe que era especial, igual que yo lo era para él. No sé bien cómo explicar a Eduardo. A Eduardo en aquel primer tiempo. Supongo que simplemente a veces los momentos no son los adecuados o a las cosas no les toca pasar, o tal vez somos muy jóvenes, o tenemos otras prioridades, o está Marcela. Y a Marcela se lo debo todo. No fue nada de eso y fue todo a la vez.

XIII

Buenos Aires, miércoles 24 de marzo de 2004

Querría saber contarlo bien. Me pasé la noche cavilando en cómo hacerlo, no sé si despierta o dormida. Seguramente de las dos maneras. Confundiendo sueños con realidad, como suelo hacer.

De Eduardo solo puedo decir que derrumbó muros, rompió miedos, atravesó las enrevesadas alambradas de espino que la vida había levantado a mi alrededor y consiguió que confiase. La confianza la tenía escondida detrás de muchos demonios, del recuerdo de hombres asquerosos, de violentos seres folladores de niñas, de sangre brotando de mis heridas y de dos muertos que nunca vi. Allí, tras todo eso, estaba la posibilidad de confiar y, por tanto, de amar. Porque el amor nace de abrir barreras hasta ser capaz de entregarte sin miedo. Y hasta allí llegó Eduardo con sus ojos limpios sin hacer nada especial más que ser como era, tratarme con respeto, con admiración por mi talento, con lealtad, con amor. Justo aquello tan fácil y tan ignorado por mí. Hasta que llegó Eduardo a mi vida, el corazón era solo un latido que a veces sentía en alguna zona del cuerpo, una víscera funcional.

Eduardo era un ser tranquilo, sin dobleces, que como nosotras buscaba futuro y nuevas oportunidades y que dentro de ese futuro rápidamente me situó a mí. La fotografía era su vida, pero encontró un trabajo mucho más seguro y estable como administrativo. Lo aceptó como una decisión alimentaria y de ahorro, con el fin de reunir dinero para instalar algún día su estudio fotográfico. Hablaba a diario de todos aquellos planes con ilusión y devoción. Yo nunca había visto a nadie capaz de entusiasmarse tanto con las cosas. A nadie. Ni siquiera a nosotras.

Había traído una cámara en el barco, no era buena, pero tampoco mala. Con ella me sacaba fotos en paseos que no tenían hora de regreso. Fotos maravillosas en las que parecía la diva que años después fui. Yo me dejaba fotografiar pacientemente mientras él buscaba el sitio, la luz, la postura, la composición, el diafragma y la velocidad y no sé cuántas variables más que solo el amor puede hacer soportables. Nunca tantas veces oí lo hermosa que era, nunca me lo habían dicho con tanto convencimiento y sinceridad. No dejaba de adularme con el mismo entusiasmo y devoción con el que hablaba de su fotografía. Eduardo me hacía bien, con él crecía como persona y, sobre todo, con él creía en mí.

Yo buscaba momentos para estar juntos entre el trabajo y los ensayos, pero era tan complicado que pronto empezó a acompañarme también al trabajo y a los ensayos. Fue rápido e invasivo, Eduardo lo ocupó todo y Marcela se volvió recelosa de él.

Creo que al principio no reaccionó porque nunca fue del todo consciente de lo que pasaba. Vio a Eduardo entrar en nuestras vidas como una observadora, distante, pero sin perderlo de vista. Nunca me lo impidió, nunca me dijo que no fuera con él, nunca me bombardeó con consejos sobre proteger nuestros secretos. Jamás lo hizo, tengo que decirlo.

Mientras ella observaba desde fuera, yo abría todos mis candados y conocía por primera vez el amor y casi puedo decir que el sexo, porque a lo anterior no sé ni cómo llamarlo.

«¿A qué hora sales hoy?»

«Vete tú a saber, ponle que a las dos de la mañana.»

«No importa, te recojo.» Noche tras noche él estaba allí para acompañarme a casa, daba igual si al día siguiente tenía que madrugar para acudir a su trabajo formal de horarios rígidos, tan diferente del mío. Venía siempre. Solo por estar juntos ese rato que deseábamos que fuese eterno. Venía aunque no entrara en casa y se quedase en la puerta a esas horas intempestivas para meterse en mi cama. Venía aunque Marcela nos acompañase muchos días, frustrando los besos apasionados. Y, si no era día de función, aparecía en el ensayo del local y esperaba pacientemente solo con la ilusión de un helado juntos en la esquina del barrio. Eduardo era así, capaz de encontrar la felicidad en mil pequeñas cosas.

No había tiempo que nos bastase para estar juntos.

Habían pasado varios meses y me seguía respetando. También respetando mi cuerpo.

No fue un trauma acostarme con él, tampoco importó que no fuese virgen ni que no tuviese mañas de primeriza. Lo asumí como un paso más, algo natural en nuestro amor, no hizo preguntas y gozamos como ninguno de los dos lo había hecho nunca. De ese gozo llegaron las noches enteras sin pasar por la casa que aún compartía con Marcela. Y ese fue el problema.

Cuando Marcela empezó a pasar noches dándole vueltas a mi ausencia comenzó también a sospechar que podía terminar por marcharme. Eso sí la hizo reaccionar y trazó un maravilloso y efectivo plan. Por entonces, como ahora, no soportaba la idea de que su posesión se alejase de ella.

Un día en el que llegué tarde por estar con él, con las mejillas irritadas del nacimiento de su barba y todavía sonrosadas del calor de hacer el amor, ella me esperaba en la cocina despierta y con dos tazones listos para calentar leche en cuanto yo apareciese. Marcela calentaba leche para dar malas noticias. Lo hacía siempre hasta que el propio cazo junto al fuego y dos tazas esperando en la mesa se convirtieron en el mejor aviso de problemas. La saludé sin mucha intención de pararme a hablar, pero la visión de la leche me frenó en seco.

Entendí que pasaba algo y pregunté qué era.

Marcela comenzó quejándose sobre lo difícil, casi imposible, que le resultaba encontrar momentos para conversar conmigo, y tenía razón, aunque se lo negué. Me acuerdo bien de la charla que tuvimos en aquella cocina, milagrosamente espabilada cuando poco antes el sueño me tenía ya medio atrapada. Todo me generó desconfianza acerca de la intención de aquella conversación tan demorada, con tanto preámbulo y el rito de la leche. Me invitó a sentarme y solo comenzó a hablar cuando la leche estuvo caliente y la echó en las tazas.

Únicamente entonces, agarrando la taza caliente entre las manos y disfrutando satisfecha de su calor, me informó de que teníamos un viaje. Íbamos a actuar a Mar del Plata. De entrada, no me pareció tan drástico como esperaba, pero aquella manera de aferrarse a la taza caliente me inquietó. Había más, estaba segura. Así que hice las preguntas necesarias. ¿Cuándo? ¿Cuánto tiempo? Y no, no era un fin de semana, ni una semana, ni dos. Marcela hablaba de otra cosa.

No pude contener la ira. Había maquinado todo aquello a mis espaldas. Me levanté enfurecida derramando la leche en la mesa. Grité por encima de sus explicaciones en las que me acusaba de no estar nunca, de perder los sueños y las oportunidades. Por esas ausencias, juraba, no había podido explicarme lo que negociaba, ni decirme lo que había conseguido: una oferta inmediata.

Nunca la creí, ni entonces ni hoy. Todas aquellas explicaciones sobre cómo yo había dejado

de interesarme por el trabajo y cómo ella tuvo que seguir luchando sola por mejorar me perforaron los tímpanos. Lo único que retumbaba en mi mente como un zumbido era el tiempo, seis meses en la sala Orquídea de Vicente Parrado. Para los amantes aquel tiempo era sencillamente demasiado. Seis meses sin nuestro amor apasionado era insoportable incluso en el pensamiento. Alzábamos la voz a la vez, sin escucharnos. Le eché en cara toda aquella farsa orquestada sin contar conmigo para separarme de Eduardo. Le dije que un contrato así no se conseguía en dos días ni en dos semanas; la interrogué sobre el tiempo que llevaba tramando todo aquello, pero ella no respondía a ninguna pregunta, se puso en pie como yo y, con convencimiento de estar en lo cierto, defendió su lucha por nuestros sueños.

Cuando no pude más y me sentí vencida, me senté llorando. Ella lo dejó también y me habló templadamente, como templada había quedado la leche, para repetirme con condescendencia que había conseguido lo que habíamos venido a buscar: un contrato fabuloso, un gran productor. «Mirta. Una gran oportunidad. Grabación de disco, actuación semanal en su sala con pase único, promoción en la radio y en los periódicos. ¿Te das cuenta, Mirta? Es nuestra gran oportunidad, nuestra gran oportunidad.»

Quedé turbada, por primera vez la escuché. Vicente Parrado era más de lo que podríamos soñar.

Me levanté de la silla y comencé a caminar por la habitación, meditando. Sentía más ansiedad que otra cosa. Era una noticia inmejorable y también una putada sentimental brutal. Me agobiaba la posibilidad de no vivir cada día recibiendo el amor de Eduardo. Seguía sin poder creérmelo. ¡Vicente Parrado fijándose en nosotras!

Marcela era hábil manejando los tiempos y a las personas. Tan pronto notó mi confusión no perdió un instante en anclar sus argumentos. «¿No es maravilloso, Mirta? ¡Un disco! ¡La radio! No una radio, muchas. Y muchos periódicos y revistas. Actuación semanal con pase único. Y aún no te he hablado del dinero...»

De repente, la ansiedad se tornó en otro sentimiento a caballo entre la traición y la sorpresa. Sentí una profunda rabia por lo que oía, aquella historia tan poco transparente en la que yo era una marioneta por muy bueno que fuese el resultado. Y más reproches sobre cómo yo andaba despistada, con otros intereses, y ella se había visto obligada a mirar por nosotras e ir a visitar a Vicente Parrado sola porque a mí todo me daba igual.

Le contesté que triunfar no era ya mi deseo. Reaccionó como una loba herida, enseñando los dientes. Me acercó la cara agarrándomela con fuerza y me clavó la mirada con unos ojos de loca que me asustaron y me infundieron respeto. Fue demoledora, me dijo: «Matamos por esto».

Fuimos a Mar del Plata, claro que fuimos.

XIV

Buenos Aires, jueves 25 de marzo de 2004

A veces la vida simplemente no se ordena. Las cosas pasan fuera de lugar, alterándolo todo, obligándonos a adaptarnos pero sabiendo que eso no tendría que ser así. Eduardo no debiera haber sido así. Tuvimos que retrasar el viaje una semana, y Vicente Parrado montó en cólera, nos llamó «niñatas de mierda» y el sueño pendió de un hilo, pero resistió. El motivo fue otro retraso, el de mi menstruación.

Siempre menstrué como un reloj, algo muy de agradecer en su día por Abelardo, el putero, para echar cálculos de mis días hábiles, pero justo antes de marchar a Mar del Plata no me vino en el día ni en la semana prevista. Primero me obligué a creer que era por la tensión de la despedida y del viaje, pero por alguna razón sabía que me engañaba. ¿Cuándo no había habido en mi vida momentos de tensión, de nervios, de miedo, de angustias? Y por nada de eso había tenido un retraso. Con diez días de falta y a cuatro de marchar, hablé con Marcela. Fue la única vez en la vida que me levantó la mano, aunque no llegó a bajarla.

Tuvimos cuidado, yo no buscaba aquello. Le expliqué que con él no era como con todos aquellos hombres.

Estábamos sentadas en el sofá rojo. Teníamos un sofá rojo en la sala, lo llamábamos el sofá de la alegría. Con un sofá bermellón nada podía ir mal. Lo encontramos un día al poco de llegar, en el escaparate de una tienda, y a menudo dábamos paseos hasta él, para mirarlo y soñar delante del cristal todas las cosas que podríamos contarnos una a la otra en aquel sofá. Soñamos con portadas de revistas, con contratos millonarios, con príncipes persas, con matarlos y heredar sus fortunas, o directamente con ser nosotras las princesas y tener harenes de hombres, cuántas risas en aquel sofá rojo del color de nuestros labios. Desde que llegó a casa nos sentamos docenas de veces en él para contar buenas noticias. Una tras otra. Sin parar. Fue de verdad el sofá de las alegrías hasta que dejó de serlo.

Era el sofá de las grandes noticias, como la leche caliente era la de templar el cuerpo para recibir los reveses, pero igual que el gran contrato lo tratamos en la cocina, en el lugar de los problemas, esta terrible noticia la estábamos hablando en el sofá de la alegría. Ya nada tenía orden.

Solo me preguntó si Eduardo lo sabía. Y no, por supuesto que no lo sabía. Cómo iba a destrozar su sueño del estudio fotográfico con un hijo y cómo iba a destrozar el mío propio por lo mismo. Habíamos luchado demasiado para eso. Estábamos demasiado lejos de casa como para perder el control sobre nuestros pasos. Eduardo tenía que ahorrar y montar su estudio de fotografía. Era de verdad un hombre con talento, por mucho que Marcela pensase que lo tenía endiosado.

Empecé a llorar las primeras lágrimas por aquel bebé que sabía que no iba a nacer, porque solo venía a destruirnos el futuro a todos, a los tres. Qué burra había sido, qué estúpida, qué

imbécil... Yo, que había ejercido de puta y estaba bien adiestrada sobre eso. ¿Qué me había pasado por la cabeza? ¿Cómo había podido llegar a quedarme embarazada por inconsciente? No me lo perdonaba. Aquel bebé, evidentemente, no podía nacer. Yo misma se lo pedí a Marcela. «Quiero deshacerme de él.»

Y Marcela se encargó de todo, como siempre. Buscó en tiempo récord a una mujer que sabía de la medicina de las hierbas. Vino a casa y confirmó el embarazo.

«Prendió.» Eso fue lo que dijo aquella mujer de pelo aparentemente blanco pero no muy vieja. «Prendió y hay que desprenderlo.» Me contó que a veces estaban muy agarrados, pero este, por ser de poco tiempo, debería soltarse con hierbas sin necesidad de limpiar por dentro. También me dijo que dolería. Un poco, algo más que una mala regla. Que tendría cólicos como cuando te descompones fuerte.

Recuerdo bien sus palabras. Las recuerdo porque estaba aterrorizada.

Hizo el remedio allí mismo, en nuestra cocina. Una pócima hirviendo hierbas y con algún polvo que le echó. No sabía muy mal. Lo tomé y me pasé la noche retorciéndome, pero por la mañana ya no había nada. Volvíamos a ser dueñas de nuestro futuro.

Si bajó junto con la sangre, no lo vi, pero sangré. Mucho. Y tuve cólicos que me reconfortaron. Estaba bien sufrir y tener dolor por lo que estaba haciendo. Perder a un hijo del hombre que amaba tenía que doler y retorcerme por dentro, necesitaba sufrir. Sí, perder el hijo de un ser maravilloso con el que habríamos formado una familia de amor exigía dolor. Estaba bien padecerlo, rasgarme el vientre, porque era lo que sentía. Duró una parte de la noche. Después se fueron calmando los cólicos y la sangre fue menguando, como una regla corta. No quedó rastro ni debilidad, pero pasé dos días en la cama. Porque sí. Porque me daba la gana. Era mi luto, más que por el hijo no nato, por la pérdida de Eduardo. Porque aquella noche comprendí que no era momento para abandonar sueños ni era tiempo del hijo, ni de desaprovechar la oportunidad de Vicente Parrado, ni tampoco de renunciar al estudio fotográfico. No hay amor que pueda resistir las frustraciones. No quería ser la mujer que acabase con sus ilusiones, era demasiada carga, y puede que en un futuro demasiado rencor.

Ahora era tiempo de construir, y eso solo lo podía hacer respondiendo a todo lo que Marcela había hecho por mí y renunciando por amor a destrozarle el sueño a Eduardo. Así decidí el futuro.

Para él fue un catarro fuerte, para Marcela, el postaborto; ninguno de los dos me dejó sola. Pese a todo, tenía suerte en la vida.

Eduardo me compensó con mimos, amor y aquellos ojos limpios toda la pena que sentí. Fue una perfecta despedida con promesas infinitas de esperarnos, de centrarnos mientras en hacer realidad los sueños, de volver a vernos en medio año con el mismo amor pero siendo ya otros: yo una estrella de la canción y él un fotógrafo con estudio. Todo el tiempo mentí. Nunca tuve intención de volver. Siempre supe que regresar a lo que dejaba sería un fracaso y, si todo iba bien, de aquel trampolín alcanzaríamos glorias en las que Eduardo no encajaría. Los seis meses se convirtieron en dos años, y cuatro más de gira por el país, el dúo musical en uno solo, los sueños todos en una realidad poderosa que nos superó con creces, y Eduardo... Eduardo se convirtió en un recuerdo en el que cobijarme cada noche de hotel en ciudades que nunca tenía tiempo de conocer, tuviese o no un amante en la cama.

A veces la vida simplemente no llega en orden.
Eso es lo que pasa.
Yo ya lo sabía.

XV

Buenos Aires, viernes 26 de marzo de 2004

Ayer escribí poco, cierto, pero pensé mucho.

Recordé y ordené para escribir hoy.

En Mar del Plata vivimos un tiempo en la Casa de la Canaria. Allí había un pequeño estanque con percas que antes había sido un estanque de ranas, e incluso antes el abrevadero de los caballos. Un mínimo rectángulo poco profundo de piedra y hiedras que trepaban por la pared lateral, ya de por sí alfombrada de musgo en la zona de sombra, lo que le daba un verdor impertérito. El caño de donde salía el agua no era de la traída, procedía de algún pequeño manantial que brotaba allí, fresco e inmaculado, como un milagro en el medio del cemento de la ciudad de Mar del Plata. Alguien con muy buen criterio decidió en su día no sellarlo. De los caballos a las percas se había transformado y refinado con el tiempo, como nosotras. Hermoso, un poco agreste de más en su entorno, un poco fuera de lugar, pero encajaba de alguna manera extraña y hasta aportaba valor por su singularidad. Así éramos nosotras en Mar del Plata, y no tardamos en destacar.

La Casa de la Canaria era un hotel, tenía ese nombre singular porque Vicente Parrado lo conservó de la anterior dueña, canaria, como su nombre recordaba. Allí nos acomodamos en dos habitaciones que Vicente, viejo resabiado, situó en distintas plantas. Era el avance de lo que venía, nuestra separación física, que no tardó en comunicarnos.

Fue, creo recordar, al segundo día de llegar cuando nos llamó. Primero nos dejó descansar un día completo sin hacer ninguna aparición ni atender a nuestras llamadas ansiosas de comunicarle, tras el retraso, que ya estábamos allí, dispuestas a triunfar y a ser las artistas de éxito que él había contratado, pero hasta la segunda tarde no dio señales de vida. Nosotras estábamos aburridas, sentadas en el salón del hotel, adonde bajamos tras avisar al recepcionista de que esperábamos allí la posible llamada del señor Parrado. Ya habíamos advertido de nuestra ubicación en cada momento a cada uno de los recepcionistas de turno sin que el dato fuese preciso, pero esta vez el mozo sí que atravesó el salón vestido con su uniforme granate para informarnos de que el señor Vicente Parrado nos esperaba en su piso. Puedo recordar nuestra cara extrañada: «¿En su piso?». Vicente Parrado había estado allí todo el tiempo, en una habitación en el mismo hotel, entrando y saliendo, reuniéndose, comiendo y durmiendo bajo el mismo techo que nosotras, y no nos había llamado. Era el dueño y tenía a su disposición un piso completo, cerrado al público. Era su casa. Una de sus casas, la que utilizaba cuando estaba trabajando. O sea, que no nos había querido ver, o por estar enfadado o porque no éramos tan importantes para él como nosotras pensábamos. De hecho, éramos dos «promesas» en las que invertir, pero ya tenía muchos grandes artistas en su cartera. Eran los que realmente le daban dinero como para tener un patrimonio notorio. Recordarnos quiénes éramos fue un importante golpe a nuestra crecida autoestima.

El ascensorista pulsó el séptimo y nos ilustró en la subida de que el siete era un número

bíblico, por eso el propietario vivía en ese piso. Al abrirse la puerta, otros dos mozos de granate nos acompañaron por la inmensidad de aquella planta hasta una salita azul, como el salón del hotel, y allí nos hizo esperar unos minutos hasta que pudimos pasar al encuentro con Vicente Parrado. Era la primera vez que lo veía en mi vida y me temblaban las piernas.

El saludo fue breve, como ya habíamos visto hacer a los grandes empresarios. Directamente nos dijo que tenía algo importante que trasladarnos, porque él no estaba allí para perder el tiempo dándonos vueltas a las cosas, sino para ir al grano y decirnos lo que nos quería decir. A continuación, el mínimo preámbulo antes de que nos estallara en la cara su noticia fue ilustrarnos sobre que la realidad hay que cogerla por los cuernos y enfrentarse a ella, guste o no. Y añadió una frase que puedo recordar perfectamente, y hasta casi oírla de su voz rotunda y honda como salida de lo profundo de aquel vientre: «La realidad es que tú, Marcela, eres una mierda de intérprete».

Me quedé con la boca tan abierta, pero tanto, tan incapaz de reaccionar que solo pude mirarla en busca de una reacción suya que no hubo. Yo esperaba un grito o un brusco y bien hablado «vete a tomar por el culo», incluso un «vamos, Mirta, volvemos a casa», o hasta llorar en vez de enojarse, lo que fuese, pero no, Marcela se calló y se lo quedó mirando impertérrita. Y él lo reforzó con un: «Así es, niña».

Luego argumentó con detalle el valor que yo tenía, cómo llenaba el escenario con mi presencia, cómo daba gusto verme cantar y hablar con la gente, que me adoraba. Él creía en una especie de don de los artistas, algo que se tiene o no se tiene, que va más allá de estudios en academias. Resumiendo, que hay quien vale y quien no vale. Y que yo valía, Marcela no, y se acabó. Marcela no tenía don ni belleza, pero tenía cabeza. Eso fue lo último que salió de su garganta ante nosotras, espantadas de oírlo.

Abrí de nuevo la boca muy lentamente. Esta vez para responderle, y Marcela adivinó mi intención de soltarle un impropio a aquel hombre. Inmediatamente me frenó, agarrándome el brazo, para que él pudiera seguir hablando.

Y así lo hizo. El señor Parrado, hecho aquel anuncio demoledor, vomitó por la boca sus planes para nosotras. Antes mostró un atisbo de humanidad dirigiéndose a Marcela de forma seria pero cariñosa y reconociendo que no era un ejemplo de buenas maneras, pero que conocía bien su oficio y ella no valía para el escenario. «Asúmelo, te harás un favor. Y además dejarás prosperar a Mirta.»

Nosotras seguíamos calladas y pegadas al suelo de baldosa hidráulica, como clavadas a uno de aquellos diseños geométricos.

El señor Parrado, sentado en un sofá orejero azul, como casi todo en aquel hotel, seguía desmigando el arte de Marcela, pero a cambio le reconoció ingenio. Le había sorprendido el aplomo con el que había llevado toda la negociación siendo tan joven y le aseguró que valía para otras cosas. Por tanto, el contrato seguía en pie con modificaciones. Yo como única estrella acompañada de músicos, bailarines y lo que precisásemos en un cheque abierto para el nuevo espectáculo por diseñar. Y ella sería, fuera del escenario, mi acompañante. Dijo que toda artista necesita una ayudante de absoluta confianza tras el escenario, en los viajes y en las actuaciones, incluso en los ensayos. Una buena acompañante evita escándalos y ordena la vida, seguía adornando la nueva función de Marcela, aunque claramente estaba más que rebajada, defenestrada.

No pude aguantar más y lancé mi órdago. O las dos o ninguna. Un órdago que salió del estómago, del corazón, del pulmón o de otra víscera, pero no del cerebro, eso lo manejaba con más habilidad Marcela. Aún no había terminado de disparar mi frase amenazante y ella accedió con un discreto «de acuerdo», a lo que añadió que no sería ninguna acompañante, se quedaba en calidad de mi representante. Y, si Vicente Parrado pretendía conservar su diamante en bruto, de ahora en adelante debía tratar con ella para cualquier cosa que quisiese.

El hombre soltó una fabulosa carcajada retumbada en la caja de su panza y gritó entusiasmado: «¡Trato hecho! ¿Veis como yo nunca me equivoco?».

Ya nos dirigíamos a la puerta cuando nos volvió a gritar: «Y te llamarás Mirtha Val. Con “h”. Gondar también es una mierda de apellido».

Allí empezó mi carrera en solitario.

En solitario en los escenarios, en la vida seguimos siendo dos.

XVI

Buenos Aires, sábado 27 de marzo de 2004

Marcela está aquí.

XVII

Buenos Aires, miércoles 31 de marzo de 2004

Una vez estuve frente a un asesino. Fue después de una función. Tras cada espectáculo me duchaba y me cambiaba en mi camerino. Marcela estaba allí, esperándome. Solo ella. Todos y cada uno de los días, nunca faltaba, ni en los meses que pasábamos en el Teatro Alameda, que años después compraríamos, ni en las giras por el país o el extranjero. Me esperaba como madre, compañera y representante. Si era invierno, aguardaba en la puerta con un albornoz caliente. No sé cómo lo hacía, supongo que lo calentaba con la plancha. Me envolvía con él mientras alababa mi función; los reproches o errores los reservaba para después de la ducha. Yo necesitaba esa adulación tanto como de la posterior sinceridad. Creo que todos los artistas la precisamos, y mienten los que dicen que no. Nos exponemos cada día, somos centro de miradas, rayos X que nos examinan. Nadie sale a un escenario sin creerse grande ni sin tener miedo de no serlo. El barro está ahí.

Yo aprendí que a los fans hay que hacerlos esperar. Les gusta. Una no puede cambiarse corriendo para salir y que no pierdan tiempo, como hacía los primeros años. No quieren ver a una mujer, quieren una estrella, y la estrella debe retrasarse. A veces hora y media, y allí seguían, perseverando en el sueño de conocerme. A aquel hombre ya lo había visto, había venido y había esperado otras veces. Varias, quizá tres o cuatro. Me acuerdo de él porque tenía un curioso bigote pasado de moda, enroscado en los extremos y seguramente remarcado con un hierro caliente. Me apretó las manos. Yo llevaba guantes, siempre fui muy cuidadosa con la higiene. No soporto a la gente que escupe al hablar ni a la que besa en las manos, por eso me los ponía, porque siempre había algún besador de manos. Él no lo hizo, me las apretó mirándome a los ojos, mientras yo admiraba la perfección de las volutas de su bigote. Se declaró, como todos, un sincero admirador, y yo le correspondí afectuosa. No sabía que realmente lo era. No aprecié cómo se marchaba, nada me pareció extraño. Oí el disparo sin identificar bien qué era. No sonó como en las películas, fue más seco y opaco, menos rimbombante. Poco espectacular para ser el final de una vida. No debería sonar así un final. Se produjo un tumulto y a mí me sacaron del teatro y me metieron en un taxi. Vi el cadáver al salir, casi me llevaban en volandas. Tenía la cara reventada y había sesos, huesos, carne o no sé qué, esparcidos por la pared. Supe más tarde que había matado a su mujer en casa y después había venido a ver la función y a despedirse de mí, o de la vida. Quién sabe. Era un miserable maltratador.

Aquella noche no pude descansar en la cama. Recordé mil veces esos ojos sinceros, aquella sonrisa, aquella cara amable. ¿En dónde estaba el asesino? ¿Cuántos rostros puede tener un ser humano? Cuando me reencontré con Marcela tras matar a mi padre, tras matar a Abelardo..., también le había mirado a los ojos buscando un cambio que no había. Un indicio del hecho. Sería justo que cometer un crimen dejase una huella en el asesino, ¿verdad? Puede que simplemente el asesino habite en nosotros sin conflicto con el resto de nuestro ser. Está ahí, siempre. No tiene

unos ojos distintos, una mirada turbada, un gesto convulso, no. No tiene la cara de malo que nos enseñaron en el cine. Es tan natural como el resto de los comportamientos. Aquel hombre era un asesino. Marcela también. Por eso resulta inútil que cada vez que me visita escudriñe cómo se mueve, lo que dice, su rostro para saber qué piensa, cuándo me matará. Marcela no va a llegar diferente un día para ponerle fin a mi vida. Lo hará con naturalidad. Es una asesina. Yo también lo soy sin matar.

Vino y se quedó varios días.

Esto no entra en la rutina a la que me tiene acostumbrada, por eso mi mente detectó inmediatamente una alerta de que podía ser mi fin. El día elegido para matarme. No lo fue, sigo aquí. Desconozco por qué.

XVIII

Buenos Aires, viernes 2 de abril de 2004

¿Cómo puede afectarle a una persona un encierro? A veces tengo sensación de irrealidad. Reduje mi mundo a este piso y a un montón de recuerdos queridos y odiados, pero ya no sé si soy la misma, si razono bien, si vivo en el presente o en ese montón de imágenes que vienen sin cesar a mi mente. Creo que no sería capaz de volver a salir. Y, desde luego, dudo de la utilidad que tendría para mí. Puedo vivir solamente con mis recuerdos, desde los sueños hasta el sexo, la brisa del aire en la cara. Nada es ya imprescindible. Ni soy la misma que cuando empecé a escribir este diario.

Repasar la vida es revivirla cuando ya no me queda nada fuera.

Tengo alimentación y recuerdos. Suficiente. Ahí encontré mi zona de confort, entre los demonios y las alegrías. Este diario ha hecho más por mí de lo que podría conseguir la mejor de las terapias en este país de psicólogos.

Empecé a escribir con una ira y una liberación que ya no siento. Debería revisar el diccionario para ponerle nombre a lo que ahora sucede en mi mente. ¿Y si Marcela siempre estuvo enferma? ¿Y si yo soy realmente su principal víctima? No, no me estoy absolviendo, reconocí eso también desde la primera página. Fui motor y cómplice, y tengo sangre ajena manchando mis manos, pero yo también soy víctima de ella. Ahora lo veo con nitidez. Le entregué la vida a cambio de un favor, a cambio de la muerte de mi padre. Me entregué a tenerla siempre a mi lado, guiando, observando, manipulando, gobernando, viviendo mi vida hasta olvidar la suya como una enferma.

Ella hizo de mí un negocio que ingresaba dinero a paladas. Y lo digo literalmente. Recuerdo los cobros en dinero negro por una actuación privada, por una sorpresa en una fiesta, por elegir actuar en una película y no en otra, por tantas cosas. Recuerdo a Marcela abrir una bolsa que llevaba en la mano en la habitación de un hotel y tirar el dinero al aire. Nos reíamos, estábamos borrachas de éxito. Éramos poderosas. Ella invertía y multiplicaba todo aquello sin que yo me preocupase más que de vivir. Conseguía entrevistas, radios, portadas, teatros, shows de televisión, películas, y no solo en Argentina, sino por media Latinoamérica. Lo único que no consideraba era España, adonde nunca regresamos. Mentía o, mejor dicho, inventaba mentiras que nos beneficiaban. Me decía: «Di en la entrevista lo sorprendida que te quedaste cuando supiste que hay tantas niñas a las que sus padres les pusieron Mirtha por ti». Lo decía, y sucedía. Docenas de niñas eran bautizadas como Mirtha. Era como mover los hilos incluso de lo que hacían las personas. ¿Qué ganaba Marcela con todo eso? Por supuesto, dinero, porque siempre tuvo parte en todo, una vida próspera, influencia, poder... Pero había más que eso: obtenía la satisfacción enfermiza de mover mi vida a su antojo, de sentirse dueña, ama, propietaria de mí. Hoy entiendo que Marcela me creó y después me devoró hasta hacerme desaparecer.

Matarme solo será un paso más. Sé que entró en sus planes cuando decidí volver a España

con mi hijo. Solos. Los dos. Madre e hijo lamiéndonos la herida de la muerte de su padre. Pero cuando él también faltó y me recliné en este piso no dejó de pensarlo. Sé perfectamente que su plan último sigue siendo matarme.

¿Qué hará cuando yo falte? Quisiera descubrir esa última pieza del rompecabezas. ¿Qué será de ella cuando tenga vida propia? Sin mí.

XIX

Buenos Aires, sábado 3 de abril de 2004

Es tarde. Pasé el día pendiente de la puerta, no sabía si hoy podía volver Marcela, como el sábado pasado. Como no supe toda esta semana si aparecería por sorpresa. Por eso casi no escribí. No está bien mi cabeza, debería centrarme más que nunca en terminar este diario. Si es que lo es, si poner una fecha encabezando cada hoja convierte estos fragmentos de recuerdos desordenados y libres en algo que se pueda llamar diario.

Desde muy joven me encamé cada vez que el mundo me superaba, como he hecho estos días. No lo inventé yo, las mujeres encamadas cruzaron los siglos. No sé por qué se trataba siempre de mujeres, pero es así. Antes se pensaba que por debilidad o sensibilidad. Yo siempre lo hice porque puedo, porque me tomo esa libertad de abandonar el mundo y estar conmigo, con mis miedos y mis fobias, que tampoco son tan mala terapia. Fue la única manera en la que supe superar algunos episodios como el aborto.

En mi aldea natal había una mujer encamada de por vida. También las hay. Son las que toman el camino de no volver a exponerse a lo que les ocasionó el trauma, el dolor, el desbordamiento vital. Su familia lo había acogido con una naturalidad asombrosa, como algo inevitable. Desconozco si la llevaron a un médico o simplemente ocurrió que un día se encamó por enferma y nunca se repuso de aquella flaqueza vital y emocional. Se llamaba Jovita, aunque se la conocía por «la encamada». Así llevaba años hasta que dejó de valerse. Entró en la dependencia, los músculos se ablandaron y se redujeron. Andar ya no era una decisión, era una imposibilidad. A mí, que era solo una niña, me atraía su visión tras la ventana como atraen los misterios. Era una persona pálida, reducida a la mínima expresión mirando a través del ventanal de su habitación en los días en que la incorporaban para evitar llagas. Recuerdo que en una ocasión levantó una mano para saludarme, o tal vez me lo pareció. Mi padre siempre dijo que se había encamado después de una noche de fiesta en el pueblo, y siempre tuvo la sospecha de que la habían forzado. Antes se decía así, hoy se llamaría violación. Jovita se encamó por la culpa que sentía, la humillación, la impotencia, y así le puso un final voluntario a su vida y dejó sus miedos tras la puerta de casa con el mundo rodeando de silencio aquella decisión. Las víctimas también pueden sentir culpa, aun siendo las víctimas. Yo bien sé de esa ruindad de una sociedad que educa así a sus mujeres, para vivir en la culpa.

Los hombres no se encaman. Ellos convierten sus miedos en otras cosas: en violencia, unos; en aparente fortaleza, otros; o incluso en dolores, como Rodolfo.

Rodolfo no precisaba de apellido. Era solo un nombre, gozaba de tanta fama en aquellos tiempos como de olvido hoy, a treinta años de su muerte. Rodolfo era tenor de renombre y había viajado por los teatros de medio mundo. El timbre de su voz era un prodigio de la naturaleza, y su salud vivía a merced de esa sentencia. Comenzó siendo una protección de la garganta anticipándose a los efectos que en ella podían ocasionar la dureza de cada nueva gira, cada

cambio de tiempo inesperado, cada epidemia de gripe. Luego se extendió a cada amor cansado de él. Cada golpe real o ficticio de la vida le provocaba un dolor intenso o una enfermedad terminal que lo llevaban a una larga procesión por médicos y una angustia vital insuperable. En mi vida he visto un hipocondríaco como él ni he conocido a nadie que se hubiese hecho tanto daño a sí mismo.

Con el tiempo, las frustraciones de cualquier índole también entraron en los orígenes de los dolores, luego fueron los nervios. Yo he visto en su cuerpo sarpullidos, lo he visto padeciendo un dolor agudo en los pulmones que le impedía cantar y hasta hablar. Y ahí llegó el problema real, cuando demasiadas veces sus enfermedades imaginarias le impidieron atender los contratos. El público defraudado te abandona, pero antes se marchan los empresarios estafados por unas dolencias cambiantes y siempre descartadas por la medicina.

Rodolfo se curó. Fue tarde para salvar su carrera, pero a tiempo para sostener su vida.

Se curó con un amor. Amor de hombre, prohibido para aquellos tiempos. Con aquel amor con pene, vivido por primera vez en libertad, se marcharon todas las visitas a los centros de salud. Él lo llamaba somatizar su homosexualidad frustrada, yo lo llamo vivir incompleto. Tanto da. El daño que uno se hace busca por donde salir. Y siempre sale por donde más nos duele.

Por eso me encamo. Por eso me encamé estos días. Por eso no escribí. Porque todavía mi cabeza tiene mucho que asentar para poder contarlo, y superarlo.

Pero ya estoy de vuelta y con un puñado pequeño de aliento para seguir escribiendo y sacando de dentro.

¿En dónde me había quedado contando este caos?

En Eduardo, tengo que llegar a él, pero antes debo hablar de mi boda con otro hombre. La boda y el reencuentro con la adivina del barco. A veces la vida bien parece una espiral que se lleva y trae gente que desaparece y reaparece cuando menos lo esperas. Fue lo que sucedió con la adivina y el matemático estafador que reapareció y llegó a ser mi esposo.

Vicente Parrado cumplió su contrato. Nos dio todo lo acordado y soñado y añadió lo que pedimos de más. Nos montó un gran espectáculo en el que yo ya no decidía nada, pero Marcela sí. Desde el repertorio a los arreglos musicales, la puesta en escena, la coreografía, los colores, todo, absolutamente todo pasaba por su mano. Aunque con el visto bueno final, por supuesto, del señor Parrado. Él era como una Marcela en hombre, tampoco escapaba nada de su control. Y a mí me reservaba el derecho artístico de encapricharme alguna que otra vez y concederme un bailarín o una canción por antojo. Fue una época de trabajo extremo. No sé de dónde saca el público la imagen romántica de esta profesión. Trabajábamos a destajo y sin hora, ensayábamos hasta la extenuación. Estudiaba, aprendía canto, solfeo, composición, baile, dicción. El objetivo de las dos siempre fue la perfección más allá de la perfección. Todo pequeño fallo era intolerable para nosotras, en eso nos parecíamos mucho. Durante meses no hubo más vida, tiempo ni conversación que para trabajar. Discutíamos y nos reíamos veinte veces en un día. Todo con la misma intensidad, las risas y los gritos. El éxito es también un fruto de la resistencia.

Extraño de aquel tiempo las fuerzas. Esa fuerza sobrehumana que tiene quien ve ante sí un sueño por el que peleó como una loba. Adoro esa sensación. Adoro a los luchadores a quienes nadie les regaló nada y todo lo consiguieron mordiendo fuerte con los dientes su destino. No hay tampoco éxito más sabroso y reconfortante. Cada pica clavada en aquella montaña nuestra era un

éxito que nos hacía crecer el orgullo.

El éxito antes era diferente. Duraba. Una artista, como un espectáculo, se construía para durar, no para usar y tirar como ahora. Mirtha Val nació con Vicente Parrado. La gente me abrió los brazos. Grabé un disco, estrenamos el espectáculo, hicimos entrevistas en radio y prensa. Mi nombre comenzó a sonar en la ciudad. Todo aquel trabajo, y el sacrificio de Eduardo, del que no se hablaba nunca entre nosotras, tuvo recompensa. Para poder trabajar sepulté a Eduardo desde el comienzo. Lo sepulté en la memoria y en el correo. No me lo tuvo que decir Marcela, yo misma tiré sin abrir todas las cartas que llegaron a la recepción del hotel. Todas. Con dolor y desgarró, pero no las abrí ni las guardé para vencer posibles debilidades. Aquello era una decisión tomada desde el día que nos marchamos. Era lo necesario. Una relación se rompe mejor con un desengaño, con odio, con un motivo. Y yo se lo estaba dando. Estaba haciendo que se enrabietase de ira y de dolor. Lo pasaría mal, lo sé, pero se curaría antes. No hubo ni una sola noche que no pensase en él antes de dormirme o que no fuese mi primer pensamiento al despertarme. Era eso para mí. Y ahí debía quedar, en las noches y en los despertares, hubiese o no alguien a mi lado en la cama. Eduardo estaba siempre porque yo quería que estuviese, pero solo de esa manera.

Con el tiempo, y pese a la distancia, estoy segura de que tuvo alguna noticia mía. Le habría de sorprender ver mi nombre en solitario, pero también estoy segura de que no le sorprendió el éxito. Él confiaba en mí más que nadie.

Muchos amantes de aquellos años fueron de usar y tirar. Eduardo fue más que eso. Él fue de usar y guardar para siempre, aunque le había hecho pensar que también lo había tirado.

Vicente Parrado estaba orgulloso de su creación. Distaba mucho de ser su artista más destacada, ni siquiera estaba en el *top ten*, pero nuestra ambición era tal que ni él ni nosotras teníamos dudas de que algún día sería la cabeza de todos ellos. Era muy pronto todavía. Hablamos de grandes nombres y aquello llevaba tiempo, esfuerzo e inversión, pero disponíamos de las tres cosas.

Con Vicente Parrado solo estuvimos un breve tiempo, no llegó a dos años. Hasta que apareció un peldaño más que subir en nuestra carrera. Allí no había casamientos, todo era negocio e interés. Y así lo entendían todos. Oferta y demanda. No niego el malestar de los productores cuando un diamante pulido por ellos se les iba de las manos, ni los intentos de hacernos sentir culpa y traición, pero todo se pagaba con cuartos. La rescisión de los contratos también. Por eso, si el tiburón grande pagaba, nuestra libertad estaba saldada. Pacto de negocio. Ganancias y a otra cosa. El precio de la libertad de Mirtha Val no fue barato, sin ser el de una primera clase, pero fue un buen intercambio económico. Y así subimos el nuevo peldaño que vino de la mano de una superviviente nata, la adivina del barco.

XX

Buenos Aires, domingo 4 de abril de 2004

Tarde otra vez. Esperé hasta el final del día, hasta la caída de la noche, por si Marcela llegaba, pero no vino. Es la rutina desde hace meses. Su visita semanal alimenticia se produce cada domingo, pero hoy no ha aparecido. Pasaban las horas en el reloj de la cocina, en el de la sala. Mientras, caminé y caminé por la casa entre uno y otro, angustiada. La falta de normas, de una pauta fija de comportamiento en la que ampararme siempre me alteró. Algo pasa. O algo pretende que piense que pasa. No lo sé. Su mente siempre va muy por delante de la mía. Puede que simplemente desee que me inquiete, que vea que un día puede no volver a aparecer. Y yo, la verdad, estaría perdida sin ella. En estos momentos de mi vida no sabría qué hacer. A veces creo que Marcela me va a librar de la dureza de un suicidio cuando se venga de mí.

Este desorden tampoco me deja escribir, pero no quiero que lea estas páginas antes de contar toda la historia. No cumplirían su fin. Debe leerlas acabadas. Puede que mañana venga. Aunque hay comida en el congelador como para tres o cuatro días, lo sabe bien. En todo caso, debo acelerar la escritura, cada vez el tiempo que me queda es más incierto.

Vuelvo a Mar del Plata en aquellos tiempos de la nueva Mirtha Val. Un día Marcela llegó al hotel entusiasmada. No habíamos coincidido en toda la jornada, nos pasaba algunas veces, pero habíamos quedado para cenar juntas. Ya no estábamos en la Casa de la Canaria, pero en vez de alquilar un apartamento, como en Buenos Aires, allí siempre tuvimos la sensación de provisionalidad y seguíamos viviendo en hoteles. Era como si un día fuésemos a regresar a la capital; en realidad nunca lo hablamos, pero las dos lo dábamos por hecho. Por eso alquilamos un apartamento en un hotel. En lo alto. Con unas espectaculares vistas de la ciudad. Teníamos el servicio del hotel y la independencia de un piso. Y, sobre todo, era una extravagancia de Mirtha Val, muy propia de una artista.

En la cocina de ese apartamento coincidimos las dos a las nueve para preparar algo y tomarlo en la mesa del salón comedor. Era relajante acabar el día así. Dos amigas contándose la jornada con una cena fría y sus respectivas copas de vino. La noticia era que Marcela había tenido noticias de Ralph Wolf. Desde hacía meses aquel nombre se escuchaba en todas partes. Había irrumpido en la escena artística argentina como una auténtica explosión. Yo también había oído hablar de él, como todo el mundo. Tenía el atractivo del foráneo, un productor de origen americano, vinculado a Hollywood y a las grandes estrellas del cine y la canción del país. Pronto su fama era tal que podías escuchar todo tipo de historias sobre Ralph Wolf y todos aseguraban que eran ciertas. Era millonario, tenía relación con la mafia, los actores del planeta Hollywood comían de su mano, él estaba detrás de la fama de los más grandes, había pasado un tiempo en la cárcel por matar a una amante, frecuentaba orgías... Millones de cosas podías escuchar sobre él, todas asombrosas. Mientras tanto, lo cierto es que nadie sabía nada y pocos lo conocían, pero Marcela había tenido noticias de su intención de montar una oficina en la ciudad para entrar en el

negocio en Argentina. Y, por supuesto, no podía hacerlo con cualquiera, precisaba valores en alza. Mirtha Val encajaba a la perfección.

Ralph Wolf tenía una mano derecha. Sin tocarla a ella era imposible llegar a él. Se llamaba Elvira y se había ganado la fama de ser un hueso duro de roer. Hacía funciones de secretaria y asesora en el país. Nada se movía ni un milímetro sin que ella lo supiese. Elvira era el filtro y hasta ella decidimos llegar.

La verdad, desconozco cómo fueron las negociaciones. Además de ser cosa de Marcela, yo desconectaba de todo eso cuando ella me lo contaba. Había desarrollado una habilidad especial para suprimir su longitud de onda y borrar su voz durante las tediosas explicaciones sobre contratos, negociaciones con los artistas, la prensa, inversiones, facturas, etc. Me resultaba terriblemente aburrido. En aquellos días yo estaba encaprichada con un arquitecto de fama, había aprendido a calmar la ausencia de Eduardo con otros hombres. Pasaron tantos por mi cama que la propia Marcela me lo recriminó cuando Vicente Parrado la telefoneó para decirle que no estaba haciendo bien su trabajo, que también consistía en cuidar de mi reputación. Y, aunque a las artistas nos estaba consentido casi todo, los hombres casados no entraban en el consentimiento. El arquitecto estaba casado con una poderosa heredera de negocios pesqueros que no dudó en llamar a las puertas precisas para que se nos cerrasen las nuestras, y así llegaron las presiones al mismísimo Parrado, que se enfureció.

Todos aquellos hombres eran mi Frankenstein, el intento desesperado de encontrar en ellos trocitos de Eduardo con los que calmar su ausencia, pero nunca lo conseguía.

Marcela defendió mi honor ante el empresario, pero ya en casa me habló muy duramente. Sabía cómo hacerme daño porque me conocía a fondo, y así no dudó en atacar mi línea de flotación, que llevaba el nombre de Eduardo. Había pasado demasiado tiempo y tenía razón: él ya no estaría pensando en mí, y mucho menos destruyéndose por mí. Todo pasa. O todo debe pasar, pero para eso hay que querer curarse. Y yo, de alguna manera, todavía encontraba en ese dolor que me llevaba a otros cuerpos una forma de recordar lo que había sido el amor de Eduardo.

Aquello debía acabar ya. Y en la misma conversación Marcela me anunció que al día siguiente íbamos a conocer a Ralph Wolf y que intentase mantener las formas.

Acudimos a una modernísima oficina en uno de los edificios más altos de la ciudad. La altura marcaba poderío y modernidad, justo lo que vendía Ralph en su imagen. Yo acudí vestida con un irreverente traje pantalón de corte masculino, con sombrero de hombre ladeado y gafas de sol, los labios pintados de un rojo intenso. Deseaba cautivarlo. Aquel hombre era una buena baza para nosotras.

Todo su equipo parecía ser muy joven y vital. La chica de la recepción, la secretaria, los asesores que nos recibieron... Las oficinas estaban acristaladas y dentro se desarrollaba una actividad frenética, reuniones, risas y palmadas en la espalda. Daban una impresión para nosotras desconocida hasta el momento y muy diferente, desde luego, de lo que era la empresa de Vicente Parrado.

Nos saludaron con una amplia sonrisa y nos anunciaron que pasaríamos al despacho de Elvira antes que al del señor Wolf. Marcela no me lo había contado todo, evidentemente. Enseguida entendí aquella frase de que mantuviese las formas. El impacto fue brutal cuando reconocí en

Elvira a la mujer del barco a la que yo inconscientemente le había hablado de más y que decía ser adivina.

No supe reaccionar, algo muy propio en mí. Estaba simplemente impresionada por el reencuentro y, sobre todo, por la nueva vida de aquella mujer. No sabía cómo encajarlo. ¿Era una impostora o realmente era quien decía? Sin ir más lejos, nosotras tampoco éramos cantantes cuando estábamos en aquel barco lleno de sueños de futuro. Ella misma podría estar sorprendida por nuestra meteórica carrera.

Busqué apoyo y razón en Marcela, que no me miró. Esperé a que la mujer hablase. Podía hacer referencia al barco o no, así sabría cómo actuar. De repente me sentí la niña del transatlántico metida en un ostentoso traje de chaqueta de mujer bandera. Me sentí impostora como ella. La mujer me tendió la mano y me saludó afectuosamente alabando mi voz y mi espectáculo, que sin duda conocía y había visto, puede que en varias ocasiones, antes de esta visita.

Me pareció extraordinariamente afable y muy profesional. Y mi desconcierto fue mayor. ¿Debíamos hacer todas como que no nos conocíamos? ¿Por qué? ¿No era lícito conseguir los sueños? ¿Por qué debíamos ignorar nuestra procedencia o aquel encuentro casual? Algo resultaba extraño.

Tuve ocasión de intercambiar solo tres frases rápidas con Marcela en una breve ausencia de la mujer cuando fue a atender una llamada telefónica. No sabía ya si Marcela la había reconocido, pero ella misma me lo dijo: «Mirta, intenta comportarte con normalidad». Lo intentaba, se lo aseguré, pero lo que me extrañaba no era que la adivina se hubiese reciclado en ayudante de un gran productor musical internacional, sino que todas ocultásemos nuestro primer encuentro. ¿Sería que no nos había reconocido? Nuestra conversación quedó interrumpida por el regreso de Elvira.

En cinco minutos más supimos el porqué de aquella oscuridad sobre nuestro pasado común. Elvira nos anunció la incorporación a la conversación del señor Wolf justo cuando oímos girar el picaporte de la puerta acristalada que teníamos a nuestras espaldas y en la habitación entró, como un triunfador, el matemático estafador del barco que se nos presentó como Ralph Wolf y dijo ser un fan de mi arte.

XXI

Buenos Aires, lunes 5 de abril de 2004

Son las seis de la tarde. Ya no creo que venga. Todo es estresante, agobiante. Esperarla, no poder ponerme a escribir... Tengo miedo de ser sorprendida, pero también estoy impaciente por avanzar en estas páginas. Así que he decidido arriesgarme, no suele venir tan tarde, siempre viene por la mañana. Aunque nada es como era. No sé qué quiere que piense con estos días extraños. A lo mejor le da igual lo que yo crea. También puede ser.

El primer encuentro con Ralph fue inquietante y exitoso a partes iguales. Con todo lo que me pasaba por la mente, no creo que yo resultase muy brillante, pero él se quedó fascinado conmigo y con mi impecable traje de corte masculino. Y a mí, aunque por distintas razones, me impactó aquel encuentro.

Salí de la habitación sin saber muy bien qué había ocurrido allí dentro. La asesora del productor musical de moda en el país era la adivina del barco. Y seguramente eso no fuese una mentira, que aquella mujer se hubiese reconstruido en esta tierra de oportunidades, pero ¿qué debía pensar del matemático? No sabía su nombre, desconocía si era Ralph Wolf, pero sabía que era un estafador. Yo misma lo había visto con mis propios ojos, tan fascinada por sus habilidades como en esta nueva ocasión. Y entonces me di cuenta de que Marcela nunca lo había visto, ella se había pasado el viaje enferma.

Disimulamos hasta llegar al exterior del edificio y allí solté todo lo que llevaba dentro. Disparé todas aquellas cuestiones a una Marcela confusa con la noticia. Hasta ese mismo momento venía encantada con el encuentro, segura de que íbamos a tener pronto una poderosa oferta de aquel hombre, una oferta que ella todavía negociaría hasta sacar más. Pero mi identificación echaba todo por tierra.

Nos detuvimos en una cafetería para ordenar las ideas.

Cualquier duda sobre la adivina quedaba despejada con aquel hallazgo. Por lógica, una adivina es una estafadora, nosotras por lo menos no teníamos duda sobre ese extremo: no creíamos en la menor posibilidad de predecir el futuro. Por tanto, ella era tan estafadora como él, simplemente habían unido sus fuerzas. También dedujimos que en el barco no se conocían. Si fueran cómplices, ella no lo habría delatado delante de nosotras, pero sabía de él y de su extraordinaria habilidad, así que incluso es posible que fuese ella quien lo hubiese buscado más tarde para proponerle un trabajo a gran escala juntos.

Con el tiempo supimos que no nos equivocamos en ninguna de aquellas deducciones. Las primeras intuiciones suelen ser las mejores y dimos en el clavo en todo.

Pero había más. Evidentemente, el estafador no sabía de Marcela ni de mí, y Marcela no sabía de él. La única que manejaba toda la información sobre quién era cada uno era la adivina. Por tanto, si ella nos había presentado a Ralph, e incluso nos habían hecho una oferta, era porque claramente sabía que no hablaríamos y que aceptaríamos. Como así ocurrió. La propuesta resultó

tan inmejorable y él había alcanzado tanta fama, que Marcela decidió que nos era indiferente su origen y que tampoco nos importaba si todo era una mentira, porque lo único cierto era que la industria artística del país entero se había rendido a sus pies. Ralph tenía un poder de persuasión con el que podía conseguir lo que se le antojase. Incluso me podía conseguir a mí.

Rompimos nuestro contrato en curso y firmamos con él. No podíamos imaginar entonces la buena decisión que habíamos tomado, porque Vicente Parrado no tardó mucho en morir.

Vicente no tenía hijos, padres ni hermanos. No había herederos de su imperio cuando falleció atragantado con un hueso de pollo. Todo le quedaba a su viuda, Emilita. Aquella que en su trono de terciopelo granate reinaba en el funeral como deben reinar las viudas, con aflicción y tristeza. Aunque las lágrimas y el amor las aportase la breve visita al velatorio de Antonia, su asistente personal. Con la nariz hinchada y encarnada. O debiera decir exasistente personal, porque, evidentemente, a Emilita le faltó tiempo para ponerla en la calle de la manera más humillante que pudo, sacando en cajas todos sus efectos personales que un guardia de seguridad le entregó en el vestíbulo del edificio, sin permitirle siquiera subir a recoger nada a la oficina o a la habitación que tenía en el hotel.

Emilita tomó posesión de aquel piso, que nunca le había gustado y al que tenía la entrada casi vetada por Vicente. Era un domicilio de trabajo. Allí él se pasaba el día y muchas noches para estar en contacto con los artistas y tener las reuniones precisas. Incluso había un estudio de grabación en él, y aquella habitación para Antonia, que trabajaba tantas horas. Así que, para la viuda, tomar posesión del piso y echar de allí ruidosamente a Antonia era un placer deseado y orgásmico.

De Antonia no supe nada más. Se acabó al mismo tiempo que él. Era una «sin papeles» y «sin derechos», respetada por todos mientras contó con el amparo del gran productor e igual de ignorada cuando él faltó. Ni siquiera fue desprecio lo que sufrió, solo dejó de existir socialmente.

Nosotras tampoco nos preocupamos por ella a pesar de que antes manteníamos una estrecha relación. Era así. El conocido destino de una amante.

Cuando Vicente Parrado ya no estaba me alegré de que nuestra carrera no hubiese quedado en manos de su viuda, que nunca se había acercado a un teatro. Sentí que se cerraba un ciclo. Él nos había traído hasta allí y de alguna manera fue quien me separó de Eduardo. Durante todo el tiempo que había pasado utilicé docenas de cuerpos para llenar aquel vacío, pero ninguno me valía. Estaba sola.

Estar sola en compañía es la manera más terrible y dolorosa de estarlo. No quería acabar siendo una Antonia zapateada por la vida. Si tenía que escoger, prefería ser la Emilita vencedora, aunque ya no tuviera amor.

Sin embargo sí tenía todo lo demás. Y tenía respeto. Yo ya había desistido de volver a sentir amor como el que había sentido por Eduardo. Esa manera tan noble y honesta de amar. Por alguna extraña razón, o bien por todas esas que acabo de enumerar, el caso es que la muerte inesperada de Vicente Parrado pesó en el «sí quiero» que le di a Ralph.

XXII

Buenos Aires, martes 6 de abril de 2004

En el congelador queda una fiambarrera con comida. Marcela debería venir mañana a reponerlas. La verdad es que me angustia la idea de salir a la calle. Tener que ir a un banco o a un cajero a sacar dinero, ir a comprar, cocinar... Prefiero soportar su presencia. Prefiero la cárcel a la libertad. La idea de salir me bloquea. No podría hacerlo. Sé que parecerá una estupidez pero, de verdad, no tengo ánimo para enfrentarme a la calle, a la gente, a la vida.

Es tarde de nuevo. El consuelo del día me lo da pensar que voy a escribir. Hallo paz en esta revisión de mis recuerdos, creo que vivo en ella.

El estómago también se acostumbra a no comer; de hecho, es un músculo. Cuanto menos le das, menos te pide. No siento hambre, y solo como la cuarta parte de lo que come una persona corriente. Esa fiambarrera puede durarme varios días. A lo mejor cuatro. Lo más urgente es seguir este relato.

Ralph se quedó fascinado conmigo, me adoraba. Esa es la palabra. Son las palabras: adoración y fascinación. Eso fue lo que él sintió. El tiempo le pone nombre a todo, por eso es maravilloso y sanador revisitarse con tantos años de por medio. En aquel momento pensé que era amor. No sabía todavía que él no podía amarme.

Algo debió de sospechar Marcela, nunca sabré lo que ella pensaba ya, pero jamás se opuso a nuestra relación. La vio con buenos ojos y la fomentó. Incluso era una buena apuesta: la artista revelación y el productor de moda. Inmejorable baza en las revistas y periódicos. El público enloquecía con estas cosas. Nuestras apariciones públicas eran seguidas por todos. Yo despegué como la espuma, igual que él. Fue la simbiosis perfecta, como los pájaros que les limpian los dientes a los hipopótamos o las hormigas que conviven con sus rebaños de pulgones. Lo que nosotros hacíamos ya lo había inventado la naturaleza. Y eso era garantía de éxito.

Ralph era un hombre agradable, guapo, con un enorme atractivo y una capacidad de seducción que abarcaba a hombres y a mujeres. Él sabía cómo ser el centro de atención, cómo ganarse a la gente. Hoy a estas cosas se les llama empatía, inteligencia emocional. El caso es que era un auténtico imán, un ser de luz que atraía hacia él todo lo que se proponía.

Nuestra relación era de amor. No puedo decir otra cosa. Lo quise y lo quiero. De una manera muy diferente a Eduardo, pero lo amaba. Era un amor sereno, tranquilo pero hermoso, lo recuerdo. De hecho, nunca llegué a odiarlo, ni siquiera cuando me llegó su traición, si es que se le puede llamar así. Me gustaba salir con él a los restaurantes y locales de moda, me gustaba ese imán que era para la gente. Ver cómo se levantaban todos para venir a nuestra mesa a presentarnos sus respetos, cómo nos decían la hermosa pareja que hacíamos pese a la diferencia de edad. Disfrutaba de nuestra vertiente pública y me agradaba la privada.

Ralph me cuidaba con delicadeza. Estaba atento a mi bienestar de una manera sincera y comprometida y, por extensión, al de Marcela. Y en la cama era placentero y divertido, ni

pasional como algunos amantes ni desbordante como Eduardo, que lo conjugaba todo, pasión y amor.

En todo esto la adivina tenía una postura muy similar a la de Marcela. A las dos les venía bien aquella relación como si la hubiesen planeado. Marcela, además, había conseguido verme tranquila, y me había sacado de las garras de muchos hombres, unos tras otros. Mi reputación estaba a salvo. Y Elvira le ofrecía a Ralph algo que yo en aquel momento desconocía.

Puede parecer extraño, pero del tema del barco nunca conversé con Ralph, ni siendo mi esposo ni antes. Yo nunca le pregunté sobre su pasado, ni él a mí sobre el mío. Y los dos lo agradecíamos. Tácitamente sabíamos que ambos teníamos cosas que olvidar, ignorar u ocultar. Y de lo que no se habla no existe. Construimos nuestra vida juntos desde el momento en que nos conocimos, y desde ahí sí puedo decir que fue con total transparencia, por lo menos por mi parte. Él también era transparente, en lo que podía.

Con quien hablamos del asunto del barco fue con Elvira. Era todo lo contrario que él. Con ella no había posibilidad de transparencia. Ocultaba cosas, intenciones, información, y en eso residía su poder, en lo que callaba. Sus métodos enseguida fueron conocidos por toda la industria musical. No dudaba en obtener fotos comprometidas o utilizar a investigadores para tener bazas con las que meterles presión a sus artistas, y en el mundo de la farándula no era difícil encontrar con qué extorsionar a alguien. Ralph era capaz de quedar en todas las ocasiones al margen de las artimañas de su secuaz. Siempre dudé sobre si era conocedor de ellas. Y esa dicotomía entre el bien y el mal los hacía invencibles. Por este motivo, Marcela pensó que mostrar nuestro as en la manga a Elvira nos pondría a una altura pareja a la de ella. Que no pensase que un día nos podría amenazar.

Alguna vez le he dado vueltas a por qué no se había producido un enfrentamiento entre Marcela y Elvira. Las dos eran los cerebros de nuestras vidas, de la de Ralph y de la mía. Creo que nunca llegó a producirse porque ambas se reconocían como superior a la otra, pero yo sabía que Elvira, con toda su audacia, no le llegaba a la suela de los zapatos a Marcela en cuanto a capacidad estratégica, ni a su singular inteligencia y, mucho menos, a su frialdad para deshacerse de gente.

Un día la llamamos para tomar un té a las cinco. Era una costumbre que yo había implantado desde un viaje a Londres, y que en aquellos tiempos resultaba exótica, tanto el té como los convites a las cinco. En casa teníamos un saloncito adecuado, donde daba directamente el sol de la tarde en aquella época del año. Y en ese ambiente maravilloso hablamos abiertamente del barco.

Elvira no mostró extrañeza, seguramente esperaba aquella conversación hacía mucho tiempo. Entre las tres completamos el relato, que era prácticamente igual al que nosotras nos habíamos imaginado. El azar los había hecho coincidir en aquella gran ciudad unos meses después de llegar. Ella ejercía sin pena ni gloria de vidente exótica leyendo posos de café, cartas, conchas y arena, y por un poco más el reguero de sangre de una gallina descabezada violentamente a cuchillo. Él apareció como un empresario de la construcción naval buscando socios para un gran proyecto. Socios supersticiosos que terminaron por pedirle consejo a Elvira y a sus posos, conchas y gallinas descabezadas. Ella no tardó en solicitar su comisión a cambio de trazar un bonito dibujo de futuro en aquellos restos adivinatorios. Y así montaron su primer negocio

juntos, y les fue tan bien que repitieron, pero ya prescindiendo del personaje de la adivina y buscando maneras más elaboradas de estafar. O, como Elvira prefería llamarlo, de «crear nuevas identidades».

En aquella charla ni Marcela ni Elvira vieron la necesidad de contarle a Ralph lo que las tres sabíamos, pero entre ellas esta conversación sirvió para poner las cartas del juego boca arriba y dejar muy claro que no convenía la traición por ninguna de las partes.

La traición me llegó más tarde, cuando menos lo esperaba, en un regreso a casa precipitado por el malestar de la menstruación. Y allí, follando en nuestra cama, me encontré a Ralph, gritando de placer y profiriendo toda clase de insultos de esos que se convierten en fuego y pasión cuando se pronuncian follando. Pronto me di cuenta de que las respuestas encendidas y exacerbadas en aquel tira y afloja del sexo no tenían voz de mujer. Era otro hombre. Tuve que traspasar la puerta abierta para verlo con mis ojos. No era nada nuevo para mí. Nunca fui ninguna puritana, no solo tenía amigos homosexuales, sino que en un par de ocasiones había asistido al sexo entre hombres en una especie de orgías, ordenadas por parejas intransferibles, que habían tenido lugar en la casa de mi poeta ahogada en purines. Pero verlo a él era otra cosa.

Allí, en nuestra cama, erecto a cuatro patas y con un hombre al que yo no conocía clavado en él con toda aquella exaltación sonora de ambos. Me vieron inmediatamente y pararon en seco. El otro se recogió y se marchó con la cabeza baja, y Ralph no dijo ni palabra, me miró con cara pesada y fue a ducharse. No hubo gritos. Quizá los habría proferido si se hubiera tratado de una mujer, pero aquello era mucho más. No puedo decir que mucho peor, solo mucho más que ser engañada con una mujer. Porque, más allá del engaño, me sentí yo misma puesta en duda. Me sentí traicionada por algo más profundo que el sexo. Algo más intrínseco. Algo que cuestionaba que alguna vez él se hubiese sentido atraído por mí, y mucho más que me amase.

No sabía qué hacer. Mientras se duchaba llegué a entrar y a salir varias veces de la vivienda. Me voy, me quedo, busco a Marcela, no se lo cuento. Le dio tiempo a acabar y a salir como se sale de la ducha, limpio, inmaculado, oliendo a jabón y a colonia. A lo mejor era posible que lo que yo había visto se borrara mientras el agua se arremolinaba y descendía por el desagüe. Estuve tentada a ello. No pasó nada. No vi nada. Vamos a suprimir este retazo de realidad demasiado fuerte para asimilarlo. Este episodio que hacía temblar los cimientos de todo. No fue así.

Me senté en el sofá. Caída. Derrotada.

Y hablamos.

Fue honesto.

Me lo explicó todo. Y yo le escuché.

No era un arrebato de amante como tantas veces yo había vivido. No era solo sexo, aunque no tenía a nadie fijo. No estaba enamorado de ningún hombre, pero nunca podría estarlo de mí. Aunque me quisiera, porque me quería. Pero también se quiere a los hermanos y a las madres, a los amigos si me apuras, aunque tampoco era ese amor. Escuché muchos «aunques» y muchos «peros». Se explicó bien y no era fácil. Fui capaz de entenderlo. Y no en aquel primer momento, pero sí más tarde, pasado el tiempo incluso pude quererle entendiéndolo.

Solo intervine una vez para preguntar por sus erecciones y el sexo conmigo. También me lo explicó, podía ser, era, pero no le satisfacía con plenitud. Y luego llegó el resto de la explicación, la parte fea de verdad, que no era tanto esa que incluso podía llegar a comprender, era

imperdonable: la implicación de Elvira.

El matrimonio había sido idea de ella a pesar de saber las inclinaciones de Ralph. Sin escrúpulo alguno, condenándonos a los dos a una vida falsa, a una simbiosis forzada para aparentar frente a los ojos de los demás. Cuando los dos no salen beneficiados, cuando solo uno se beneficia y otro sale dañado, eso no es simbiosis, en la naturaleza tiene otro nombre. Eso es parasitismo y puede acabar con la muerte.

Fue lo que ocurrió. Elvira era incontrolable en su ambición y por eso Marcela tomó la decisión de matarla, aprobada por mí y sin que la magia la advirtiese.

XXIII

Buenos Aires, jueves 8 de abril de 2004

Ahora sí, ya no me queda comida. Nada en el congelador. E hice dos extraños descubrimientos. Uno, que no están las llaves en el sitio de siempre y la puerta está cerrada por fuera. Y otro, no están las tarjetas de crédito en el cajón, junto a las llaves, en donde las tengo siempre. Aunque dispongo de algún dinero en la cartera y en un sobre, que serían suficientes para vivir un par de meses pagando la comida a domicilio. Pero como estoy encerrada, sería inútil pedirla. También podría emplearlo en llamar a un cerrajero y que me abriese la puerta. Es curiosa la mente humana, no tengo intención de salir, pero me inquieta un poco estar encerrada. Qué absurdo sentimiento.

Creo que estoy haciendo gala como nunca de esa habilidad mía de ver las cosas que me pasan como desde fuera, casi como si le estuviesen ocurriendo a otra persona. Porque, de ser racional, tendría que estar en pleno drama y no es así, estoy bastante serena, lejos de histerias. Al fin y al cabo siempre puedo salir mediante el cerrajero. Por lo demás, sé que Marcela no va a utilizar la inanición para acabar conmigo. No es su estilo. Aunque dudo que mi muerte se parezca a las anteriores. Todas las muertes fueron cara a cara y con saña, que es como se hace justicia y se saldan las deudas. Pero conmigo no sé si se atreverá. Yo soy ya parte de ella. Hacerme daño es, en cierta medida, hacerse daño a sí misma, y una no se suicida lentamente ni con dolor. La mía va a ser una muerte eficaz y delicada.

Hay galletas, alguna lata, dos huevos, una caja casi llena de leche y un poco de la última fiambra descongelada... No estoy sin nada.

XXIV

Buenos Aires, viernes 9 de abril de 2004

Esto tiene que responder a un plan. Intenta ponerme nerviosa. Quiere que sepa quién manda. Que note su superioridad. Que le tenga miedo. Que asuma que es dueña de todo lo que tengo, hasta de mi vida.

XXV

Buenos Aires, domingo 11 de abril de 2004

Nuestro matrimonio farsa continuó durante varios años más. La unión comercial funcionaba, la humana también, entonces poco importaba que no hubiese amor porque había respeto y admiración. Puedo decir de corazón que mi marido fue mi mejor amigo, aunque suene extraño. Ese cariño que nos teníamos nos permitió seguir juntos cuando todo se destapó, y poco a poco fuimos capaces de cambiar nuestra relación a algo que incluso puedo afirmar que era mejor. Al fin y al cabo ninguno de los dos podíamos amar al otro. Él porque yo era una mujer, yo porque él no era Eduardo. Una vez aceptado eso, construimos una relación perfecta. Un matrimonio ejemplar.

El sentido del humor también nos ayudó, así como la inteligencia la empleamos para superar los prejuicios sociales. Visto desde la perspectiva de hoy, éramos tremendamente modernos, o puede que todo esté ya inventado.

La pérdida de Elvira supongo que también fue decisiva. Ralph se llevó un duro golpe cuando apareció su cadáver, víctima de una horrible muerte con mutilaciones. Yo estuve con él para ayudarlo a superarlo y también para convencerlo de que no tenía por qué tener miedo a un final así. El asesinato fue tan sangriento que la policía enseguida descartó motivos de venganzas empresariales que pudiesen atemorizar a Ralph. Aquello encajaba mejor con el perfil de un psicópata y la mala suerte de estar en un lugar inapropiado a una hora inapropiada. Los periódicos casi la culparon a ella por bajarse del coche en una de las calles más inseguras de la ciudad. A las mujeres les pasan esas cosas, que pueden hacer pensar, a ojos de los demás, que merecen lo que les sucede, incluso a los jueces. No sabían que alguien la había dirigido hasta allí. Nadie lo supo nunca, ni yo misma, que preferí quedar al margen de los detalles.

Ralph se manejaba bien solo, todos aquellos años del juego del poli bueno y el poli malo necesitaban ya de un cambio. Es un rol que no dura eternamente. Sin su dóberman, él contrató a un nuevo ayudante, firme pero sin tan mala baba en sus artimañas empresariales. De hecho, algunas fricciones con la industria se suavizaron, aunque hubo personajes en concreto, gente de pocos escrúpulos, que creyeron poder amotinarse como si de un barco pirata con un capitán enfermo se tratase. A esos les dejó personalmente muy claro que estaba al tanto de todo lo que Elvira sabía de ellos y que los documentos y fotos que les comprometían ahora estaban en su poder. Ahí se acabó la sublevación.

En aquel momento me sorprendió que Marcela no hiciese nada por ocupar el puesto de Elvira. No le hubiera sido difícil y Ralph seguramente aceptaría la ayuda de buen grado, pero ella se mantuvo en nuestros asuntos y no movió ficha para gestionar también la parcela de mi marido. Creo que era la manera de reafirmar la justicia de la muerte. Hacerse con su nicho de poder enturbiaría las razones para deshacerse de ella. Eso era.

Marcela tiene sus principios, supongo que hasta el más ruin asesino ostenta algún asomo de

cordura y de consideración. Podía despreciar a Elvira por sus juegos de poder y al mismo tiempo respetar sus conquistas y no entrar en su territorio. Ensañarse con su cuerpo y no profanar sus dominios. Resulta difícil de comprender, pero yo la comprendo. Si la despojase de lo suyo, no sería una venganza justa, sería un robo y no encontraría justificación en los valores de su conciencia.

Por eso también creo que no me va a dejar morir de hambre.

Esto debe tener una explicación.

Seguro.

Ella puede desear castigarme por mi traición, por intentar marcharme, por no deberle eternamente todo lo que hizo por mí... Pero no me dejará abandonada. Volverá. Puede que una última vez.

Tiene que darme tiempo a escribir sobre Eduardo.

Mañana lo voy a hacer, hoy estoy cansada.

XXVI

Buenos Aires, lunes 12 de abril de 2004

Sigue sin venir y estoy encerrada.

Puedo llamar al cerrajero.

Tal vez lo haga y salga a comprar comida y al banco. La documentación está aquí.

Voy a enloquecer con toda esta presión, pienso una cosa y la contraria también. Pienso en no salir, en dejarme morir, en ir con ellos, con Eduardo y con nuestro hijo. Pienso en salir, en atreverme a resucitar sin ellos. Y me doy cuenta de que la pieza que sobra siempre es Marcela. Marcela o yo. Ya tenemos demasiada basura debajo de la alfombra para continuar juntas.

No sé cuántos días llevo sin lavarme, debería hacerlo hoy.

Esta mañana me di cuenta de que empieza otra semana, el tiempo sigue pasando tengas o no algo que hacer en esta vida. Yo tengo algo que hacer, tengo que acabar este diario. Necesito contarlo todo. Hace un momento abrí lo que tengo escrito por una página al azar y releí, cosa que no hago nunca. Mis fabulosos amigos escritores me han hablado, en nuestras tertulias alcohólicas a horas intempestivas, de esa sensación que yo hoy compartí de leer lo que escribes como si fuese ajeno, como si no lo hubieses escrito tú. Hoy lo he vivido así, con el agravante de que estoy narrando mi propia vida, que a veces no reconozco. Leí la palabra mutilación, escrita por mí, como cualquier otra, entre las otras, sin una reflexión. Y ahora hago esa reflexión. No es nueva, la hice cuando fue lo de mi padre, con Abelardo no me sorprendió tanto... Mutilación. La justicia de Marcela pasó siempre por eso. En cada persona que asesinamos. Y sí, lo uso en plural y uso el verbo asesinar. Soy culpable, pero ella es la ejecutora. Esa necesidad de saña, de sangre y de dolor nunca la he entendido, y creo que no quise reconocerla porque la justicia es menos justa cuando se practica así. Matamos a personas, sí. Y ahora sobra una de nosotras porque la culpa ya pesa demasiado. Sé que para mí no habrá dolor ni mutilación, ni tampoco me dejará morir de hambre, yo no soy una más. Soy su vida como ella es la mía.

Vuelvo con Ralph, es necesario continuar.

En aquel tiempo tuvo varios amantes, siempre respetándome como su mujer. Sonríe escribiendo esta extraña frase. Quiero decir que lo hacía en privado, sin airear sus preferencias sexuales y sin dañar nuestra perfecta imagen de compromiso. Pero también de cara a nosotros, en nuestra intimidad, me respetaba. Era así, no hablábamos de nuestras relaciones, que también disminuyeron con el tiempo. Desde que iniciamos esa nueva fase con las cartas descubiertas yo encontré una desconocida tranquilidad de pareja, o familia, no sé bien cómo llamarla, y él también. Tuvimos relaciones ocasionales, casi siempre sexuales, con algún leve enamoramiento o encaprichamiento. Distanciadas en el tiempo, no nos las contábamos, aunque un regreso a deshora, una noche sin fin o una depilación meticulosa delataban lo que estaba ocurriendo. Yo creo que Ralph nunca conoció el amor. No como yo lo conocí, o puede ser que a cada persona le sirva una cosa diferente, no lo sé.

En el caso de Marcela, tampoco creo que sintiese amor con sus parejas sexuales. Puede que en una ocasión. Todas las veces que supe de alguna aventura suya fue sin que ella lo hubiese pretendido. Jamás me contó nada. Era una parte en su vida de la que no hablaba conmigo. Practicaba sexo de usar y tirar, como yo tantas veces, pero no sabría decir con qué frecuencia. A lo mejor tendríamos que haber hablado abiertamente también de ese tema, y de cómo nos marcó nuestra iniciación infantil en el prostíbulo de Abelardo. Porque aquella extorsión del cuerpo, aquella venta de la virginidad, aquellos hombres depravados que buscaban cuerpos de niñas para tener placer nos habían dejado taras, claro que sí. A las dos. Taras, cicatrices, miedos y odios que yo no superé hasta que encontré a Eduardo, pero no sé ella. No sé cómo la marcó; de eso, simplemente, no se hablaba. Creo que durante mucho tiempo no tuvo el sexo presente en su vida. Juraría que pasaron años, muchos años en los que no sintió ninguna apetencia, y hasta podría marcar en el calendario cuándo despertó en ella el deseo.

Todo aquello estaba siempre por detrás de nuestra carrera, de la mía. Nada desviaba la atención de Marcela del futuro profesional que había trazado meticulosamente.

Una tarde de conversación con Ralph, tirados los dos en el sofá, surgió el tema. Él, como yo, observaba esa asexualidad de Marcela, pero tenía noticia de sus *affaires* por los comentarios de otros hombres.

Marcela era una mujer deseada por su poder y por su físico, pero en realidad su carácter alejaba habitualmente a los pretendientes. Nunca fue una mujer exuberante en curvas como yo, pero tenía un cuerpo bonito y bien proporcionado que resistió como una estatua de mármol el paso de los años, y un rostro realmente hermoso. El tándem que manteníamos en lo profesional era el sueño oscuro en la cama de muchos hombres, pero Marcela resultaba inaccesible. Ralph dudaba de algunos que aseguraban que la habían tenido entre sus sábanas, pero otras historias que había escuchado eran creíbles. Los dos conocíamos a las mismas personas. Andrea Fiore, un espectacular modelo italiano que arrasó en las portadas del mundo de la moda, y Alda Fiore, su hermana, que, como Marcela conmigo, movía los hilos de su carrera. Ella tuvo relaciones con los dos, estábamos seguros, y ese fue el motivo del sonado distanciamiento entre ambos que prácticamente acabó con sus carreras.

Charlamos mucho, tumbados en el sofá, con la luz de las ventanas que se fue reduciendo sin que casi nos diésemos cuenta, como cuando eres niño y cae la tarde con los amigos poniéndole fin a una jornada de juegos. Hablamos de Marcela. Él tenía mil curiosidades sobre nosotras, pero era cauto haciendo preguntas porque tampoco las quería para él. Su habilidad retórica, sin embargo, le permitía llevar la conversación a lugares en los que preguntaba sin formular preguntas. Tampoco eran importantes los detalles ni los precisaba, lo que necesitaba era comprender nuestra relación y despejar la incógnita sobre mi dependencia de ella. Lo dijo así: «dependencia». Solo pude responderle que cuando la vida te lleva por caminos angostos, y los superas con alguien, quedas unida a esa persona para siempre. No debía saber más, lo quería vivo. Y saber más era un riesgo para él si un día lo empleaba contra nosotras o si Marcela sospechaba que pudiese hacerlo. Él me hizo una única pregunta que recuerdo bien: «¿Estás con ella por decisión propia?». Lo miré fijamente y le propuse ir poniendo la cena fría que esperaba en la cocina.

Era una pregunta incómoda. Y lo sigue siendo. Otra de mis culpas, no haber cortado con valentía nuestra relación vital.

Estoy realmente cansada.

Si mañana no viene Marcela llamaré al cerrajero y bajaré. Hay que ser mucho más fuerte de lo que yo soy para dejarse morir. Bajaré a la calle. Esperaré hasta por la tarde. Puede que tenga la suerte de que venga antes. Una vez más, me tiene en sus manos, y aquí estoy deseando que vuelva e incluso que me ayude a desaparecer ya de este mundo en el que sobro.

Mañana madrugaré para escribir.

Ahora me retiro.

XXVII

Buenos Aires, martes 13 de abril de 2004

Ralph fue diagnosticado de cáncer una mañana de abril. Cáncer de páncreas. Poco más que decir. Un año, lo máximo dos, era toda su expectativa vital. Me impresionó lo directo que fue el doctor. No hubo rodeos ni esperas, soltó aquella devastadora bomba nuclear casi al pie de la letra tal y como yo lo acabo de escribir, y vi la onda expansiva barrer la consulta, el edificio, la ciudad, el futuro y a nosotros. Cuando cerramos la puerta al salir, afuera todo era devastación. Nada brotaba. Hasta juraría que perdí la visión de los colores. No recuerdo colores, recuerdo desolación, terror y miedo. Un páramo inconsolable.

Cuando no hay palabras que decir, solo pueden hablar los afectos. Las manos unidas y apretadas, limpiar una lágrima del rostro de quien acaba de ser decapitado y con el mismo pañuelo secar las mías, mucho más abundantes.

Hablamos poco, lamimos las penas en silencio como hacen los animales. Fue un breve trayecto en taxi directos a casa. Allí lloramos hasta hartarnos y después nos serenamos de pura extenuación. «No quiero que lloremos más», dijo clavándome los ojos y las manos hasta hacerme daño con las uñas. Era una súplica. Yo tampoco quería. No íbamos a pasar lo que le quedase de tiempo furiosos. Había que llorar y echar fuera todo lo que hiciese falta, como hicimos de allí en adelante muchos días agobiantes, pero puedo jurar que la mayor parte de ellos fueron días serenos y con luz, como se merecía.

Decidimos aprovechar los primeros tiempos, dentro de lo que la medicación nos permitiese, sabedores de que el futuro sería mucho peor. Viajamos, reunimos a amigos, leyó mucho, impulsó a algunos artistas que pretendía dejar bien situados y en los que gastó importantes sumas. También recuperó a un viejo amante que se portó bien con él, aunque no había la chispa que había existido entre ellos años atrás. No fueron tiempos felices, sería una estupidez dar esa imagen, fueron tiempos jodidos en los que encontró momentos de reconciliarse con la vida, momentos fugaces de felicidad intensa por los que merecía la pena pasar por aquel calvario médico. Instantes capaces de hacer olvidar que todo estaba devastado dentro y fuera de él. El cáncer no dio tregua. Yo me apoyé en Marcela cuando me flaqueaban las fuerzas, y ella sostuvo y colaboró al cien por cien en nuestro plan, sabiendo también dejarle sitio a nuestra intimidad, pero apuntalando todo lo necesario: los taxis, los restaurantes, las citas médicas, las fiestas, el testamento y hasta el funeral cuando llegó el momento. Y, cuando fue preciso, hasta suspendió mi gira para poder acompañarlo en los últimos meses. Me senté con él días enteros con la única pretensión de que no estuviese solo cuando pasase. Yo estaba tan aterrorizada como él. O más, porque llegó un momento en que Ralph precisaba ya el descanso. Necesitaba morir porque la vida ya no era vida, era supervivencia dolorosa, lisiada, impedida y extenuante de un cuerpo convertido en objeto sin mañana. Llegado ese estado, vi en él una extraña pero comprensible connivencia con la temida muerte.

Pero antes de todo esto, al principio, solo un par de días después de salir del médico con el diagnóstico, durante uno de aquellos días de lamernos penas, me dijo que no me dejaría sola. Lo nuestro no era convencional, evidentemente, pero ¿no era un modo también de estar en el mundo? ¿No nos amábamos sin sexo ni deseo, de otro modo, pero con una unión sincera y honesta? Me confesó que no le agradaba mi dependencia absoluta de Marcela, como ya sucedía. Él veía en los ojos de ella una negrura que no habitaba en los míos. Era una mujer con rencores, odios y cuentas pendientes que la atormentaban y la poseían por momentos. Ralph sospechaba el monstruo, y sospechaba aquella relación vampírica con mi vida que veníamos manteniendo desde niñas, desde que verbalizamos la idea de matar a mi padre. Aquel mismo día comenzó a poseerme y a construirme para después transformarse en mí. Ralph detectaba el mal como los perros detectan los terremotos antes de que se produzcan. Ni siquiera en aquel momento le confesé quiénes éramos las dos.

Hacía ya tiempo que mi marido planeaba en secreto mi reencuentro con Eduardo, y la enfermedad le impulsó a decidirse a hacerlo real. Durante esos años Eduardo había progresado mucho, yo bien lo sabía. Era uno de los grandes fotógrafos de moda del país y de las grandes marcas internacionales. Firmaba catálogos de marcas relevantes, era osado pero elegante, transgresor en la medida justa, arriesgaba con nuevas ideas que otros copiaban sin fin, pero siempre dentro del buen gusto, de la perfección de la imagen, de la técnica y de la belleza. Algunas de sus portadas estaban colgadas en las paredes de medio país. No dejaba de ser incomprensible que nunca me hubiese retratado. Y eso tenía una clara explicación: Marcela. Yo nunca tuve que negarme o decidir si aceptaba posar para él, porque esa oferta nunca llegó a mí, por muchas veces que se hubiera repetido la invitación. Marcela era mi parapeto, una defensa inexpugnable para todo lo que pudiese perturbarme o dañarme. Y no era yo, sino ella, quien decidía qué era bueno o malo. El reencuentro con Eduardo era un mal que había que evitar, tanto profesionalmente como en citas colectivas o incluso casualidades. Marcela lo controlaba todo.

Ralph observaba ese control sin intervenir. Me contó cuántas vueltas le había dado en su cabeza, valorando si había un peligro real para mí o para mi carrera, o si el peligro era la férrea dominación que Marcela ejercía sobre mí. El cáncer decidió por los dos, la vida también está para equivocarse, y sobre todo está para arriesgar y no dejar cuentas pendientes. Me dijo: «Si fueras tú quien supieras, como yo, que vas a morir en semanas, ¿querías pedirle perdón a Eduardo?». Se produjo un silencio, porque tuve que pensarlo, y le respondí: «Querría pedirle perdón y también darle las gracias». Y Ralph dibujó una sonrisa de satisfacción en sus labios. Acababa de liberarme para poder hacerlo. Pronunciar lo impronunciable quebró los eslabones que anclaban la culpa y el miedo a lo más profundo de mi ser. Solo añadió que Marcela no debía saberlo.

Planeamos un viaje de los dos con el único fin de encontrarme con él. Mi marido también organizó a través de su secretario personal, aquel que había sustituido a la finada Elvira, una cena-trampa en la que yo era conocedora de adónde iba Eduardo, pero él pensaba que estaba citado para cenar con otra persona por temas de negocios. Por no dejar flecos, Ralph también decidió que era mejor un elegante restaurante de la ciudad para evitar la exhibición de un desplante en público que me dañaría terriblemente. Eduardo era un hombre educado y nunca haría un número en un lugar así por mucho que yo lo mereciese.

Ralph vino al restaurante y vigiló sin ser visto para asegurarse de que yo estuviese bien. Todo

era como el guion de una película: el decorado, la estrella con un vestido espectacular bebiendo un cóctel escarlata de espaldas en una mesa estratégicamente escogida para que Eduardo no diese media vuelta al verme a lo lejos. Y él entrando hasta la boca del lobo. Cuando se dio cuenta de mi identidad ya estaba conmigo en la mesa y un camarero adecuadamente pagado asistía a la escena para evitar la huida, invitándolo y casi empujándolo a sentarse y plantando en su mano una carta con el menú.

Eduardo se dejó llevar, posó la carta en la mesa y me miró sin hablar. Yo simplemente no tenía garganta, habían desaparecido las cuerdas vocales y en su sitio había un profundo agujero que incluso dolía. Tuve que tragar saliva. Me clavó aquellos ojos azules en los que seguía cabiendo el mar entero y sentí el vacío de mi garganta llenarse como un puño que me oprimía. Eran simples ganas de llorar. El nudo lo creaban mis propios músculos agarrotados evitando que aquella tormenta de lloros y dolor se desatase. Es lo mismo que siento ahora, con la misma fuerza del recuerdo que me oprime hasta ahogarme. Solo una lágrima fue capaz de vencer aquella pelea interna de emociones. Rodó por mi mejilla y, al mismo tiempo, vi caer otra de aquellos ojos de mar.

Y sí, aquella noche le pedí perdón y le di las gracias. Y nunca más nos separamos hasta su muerte.

Faltan dos horas para el plazo que me he marcado.

Si no viene Marcela llamaré al cerrajero y saldré de aquí.

XXVIII

Buenos Aires, lunes 3 de mayo de 2004

No he sido capaz de encabezar la fecha, ya no sé ni qué día es. No me ha quedado más remedio que ir a consultarlo al calendario *vintage* de sopas de bote que está colgado en la cocina. Sigo viva. Supongo que es una estupidez aclararlo. Sigo en casa. Sigo con Marcela, que no solo vino, sino que ahora pasa mucho más tiempo en el piso. No sé si podré escribir a menudo, ni si lo podré hacer alguna vez.

Mi memoria tiene lagunas de estos últimos días. He pasado muchos de ellos durmiendo o con breves instantes de vigilia, sospecho que por una sedación disuelta en la comida o en los líquidos. No puede ser de otro modo, la única medicación pautada que tomo son mis habituales pastillas para dormir. Llevan tantos años conmigo y tantos insomnios que podrían ser de azúcar, harían el mismo efecto. Su ingesta ritual me calma. A mi edad llegar hasta aquí con esta salud de hierro parece una broma del destino teniendo en cuenta todos los añicos de mi cabeza.

Quiero y necesito acabar este relato. Se me está enquistando y me obsesiona. Siempre fui un ser obsesivo. Ahora el diario lo ocupa todo en estos pocos días que me quedan.

Nunca llegué a llamar al cerrajero. A la hora que me había fijado para liberarme no fui capaz. Me sentí azotada por una falta paralizante de fuerzas, seguramente por el ayuno, pero sobre todo me sentí débil anímicamente. Ya soy sin duda mi propia prisionera. En un par de horas, tres, cuatro, no sabría decir, pero cumplido el plazo que me di para salir, Marcela giró la llave de la puerta con cierto alboroto y entró cargada con decenas de bolsas del supermercado. Por una de ellas asomaban inocentes las ramas vigorosas de un manojito de zanahorias y otro de puerros. Los vegetales centraron mi atención de aquella estampa tan esperada de ver: Marcela llegando con víveres. No eran fiambreras, eran alimentos frescos para hacer comida. Fue lo primero que me sorprendió. Aquella era la imagen de una persona entrando en una casa para estar en ella tiempo, no para visitarla. Y, cuando arrastró por el suelo desde el umbral de la puerta el resto de bolsas que tenía arrimadas a la pared del descansillo y vi que lo último que introducía en el piso era una pequeña maleta de cabina, se corroboró mi teoría. Se quedaba. Todas esas ideas se sucedieron en fracciones de segundo, viéndola sin ser vista, amparada en la oscuridad del final del pasillo. Cuando encendió la luz, aún en la puerta de entrada y entre el trasiego de las bolsas, aparecí yo y nos miramos frente a frente. Todo lo que dijo fue: «Me voy a trasladar aquí unos pocos días». La escuché en silencio, me di la vuelta y me dirigí de nuevo hacia mi habitación para descansar, estaba agotada. Sin fuerzas ni para sentir la tensión y la ira con la que había imaginado mil veces su regreso a casa. No recuerdo haber estado intranquila o temerosa. Incluso me dormí. Dormí profundamente.

Cuando me vino a despertar subiendo las persianas y dejando pasar el día hasta mis ojos deslumbrados, traía en la mano un plato humeante de sopa amarilla de fideos que tomé lentamente sentada en la cama, como si no llevase todos aquellos días casi sin alimento. Y, nada

más acabar, me volví a quedar dormida.

A veces no sé si sueño o deliro. Fuerzo el recuerdo de Amaro y Eduardo justo antes de dormir. Reviso mis recuerdos de ellos para intentar atraparlos en los sueños y verlos de nuevo vivos y conmigo, aunque se desvanezcan al despertar. No sé si funciona, pocas veces recuerdo lo que sueño, pero sí percibo que en ocasiones me despierto con un profundo pesar, y esos días pienso que debí de estar bien acompañada de mis amados y por eso me despierto triste por haberlos perdido. ¿Quién sabe?

Cuando llevas días comiendo muy poco no sientes demasiada hambre, no te lanzas a la comida desesperada; sentía pereza por comer e ingería poca cantidad, pero tras tomar algo me sentí realmente mejor y fui curando la extenuación. La cambié por un deseo continuo de dormir.

Por eso no puedo precisar los tiempos de los últimos días. Se me confunden.

Creo que en los primeros no me drogó. Se ocupó de que me recupera, yo estaba absolutamente abandonada a mi suerte. Fue después, cuando recobré el color en las mejillas, cuando comencé a notar que dormía mucho. De más. Casi continuamente.

¿Por qué recuperar a alguien a quien vas a matar? ¿Por qué obligarla después a dormir?

Sé todas las respuestas.

Y son sencillas.

Alberga un plan para mí.

No voy a tener cualquier muerte. Voy a tener la que ella escoja, y estoy segura de que ha dedicado obsesivamente muchos días a planificar hasta el último detalle. Como cuando preparas un viaje y casi disfrutas más preparando cada instante que en el momento en que los planes se hacen realidad. Estoy segura de que mi final está ya minutado al milímetro. No me merezco menos. Matarme tampoco le va a ser fácil. Se está amputando a sí misma.

Los primeros días recibí la comida en la cama, o en la mesa de trabajo que tengo en la habitación, donde ahora escribo. Quería evitar que saliese al comedor, después entendí por qué. El tercer día, puede que el cuarto, me vino a traer un filete con patatas y un puré. Le dije que se tomaba demasiadas molestias conmigo. Ella no me habló.

Cruzamos pocas palabras tras la recuperación, nos evitábamos, pero había que sacar el tema y lo hice. Le pregunté por qué no había venido todos aquellos días a traerme comida, por qué me había dejado sin alimento y encerrada. «No he podido venir», me respondió simplemente. Le contesté que sabía que no me iba a dejar morir de hambre, que ese no era final para mí. Se calló. «Sé que me tienes preparada otra muerte.» Y tampoco dijo nada.

De sobra sabía Marcela que yo la conocía lo bastante como para distinguir la mirada que se le ponía los días previos a una muerte. Mirada de venganza y ausencia. La mía también lo era. La venganza más grande.

Puede que esa conversación fuese el detonante, o que acelerase sus planes, porque en torno a esa fecha fue cuando comencé a estar vencida por el sueño constantemente. Yo ya me encontraba bien, con fuerzas, pero tenía sueño. Cuando me despertaba, ella enseguida me servía la comida en esta mesa de escritorio de mi amplia habitación. Estaba atenta a cambiarme las toallas, a limpiar el baño, a ventilarlo, pero pronto me di cuenta de que aquello era solo un ensayo. Durante una semana aproximadamente, puede que algo más porque perdí la noción del tiempo, hubo gente en casa. Primero pensé que eran desvaríos míos, pero después advertí que eran obreros y que tiraban algún muro. El piso estaba en obras y yo encerrada con llave y sedada en la

habitación durante las horas en las que trabajaban. Esa era la explicación.

Tampoco veía a Marcela, todo permanecía limpio y ordenado, la comida estaba servida templada cuando me despertaba, la puerta cerrada. Y yo pasé así las escasas vigiliass, abnegada a sus órdenes, alienada voluntariamente. Nunca la llamé. Después, un día sin más, cesaron los ruidos, incrementé las vigiliass y Marcela apareció por la puerta como si nada, invitándome a ir al comedor si podía caminar. No vi reformas cuando salí, pero estaba segura de que no las había soñado.

Ella cree que le sigo el juego, y sí que lo hago, pero a mi manera. Ya solo me droga por la noche para que duerma tantas horas como para que ella pueda salir todas las mañanas de casa, pero ayer y hoy probé a no tomar la cena. La tiré, como el agua y la leche, por el váter. No ingerí absolutamente nada. Por la mañana fingí dormir cuando abrió silenciosamente la puerta de mi habitación, y de esta manera hoy he podido venir a escribir. Intentaré repetir la jugada mañana.

En el fondo del pasillo hay una habitación bajo llave, un amplio dormitorio para invitados con baño. Allí hicieron las obras, sin ninguna duda.

XXIX

Buenos Aires, martes 4 de mayo de 2004

¿Qué contar cuando queda tanto por repasar? Y por encima esta angustia del miedo a que Marcela encuentre el manuscrito mientras vivo. Mi única intención es que lo lea después. Que lo lea cuando yo esté muerta. Cuando me mate. Y puede que así la última en reír sea yo y que a ella la persigan de por vida sus culpas. Tengo los folios metidos dentro del cojín sobre el que me siento. Abrí la espuma y he conseguido que los envuelva como un bocadillo y que los disimule lo suficiente al tacto. También me preocupa que llegue mi final antes de lo pensado y nunca los encuentre. Qué estériles serían estas páginas si no las leyese su destinataria. Ya me las arreglaré, no quiero pensar que eso pueda pasar. Cuando yo falte, deben estar en un lugar donde pueda encontrarlas.

Vuelvo al pasado. Dejé el relato en la muerte de Ralph y el regreso de Eduardo.

Cuando Eduardo y yo volvimos a vernos algo estaba intacto en nosotros, pero no a flor de piel. No fue instantáneo ni como en las películas. No nos encontramos y nos besamos. Aquella noche le pedí perdón, le di las gracias y nunca más nos separamos hasta su muerte, cierto, pero hubo mucho fango que quitar y tardamos tiempo en conseguirlo. Porque los años ponen cargas en las espaldas, culpas, miedos, rabias, rencores, recuerdos distorsionados, y además yo sentía aquel dolor fuerte, real, en el centro del pecho cada vez que lo tenía delante. Dolor y angustia por el amor arrancado cuando lo sabes bueno. Dicen que quien deja sufre más que quien es dejado. Yo puedo jurar que sufrí infinitamente por lo que le hice a aquel amor bueno. Por eso, cuando volvimos a vernos, había daños y cicatrices por las dos partes, no solo por la suya. Él no me abrió las puertas de par en par, pero entreabrió una rendija por la que pedir, el primer día, aquel sincero perdón. Solo perdón y gracias. Perdón sin explicaciones, porque el daño que le hice no tenía explicación que lo amparase. Los perdones no se explican. Son.

El torrente de lágrimas fue tan sanador como el de risas en los encuentros que tuvimos. Espaciados, lentos, desconfiados como animales heridos. Fuimos permitiéndonos confiar. Permiéndonos tal vez equivocarnos de nuevo, a sabiendas de que el dolor sería intolerable.

Yo también desconfié sobre si podría vengarse, enamorarme y marcharse, dejarme cuando estuviese absolutamente entregada. En definitiva, hacerme lo que yo le había hecho. Sí, desconfié durante un tiempo, pero fui capaz de ver en el fotógrafo famoso al joven que me respetaba, y seguía haciéndolo como antes.

Eduardo, como siempre en nuestra relación, no tenía todos los datos y tomó aquel primer encuentro como un acercamiento que yo realizaba desde el estado civil de mujer felizmente casada. Sabía lo mismo que cualquiera: Mirtha Val había contraído matrimonio con un famoso productor musical. Con Ralph Wolf, que él conocía bien. De hecho, fue quien nos citó. Por tanto para él mi marido colaboraba en que yo cerrase una dolorosa página de mi pasado. Sin duda tuvo que pensar que era un gran tipo. Nadie sabía de su condición de homosexual fuera de su cerrado

y exclusivo círculo de amantes, casi todos tan clandestinos como él. Yo no podía traicionar ese secreto ni por Eduardo.

Me pareció bien retomarlo así, y desde esa nueva amistad y confianza, intentar ver si éramos capaces de enamorarnos todavía. Quedamos un par de semanas después para tomar un café, y luego al mes cuando él volvió a la ciudad. A Ralph le desesperaba la situación y me lo hacía saber con humor negro: «A este ritmo no voy a poder ir a tu boda, Mirta». Insistía hasta la saciedad en que no perdiese el tiempo, porque el tiempo —y eso sí que lo aprendí bien— es lo más caro que tenemos. Yo no podía aparecer de repente tantos años después y decirle «Hola, nunca te olvidé, podemos intentarlo de nuevo aunque fui yo quien te planté, estoy casada pero mi marido es gay, el matrimonio una farsa, y él un enfermo terminal que antes de morir quiere dejarme contigo». ¿De verdad se podía entrar así en la vida de alguien? Sin duda creería que necesitaba tratamiento psiquiátrico. A lo mejor no andaría muy desencaminado.

Ralph comprendía mis temores, pero me empujaba a confesarle la verdad sobre nuestro casamiento, me mostraba los peligros de ir despacio. Eduardo podía entender de aquella situación que, estando casada, el nuestro era un amor prohibido, circunscrito al campo de la amistad, e instalarse ahí cómodamente. Pero, como siempre, la vida tomó las riendas y forjó su propio plan.

Un día llegué a casa y me encontré a Ralph tirado delante del sofá, arqueándose, luchando por respirar. Se ahogaba. Me volví loca. Le ayudé a incorporarse para liberarle las vías respiratorias, pero él seguía con aquella angustiada respiración desesperada. Llamé a una ambulancia y le practicaron allí mismo una traqueotomía de urgencia. Puedo asegurar que ver a alguien ahogarse y no poder auxiliarlo es una experiencia devastadora y traumática para quien asiste como invitado de piedra. Ralph me dejó clavadas las uñas en los antebrazos mientras yo era una completa inútil que no podía hacer más que esperar al médico.

Cuando llegamos al hospital a él se lo llevaron a áreas a las que no pude pasar, y yo, aturdida, hice dos llamadas. A Marcela para que viniese y a Eduardo para oír su voz. Él no me cogió el teléfono. Cuando dejó de sonar, sentí la vergonzosa estupidez de aquella llamada que me devolvió dos semanas después. Y, cuando respondí, le mentí diciéndole que era para invitarlo a comer y proponerle unas fotos si venía por la ciudad. «He soñado muchas veces con esas fotos», me contestó y yo me morí un poco. No sabía cómo iba a convencer a Marcela.

No hubo fotos. No esa vez. Ralph empeoró gravemente. La metástasis de los huesos le daba tanto dolor que los parches de morfina ya no eran suficientes. El episodio de la traqueotomía de urgencia fue puntual e inesperado, y desde aquel día todo fue de cabeza. El cáncer avanzó con síntomas devoradores. Ralph se evaporó hasta ser un espectro de treinta y cinco kilos de peso y ojos amarillos que permanentemente dormía o quería dormir. No podía reconocerlo. Me centré en acompañarlo con la ayuda de Marcela, que se mantuvo en un discreto pero imprescindible plano de apoyo y logística. El desenlace llegó mucho antes de lo esperado. No hubo una despedida, los tres últimos días estuvo sedado y los anteriores no era él, pero en realidad la despedida había comenzado en aquella consulta y en nuestra decisión de pasar juntos su enfermedad.

Cuando se murió sentí una inexplicable mezcla de alivio y paz. Marcela organizó un elegante funeral religioso en el que me emborraché de besos y pésames hasta no reconocer a la gente; y también hubo una pequeña despedida de allegados, mucho más íntima, pero en la que faltaban

todos sus amores que sí habían asistido a la iglesia, mientras yo presidía la ceremonia como viuda. Lástima de un trono de terciopelo granate como el de Emilita para enaltecer la farsa de esta sociedad hipócrita.

Y allí, entre los más allegados, apareció Eduardo. Lo vi dirigirse hacia mí como una aparición, y también observé cómo Marcela salía, como la mejor defensa, dispuesta a realizar su placaje en el campo de juego. Él la esquivó con un simple gesto de rechazo con la mano y ella, dada la situación, no pudo impedirle el paso como le hubiese gustado. Se limitó a seguirlo de cerca escoltándolo hasta mí. Me abrazó. Fuerte, metiéndome dentro de él y de sus brazos. Y me susurró al oído que lo sabía todo, que el mismo Ralph hacía semanas que se lo había contado con todo detalle y que no dejaría que yo estuviese mal ni sola.

Ralph de nuevo.

Detrás de nosotros, Marcela, sin entender nada, pero dispuesta a tomar cartas también en aquel asunto para protegerme. O para protegerse ella. Seguramente, en aquellos tiempos las dos afirmaciones eran ciertas.

XXX

Buenos Aires, miércoles 5 de mayo de 2004

Cada día Marcela y yo hablamos más. Desde su regreso silencioso para las dos y sin preguntas fuimos llegando a una vida cotidiana aparentemente amable. Lo nuestro nunca fue fácil de comprender, ni desde fuera ni desde dentro. De las palabras justas para la convivencia retomamos las charlas, ayudadas y a veces mediadas por unos tragos de vino. Incluso entramos en algo que estaba vetado: el recuerdo.

Cierto es que evitamos conscientemente las conversaciones que nos pudiesen llevar al conflicto. Ninguna de las dos queremos confrontación. Yo agradezco vivir en paz, o lo que sea que hacemos, pero en definitiva sin tensiones, y supongo que ella también. Creo que es una forma de descansar, nadie puede estar en permanente tensión, agota demasiado. Hasta el rencor hay que llevarlo con calma.

Ayer mismo salió en la conversación la vieja abuela argentina de Marcela. La recordamos agradablemente y le pedí que sacase el bandoneón y que lo tocara. Porque, curiosamente, el bandoneón de Marcela está en esta casa, no en la suya, como formando parte del pasado que yo soy. Solo accedió a tocar un par de temas para no molestar a los vecinos y yo me arranqué a cantar, bajito, por los mismos motivos. Dudo que ya nadie venga a llamar a la puerta al saber que aquí vive Mirtha Val. Creo que solo traté a una vecina en una ocasión, si por tratar consideramos saludarnos. Somos pocos y desconocidos, así se vive en este siglo nuestro. A mí ya nadie me recuerda, seré algún vinilo sin tocadiscos o alguna película cogiendo moho en un archivo. Poco más soy. Moho.

Le comenté que deberíamos tirar o vender tanto traje mío que revienta los armarios. Todas esas habitaciones llenas de perchas con trajes... ¿Para qué conservarlos? «Es nuestra vida», refunfuñó molesta. «La mía», puntalicé. Y ella se levantó de la mesa con gesto serio y me miró fijamente para corregirme: «Son los vestidos de la artista que yo creé». Vi cómo su mano temblaba de pura ira mientras se disponía a prepararse un café. Evité seguir por ese camino. Le pertenezco en su cabeza.

Fue entonces cuando comenzó a hablar tragándose la bilis. Me preguntó si sabía cuáles eran mis empresas, las marcas de moda y joyas, los restaurantes, la cadena de peluquerías... La manía de siempre. Claro que lo sabía, casi todo eso había nacido tras la muerte de Ralph y la llegada de su herencia, que no compartí con ella porque era para mí, pero que puse a disposición de su gestión. Juntas hablamos de preparar mi futura salida del mundo de la música y la interpretación, no solo como artista, sino por completo, también como empresaria. Yo anhelaba salir del negocio de los teatros, de la producción artística y de la gestión cultural. Si un día dejaba los escenarios y las pantallas, debía ser del todo. Dedicarme a otras cosas y matar a la artista. Así lo hicimos y, como siempre, fuimos socias. Participamos las dos de las sociedades que creamos, pero en todas conservé la mayoría en mi poder como socia capitalista principal, aunque ella

llevaba la gestión. Era nuestro plan de jubilación, porque a las mujeres no se nos permite envejecer en público. De sobra lo sabíamos, somos listas.

Todo aquello encajó perfectamente con la llegada de Eduardo a mi vida y el sufrimiento por la pérdida de Ralph. A Ralph le guardé el duelo casi un año. Marcela me advirtió con su falta de tacto característica: «No te conviertas en la puta nacional, respeta la memoria de tu *amado esposo*». Así lo hice de cara a las revistas y a la gente. En realidad, en ese tiempo estuvo siempre Eduardo, pero sí que sentí con dolor la pérdida. Evidentemente no como marido, pero sí como alguien que me hizo cambiar profundamente. Pocas vivencias nos transforman más que ver de cerca la muerte y el sufrimiento. A mí aquel episodio de la vida me despojó de Val y me devolvió a Gondar, una nueva Mirta Gondar. Eso fue lo que pasó.

Disfruté como nunca cada éxito profesional. Que fueron muchos todavía. Seleccioné y trabajé menos pero mejor, con compromiso y dedicación, pero con la meta de ser la mujer por encima de la artista. Al principio no hablé de nada de esto con Marcela, ni yo era muy consciente de aquella metamorfosis que había provocado Ralph, pero ella lo notó. También es cierto que, al darle tanta participación en la parte empresarial, se sintió tranquila y necesaria. Y lo era. Marcela formaba parte de mi vida indisolublemente, como el azúcar disuelto en el café. Yo la quería sinceramente, aunque a diario me sobraba su intensidad controladora, pero nunca tuve intención de alejarla de mí. Solo de poner orden, de desprendernos para no ser siamesas. Ser dos sin compartir nuestros intestinos y vísceras, ya que no podíamos dejar de compartir nuestras mierdas. Dos, como es lo natural, porque sí que es cierto que cada vez fui más consciente de que había algo enfermizo en aquel control. Eduardo y más tarde nuestro hijo no hicieron más que evidenciármelo y acrecentarlo.

El regreso de mi amor no tuvo nada que ver con la vez anterior. Cuando Eduardo me llamó casi un mes después del entierro, debido a un largo viaje de trabajo a África, nos hicimos inseparables. No nos costó huir de la gente porque simplemente no necesitábamos a nadie. Creamos casi instantáneamente mucho más que un lecho: un hogar. Vino discretamente a vivir a mi casa, que había sido de Ralph. Y todo el tiempo que nuestros compromisos laborales nos lo permitían eran para compartir.

Compartir es algo maravilloso. Sentir que creces al lado de alguien, que tú aportas lo tuyo y recibes lo de otro, que hay una sinergia que te hace mejor. Era una mujer plena, autónoma, famosa, rica, con un plan de futuro claro, y tenía un amor como no puedo ni describir. No había nada que me faltase y eso creaba en mí un sentimiento de levedad en el universo, de efímero, de miedo incluso. Sentía que era tal mi fortuna que algo tenía que arrebátarmela, porque el Cosmos no estaba acostumbrado a ser tan perfecto.

Sé que puede parecer inexplicable, pero aquella sensación llegó a crearme episodios de ansiedad. Tenía ansiedad de tanta felicidad o, mejor dicho, de la anticipación de poder perderla. Tanto era así que quise exprimir aún más la vida y tener un hijo. ¿Por qué no? Un ser creado desde los dos. ¿Por qué no iba yo a tenerlo, como toda la gente? Tener un hijo y darle la infancia feliz que yo no tuve.

Tras un año comenzamos a dejarnos ver en público. En pocas ocasiones, pero simplemente porque tratábamos de hacer poca vida social y mucha personal, bastante nos alejaban ya nuestros trabajos. Y, al mismo tiempo decidimos tener el hijo, pero no venía.

Los fantasmas comenzaron a rondar. Me obsesioné con la idea de que había quedado estéril

tras el aborto con aquella curandera que me había hecho retorcerme de dolor. Fui a los mejores médicos, pero pronto supimos que el problema no estaba en mí, estaba en Eduardo. No era imposible, pero el doctor calificó de «milagro» la posibilidad de que su semen, poco abundante y espabilado, me dejara embarazada. Salimos de la consulta derrumbados por la noticia, pero un batido de fresas y unas risas nos devolvió el bienestar y la cordura. Si nosotros éramos tan felices juntos, ¿qué necesidad teníamos de sufrir por añadir un hijo a nuestro binomio perfecto y ya de por sí complicado de horarios? Allí mismo, en un bar delante de un batido de fresas, le pusimos punto final a la idea del hijo y a los anticonceptivos, ya que eran tan infinitesimalmente necesarios.

Y así también me quedé embarazada.

Creo que nunca en la vida supimos hacer nada como era de esperar. Ni siquiera ser estériles.

El embarazo fue la peor etapa de nuestra vida juntos. No por la gestación, sino por los miedos que se apoderaron de Eduardo. Éramos tan conscientes de que aquella concepción había sido un milagro, como el propio médico había dicho, que a sus ojos me convertí en una especie de delicada caja de huevos. Se convirtió en enfermero a tiempo completo cuando el caso era que yo no estaba enferma, estaba embarazada. Me sentía culpabilizada por cada cosa que hacía, y yo las culpas siempre las llevé mal. La alimentación, el descanso, la actividad, el ejercicio, los ensayos... todo le parecía excesivo o escaso. No tengo buen recuerdo de aquella etapa, tengo recuerdo de ser tratada como una enferma, cuando en realidad lo que estaba viviendo era una celebración de la vida. Nunca hemos discutido tanto. Casi nos perdemos.

Cuanto más me reñía por todo, yo peor lo hacía a propósito. Me tenía como una virgen de cristal, cerca del culto y lejos de lo mundano. En los primeros meses mi deseo sexual se hizo incontrolable, no sé si les ocurre a otras mujeres, pero yo necesitaba follar furiosa, porque la expresión hacer el amor le quedaría corta a la violencia en las embestidas que deseaba en mi cuerpo lubricado en abundancia, pero a Eduardo aquel salvaje deseo parecía empequeñecerlo, de hecho, lo empequeñecía literalmente, y yo me sentía frustrada. Me duró unos tres meses, después mis instintos sexuales fueron los de siempre. Y siempre había sido ardiente con él, pero al crecerme el vientre fue ya absolutamente imposible mantener relaciones sexuales. Él no podía. Aseguraba que tenía miedo de hacerle daño al bebé. Pasamos los últimos meses de embarazo sin sexo, y un par de ellos más tras el parto.

Toda aquella situación hizo que en parte dejase de desear al niño. No me atormenta decirlo, escribo para ser sincera y esto no es lo peor de mi currículo de culpas. Yo no sentía ningún tipo de instinto maternal, ni sé si eso existe. Sentía que mi hombre me trataba como a una lisiada y que no me deseaba, me veía fuera de peso y deforme, con ganas constantes de orinar y con mi carrera paralizada. Una mierda que me llevó a una depresión preparto. Ya sé que todo el mundo tiene la depresión post-parto, pero puedo asegurar que yo la viví previamente y me sentí metida en un callejón sin salida que además estaba atravesando sin Eduardo. Se lo expliqué una y mil veces, pero la responsabilidad por el bebé lo superaba. No lo reconocía.

El día que me puse de parto me vi de protagonista de una película sin guion. No había sido dueña de nada en aquel proceso, no podía saber si el hijo que llevaba dentro estaba sano o no, si estaba completo o no, si pariría bien o no. Era como si todo aquello me sucediera, pero yo no fuese nadie. Estaba más que asustada, desbordada y confusa. Me sentía culpable por adelantado, culpable de no tener más instinto maternal que me diese seguridad en lo que había que hacer.

¿Dónde coño estaba el famoso instinto? Eduardo, que se pasaba los días a mi lado rechazando trabajo tras trabajo contra mi voluntad, no aparecía. Como siempre, quien estaba era Marcela. Ella ya había reservado para la gran Mirtha Val el servicio de un equipo médico ginecológico y pediátrico en una cara clínica privada. Un búnker contra los *paparazzi* donde el niño y yo estuviésemos bien atendidos. Pagamos por tener la disponibilidad de los mejores, aquello tranquilizaba a Eduardo.

No sabría decir cómo llevó todo aquello Marcela. La tensión en el trato con Eduardo era evidente y mutua. Conmigo seguía unida por el pasado, siempre presente de uno o de otro modo.

Estaba en la cocina llenando un simple vaso de agua cuando sentí cómo me meaba por las piernas. Primero me sorprendió y enseguida entendí que rompía aguas. Llamé a la oficina de Eduardo y no estaba. Llamé a sus amigos más directos y no estaba. Llamé al bar de debajo de su estudio y tampoco. Así que llamé a Marcela, deseando con cada tono que estuviera en su despacho, como así fue.

Ella descolgó y yo le pedí que viniese. Cruzó la ciudad en menos de media hora, en la que Eduardo siguió sin aparecer. Dejé recado en todas partes y varios amigos salieron a buscarlo. Una nota en su agenda los puso en la pista de una reunión editorial.

Mientras tanto, Marcela llegó y solo con mirarme vio en mis ojos el miedo. Sabía leer en mí. Me conocía y sabía de sobra que no solo temía al parto, temía a todo lo desconocido que vendría después. Así que, mientras llamaba a un taxi y cargaba la bolsa con las mudas para los días de hospitalización para mí y para el bebé, me tranquilizó sin dramas y con una sonrisa. Recuerdo lo que me dijo: «Vamos, venga, todo va a salir bien. La humanidad lleva pariendo miles de años, no va a ser menos Mirtha Val. Lo único que me preocupa es que vas a ir meándote en el taxi». Aquella última apreciación divertida me hizo reír y con cada esfuerzo de la risa me caía más líquido por las piernas confirmando su sospecha y provocándonos más risa sanadora.

Creo que no hay un momento importante de mi vida en el que no haya estado Marcela. Ni uno. Esa es la realidad.

XXXI

Buenos Aires, jueves 6 de mayo de 2004

Vanessa Tifoud no se llamaba así, por supuesto. En realidad, no tengo ni idea de cómo la llamaron sus padres cuando nació, pero sé que ella, siendo poco más que una adolescente, se puso una tarde delante de un espejo posando para una imaginaria sesión de fotos y pronunciando en alto nombres que le quedasen bien a una exitosa actriz francesa. Que era lo que ella soñaba ser: famosa, actriz y francesa. Solo consiguió la parte más imposible de su sueño, ser francesa gracias a su esposo Jean Mari Loupard, pero Vanessa no cambió su apellido elegido por el de casada, prefirió mantener aquella quimera viva. La conocí de tanto verla como figuración en las películas que yo protagonizaba. Era rubia y hermosa, tal vez demasiado llamativa para ser figuración. Me contó aquella extraña historia la primera vez que hablé con ella en un tiempo muerto del rodaje. Me pareció simpática y pedí que le dieran alguna pequeña frase, cosa que la ascendía en la producción de figuración a figuración especial, y poco después a actriz de reparto. Además de seleccionar con acierto nombres artísticos franceses, descubrí en aquella mujer menuda una habilidad que me fascinó, la de perder el sentido. Lo perdía cuando quería, en situaciones concretas y precisas, siempre con alguna intención detrás. La dificultad estaba en utilizarlo sin abuso y en el momento adecuado porque, como los estafadores del barco, si repites la función delante del mismo público, pueden pillarte el truco. Pero ella era una artista del desvanecimiento.

Un día me contó que había comenzado a hacerlo en los orgasmos sin saber que esa práctica ya existía y mucho menos que tenía un nombre francés. *La petite mort* volvía locos a los amantes. En el culmen del acto sexual, en los momentos de máxima excitación del hombre, ella fingía un orgasmo seguido de un leve aturdimiento próximo a la inconsciencia y ellos enloquecían por completo. No dejaba de ser una gran actuación, teniendo en cuenta que nunca había sentido un orgasmo. De los momentos íntimos extrapoló su uso a ganar un instante en una secuencia delante de la que estaba insegura. O simplemente a ganar la atención en público. Y, pese a que su éxito estaba en dosificarlo para que fuese creíble, Marcela arruinó su habilidad poniéndole un apodo muy aplaudido en el sector: *la petite mort*.

No llegó muy lejos ni fue una gran pérdida porque no era buena. Fue una de esas docenas o cientos de personas que pasan por nuestra vida. Sobre todo por una vida tan social como la nuestra. Sin huella, pero que un día recuerdas y te resulta útil.

Hoy recordé a Vanessa Tifoud y utilizaré el desvanecimiento para conseguir que Marcela salga de casa y vaya a la farmacia a buscarme unas vitaminas y unas sales que compraba en una tienda a varias manzanas de aquí; siempre tuve la tensión baja, no resultará extraño. Y, mientras, intentaré abrir la puerta cerrada del fondo.

XXXII

Buenos Aires, viernes 7 de mayo de 2004

La puerta no se abre. La llave no está y no he conseguido abrirla con ninguna horquilla, ni con una placa de radiografía metida por el canto de la puerta. Tiene cerradura de seguridad, como la puerta de entrada. No entiendo por qué esa habitación es de seguridad, pero sé que tiene que ver con el plan trazado para mi final. De eso estoy muy segura sin que nadie me lo tenga que confirmar.

XXXIII

Buenos Aires, sábado 8 de mayo de 2004

Estoy alterada. Desquiciada Abrumada también vale para describirme. Creo que ya he pasado en esta espera por cuanto estado de ánimo hay, del pánico a la ira, atravesando incluso momentos de felicidad por que llegue el día en el que deje de sufrir. No se puede esperar tanto tiempo un final, no se puede. Es demasiado. ¿A qué espera? ¿Qué plan tiene para mí? ¿Cómo se va a deshacer del trozo de su vida que soy? De sus intestinos, llenos de mierda pero sin los que no puede vivir. Yo soy eso, un intestino. Esencial y al tiempo molesta y podrida. Yo soy la culpable y la ingrata. Yo soy la traidora que se quiso marchar, que sintió culpa por tanta vida arrancada. Yo soy la única que le recuerda la asesina que es, que somos. Y, sin embargo, no es capaz de doblegarme y hacer que le pertenezca.

En estas últimas décadas su rabia creció desmesuradamente. Eduardo se mantenía al margen de ella, como si no existiese. Se ignoraban. Convivían conmigo cada uno con su espacio vital, se odiaban, pero no se agredían. Con Amaro fue diferente. Cuando nació, ella lo miraba atemorizada como una alimaña asustada. Su pequeño ser le resultaba un elemento extraño e imponderable. Olía en aquella criatura el poder absoluto sobre mí que ella nunca había conseguido. Por un hijo se da la vida, por un hijo se cambia, por un hijo se pide perdón para que el Universo no se venga con él de tanto mal bajo nuestros pies.

Sentía la ternura y el miedo que le producía el pequeño Amaro. En los primeros días no se apartaba de mí; incluso Eduardo llegó a pedirle en un par de ocasiones, entrada ya la noche, que se marchase a su casa, asegurándole que yo estaba bien y el bebé también, y haciéndole ver que ella estaba de más en aquella nueva familia. Amaro cerraba el círculo alrededor de Eduardo. Un círculo que ella siempre había respetado, aunque no le gustase. La diferencia ahora era notoria. Por mucho que yo amase a Eduardo, ella sabía que una pareja es eso, una pareja, un ser de fuera con quien compartes la vida, pero los lazos son quebrantables y a veces más débiles de lo que parecen. Sin embargo Amaro estaba casi a su altura. Amaro era para siempre. Un hijo, como la deuda con quien mata por ti, es para siempre. Eso la confundía. Y tomó el camino que le pareció más útil y definitivo. Se convirtió, a lo largo de un trabajo de años, en su protectora, amiga y confidente hasta ganarlo por completo.

Hicimos, sin hablarlo, un tándem en la crianza del niño. Consiguió su cariño y sus confidencias de adolescente, y todo volvía a mí cuando ella me ponía al día de lo que sabía, porque él le contaba esas cosas que nunca le contarías a una madre, pero sí a quien te echa una mano en los apuros. Y apuros nunca le faltaron a Amaro.

Mi hijo era un buen chico, pero con mano para meterse en líos. Líos fruto de la mala suerte, de las equivocaciones de juventud, o líos buscados, de todo había. Fue malcriado y mimado de más, no digo que no, pero de verdad era un ser cariñoso y bueno. Sí que lo era.

La crianza del hijo la compaginé con mi carrera profesional, como Eduardo la compaginaba

con la suya. Pero, no nos vamos a engañar, para él criar era distinto que para mí. Yo tenía más peso y responsabilidad en todo lo concerniente a nuestro hijo. Al principio viajaba con él. Lo llevé conmigo con cuidadoras hasta que hubo que escolarizarlo. Entrar en el camerino o en la habitación del hotel donde me esperaba era atravesar el túnel del tiempo, cruzar a otra galaxia y olvidarme de todo. Risas, felicidad y amor. Lo mismo sucedía en casa. Fueron años maravillosos para los tres, Eduardo estaba loco por él, como yo. Tal vez deba decir para los cuatro. Después, con las obligaciones escolares, es cierto que llegaron temporadas sin verlo y sin ver a su padre, pero siempre estuve plenamente atenta a él. Siempre. Ese tiempo lo ganó para ella Marcela, ejerciendo de madre y a veces también de padre, de manipuladora, una vez más.

Amaro anduvo antes que ninguno, habló antes que ninguno, escribió y leyó antes que ninguno. Nunca fue como los demás, era extremadamente inteligente y sensible. Sus enfados podían durarle días y la ira lo cegaba hasta lanzar cualquier cosa que tuviese por delante sin pensar en las consecuencias. Fue así desde bebé, pero ese comportamiento tuvo un nombre en la adolescencia. Problemas de autocontrol le llamó la psicóloga.

Y, como las mujeres siempre vivimos con culpas, una nueva apareció en mi vida: no era buena madre. Marcela me firmaba compromisos sin parar, giras americanas, spots en el desierto, encargos publicitarios, fiestas, colaboraciones con otros artistas. Aquel equilibrio que había conseguido entre la vida personal y la profesional volvió a inclinarse hacia uno de los lados. Y al mismo tiempo comenzó a erosionarme con las culpas, como ella tan bien sabía hacer. Mi éxito me culpabilizaba socialmente. Sabía de sobra que aquello era una estupidez, sabía de sobra de mi lucha día tras día por mi familia, más que nadie, como una loba, como siempre, pero la erosión no trabaja rápido, va deshaciendo lentamente. Era mala madre dentro y fuera de casa.

Amaro nunca estuvo atento a mi carrera ni a la de su padre. No presumía de tener una madre famosa. Todo lo contrario, toda aquella vida expuesta le molestaba. Yo nunca acepté que se publicase ni una imagen de él, y los medios fueron respetuosos, pero desarrolló su propia rebeldía contra ellos. Contra los medios, contra los fans y, en definitiva, contra todo lo que yo representaba y, por supuesto, conmigo. Los estudios, pese a todos los colegios privados a los que fue, se convirtieron en una cadena de fracasos y malas experiencias. Se volvió un adolescente poco comunicativo, como casi todos, solo que yo, en vez de respetarlo, insistía en conversar con él. Obligarlo a hablar, obligarlo a viajar conmigo, obligarlo a quererme. Precisaba de su amor como cuando era niño; ni siquiera sabía cuándo se había producido aquella transformación, cuándo había comenzado a perderlo. Me volví exageradamente controladora y reaccionó alejándose más de mí y acercándose más a Eduardo y a Marcela, que no invadían su espacio como yo.

Amaro tenía mis ojos, los ojos que yo heredé de mi padre. Las culpas se concentraban para mí en él como un agujero negro y sentía la necesidad de repararlo, de cuidarlo, de mimarlo, de recuperar a aquel niño sonriente que me esperaba tras la puerta del hotel. Cuanto más lo cerqué, más se alejó de mí, como adolescente que era.

Una tarde descolgué el teléfono y sonó la voz dulce de Eduardo: «Amor, Amaro no está bien, necesita ayuda». Él siempre vio todo con más claridad y menos emoción que yo. Con dieciséis años lo metimos por primera vez en un centro de desintoxicación de drogas.

XXXIV

Buenos Aires, lunes 10 de mayo de 2004

No he descansado nada estos días. Recordar a Amaro duele tanto que acaba conmigo.

En el centro de desintoxicación mi hijo encontró una luz que ya nunca lo abandonó: pintar. Era artista, como yo, pero de los de verdad, de los que lo hacen como una necesidad intrínseca por la que curan y vomitan todo su ser.

Mi arte no es nada intenso. Responde más a algo que simplemente te sale bien, que te hace conectar con la gente y sentir esa unión, pero soy consciente de que podría haberme dedicado a cualquier otra cosa y quizá me hubiese salido igual de bien. Podría haber sido una buena dependiente en un centro comercial. Ponerle entusiasmo a lo que haces también es una característica loable, pero lo de mi hijo era otra cosa. Amaro era artista como sus padres, pero de diferente palo que nosotros, y eso a él lo llenaba. Sus logros y avances los sentía como propios, y sin duda lo eran.

En esta profesión abundan las sagas familiares que resuelven la vida aprovechando la marca creada por un antepasado. Lícito e inteligente. El esfuerzo se reduce de manera notable cuando alguna puerta ya está abierta. Normalmente el asunto genético no resiste la tercera generación. Abuelo artista, hija artista, nieto mal artista que vive de airear su vida privada por los estudios de televisión. Es el determinismo genético profesional que parece que pierde fuerza y genio con el paso de las generaciones. Siempre me hizo mucha gracia Evelyn del Bocca explicándolo. Su bisabuelo había sido tabernero, su abuelo había sido tabernero, su padre había sido tabernero y a ella le gustaba mucho el vino antes y después de actuar, y no era tabernera porque con esa afición habría mandado la taberna a la bancarrota.

Amaro se abrió un camino propio muy joven, algo de eso le debió de venir también en los genes. Nosotros solo podíamos sentirnos orgullosos de él y facilitarle todo lo posible su formación en América y en Europa.

Comenzó a viajar muy pronto y también muy joven dejó la enseñanza reglada, que no había sabido ver en él más que fracasos. Eduardo le apoyó desde el principio, a mí no me pareció bien, supongo que es un inevitable deseo de todos los que no tuvimos la posibilidad de estudiar y licenciarnos que nuestros hijos la tengan, pero también es un derecho de ellos no complacernos. Amaro no quiso ir a la universidad y prefirió desarrollar un aprendizaje que él y Marcela llamaban «de las vanguardias». O, dicho de otro modo, viajar, aprender en cursos, talleres y estancias con artistas, entrar y abandonar colectivos, moverse de aquí para allá con independencia y voracidad por vivir, pero sin ningún título ni diploma.

Se marchó pronto de nosotros, que lo extrañábamos a diario.

Cuando lo teníamos, cuando venía temporadas a casa, se convirtió en el hijo más cariñoso del mundo. Consentía que lo abrazase y lo llenase de todos los mimos que me había negado de adolescente. Aquel reencuentro con su amor era mi felicidad y la de su padre también. Volvió

desde la libertad y solo cuando él decidía. Me acostumbré a no saber quiénes eran sus compañías, a que llamase poco, a que usase mucho la tarjeta, pero también a maravillarme con sus cuadros y con el dominio de los idiomas que enseguida mostró. También me acostumbré a sus recaídas en las adicciones, y una psicóloga turco-argentina que Eduardo me recomendó me enseñó a desprenderme de la culpa. Claro que a estas alturas ya sabemos lo cabrona que es la culpa y que siempre te espera en alguna esquina. Eso no lo sabía la psicóloga por mucho título y licenciatura que tuviese. A mí me esperó para destrozarme cuando falleció de sobredosis exactamente tres meses después de que Eduardo se matase con el coche.

En este piso no tengo un solo cuadro de él. Hoy se los pediré a Marcela. Deseo rodearme de su arte como si fuesen sus abrazos. Le voy a pedir los cuadros y que me abra la habitación del fondo. Ya está bien de esperar.

XXXV

Buenos Aires, martes 11 de mayo de 2004

Marcela no está. Y yo creo que voy a volverme loca.
¿Puede una loca enloquecer?

XXXVI

Buenos Aires, domingo 15 de mayo de 2004

Llevo días enferma. Enferma y sola. Vomitando sin tregua y con diarrea continua hasta que siento que ya no hay nada dentro de mí, ni líquidos ni bilis. Nunca en mi vida me he sentido tan mal como ahora. Los dolores abdominales son tan fuertes que me retuerzo de dolor. No puedo ni limpiar lo que estoy ensuciando. Esto es un auténtico asco. Estoy tan débil que mi cuerpo no responde. La última vez que vi a Marcela fue el lunes. Desde que vino a instalarse, aquel día que apareció por la puerta con las bolsas de comida fresca, se ha quedado aquí cada noche, pero ahora se ha ausentado de nuevo sin previo aviso. En el congelador dejó fiambreras para varios días. Yo no era consciente de que estaba guardando otra vez una parte de la comida de cada olla que hacía, pero así fue. Es decir, que esta ausencia nuevamente ha sido planeada. Casi no he comido ni tengo hambre. Solo un poco. Todo lo que ingiero sale de mí. Me mareo, me duele la cabeza, qué sé yo. Casi ni escribir puedo e incluso he llegado a delirar.

XXXVII

Buenos Aires, sábado 21 de mayo de 2004

Mi estado es malo.

Como siempre ha querido, no soy nada sin ella.

Ya me lo ha demostrado.

XXXVIII

Buenos Aires, domingo 22 de mayo de 2004

Marcela ha regresado

Me he quedado muy débil. Ya ni como desde hace horas o días.

Fueron días durísimos, de grandes dolores, como si me reventasen los intestinos y la cabeza; de eliminar sin tregua del cuerpo todo cuanto dentro había. Ya consiguió lo que siempre codició. Ya asumo mi derrota y su hegemonía.

Ha regresado sin explicaciones. La oí entrar en el piso, no sé si traía algo o no como la otra vez. La oí taconear hasta mi habitación. Yo estaba tirada en la cama, humillada en fluidos corporales viejos y derrotada también físicamente. Marcela se limitó a mirarme sin evitar un gesto de asco por la peste que seguro emanaba de aquella cama y que yo ya no apreciaba. Abrió las cortinas, subió por completo las persianas y flanqueó la ventana por la que entró una luz que me molestó. Luz de vida exterior de la que no me interesa saber.

Luego salió sin mediar palabra.

No hubo sorpresa ni preguntas, por lo que mi estado era el esperado.

Marcela probó a envenenarme con la comida, es la explicación.

Será así.

Hace un momento cambió la cama y le puso al colchón un plástico protector. Limpió y fregó toda mi habitación y el baño mientras yo esperaba refugiada en la butaca naranja de la habitación.

Cuando salió, dijo: «Te queda la bañera preparada. Lávate. Apestas».

Lo hice. Después regresé a la cama. Todo en silencio.

Ya queda poco.

*La piel, siempre la piel.
Quise que conservases la tuya para siempre.
Y lo conseguí.*

La piel

Las piernas hinchadas

En los vuelos transoceánicos a muchas personas se les hinchan las piernas. Amanda era una de ellas. Eran tantas horas desde Santiago de Compostela a Madrid, y de allí a Buenos Aires en la Argentina, que tenía tiempo de aburrirse mirando cómo aumentaban sus tobillos.

—Tengo las piernas como bolas.

—Es que hay que ser muy cutre, querida, para ser millonaria y coger los asientos en turista en un vuelo transoceánico —replicó Enric.

Tenía razón, qué podía decir. Era una cutre y pagaba su avaricia y falta de clase perdiendo exageradamente la forma de sus piernas tan sufriendamente torneadas en el gimnasio todos los lunes, miércoles y jueves. No podía quitarle ojo al lugar donde antes estaba el hueso del tobillo y ahora había carne.

—Me está preocupando. Los vuelos largos pueden producir coágulos en las piernas de estar tanto tiempo sentada. Y después, cuando te mueves, viaja el coágulo por el cuerpo y te da una embolia.

—Tranquila. Si te sucede eso, te llevaré a un hospital barato. —Enric siempre conseguía hacerla reír. El sarcasmo era su especialidad.

Tuvieron que pasar unos cuantos meses para poner en orden la montaña de papeleo, las últimas voluntades de la vieja señora Gondar, hacer frente a los impuestos y, por fin, heredar. Enric tenía razón desde el principio, era mucho más de lo que ella esperaba. Estaban los veinticinco millones de euros de su banco, el piso y la plaza de garaje que conocía, además de otra casa vacía y casi en ruinas en una pequeña aldea próxima a Rois y cerca de donde había nacido, que a saber por qué la había comprado a su regreso de América. En esa zona vivían las sobrinas y el resto de la familia. Qué manía tenía la gente mayor con regresar después de toda una vida fuera; Amanda nunca había entendido esa obsesión tan frecuente en los emigrantes de más edad, como si un instinto, que ella no poseía, los obligara. Y junto con lo conocido estaba la auténtica sorpresa. Por si todo aquello fuese poco, la señora Gondar formaba parte de una trama de sociedades y empresas que Enric y ella todavía no habían sido capaces de desenmarañar. Había fondos de inversión y cuentas en Luxemburgo y en la Argentina, todas con más de seis cifras en dos divisas diferentes, euros y dólares americanos. Y además un piso en Buenos Aires, adonde se dirigía sin llaves pero con los papeles de la herencia y, por tanto, como propietaria.

—Espero que el hotel que hayas cogido sea bueno, por lo menos. Me dan asco las camas de hotel.

—Sí, claro. Es un buen hotel de cuatro estrellas, en el centro y reformado —se defendió Amanda.

—No me fío nada de ti, pequeña avara. ¡Voy a tener que enseñarte a gastar! ¿Por qué no me tropezaría yo con la vieja?

—Porque no trabajas en el banco.

—Ni me parezco a una amiga —resolvió él con gracia.

Durante esos meses también habían cambiado las cosas con Enric. Se había convertido en un compañero de viaje clave en todos los sustos y desvaríos que conllevó la herencia desde el primer día. Era lo contrario de Amanda. Si a ella la paralizaban los problemas, él se crecía con ellos y se le ocurrían soluciones realmente brillantes.

Entre los dos se había establecido una nueva relación difícil de catalogar. Ya dormían algunos días juntos, pero no a diario. Se veían fuera de aquel confinamiento domiciliario del principio, pero no solían ir agarrados por la calle o hacerse muestras de cariño en público. Se podía decir que, de una relación puramente sexual, mantenían ahora además una amistad, pero no lo llamaría amor. Lo que sí podía constatar era el paso de Manel a nuevos archivos de su memoria en donde estaba bien almacenado y sin aparecer continuamente para todo. Ya era hora de meterlo en un desván como un mueble viejo.

—¿Cuánto le queda a esto? —preguntó angustiada Amanda.

—Unas... siete horas. Son doce horas y cuarenta minutos, solo llevamos cinco y media.

—¡Dios! ¡Siete horas! ¡Me van a explotar los tobillos!

—Duerme, anda, que para eso los vuelos transoceánicos son de noche. Es lo que yo voy a hacer, si lo consigo en este sitio de mierda.

Enric se revolvió buscando acomodo, se tapó con la mantita y se colocó el antifaz — proporcionados ambos por la línea aérea— y sumó a todo ello un Trankimazin que se sacó de un bolsillo y engulló juntando en la boca su propia saliva.

—¿Quieres uno?

—No, nunca lo he tomado. Me da respeto.

—Debes de ser la única del planeta a la que nunca le han hecho falta. No me despiertes, eh. Y trata de dormir o cuando llegues vas a andar zombi con el cambio horario.

Amanda sintió la tentación de pedirle el tranquilizante, pero se imaginó allí tirada durmiendo, con la boca abierta y con un hilo de baba resbalándole por la comisura de los labios. Mejor era probar su efecto otro día y no delante de Enric. Estaba segura de que no le faltarían ocasiones para tomarlo.

Sabía que la herencia era un golpe de suerte único y que cualquiera mataría por una fortuna caída del aire, pero las inquietudes que le había traído eran proporcionales a la cantidad de ceros que aquello sumaba.

Todavía recordaba con una sonrisa el día en el que se lo contó a Ignacio. Había sido una mañana de mierda en el banco. Una circular interna presionaba sobre los nuevos objetivos a conseguir y otra informaba de un curso obligatorio en línea de doscientas horas a realizar en casa, por supuesto. Inma, la apoderada, había sido la primera en leerlo cuando encendió el ordenador por la mañana.

—¡Me cago en la leche! —dijo.

Fue la voz de alerta para los demás de que había alguna sorpresa en la intranet del banco. Amanda respiró antes de encenderlo y, como ella, soltó un exabrupto al tener noticia del curso. Ignacio, en cambio, se limitó a hacer el primer aflojamiento de corbata del día.

Esos fueron todos los comentarios del personal. Dentro de su despacho de cristal, Juan Manuel, el director de aquellos tres empleados, también parecía soltar algunas lindezas por la boca, pero más tarde seguro que iría a visitarlos para recordarles la suerte que tenían de contar siempre con permanente formación puntera y gratuita. En momentos como ese es cuando piensas

en lo maravilloso que sería liberarte de trabajar. Eso pensó Amanda. Y comenzaron a temblarle las piernas solo de barajar la posibilidad de un cambio total de vida que todavía veía incierto. Creyó que contárselo a Ignacio le ayudaría a asumir lo que le fuese a ocurrir.

En el café de las diez y media le soltó detalladamente la bomba.

Ignacio se quedó mirándola. No pestañeó durante más tiempo de lo recomendable.

—¿No te parece alucinante? No consigo asumirlo.

Ignacio no hablaba ni cambiaba de cara ni pestañeaba.

—¿Qué dices? ¡No se lo cuentes a nadie, por favor! Tengo aún que poner las cosas a andar y ver qué problemas puede haber. Yo no consigo creerme esto totalmente. No me gustaría levantar la liebre y que después no pueda ser por algún motivo. Y, cuando lo cuente, también quiero que lo sepan los menos posibles. El dinero no deja de ser una cosa privada —insistió Amanda.

—En el banco tiene veinticinco millones de euros —habló por fin. Serio y hierático.

—Sí, y el piso, pero puede haber más. Otras cuentas, otros inmuebles, es pronto para saberlo.

—¿Y vas a hacer el curso?

Amanda se sorprendió del comentario.

—A lo mejor no.

Y los dos se partieron de risa.

¡Qué buena gente era Ignacio! Un extraordinario apoyo en todo lo que vino después.

Amanda reclamó la herencia. Por indicación de Enric contrató los servicios de la mejor gestoría de la ciudad y de un abogado especializado en derecho de sucesiones. Ella era reacia pero, si algo salía mal, toda la pérdida serían esas minutas, mientras que, si por el contrario, todo salía bien, como ambos profesionales le auguraban, la ganancia era aún imponderable pero millonaria.

Le recomendaron discreción y prudencia hasta conocer el contenido exacto del testamento, y las cosas de palacio ya se sabe que no tienen prisa. Amanda siguió imaginando cada día a las dos sobrinas entrando enfurecidas por la puerta corredera del banco a primera hora, como siempre venían. Y día tras día iba dejando de sufrir según avanzaba la jornada laboral y no hacían acto de presencia.

Xosé Antón Gómez-Méndez, su abogado, les dio una opinión parecida a la de Rocío en aquella primera conversación telefónica, pero la de él le iba a costar a Amanda un montón de dinero. Poco tenían que rascar las sobrinas; eso sí, podían entorpecer y molestar. La vieja había hecho testamento ante un notario y eso era garantía para cumplir sus deseos finales, en los que no pintaban nada las dos consanguíneas.

También en aquel avión se acordó Amanda del día en el que aparecieron las sobrinas en la oficina. Porque finalmente fueron por allí, pero mucho tiempo después. Y no entraron hechas unos basiliscos, como ella había imaginado, sino tranquilas y dispuestas a convencerla de que el dinero ganado tan duramente por la tía debía quedarse en la familia, necesitada de él. Y que no tenía ningún sentido que se lo hubiese dejado a ella porque solo la había visto una vez. Le hablaron de lo terrible que era acompañarla al banco cada vez que se lo pedía, del hedor inhumano que soportaban en cada una de aquellas visitas bancarias.

Conforme avanzaba la conversación, Amanda se dio cuenta de que la señora Gondar solo llamaba a las sobrinas para ir al banco. Nada sabían de su salud ni la ayudaban en otra cosa.

—¿Y de dónde sacó el dinero la señora Gondar? ¿A qué se dedicó?

Las sobrinas se miraron. Tampoco tenían ni idea. La tía era una absoluta desconocida para ellas.

—La tía pasó mucho tiempo en el extranjero. Toda la vida prácticamente.

—¿Y se carteaba con la familia?

—Vaya, es que durante años mi padre no supo de ella. Él es el único de los hermanos que sigue vivo, por eso somos los legítimos herederos de la tía.

—No teníais contacto.

—No, pero cuando volvió ella nos buscó.

—¿Y vuestro padre nunca se había escrito con ella?

—Mi padre tuvo alzhéimer y no pudimos averiguar esas cosas, pero estamos seguras de que mantenían una estrecha relación porque ella nos vino a buscar, y ya ve que nos pedía que la acompañásemos al banco porque, sin duda, éramos la familia que tenía. Y las herederas. No sabemos cómo pudo haber ese cambio en el testamento, pero seguramente no estaba bien.

Cuanto más hablaban, mejor comprendía Amanda a la vieja Gondar. Ella era tan desconocida como las propias sobrinas. Aquella conversación comenzó a despertarle cierta rabia y se deshizo de ellas.

—Tomen. —Les entregó una tarjeta—. Esa es la dirección y el teléfono de mi abogado, Xosé Antón Gómez-Méndez. Lo que necesiten tratar, háganlo con él, porque yo de Derecho no entiendo, pero sí me ha informado, como seguramente ya saben, de que el testamento es válido y legal. El notario da fe de ello. También sabrán que la señora Gondar podía perfectamente disponer de sus bienes sin obligaciones con la familia y dejárselo a la persona que ella deseara, como si se lo hubiese querido dejar a la beneficencia.

—¡Pero usted no la conoce de nada!

—¿Y ustedes sí?

Ahí se acabó la conversación, muy aplaudida por Enric cuando se la contó.

El vuelo interminable

Una extraña sensación en las piernas despertó a Enric. Amanda estaba doblada sobre sí misma, metiendo como la mejor contorsionista la cabeza entre el espacio del asiento y tirándole a Enric del pantalón mientras alumbraba con la linterna del móvil e intentaba bajarle un calcetín.

—Pero ¿qué coño haces?

—¿Tú tienes las piernas hinchadas?

Enric se miró.

—No.

Hizo una pausa.

—¿Para qué me despiertas? —Estaba enojado—. ¿Sabes lo difícil que es coger el sueño en este asiento?

—Hice mal en no comprar en primera, lo siento.

—Ya estás cambiando los de la vuelta.

—No los compré, por si decidimos volver antes o más tarde. O ir a otro sitio aprovechando el viaje. Tú puedes trabajar en línea. —Amanda le sonrió.

—Vaya, al menos me has hecho caso en eso. Me alegro. Y si el hotel es una mierda, también lo cambiamos, Amanda —concluyó en tono condescendiente.

—Sí, claro.

—Duerme, por favor, faltan aún cinco horas.

Enric no estaba para hablar y Amanda no estaba para dormir.

Cada ruido del fuselaje la angustiaba y hacía saltar esa capacidad suya para imaginar tragedias que entrenaba desde la más tierna infancia. Enric tenía razón, debería dormir, pero nunca lo conseguía en los aviones, era un ave insomne. Él, en cambio, sería uno de aquellos vencejos que había visto en un documental, capaces de dormir, comer y copular volando. Pese a todo, había creído que iría incluso más nerviosa a la Argentina a usurpar los bienes de la señora Gondar, pero no sería así, porque llegaría allí ya en calidad de legítima heredera, y eso la tranquilizaba. El proceso mental le había costado su tiempo y muchas charlas de Enric, pero eso ya había pasado. Ahora se trataba de ver qué había allí y posiblemente deshacerse de algunas propiedades mediante ventas que no tenían por qué ser inmediatas ni con prisas, pero lo que ya había decidido en ese avión era que, cuantas menos veces tuviese que cruzar aquel océano con riesgo de embolia, mucho mejor. Sí, seguramente se desharía de todo lo que hubiese allá. Ya que no tenía deberes con el banco podía tardar lo que le diese la gana en tomar la decisión y en regresar del viaje. Se acabaron los horarios y las obligaciones. Y notó cómo la cara se le tensaba al recordar su final feo y desagradable en el banco.

Ignacio había mantenido la boca cerrada, como le había pedido; pero, pasado un tiempo, cuando todo estuvo encaminado, a ella misma le pareció que debía informar en la oficina de lo ocurrido, ya que se trataba de una clienta. Desde pequeña tenía la necesidad de dar demasiadas explicaciones y de pedir demasiados permisos, y eso, lejos de ser lo que dicta la recta razón, era

siempre un problema añadido. El día de la revelación se sentía como cuando era niña y se metía en algún lío injusto. Como cuando le pidió permiso al director del colegio, don Toribio, para darle alimento a un gatito abandonado en el patio del centro. Llevaban semanas cuidando de él porque el animal maullaba desprotegido a todas horas pidiendo ayuda. Todos lo habían escuchado y todos sabían que se le llevaba leche y comida, pero, cuando decidió seguir la vía formal y pedirle permiso al director, don Toribio se enfureció.

—Los gatos traen enfermedades y atraen a otros gatos. En nada nos podemos juntar con una docena de ellos —argumentó con la frente llena de arrugas de indignación.

—Pero se le escucha maullar en todo el patio y los niños se arremolinan a su alrededor, y hay tazas con leche... Todos saben que está ahí, maestros y alumnos, usted habrá oído o visto algo.

Amanda había tratado de demostrarle que él mismo era conocedor y había consentido los cuidados que ahora, formalmente solicitados, le estaba negando con aquella estúpida pose de director estricto, pero los directores a veces tienen que aparentar que lo son. Así que el gato fue expulsado del patio y a Amanda se le había quedado cara de tonta. Fue una de las veces indelebles en que había sentido esa sensación que la perseguiría en tantas ocasiones en la vida, de ser demasiado protocolaria cuando los asuntos ya están resueltos por detrás. Y así pensaba que podía suceder con el tema de la herencia. Airearlo podía volverse en su contra, pero silenciarlo también. Y una vez más optó por la vía correcta, que no siempre es la justa y necesaria. Ella iba, honradamente, a informar al banco de que una clienta la había hecho heredera universal. Y no tenía ni idea de cómo iba reaccionar aquella mole bancaria.

Primero le había anunciado a Ignacio su decisión de «dar parte» del tema. Él era, por naturaleza, poco optimista con todo lo que tenía que ver con el banco. O, para ser exactos, con todo lo que tenía que ver con las cúpulas de poder, y las semicúpulas también. Cargos, cargazos y carguitos le producían una acertada desconfianza, comprobada empíricamente durante años, excepto en honrosas excepciones.

Ignacio creía en la banca pero no en los banqueros, como a algunos les ocurría en materia de fe. Su experiencia era que siempre había alguien mandando capaz de retorcer un asunto redondo hasta buscarle más aristas que a un poliedro. Normalmente aquellos retorcedores profesionales disfrutaban entorpeciendo en nombre de las normas, o de su lectura de estas. Ignacio los padecía a diario y su carácter pusilánime parecía que los incitaba a ser especialmente miserables con él. Lo hacían sudar tinta y aportar un millar de papeles estúpidos hasta resolverles cualquier simple trámite. Por eso desconfiaba de que escuchasen sin meter el hocico en la noticia de la clienta que beneficiaba a una empleada con su herencia. Para ser más exactos: con su herencia millonaria.

—Cuando se lo cuentes a José Manuel, que es un lameculos, le trasladará inmediatamente el asunto a Carrasco, el zona, y a Carrasco le va a faltar tiempo para decírselo a Fernández-Garrido, el regional, y de ahí ya vete tú a saber en dónde termina el asunto. Igual en Bruselas o en Estrasburgo —añadió con su típico humor negro.

—¿Pero qué asunto, Ignacio? No hay ningún «asunto» —recalcó la palabra—. Ellos no tienen que opinar, ni hacer, ni autorizar nada, pero creo que debo decirlo porque, precisamente, no tengo nada que ocultar.

Y no tenía nada que ocultar, pero eso daba igual. José Manuel recibió la noticia como un problema. Amanda a esas alturas ya sabía cómo reaccionaba la gente. La secuencia pasaba por cara de sorpresa, incredulidad, dudas y preguntas y ya, después, la admiración y la envidia... Ya

conocía eso de otras veces, pero en esta ocasión el siguiente paso de José Manuel fue inédito.

—Ay, Amandita, ¡qué problema, qué problema!

—¿Qué problema? —se sorprendió ahora ella—. ¿Cuál?

—Todo, mujer, todo. Esto nos va a traer mucho papeleo, muchos informes, un montón de llamadas de arriba. —Señaló hacia el techo. José Manuel se ponía de mal color solo de pensarlo—. Muchas preguntas, Amanda. Prepárate para muchas preguntas y algunas muy poco agradables.

Ella no podía responder a muchas preguntas. Más bien podía responder a muy pocas. No sabía nada de la vieja, no sabía por qué se lo había dejado, no sabía nada más que el nombre de las empresas que había heredado.

Ignacio aflojó la corbata cuando se lo contó. Ya su nariz de perro viejo, resabiado por tantos años de banca, había olisqueado aquella chamuscada. A Amanda le hervía la sangre.

—Problemas, problemas... Ya me estoy hartando de oír eso tanto. ¿Qué problema tiene? La vieja se murió, estaba sola y me lo dejó a mí. Será raro, pero es legal. Y sobre todo es lo que pasó. Ahí se acaba el cuento —razonaba con Ignacio.

Pero, lejos de acabar ahí el cuento, empezó un rosario de llamadas *in crescendo* en nivel de grosería para con Amanda hasta convertirse en una suerte de acusaciones, ofensas e injurias.

De José Manuel, como Ignacio había previsto, «el asunto» fue a Carrasco, el jefe de zona, y de él a Fernández-Garrido, jefe regional, y desde ahí ya se extendió en varias direcciones en la cadena de mandos y manditos, derivándose a Madrid, donde se ramificó hacia el servicio jurídico del banco, el servicio de seguridad y el de auditoría interna. Todos acosaron sin tregua a Amanda.

El peor de todos los perros de caza fue Casto Rozas.

—Discreción, Amanda, discreción. Me piden máxima discreción desde Madrid —había explicado José Manuel.

—Absolutamente de acuerdo. Lo último que me interesa es que esto trascienda a la prensa.

—¿Por alguna razón? —inquirió desconfiado el director de la oficina.

—Por las molestias y estupideces que puede traer, José Manuel. Por eso.

—Claro, claro. Imagina. Vendría la prensa, seguro.

Enric ya era la prensa y había conseguido el compromiso de Amanda para estar muy atenta a que no trascendiese porque, si él se estaba callando, que no fuese a saberlo algún medio y contarlos otros.

Casto Rozas llegó a los cuatro días. Desplazado desde Madrid y con hotel para dedicarle el tiempo que fuese preciso «al asunto».

La citó en el reservado de la oficina, una pequeña sala de juntas donde se amontonaban hasta el techo cajas de mejillones y de atún en aceite de una conocida conservera. La pretendida discreción de todos levantó las sospechas del resto del personal de la oficina, es decir, de Inma, que no podía dejar de sentir que nadie le contaba nada y allí pasaba algo grave.

—¿Y todas estas cajas? —Casto Rozas, acompañado de José Manuel, el director, entró primero en la sala de juntas y, extrañado por aquel improvisado almacén, se acercó a las cajas—. Mejillones en salsa de vieira, mejillones en escabeche, atún en aceite de oliva, mejillones al natural —fue leyendo por las cajas a distintas alturas.

—Ese fue un error, nadie los quiere al natural. Llevan ahí ya tiempo y no tienen salida.

—¿Pero venden ustedes conservas? —La cara de Casto era un poema.

—No, no. Son encargos de familia y amigos próximos al banco. No vendemos a la gente. ¡Hombre, faltaría más!

—¿Encargos? Pero, entonces, ¡venden!

—No, hombre, no —aclaró el director—. Escariz es una marca muy buena de conservas, no le sonará porque usted es de fuera, pero aquí es muy conocida. Vaya, venden a toda España y con importantes exportaciones, sobre todo a Europa. Aquí nos gustan más los mejillones colorados, pero los blanquecinos gozan de excelente salida en los países nórdicos. No son peores por su color, es una cuestión de sexo, las hembras son más coloradas, pero saber saben igual. El caso es que se consumen en todas partes y son muy buenos clientes. Y buena gente, nos hacen precio en las cajas, por eso a veces les encargamos algunas latas.

El perro de presa lucía cara de tal.

—¿Pero me está diciendo que todo esto es para ustedes? —Apuntó hasta la infinitud en altura interrumpida por el techo.

—Para nosotros, la familia y allegados. Es un cariño que nos hacen, son muchos años de trato. Clientes de viejo.

—Mire, José Manuel, después hablaré con usted de este otro asunto. Ahora déjeme conversar a solas con Amanda. Veo que por esta oficina la ética anda laxa. A lo mejor me quedo unos días más de lo esperado y echo una miradita más.

José Manuel sudaba frío.

—Lo que quiera, señor Rozas, lo que quiera. Aquí puede revisar con tranquilidad lo que quiera. —Y dejó la sala de juntas más preocupado ya por su nuevo «asunto» que por el «asunto» de Amanda.

Esta fue en adelante la protagonista única. Tras cuatro días de repetir explicaciones que no había, al departamento de seguridad, al de auditoría interna, al servicio jurídico y a distintos cargos con los que nunca antes había hablado, estaba agotada y bastante molesta. La presencia del perro de caza Rozas con aquella actitud de investigador de película serie B de sobremesa le resultaba simplemente ridícula. Comenzó la conversación con un monólogo sobre el código de conducta interna. Hablaba de pie mientras ella permanecía sentada con el fondo de las cajas de conserva y, en el horizonte, Inma, observando extrañada desde el otro lado de la cristalera. Era una de las primeras enseñanzas en los métodos de ventas que había aprendido en los tediosos cursos de doscientas horas en línea: la importancia del nivel de la mirada. El que lleva razón, el que vende, el que manda, el que es superior, el ganador, debe estar en un plano superior. No se puede echar una bronca con éxito de abajo a arriba, necesariamente tiene que ser de arriba a abajo. Y allí estaba Rozas, bien adiestrado, de pie, apoyado en la mesa con las manos, de espaldas a la cristalera soltando una charla disciplinaria y ética de la que Amanda huyó para centrarse en lo bien que le quedaría a aquel tipo un mostacho retorcido tipo años veinte y un monóculo. Incluso un peinado con raya al lado y ondas marcadas. Ya veía un prototipo de investigador de películas de época. Perdió por completo la atención hasta que empezó a escuchar palabras que sonaban amenazantes, investigación, expediente disciplinario, amonestación, suspensión de empleo y sueldo.

—Estoy aquí, Amanda, para dilucidar qué tipo de falta se cometió y adoptar la sanción correspondiente.

Amanda se tomó unos segundos antes de hablar. Y no era habitual en ella. Lo normal hubiera sido que se sintiese en la obligación de defenderse y que lo hiciese precipitadamente, nerviosa, torpemente y argumentando fatal. Defenderse nunca había sido su fuerte ni teniendo la razón. Siempre hablaba de más, se excusaba de más, se liaba de más, siempre parecía culpable, pero por una extraña conexión neuronal le vino a la cabeza el curso de doscientas horas que tenía pendiente, como todos aquellos planes y objetivos trimestrales imposibles de alcanzar, y el *leasing* que nunca era capaz de colocarles a los clientes, simplemente porque no era competitivo. Pensó en todos aquellos marrones y observó de nuevo a aquel hombre, juez supremo, que tenía delante y que no iba a resolver sobre lo que había ocurrido, sino, como acababa de decir, «sobre el tipo de falta que se había cometido». Es decir, la falta ya venía presupuesta. Entonces, como si sufriese una posesión y otra mujer hablara desde su interior, le contestó:

—A tomar por el culo.

Casto Rozas pestañeó. No fue una gran reacción, pero estaba en consonancia con la falta de sangre en su sistema circulatorio que estaba demostrando.

Amanda se levantó y, de pie, hasta se vio alta. Pensó por una fracción de segundo en subir a la silla y desde muy arriba de la línea de los ojos, cargada de superioridad moral y espacial, volverle a gritar lo que ya le había dicho, pero aquella silla tenía ruedas y en un curso de altura hecho en línea, como todos, el tema primero le mostró la estupidez de la práctica generalizada en las oficinas de subirse a una silla con ruedas para llegar a un estante. Se veía que los cursos funcionaban. No iba a arriesgar su futuro despreocupado de lo mundano por una caída estúpida. Y además le entraron unas ganas tremendas de ir a ver a Enric. Fueron las dos razones, simples y poco elaboradas, por las que salió de la oficina abandonando su puesto de trabajo. Paró en la mesa a recoger el bolso, abrió un cajón y en una bolsa del súper que había allí metió tres o cuatro pequeños efectos personales. Después miró a Inma, que escuchaba a un cliente con furtivas miradas hacia ella.

—Ponte recta, recuerda lo de la línea de los ojos —dijo con sorna, Inma era buena gente—. Chao.

Después miró a Ignacio parado de pie como un espantapájaros con traje de carnaval delante de una estantería de azetas.

—Volveremos a vernos.

Le lanzó un beso y salió, libre.

Sin paraguas, porque se le había quedado olvidado en el paragüero de la puerta. Volver a cogerlo no era opción o arruinaría aquella digna salida. Y qué le importaba, sintió la lluvia que le deshacía el peinado, fresca y reparadora cayendo por su frente. No había falta ni podía haber sanción, pero no iba a quedarse para verlo. Días después le ofrecieron adelantar las vacaciones mientras Casto Rozas finalizaba la investigación. A tomar por el culo.

La decisión estaba tomada desde el mismo día en que había salido mojándose de la oficina, empapada de futuro. Fue derechita a donde Enric y le propuso ir con ella a la Argentina a descubrir sus bienes. Él aceptó al instante, cerrando el trato con un beso apasionado de alegría que anticipaba un viaje intenso. No sabía si el propio Enric sería otro descubrimiento o no, pero era divertido y muy espabilado para solucionar eventualidades.

—Me vas a dejar escribirlo. —Allí en la entrada de la sala de su casa, sin ni siquiera sentarse, venían de cerrar el viaje. No parecía una pregunta. Era una aseveración en toda regla.

—¿Un artículo?

—¡Un libro! Quiero descubrir quién era esa mujer, tiene que haber una gran historia ahí.

La poza intermareal

El hotel, un rascacielos, ubicado en la mítica y previsible Avenida 9 de Julio, a unos minutos andando del Obelisco, no resultó ser de mala calidad. Tenía un punto decadente, como tantas cosas en el centro orgánico de aquella gran ciudad, pero poseía el encanto de haber vivido con intensidad y estaba limpio. Había sido más exclusivo de lo que era, guardaba una cierta elegancia dentro de la derrota sufrida por las fauces de las grandes cadenas hoteleras, y eso lo diferenciaba.

Amanda apreciaba la prestancia de saber ser derrotado. La decoración *demodé* y algunas exclusivas y ostentosas piezas de mobiliario formaban parte de esa cicatriz de lo que ya no era. Integrar el pasado en el presente y hacer gala de él, sin dejarse rendir del todo, era una pequeña victoria, aunque para Enric resultase simplemente una horterada.

No hubo embolia tras el viaje ni en los días sucesivos, y los tobillos fueron recuperando su hueso en el lugar habitual. Lo que sí sucedió, como Enric había predicho, fue el sueño a deshora y el cansancio extremo de Amanda, que no había pegado ojo en todo el periplo y que combatía con Morfeo a todas horas antes de reconocer que no podía con el culo. Él en cambio vivía la llegada con excitación vital y sexual. El primer polvo fue antes de deshacer las maletas, y Amanda revivió con el mismo entusiasmo como perdió el conocimiento nada más acabar. Pero solo por un par de horas.

—Venga, querida, despierta. Tienes que hacer vida normal con el nuevo horario o te vas a convertir en una casta nueva de zombis.

—Joder —gruñó entre las sábanas.

—¡Uhm! Eso también puede entrar en nuestros planes —dijo mientras le mordía levemente las orejas y el cuello, agachado en la cama sobre ella, que intentaba taparse resguardada en posición fetal, luchando por conseguir dormir un poco más—. Deberías ducharte y lavarte los dientes.

Ese mensaje sí fue decisivo e hizo saltar a Amanda de la cama hacia el baño. Nada la avergonzaba más que la posibilidad de tener mal aliento.

—Vamos a comer en un asador maravilloso, muy cerca de aquí. Pregunté en recepción mientras dormías —gritaba Enric a voces para ser oído en el baño.

Ella se metió en la ducha mientras vagamente escuchaba los planes turísticos para hacer de aquel un viaje también de placer y no solo de negocios. Tenía tanto que aprender... Hubo un tiempo en su vida en que los estudios lo fueron todo, como después pasó con el trabajo, total para acabar ahora siendo enjuiciada vilmente con todas las sospechas recayendo sobre ella. No se merecía aquella salida del banco, pero realmente era un trabajo tan impersonal que ¿quién podía apreciar que te sintieses parte de la empresa, o que la defendieses y te esforzases por ella? No le iba a ser fácil cambiar. Abrir la mente a ser dueña de su futuro sin pertenecer a un ente mayor que te guía. No había una meta: aprobar, acabar la carrera, cumplir el programa de objetivos; no iba a haber clientes a los que resolverles sus peticiones siguiendo el protocolo establecido. Ahora el futuro dependía de ella y de lo que hiciese con aquel dinero que le caía de arriba pero que no

iba a despilfarrar, porque no estaba en su genética hacerlo. El ímpetu de Enric también la cansaba a veces, igual que otras le era necesario para aportar salidas rápidas y creativas en la vida que ella no estaba acostumbrada a buscar.

Fueron al asador argentino, uno de los tradicionales y, por tanto, semejante a los demás restaurantes tradicionales y turísticos del mundo. Un ambiente lleno de tópicos de la tierra y paredes adornadas con fotos que barrían un espacio de tiempo desde Gardel al rey Juan Carlos I. Casi parecía un mausoleo, las paredes estaban repletas de cuadros de diversos tamaños y marcos con fotografías en sepia, blanco y negro, y color, lleno de personalidades nacionales y extranjeras. Nada que no hubiese visto ya en Sevilla o en Múnich, era una turisticada universal.

—Es una pena, se perdieron un buen número de fotos por usar la Polaroid —un camarero les habló de las fotos nada más entrar y ver el interés que mostraban—. ¿Vos conocés la Polaroid? Si tenés fotos sacadas con ella, mirá de escanearlas, no resisten el paso del tiempo ni la luz. Eran malos positivados y se pierden con los años. Es como si los blancos se expandiesen hasta devorarlo todo. No quedó ni una. Ni una. Nos quedamos sin las fotos de todos los famosos que nos visitaron en la década de los setenta. Tanta gente famosa que vino. ¡Una lástima!

Amanda reconoció a algunos y Enric a muchos más. El camarero, amable sin estridencias, destacó a los más importantes, incluyendo algunos nombres locales que no le sonaban a ninguno de los dos.

—¿No tendréis por casualidad a la señora Gondar? —preguntó con sorna Enric, guiñándole un ojo a Amada.

—¿La señora Gondar? No me suena. ¿Una española famosa? ¿Quieren que le pregunte al encargado de sala?

Enric se rio.

—No, no, no es necesario. Es una española-argentina millonaria que conocimos en España, pero seguramente no era famosa.

—Señor, si es millonaria y argentina, pasó por acá. Seguro. Otra cosa es que su foto esté en las paredes. Si no es indiscreción, ¿a qué se dedica la señora Gondar?

Amanda le propinó a Enric una patada preventiva que le divirtió.

—Pues la verdad, no estamos seguros de cómo hizo su fortuna. Hay rumores, creemos que era... —Enric hizo una pequeña pausa dramática que dominaba a la perfección de sus años de locutor de radio y Amanda dibujó en las cejas arqueadas el drama que supondría terminar la frase, como los dos eran conocedores. Enric cerró la espera— empresaria.

—No tengo el gusto de conocerla, pero les digo que estuvo en esta parrilla con toda seguridad. Todo Buenos Aires pasó por acá.

Si los gallegos tienen fama de espléndidos en la cocina, los argentinos son exageradamente gallegos en su generosidad. Ambos salieron repletos y somnolientos, con urgencia de una digestión tranquila en el hotel aunque, en vez de la plácida digestión horizontal, optaron por una caminata considerable visitando los alrededores de la Casa Rosada, como si la visita al edificio no pudiese esperar mejor momento, pero Enric era de exprimir el tiempo y Amanda era de ceder fácilmente en sus empeños. Así que fue con él.

GPS en mano, caminaron calle tras calle sorteando multitud de personas y haciendo alguna parada para fotografiar con una pequeña Sony que él llevaba siempre en el bolsillo y que, si hablase, le diría a Amanda más sobre su compañero de viaje de lo que él le había contado y que

siempre se ceñía a asuntos periodísticos.

—No parece muy moderna.

—No lo es, pero es extremadamente buena y útil. ¿Te imaginas encontrar en las paredes del restaurante un rótulo que pusiese «señora Gondar»?

Amanda sonrió.

—«Mirta Emilia Gondar Sánchez.» Qué extraño ese Emilia, debía de ser por algún familiar. Ni siquiera sabemos cómo era de joven.

—De vieja tampoco se puede decir que la frecuentaras mucho —comentó Enric.

Amanda se rio de nuevo.

—A veces intento recordarla mejor, no me gustaría perder su recuerdo. No siempre sería la anciana abandonada que yo conocí. No acabo de entender cómo pudo haber hecho semejante fortuna o tener parte en empresas con ese aspecto. Debió de haber vivido un pasado muy diferente. De lo que estoy muy segura es de que era una mujer culta e inteligente, se le veía a la legua.

—¡Buff! Me muero por saber la historia de esa mujer. Y por escribirla. Tengo olfato, Amanda, siempre lo tuve, te digo que detrás de la señora Gondar hay una gran historia. No hay que ser un águila para verlo. Todas las incógnitas tienen respuesta aquí.

—Eso espero, Enric, eso espero. Porque la casa de Santiago fue una auténtica decepción.

—Cuando estaba en el instituto me llevaron de excursión a la playa, ¿sabes?, a una poza intermareal, en la clase de Biología. Eran unos metros de agua entre las rocas, justo ahí en la zona en la que sube y baja la marea. No había nada, algún alga y nada más. Cuando llegó la monitora se puso a remover en ella con nosotros, encontró diez especies diferentes de todo tipo de bichos, algunos curiosísimos. Estaban allí y no los habíamos visto. ¿Sabes por qué, Amanda?

—¿Porque no habías estudiado la lección de Biología?

—Venga, te estoy hablando en serio. Porque no sabíamos lo que buscábamos. No sabíamos ver. Aunque lo tuviésemos delante de los morros.

—¿Y qué tiene que ver eso con la vieja Gondar?

Enric le cogió las manos y se las puso a la altura de la boca como si se las fuese a besar.

—Cuando sepamos quién era, cuando comprendamos mínimamente qué hacía en España, sola y abandonada hasta la inmundicia, todo se irá conectando. Las primeras respuestas tienen que estar aquí, Amanda, pero también las tenía que haber en Compostela. No supimos verlas porque no podíamos, por desconocimiento, como el pepino de mar.

—Las holoturias —comentó ella resabiada.

—¡Las holoturias! ¿Las conoces? —se sorprendió Enric.

—¡Sí, hombre! —se echó a reír—, y las reconocería en cualquier poza intermareal. Me callé por no fastidiarte la anécdota.

Enric la besó y despegó los labios sonriente.

—Serás una gran investigadora. Iremos atando cabos, pronto sabremos cómo hizo fortuna la señora Gondar y qué la impulsó a volver y a dejarte «a ti» —remarcó con especial énfasis— el dinero ganado de puta o de lo que quiera que fuese.

—Todo un enigma, sí señor. Me gustaría saberlo algún día. De verdad que necesito saberlo.

Continuaron el largo paseo por los mismos sitios que recorrían cientos de turistas cada día: la Casa Rosada; la Plaza de Mayo, sin las madres que la habían popularizado en el mundo; la

catedral, que solo vieron por fuera; una pancarta sobre algún tipo de aniversario de la guerra de las Malvinas; un póster de Maradona en un escaparate. Pero Amanda seguía la visita vagamente. Como en ese estado en el que eres capaz de conducir desde casa al trabajo sin saber por dónde has ido. Una seminconsciencia suficiente para escuchar las explicaciones históricas de Enric, que disfrutaba con su demostración de saber enciclopédico, pero compartida con el pensamiento puesto en la señora Gondar y en aquella casa de Santiago sin respuestas.

El piso estaba situado en la calle General Pardiñas, una de las más prestigiosas de la ciudad. Caro y exclusivo, su presencia allí tenía por fuerza que ser desagradable e indignante para los vecinos. Sabía de la existencia del piso desde siempre por el banco. No era la primera vez que se había atendido a la vieja a domicilio. El propio José Manuel y también Ignacio la habían visitado. El sufrimiento pestilente en la casa era aún superior al del banco. Si los grandes espacios de la oficina no podían atenuar la intensidad del olor, bien se podía imaginar lo que era aquella casa que nunca había conocido la palabra aireación. A la vuelta de la sufrida excursión del personal a ver a la señora Gondar, Ignacio traía serias teorías sobre el síndrome de Diógenes de la anciana.

—La única razón por la que no la devoran las ratas es porque vive en un edificio de lujo, pero allí hay mierda y bolsas amontonadas por todas partes, armarios abiertos y ropa revuelta. Y no ha debido de pasar una fregona ni una bayeta desde que entró en esa casa. Cualquiera la denunciaría a los Servicios Sociales, pero lo más curioso es que cuando hablas con ella no tienes la impresión de que esté mal. Todo lo contrario. Sigue la bolsa, las fluctuaciones de las acciones y no imaginas cómo se le dan las matemáticas —contaba en el bar con una cerveza en la mano, cuando él nunca tomaba cervezas en horario laboral, excepto después de regresar de hablar con la señora Gondar—. Vaya negocianta. Es un hueso duro de roer. A esta la ponía yo al frente de JP Morgan. Entre lo habilidosa que es, la labia argentina que tiene y el humor negro que posee, más el colapso de la pituitaria que te produce, te digo yo que sería la mejor.

Esa era la información con la que contaba Amanda antes de entrar en el piso. Y resultó totalmente fidedigna.

De la posible muerte de la vieja había informado el portero del edificio al llevar días sin verla. Y los servicios del 112 al que llamó dieron parte a la policía y a los bomberos. Abrieron la puerta a hachazos y dentro estaba la pobre mujer tirada en la cocina sin vida. Así de sola estaba. Diez días llevaba muerta. La puerta de la entrada quedó cerrada, pero destrozada. Los vecinos no disimularon el alivio por deshacerse de ella, pero poco les duró porque pasaron las semanas y los meses y de la puerta rota salía aún más olor que antes sin que nadie hubiese ido a repararla ni a hacerse cargo del piso. De hecho, cuando Amanda tomó posesión de la vivienda, además de la cinta policial que seguía pegada en torno al marco, unas láminas de madera fina estaban clavadas con puntas cerrando las grietas por las que salía el hedor de dentro. Junto con una nota de la comunidad en la que se advertía a quien tuviera la propiedad nueva de la casa que debía proceder inmediatamente a su limpieza y desinfección bajo amenaza de emprender acciones legales, que ya había sufrido la señora Gondar y a las que nunca había prestado atención.

Estaba claro que la vieja hacía lo que le daba la gana. Gozaba de esa maravillosa condición que dan los años de importarte poco lo que los demás piensen, y menos lo que digan. Un estado sublime que se alcanza después de arrancarse muchas tiras de piel y de hacer muchas mudas, una condición próxima a lo espiritual que permite colarse en la cola de la charcutería igual que

desheredar a la familia. Todo sin despeinarse ni padecer noches de insomnio. Amanda, tan joven, estaba aún en una etapa contraria, su sublimación era regresiva y estaba atada al suelo por las leyes de la física, vivía lejos de lo etéreo y cerca de lo sólido. Pendiente de las normas, del qué dirán y de los demás, aunque el episodio de la herencia y todo lo que le estaba trayendo la había hecho madurar de golpe y desconfiar bastante de la condición humana.

En el notario, cuando este la citó y dio lectura al testamento, Amanda había hecho pocas preguntas, estaba demasiado impresionada para hacerlas. Una de las llamadas posteriores a la notaría, de las muchas que hizo, fue por el asunto de las llaves.

—¿Y las llaves?

—¿Qué llaves? —había preguntado sin mucho entusiasmo el trabajador de la notaría.

—Las llaves del piso de Santiago, las de la otra casa, los mandos del garaje...

—Nosotros somos depositarios del testamento, no de las llaves, señora.

—Y... ¿cómo... entraré en esas propiedades?

—Ahí no la puedo ayudar, lo siento.

—Pero ustedes habrán visto casos así. No sé qué se hace en estos casos.

—Pues no, no son frecuentes los casos como este, señora. Y desde luego no está en nuestras competencias —sentenció, y antes de colgar añadió—. Pero usted es la propietaria legal, tire la puerta si le da la gana.

Era la propietaria legal, pero no lo parecía, sin llaves y teniendo que violar su propio domicilio y tomar posesión de él más al estilo okupa que al estilo heredera. Se sentía bastante inquieta.

No quiso quedar con Enric para aquella primera entrada en el piso, por mucho que le fastidiaba y avergonzaba plantarse con un cerrajero a reventar la cerradura. Con el agravante de que allí se había muerto la anciana y había permanecido diez días así, cosa que la inquietaba bastante, aunque algo que pertenecía más a lo emocional que a la razón hacía que no le pareciese oportuna la presencia de Enric. Meter en la casa así de entrada a alguien más era como violar de verdad su intimidad. No le parecía correcto. Ella era quien debía entrar, y a quien la señora Gondar le había permitido hacerlo sabiendo que vería sus efectos personales. Enric tendría que ir después, y ella precisaba valentía para entrar sola y revisar la casa.

El cerrajero resultó ser bastante hablador, pero poco escrupuloso con la legalidad. Amanda había acudido a la empresa más conocida de la ciudad con la copia del testamento y pensando que tirar una puerta no debía de ser cosa fácil, pero lo fue. Explicó que había heredado una propiedad y no tenía la llave, y ni un papel le pidieron. Allí fue un operario con ella a romper y sustituir la cerradura.

La operación llevó hora y media de trabajo. La puerta era de seguridad y «tenían la suerte», según el cerrajero, de que no estaba cerrada con doble vuelta y los pasadores que entraban en el marco, en la pared y en el suelo no estaban echados. Aun así, tuvo que volver al taller a buscar más herramientas y sudó tinta para abrirla. El sonido de los golpes y el taladro alertó a los vecinos y al portero, que no se encontraba en su sitio cuando Amanda llegó al portal haciendo uso de la única llave que había conseguido gracias a la gestoría de la comunidad.

En cuestión de minutos se había dibujado en el piso del quinto, donde estaba la vivienda, una estampa que sería la envidia de un guion de Almodóvar. Eran seis: el cerrajero charlatán; Amanda; el portero, que bien parecía un prófugo de una residencia de mayores; la vecina del 5.º

A, vestida con bata de casa floreada, zapatillas, gafas de sol enormes con patillas doradas torneadas, labios rosa nacarados y un perro ladrador en el cuello con un lazo bermellón recogiendo al animal un kiki entre las orejas; y una pareja de diseñadores *supercools* con trajes *slim* negros de dos botones que parecían dos clones y tenían su oficina en el cuarto piso.

—Es la nueva propietaria del 5.º B —anunciaba el portero a los clones llegados por las escaleras—. Está rompiendo la cerradura para poder entrar en la casa.

—Uy, ¿pero no le dieron llaves? —se extrañó uno de los clones.

—Qué iba a dar la vieja esa, que estaba loca como una cabra —explicó la del A.

—Loca no estaba —argumentó el portero—. Tenía costumbres extrañas, pero razonaba perfectamente.

—Costumbres... lo que tenía eran manías. ¡Era una cerda! Qué asco de mujer, vivir así entre nosotros como si no tuviese vecinos.

La del A se enfurecía y el perro ladrador ladraba más fuerte acompañándola en el sentimiento.

—¿Tiene para mucho? —le inquirió el portero al cerrajero como si a él le fuese algo en la espera.

—Pues hay que ir viendo, amigo mío. Esto es como la relojería de precisión. Se va dando, se va dando hasta que cede. Si es que cede; si no, va a haber que romper la puerta.

—¡Ay, por Dios! —exclamó la del A.

—Mujer, rota ya está, no es un destrozo terrible —matizó el cerrajero quitándole drama al asunto.

—¿Y se la vendió o es familiar? —volvió a preguntar uno de los clones, siempre al portero, como si Amanda no estuviera presente.

El portero le trasladó la pregunta a Amanda con un simple gesto de la cabeza, como el remate de un tiro a gol delante de la portería. Ella estaba molesta con la situación, con la falta de tacto y vergüenza de los vecinos. Pretendía que aquello fuese un momento íntimo, no había llevado a Enric y ahora tenía media docena de curiosos dispuestos a entrar con ella. Justo en el momento más oportuno la puerta cedió y le evitó responder. Amanda estuvo espabilada y se coló dentro entornando la puerta con un:

—Disculpen, tengo que examinar sola el estado del piso —se dirigió al cerrajero—. Usted ponga tranquilo la cerradura nueva, pero le ruego que no abra la puerta más por si hubiese ratas dentro, veo mucha basura.

—¡Ay, qué asco! —exclamó la mujer, y los clones asintieron—. Voy a cerrar la puerta de mi piso, no vaya a ser.

—Gracias a todos, si me disculpan... —Amanda intentó irse.

—Señora, antes de retirarse, debe usted proceder inmediatamente a la limpieza y desinfección del piso. Huele mal y es un foco de infección —dijo uno de los clones.

—¡Y hubo una muerta dentro! ¡Varios días! —insistió el otro.

—Sí, leí la nota. Gracias de nuevo. —Y Amanda disolvió la reunión.

El cerrajero apreció al instante, como ella, el fuerte olor de la casa que les hizo torcer la cara. Procedía de unas seis o siete bolsas de basura, seguro que con restos orgánicos e incluso pescado por lo que parecía, que estaban amontonadas junto a la puerta, pero, fuera de ese foco y de la cocina, donde había alguna fruta, pan y algo de comida putrefacta, el olor no provenía del resto de la casa, pese a que había en ella cientos de bolsas, papel de periódicos arrugados y tirados,

cartones, camas sin hacer y una revoltura y desorden que daba muy mal aspecto general. Aspecto de abandonado, como la propia señora Gondar. En la bañera y en la ducha de los dos cuartos de baño había más bolsas, señal inequívoca de que no las utilizaba. Ella era lo más podrido y pestilente de su entorno.

Echó una primera mirada de reconocimiento al piso y determinó con seguridad que la vieja tenía la basura amontonada junto a la puerta, no en grandes cantidades, pero suficiente para oler mal. O tenía intención de bajarlo todo junto un día a la semana, o lo hacía por fastidiar a los vecinos, que también podía ser. En la segunda vuelta de reconocimiento observó que en el suelo de la cocina había algo. Fluidos. Pequeñas masas, manchas, pedacitos pequeños de materia inclasificable. E insectos. Dedujo que eran restos de la descomposición de la propia vieja. La empresa de limpieza se lo confirmaría tiempo después. Los llamó casi un mes más tarde, como a Enric. Aquel día puso la cerradura, y en los sucesivos bajó la basura y fregó la cocina con lejía pura. Todo lo demás, todas aquellas bolsas extrañas, le llevó semanas verlas. Tres habían venido en la maleta a Buenos Aires. Porque si de algo estaba segura era de aquello que le acababa de decir Enric hacía unos minutos, paseando por las calles de la ciudad. En la Argentina encontrarían las respuestas fundamentales, pero en Santiago estaba la explicación de su final, ese que no entendían porque no sabían ver. Y los últimos días de la señora Gondar, pese a la muerte natural, no parecían haber sido dulces.

Mirtha Val

Durante el segundo día en Buenos Aires, Amanda se recuperó un poco más del *jet lag* y, en el tercero, cerró la cita con su contacto argentino, José Mauricio Roma Sammartano. Su nombre aparecía en la carta que la señora Gondar le había dejado a la heredera, sabedora de que esta iba a estar absolutamente desorientada, como así era, pero aquella carta resultó ser otra poza intermareal. Unas mínimas letras, más semejantes a una nota que a una misiva, sin ninguna afectividad. Era cierto que no se conocían pero, siendo su heredera, Amanda esperaba un poco de cercanía en aquellas letras, una explicación, incluso algo de afecto. No era así. La nota era fría y operativa: exigía la visita de la heredera, sin mencionar el nombre de Amanda, al piso de Santiago y al de Argentina. Y en la ciudad porteña proporcionaba un contacto, el de Roma Sammartano, para los asuntos empresariales. Eso era todo. El notario no supo aclarar quién era aquel hombre, y, por supuesto, de ese piso tampoco había llaves.

Quedaron en la zona del microcentro porteño, cerca de los lugares históricos que ya habían visitado y a una distancia muy apropiada desde el hotel, cosa que la hizo sentirse bien. Le gustaba quedar delante de Enric como una mujer de mundo y no tenía muchas ocasiones para hacerlo, pero sin duda la elección del hotel había sido un acierto. La *city* estaba en el entorno de la Plaza de Mayo. Allí había una concentración de edificios administrativos y bancos tan aparentes y fríos como en cualquier ciudad del mundo. Los citó temprano, a las nueve de la mañana, y Amanda aceptó. Aquella noche durmió mal, intranquila y ansiosa; por fin iba a saber quién era aquella mujer. No podía evitar sentir una mezcla entre nervios y exaltación. Enric estaba igual de excitado, pero él orientaba todo más hacia el sexo. Amanda no había dormido tras la sesión extenuante de esa noche, que era ya la tercera del día.

Escuchó apática cómo él hacía los planes estratégicos para despertar, desayunar y llegar a la cita a las nueve de la mañana, sin llegar a intuir que Amanda podría querer ir sola de nuevo. La ilusión que a él le hacía investigar todo aquello le parecía casi infantil y no truncó sus deseos de descubrir quién era la vieja. Aunque poco duró la alegría de Enric.

La cita con José Mauricio Roma Sammartano fue sorprendente e inesperada.

Atravesaron en vertical un edificio que poseía fuertes medidas de seguridad. En la entrada había una barrera donde debieron identificarse y con su correspondiente acreditación colgada del pescuezo esperaron a que un hombre, serio y de pocas palabras, los fuese a buscar y los condujese desde la planta baja al piso diez, donde le pasó el testigo a otro hombre que los llevó directamente a la sala de espera privada de José Mauricio Roma Sammartano, sin saber aún quién era.

—Pueden pasar.

Entraron a un gran despacho con un enorme ventanal a la calle. Una mesa de reuniones, cuadros auténticos, esculturas, un par de puertas y el gran escritorio tras el que esperaba de pie, invitándoles a sentarse en las dos sillas que tenía enfrente. Un hombre bien trajeado de entre cincuenta y pico a sesenta años, pelo canoso y extremadamente delgado. Nada destacable. Un

buen traje, elegancia y seriedad, esa era la primera impresión y también fue la conclusión tras hablar con él.

—Señora Patiño, señor Taboada, siéntense, por favor.

Amanda sentía el latido del corazón golpeándole en el pecho e impulsando la sangre por el cuerpo hasta la punta de los dedos de los pies. Si prestaba atención, podía seguir el latido de los ríos de sangre circulando por las arterias. Se sintió cerca del desmayo o de un ataque de ansiedad.

—Gracias.

—¿Están disfrutando de una feliz estancia en mi país? ¿Es todo de su agrado? Cualquier cosa que necesiten o en la que pueda ayudar, no tienen más que decírmelo. Se alojan en una zona hermosa, es una buena elección.

Con la tensión del momento, Amanda no cayó en la cuenta de que aquel hombre parecía saber dónde se alojaban sin que ellos se lo hubiesen contado, pero Enric sí se dio cuenta, y también de que la inclusión de ese dato en la presentación no era fortuita.

—Todo está muy bien, gracias. Hemos llegado hace tres días y hasta ahora solo hemos descansado y hecho un poco de turismo.

—Este es un país hermoso y una hermosa ciudad. No se pierdan la ocasión de conocerla.

Los dos sonrieron complacidos por la amabilidad, pero deseosos de ir al grano. El hombre tomó la iniciativa.

—Bien, estarán deseosos de saber más. Entiendo que la información financiera que usted posee es muy escasa. Hace un tiempo, la señora Gondar, una extraordinaria mujer a quien respeté, admiré y a quien debo eterna lealtad, me escribió para informarme de su decisión para con usted como legítima y única heredera. En la misma carta me pidió que la pusiera al tanto de sus bienes. Es una misión que realizo gustoso para una mujer tan extraordinaria y grande como ella lo ha sido. Inmensa en lo público, generosa, pero también extremadamente prudente y discreta con su vida personal. Una cualidad que ella apreciaba. Y que, pese a su juventud, señora Patiño, creo que usted hasta el momento ha mantenido. La discreción en ciertos entornos empresariales y públicos no solo es necesaria, yo diría que es esencial, vital y el único camino posible.

José Mauricio Roma Sammartano relató todo su monólogo con voz firme y seria, mirando única y exclusivamente a Amanda como si Enric no estuviese presente. El joven también lo advirtió.

—La señora Gondar, esa mujer única e irrepetible, siempre se mantuvo lejos de ciertas esferas poco convenientes para los negocios y de efectos desgarradores en lo personal. —Aquí sí miró a Enric—. Le hablo de la esfera pública y de los medios de comunicación.

Amanda seguía la conversación sin más, pero Enric se dio perfectamente por aludido. Y sintió el impulso de defenderse delante de aquella sibilina acusación, y sobre todo delante de la posibilidad de que Amanda lo dejase sin libro y sin artículos. Y eso no lo podía permitir porque ¡era su historia!

—Disculpeme, señor Roma, pero aún no sabemos quién es usted y, lo más grave, es que no sabemos quién es la señora Gondar. Podría usted ilustrarnos sobre estos aspectos —inquirió Enric con voz firme.

El hombre sonrió.

—Creo, entonces, que ya saben por qué les digo que la señora Gondar era tremendamente discreta. —Se rio en alto—. Yo soy, en la actualidad y desde poco antes de irse a España, el administrador único de todos sus bienes. Con anterioridad ya gestionaba el apartado económico de la señora Gondar, cuyo nombre una vez más por su discreción no les dice nada, como a cualquiera, pero si bajan a la calle —señaló la calle tras el ventanal— y preguntan a los transeúntes por su nombre artístico, por la gran Mirtha Val, los de más edad les dirán que fue la artista más grande que este país ha conocido y los jóvenes posiblemente hayan oído su nombre también. Acá, Mirtha Val lo ha sido todo.

Amanda se emocionó al saber que su herencia era la de una gran artista. Y los ojos se le llenaron de unas extrañas lágrimas, seguramente fruto de la tensión más que del afecto que no había. El hombre continuó hablando sin pausa.

—La señora Gondar vivió durante años, décadas, voluntariamente ajena a la vida pública de la forma más estricta. Logró desaparecer de todas partes. Es solo el nombre de una gran artista desaparecida que ya no es noticia. Como Pepa Flores en su país. Supongo que conoce la historia de Marisol. Igual que ella recuperó su nombre real y desapareció, ni homenajes, ni premios, ni nada. Fue su decisión. Una sabia decisión que debe permanecer tras su muerte, sobre todo, señora Patiño, habiendo sido ella tan generosa con usted, ¿no cree?

—Por supuesto —asintió Amanda.

Enric se sintió amenazado de nuevo pero decidió actuar con sangre fría. El tema del libro y la prensa que Amanda le había prometido no era asunto para tratar allí, delante de aquel hombre que sabía que con seguridad sería contrario a todo. Ya lo hablaría con ella en la intimidad, donde él ganaba fuerza y se sentía en su terreno. Por eso decidió cambiar de rumbo e ir al grano, al fin y al cabo aquel hombre estaba allí para servirlos e informarlos de los bienes de la mujer. Enric tomó la palabra.

—Bien, y comenzando de una vez con el tema que nos trae aquí, nos gustaría disponer de la información que la señora Patiño le ha pedido. Disculpe las prisas, pero Amanda no dispone de muchos días, tiene obligaciones en España y conviene que se centre en resolver todo este asunto.

José Mauricio Roma Sammartano era perro viejo y siempre guardaba un as en la manga. Estaba claro que aquello que veían era la punta del iceberg de la personalidad, las maneras y las competencias en la empresa de aquel hombre. Abrió una carpeta que tenía delante, y con una leve sonrisa y manteniendo su extrema cordialidad, dijo.

—Claro, claro. Estoy acá para informar a la heredera de todo el tema financiero y ayudarla en lo posible. —Revolvió en la carpeta pasando las hojas, como si consultase algo—. Tras su salida del banco, señora Patiño, puede vivir sin trabajar y con tranquilidad el resto de su vida. No tenga dudas en fijar la fecha de regreso de su vuelo con el tiempo que necesite para visitar esta hermosa ciudad, o el país, incluso el continente entero, si lo desea. —Amanda sonrió y lo tomó como un cumplido—. Y usted, señor Taboada, supongo que puede ejercer el periodismo desde cualquier lugar en este mundo globalizado, siempre y cuando, claro, disponga del pedido de algún medio.

Enric percibió claramente el mensaje, mientras Amanda seguía en Babia.

—Vaya, qué sorprendente, ¿verdad, Amanda? —se dirigió a la mujer y después al administrador—. Veo que dispone usted de un completo dossier sobre nosotros. Información sobre el hotel, el vuelo, la vida laboral de Amanda, y supongo que la personal, y también de la

mía. Por tanto, creo que con toda legitimidad puedo preguntarle de dónde ha sacado esa información confidencial.

De nuevo el administrador sonrió.

—Hago mi trabajo como administrador de la señora Gondar. He cuidado de ella, y de sus intereses, y ahora de la buena transición de todo con la señora Patiño. Como usted sabe, la información es la clave de la toma de decisiones y en mi caso necesaria para poder informar correctamente a la señora Patiño.

De repente, el administrador decidió poner fin a aquella conversación.

—Bien, ha sido un placer este primer encuentro y toma de contacto. Si le parece, señora Patiño, podemos fijar para mañana mismo nuestra primera reunión de trabajo.

—¿Reunión de trabajo?

—Por supuesto. Tengo preparados los documentos que precisará para tener una información clara y precisa de sus bienes empresariales. Y un equipo está a su entera disposición para cualquier pregunta que necesite solventar. La verdad es que su condición de bancaria facilitará mucho su comprensión de las finanzas, que por supuesto le ofreceremos con todo detalle. ¿Nos vemos mañana a las nueve de nuevo?

Amanda estaba impresionada con la profesionalidad y el rigor, casi tan impresionada como el día de la llamada de aquel hombre de la notaría para contarle *off the record* que era la heredera de la señora Gondar.

—Perfecto —asintió.

—Comprenderá también que, dada la confidencialidad y la sensibilidad de los datos que le ofreceremos, es decir, las entrañas de todo este grupo empresarial, debe venir sola a la cita.

—¡Esto es lo que faltaba! —Enric se puso de pie—. Lleva usted vertiendo sibilinas sospechas sobre mí desde que entramos, pero esto ya es el *súmmum*.

—Lamento que lo haya entendido así. No es mi intención molestarle, pero, para que no queden dudas de lo que les he tratado de decir, les resumo claramente mis mensajes. Por un lado, la discreción necesaria sobre esta herencia, dada la decisión en vida de la señora Gondar de retirarse de la vida pública que, por supuesto, debe ser respetada tras su muerte por la señora Patiño, ante tan generosa herencia. Es una cuestión ética y de lealtad. Y mi segundo mensaje, en esta primera conversación, como elemental sentido de la responsabilidad, es informar a la señora Patiño de que las finanzas del grupo empresarial son un asunto de máxima privacidad, confidencialidad logística y empresarial. Única y exclusivamente ella será informada. No veo la razón por la que usted se siente agraviado en ninguna de las dos cuestiones. Espero que disfrute de su estancia en el país acompañando a la señora Patiño. Y a usted, señora, la veré mañana acá a la misma hora.

Amanda sonrió satisfecha del encuentro y Enric se levantó malhumorado y visiblemente contrariado. Aun así, apretó la mano que el hombre les tendió como despedida.

—Una cosa más, señor Roma. —Amanda se dio la vuelta antes de abandonar la estancia—. ¿Tiene usted las llaves del piso de la señora Gondar?

—Lo siento, pero no. ¿No las ha encontrado usted en el departamento de Santiago?

—No, pero bueno, allí había muchas cosas. No es fácil encontrar lo que se busca en un sitio así, estaba lleno de... No sé ni como llamarlo, de bolsas con cosas.

—Es usted la propietaria, siempre puede legítimamente romper la cerradura. Mañana tendré

para usted un servicio de cerrajería a su disposición.

—No es necesario, gracias. Yo me encargo. Hasta mañana.

Cuando acabó la conversación, Enric ya estaba fuera y delante del ascensor.

—¡Menudo mamón! —exclamó—. ¿Quién se cree que es? ¡Tú eres la dueña! Y haces lo que te da la gana con la información y con la empresa. Un prepotente de mierda. Lo único que justifica esa actitud es el miedo que tiene a quedar sin empleo. ¡Gilipollas!

Amanda no le contestó a Enric ni compartió con él su impresión sobre el administrador y el encuentro. No habló de Mirtha Val. No habló de todo lo que le rondaba por la cabeza. Como el gasóleo de una caldera, tenía que asentar y dejar bajar los posos y la suciedad antes de poner en marcha nuevamente el circuito, o colapsaría. Precisaba ir asentando y creando su propia opinión sobre tanta información nueva antes de que la mente ágil y rotunda de Enric la sometiese a una opinión externa. Quería llevar las riendas de lo que estaba viviendo y de sus propios tiempos.

—¿Qué te parece si cogemos un taxi para volver en vez de caminar otra vez con los tacones? Necesito ir al hotel a ponerme algo más cómodo y menos formal.

—¡Venga! Pero déjame que lo pida yo, ya sabes que aquí «los taxis se agarran y no se cogen».

Amanda se rio.

Enric levantó la mano y paró a uno. Subieron los dos y se pusieron en marcha.

—Disculpe —Amanda se dirigió al conductor—, ¿conoce usted a Mirtha Val?

—¿Mirtha Val?

—Así es.

—¡Claro! Una grandísima artista de este país. Hacía de todo: cantaba, bailaba, actuaba... Una mujer bellísima. Y muy elegante. Debe de ser muy viejita ya. ¡Una grande! Lo dejó todo y desapareció hace muchos años, cuando aún era tan grande. Qué diferencia con lo que vemos ahora. ¡Qué presencia! Ahora los famosos se agarran a lo que pueden con tal de seguir siéndolo. Mirtha Val tenía clase. Era española, pero ya le decíamos «la argentina».

Amanda se sintió extrañamente orgullosa. Enric la miró cómplice y le guiñó un ojo. Se le advertía la excitación que le producía tirar del hilo de toda aquella historia, y estaba muy seguro de que había todavía mucho hilo del que tirar.

La socia

En las siguientes horas y días, Enric rastreó Google hasta la obsesión. «Mirtha Val.» Buscar. Cuanto más sabía, más se enamoraba de aquel personaje extraordinario que tenía en la palma de la mano. Por fin, tras tantos años de olvido, iba a recuperar y cerrar para el mundo su historia. Discos, películas, éxito, dinero, amantes, amores, desengaños, la desaparición voluntaria de la vida pública, la muerte del marido, del hijo. Aquello tenía todos los componentes para fascinar a quien la conocía y captar la atención de quien no sabía de ella. Evitó indagar entre los conocidos de la artista o con la prensa especializada y se limitó al universo de las redes y los archivos. No quería levantar ninguna liebre tan pronto. Prefería trabajar en silencio en sus primeros acercamientos y estudiar la estrategia que iba a desarrollar para sacarle todo el jugo posible a aquella historia que no había hecho más que empezar y que era mucho más de lo que se esperaba. Sin duda estaba ante su gran oportunidad en el periodismo y en la escritura.

Todo lo que iba descubriendo se lo trasladaba a Amanda, pero ella era más clarividente y menos emocional. Amanda pensaba que Enric no estaba cerrando nada. Más que descubrimientos, lo que estaba logrando era recopilar datos esparcidos pero conocidos, del resto seguía sin pistas. Amanda tenía sus propias preguntas sobre la señora Gondar, y la principal era el motivo que había llevado a la artista de éxito a transformarse en un ser repugnante que desataba arcadas y asco con su simple presencia. Era una realidad desapacible por muchas razones. Puede que la principal fuese que situaba a Amanda ante un miedo conocido hacia su propio ser, el futuro y la caída de las personas. Igual que una muerte te enfrenta ante tu propia certeza de ser finita, las razones externas o internas que pueden llevar a llegar a lo más profundo de uno, a lo más miserable, cuando en apariencia lo tienes todo, eran ciertamente inquietantes para Amanda.

Lo que estaba claro era que la investigación de Enric tenía grandes lagunas en el principio y en el final. Lagunas tan importantes como su nombre real o la edad, que no aparecía en redes ni en hemerotecas. Los dos tenían la impresión de que el público solo supo de Mirtha lo que Mirtha quiso contar y siempre apartó a Mirta de aquella otra faceta, para así poder regresar a ella. Eran dos, Mirtha la estrella, y Mirta la mujer real, una desconocida impenetrable.

La parte empresarial fue otra sorpresa.

Amanda acudió durante varios días, sola, a reunirse con el equipo del señor Roma. Recibió dossieres y visitó empresas y negocios, casi todos relacionados con el turismo y la hostelería, siempre con una exquisita atención y transparencia hacia ella, pero no, Amanda no era dueña de nada. O, mejor dicho, no mandaba en nada. Así se lo explicó José Mauricio Roma Sammartano.

—La señora Gondar realizó importantes cambios en su patrimonio empresarial un tiempo antes de irse a España. Debe usted saber que ella nunca se metió en los negocios, de eso se encargaba Marcela Ulloa, su socia y mi jefa directa. Siempre fueron indisolubles, como las dos caras de una moneda. Su amistad iba mucho más allá de los negocios y ya venía de España. Mirtha Val aportó los capitales y Marcela Ulloa los hizo crecer hasta el infinito. Una mujer

extremadamente inteligente y mi mentora en esta casa, a la que yo le debo lo que soy. Marcela, durante décadas, me formó personalmente para hacerme cargo de todo a su gusto, como ella lo hubiera hecho, con absoluta confianza. Mientras, la señora Gondar se dedicaba a su vida personal retirada de lo público y fuera de la empresa, que ni pisaba. Ambas lo habían dispuesto así.

—¡Ah! Esa mujer, su socia. ¿Puedo hablar con ella?

—Como le decía, hace unos años hubo un importante cambio. La señora Gondar y la señora Ulloa, ambas sin descendientes y con una edad para vivir ya sin preocupaciones, quisieron hacer una transición de la empresa que asegurase su futuro, pero en la que ambas quedasen por completo al margen. Decidieron ceder el dominio y control de esta a personas de su confianza. La señora Ulloa me donó en vida, a través de una operación financiera aparentemente de venta, una parte representativa de los negocios, y el resto pasó a manos de cuatro personas más de nuestro equipo. Hombres y mujeres también de su confianza, fieles trabajadores que conocen bien su tarea. Por su parte, la señora Gondar, unos meses antes, también me traspasó todo, menos un 25 % que optó por conservar y que yo gestioné para ella durante este tiempo. Ese 25 % del grupo hoy es suyo.

—¿Me está diciendo que yo no soy propietaria como pensaba? —Amanda no lograba descifrar el alcance de la noticia que recibía—. ¿No he heredado las empresas?

—Es propietaria de un 25 %, lo cual le otorgará ganancias periódicas y le permitirá vivir despreocupadamente de por vida, se lo puedo asegurar. En definitiva, lo que ambas hicieron fue preparar la sucesión del grupo para que su control y, por tanto, su continuidad, quedase en manos de personas en las que confiaban. Una operación muy cara, pero que asegura el futuro de su trabajo. Tendrá acceso detallado a toda la información financiera que le estoy contando.

—¿Qué parte tiene usted de todo?

—Un 65 %, usted el 25 %, y los demás socios el 10 % restante.

Amanda no podía ocultar su decepción.

—¿La señora Ulloa ha muerto? —siguió preguntando.

—Ah, no, no, no. Simplemente ya no mantiene contacto ni tiene parte en esta empresa. Se ha retirado por completo, y expresamente me pidió romper la comunicación, como poco antes hizo la señora Gondar que usted conoció en España.

—Bueno, creo que la palabra «conocer» le queda muy grande a nuestro único encuentro.

—Lo sé. No remueva, señora Patiño, disfrute de su suerte. Ella estaba en sus cabales y decidió compartirlo con usted. ¡Qué más se puede pedir! Usted tiene su parte en el accionariado, mi recomendación es que se la quede, vuelva a España, viva de rentas y, cuando desee, venga a vernos. Por supuesto, recibirá puntual información de todo, podrá opinar y formará parte de la Junta de Dirección, pero ni siquiera tiene por qué asistir o ejercer. La señora Gondar nunca lo hizo. Yo mismo, con todos mis años en la empresa, la vi en contadas ocasiones. Todo está en el orden que ellas le han dado. Y les ha ido bien. Para qué modificarlo, ¿verdad?

Amanda nunca había sido mujer de acción, una vez más necesitaba reposo para asentar la información. Y en aquella temporada la información caía por toneladas sobre ella y la sepultaba. La imagen reflexiva que muchas veces transmitía por quedarse callada en realidad era un auténtico fuera de juego. Lo que sí había aprendido, gracias a las insistentes recomendaciones de Manel, era a intentar no contestar inmediatamente. A esperar. Poner el botón de pausa y dar

respuestas demoradas. Eso la prevenía contra arrepentimientos y encima solía ser del agrado de los demás, que la consideraban una mujer no dada a excentricidades ni a los impulsos emocionales.

Así que no contestó sobre sus intenciones aquel día ni en los días posteriores. La idea de vivir de rentas para siempre era agradable, pero también de un grado supino de aburrimiento. Algo tenía que hacer en la vida. Seguramente no en Argentina, pero tampoco tenía que ser en Santiago. Podía poner un negocio que atender, o por el que pasar de vez en cuando, podía ser ambiciosa y proponer abrir filiales del grupo en España y ocuparse de ellas... Las posibilidades eran tantas y tan diversas que la anquilosaban, como cuando no era capaz de levantarse de la cama agobiada por los temas pendientes, tareas diarias que apuntaba en listas y a las que les ponía horario para, más tarde, simplemente no ser capaz de levantarse aplastada por aquel liviano trozo de papel.

El piso

El cerrajero argentino superaba con creces la capacidad y la velocidad de expresión del gallego. Hablaba sin cesar. En lo que se parecían era en la laxitud con los papeles. Nada le pidieron. Amanda llamó con el apuro de ser una heredera sin llaves y allí se citó con el cerrajero cuatro días más tarde; lo único que solicitó fue una foto de la puerta y de la actual cerradura para llevar la sustituta y las herramientas adecuadas. Tardó otra hora y media, como en Santiago. Amanda comenzaba a pensar que era el tiempo estándar, e internacional por lo que se veía, para abrir o para pasar la factura correspondiente, pero en Buenos Aires no hubo la suerte de Santiago, estaba cerrada a cal y canto, por lo que el destrozo fue considerable y, aunque pusieron un apaño momentáneo, precisarían de puerta nueva, que el cerrajero ofertó con toda clase de detalles en los modelos y posibilidades de los que disponían en el catálogo mientras iba haciendo el trabajo de abrir. Amanda liberaba la mente y Enric encontraba en la conversación sobre puertas un inusitado interés.

Le había dejado acompañarla. En el fondo no le gustaba. Ni en el fondo ni en la superficie, no le gustaba nada. Seguía sintiendo que aquella privacidad le correspondía a ella, pero también era cierto, a diferencia de Santiago, que este era un piso abandonado conscientemente. La muerte había sorprendido a la vieja Gondar en su piso compostelano y eso dejaba más posibilidades de encontrar en él intimidades, objetos personales, cosas que no quieres compartir ni de muerte ni de viva, y menos con extraños. Siendo la legítima heredera, había un salvoconducto para atravesar aquella puerta y adentrarse en la escena de su muerte y de su vida. Un permiso tácito que no incluía a Enric, en la respetuosa manera de pensar de Amanda, pero aquel otro era un piso abandonado años atrás. Seguramente con la decisión de no regresar a él y, por tanto, debía de ser un piso recogido. Un piso consciente del abandono. Y por eso Enric estaba allí, aunque no le agradase totalmente a Amanda. Y bien cierto era que, tras el golpe de quedar fuera de la parte empresarial, apartarlo del descubrimiento del piso frustraría sus ansias de investigador.

Esta vez no aparecieron vecinos, por mucho que el ruido fuese bastante más fuerte que en la anterior ocasión, pero nadie subió las escaleras, nadie abrió la puerta de al lado. Los únicos vecinos del B no aparecieron. No había parejas clónicas, ni señoras con perros nerviosos, ni siquiera portero. Nadie había o a nadie le importaba. Cuanto más grande es la ciudad, mayor el anonimato y el desinterés por los demás. Aunque vivan puerta con puerta.

Amanda se notaba menos nerviosa allí que en Compostela, pero cuando la puerta cedió, con sorpresa pese a haber esperado pacientemente hora y media, la respiración se le alteró intensamente. Le gustaría haber tomado aire, guardar en los pulmones un balón de oxígeno antes de entrar y encontrar lo que allí pudiese haber, pero no fue posible, porque Enric y el cerrajero charlatán entraron con la misma familiaridad que si saliesen todos los días por aquella puerta. Amanda pasó la última.

—Hay luz —anunció Enric cuando la encendió. Las lámparas iluminaron un pasillo amplio y dejaron a la vista un perchero con abrigos, en los que no había demasiado polvo. Casi parecía

que los habían dejado allí aquella tarde.

—Y decís que heredaste este piso de una familiar lejana, se ve buenísimo. Es una zona exclusiva, debe de ser enorme. ¡Mirá qué techos! ¡Y las lámparas!

—Gracias. Si le parece, puede ir sustituyendo la cerradura por esa provisional de la que nos ha hablado. —Le cortó el paso y la entrada al cerrajero y lo devolvió a su sitio, mientras Enric abrió de par en par la hoja de dos puertas de cristal que daban a un salón del tamaño de un piso entero. El joven no pudo evitar exclamar.

Amanda lo siguió y se quedó igual de impresionada. Giró alrededor de sí misma como quien baila, dudando de si era real aquel mausoleo. Un piano de cola, una vitrina con un traje de gala brillante y plateado, premios, discos por las paredes, antiguos carteles de teatros enmarcados, docenas y docenas de marcos de fotos sobre los muebles y en las paredes. La gran Mirtha Val, la gran Mirtha Val, la gran Mirtha Val. Era un museo. Todo era un gran museo. Nada que ver con la casa de Santiago.

—Era guapísima —dijo fascinado Enric.

—Lo era —asintió ella.

—Dios, impresiona ver esto. Es casi hipnótico. Podríamos pasarnos días y días viendo cada foto. Mira, hay libros sobre ella. Y todos esos discos en la pared, y premios.

—Ese inmenso retrato seguro que es de un pintor conocido. —Amanda se quedó mirando el cuadro—. ¿Tú crees, de verdad, que nos parecemos?

—Sí que tenéis parecido, Amanda, pero sin toda esta capa de maquillaje, pestañas postizas y de todo.

—Ya, tiro más a la señora Gondar de joven que a la estrella que fue. Eso me puede encajar —se rio.

—Vaya, Amanda. ¡Ahora sí que nos encontramos con Mirtha Val! Esto es impresionante.

—No... —Las palabras se le ahogaban en la garganta de la impresión—. No esperaba esto después de ver la casa de Santiago. Allí no había nada. Era tan normal. Nada de nada, ¡ni una foto! ¡Ni un recuerdo!

Enric se había agachado a abrir unos elegantes álbumes encuadernados en cuero que llenaban un estante.

—¡Recortes de prensa! Hay docenas de álbumes. ¡Está todo aquí! Nunca he visto tanto material junto. Aquí está el libro, Amanda, documentado con fotos y todo. Creo que voy a venirme a vivir a este salón varios meses para estudiar todo esto.

Amanda reaccionó como si despertara.

—¡No nos interesa que ese hombre vea esto! Ve a la puerta con él y no lo dejes un segundo hasta que acabe. Es capaz de entrar y plantarse aquí. No nos interesa que sepa de quién es la casa.

Enric devolvió el álbum al sitio con la cara que pondría un niño a quien le quitas un caramelo de la boca, pero estaba convencido de que había que proteger aquel secreto y se fue junto al cerrajero.

Mientras, Amanda tomó aire y se decidió a abrir con calma el resto del piso. Sentía una mezcla de impaciencia y ganas de vivir despacio cada momento. Aferrarlo en la memoria para preservarlo del tiempo. Guardarlo para siempre. Estaba viviendo algo único. Ella, a quien nunca le pasaba nada, que vegetaba por los días sin nada extraordinario, con el abandono de Manel

como único destrozo, y allí estaba con el mundo girando vertiginosamente a su alrededor. Arrastrada a una existencia nueva que no había pedido pero que cualquiera desearía.

A veces se sentía al borde de un abismo sin retorno que daba tanto miedo como si fuese a destruirla. Y, de alguna manera, aquel abismo estaba engullendo a Amanda. Engullía todo lo conocido por ella como un agujero negro hambriento. La transportaba a una dimensión nueva, a un universo paralelo, a un lugar donde no estaban sus anclas. Era más fácil quedarse siempre en aquella mesa del banco, atendiendo a clientes desconfiados y esperando el golpe de suerte de un ascenso a apoderada y, en el futuro, a directora de alguna sucursal suburbana. No eran grandes ambiciones, se trataba de una zona de confort tranquila, como lo había sido Manel en su día, aunque en los dos casos sabía que podía aspirar a más. De algún modo, ahora sentía algo parecido a cuando él se marchó y se dio cuenta de que la vida continuaba. No era una de esas mujeres de las redes, emprendedoras, arriesgadas y valientes. Ni lo era ni lo quería ser. En el mundo actual la falta de ambición casi parece un delito, pero era una manera de dormir tranquila cada noche, que no es poco. Y ahora Amanda estaba allí, en el piso de una estrella como no podía ni imaginar. Y que de hecho no había imaginado hasta aquel día, en que lo estaba viendo con sus propios ojos. La vieja puta apestosa. La mujer desconocida que la había arrancado de la vida corriente.

Cogió una bocanada de aire hasta lo más hondo de los pulmones, que se hincharon. Y mantuvo ahí, en lo alto, el pecho cuanto pudo. Se sintió. Se hizo consciente de sí misma, de su cuerpo, y se determinó a ser valiente para descubrir todo aquello que ahora era de ella.

Salió del salón y recorrió la casa. La cocina fue lo siguiente que encontró. Grande también. Pomposa. Y extrañamente desordenada. Al igual que con los abrigos de la puerta, le pareció una estampa habitual en una cocina. Una taza y un plato en la mesa. Una cucharilla un poco más allá sobre una servilleta. Algo de loza para lavar en el fregadero. Abrió los muebles y notó la ausencia de comida. Era lo único que delataba en aquella casa una intención meditada de abandonarla. Habían vaciado la nevera, los estantes y también la despensa que daba a la cocina.

Amanda revolvía. Abría cajones. Miraba los manteles, el orden, el juego de cubiertos. Examinaba todo como una niña curiosa.

—¿Cómo vas? —Enric apareció en la puerta—. ¡Oye! ¡Menuda cocina! ¿Qué más has visto? ¿Qué más hay?

—Acabo de empezar, solo he visto esto.

—Buff, qué nervios. Esto es una fantasía. Me muero por ver todo y por abrir cajones secretos. Tiene tanta pinta de haber secretos aquí. ¡Caramba! Parece que dejaron cosas por ahí...

—Sí, eso me ha llamado la atención. Mira, no está recogida, pero vaciaron de comida todo.

—Mujer, para que no se estropee, mira cómo estaba la de Santiago. Esto no es abandono, tiene más pinta de uso. Como si el último día hubiese comido aquí y dejado la loza sin lavar.

—Fueron varios días. Es mucha loza.

—Muy bien, señora Fletcher, pues siga usted investigando, que yo vuelvo con Matías, que está loco por venir a verlo todo.

—¿Ya sabes su nombre?

—¡Claro! Infravaloras mi don de gentes. Somos como hermanos.

—Bárbaro, a ver si se nota en la factura.

—¡Que eres millonaria, mujer! —le susurró bajito desde la puerta mientras salía—. ¡Qué más

te da a ti la factura de una puerta! —Y se marchó riéndose.

Amanda salió detrás de él con la intención de revisar someramente el resto del inmenso piso. Un despacho-biblioteca que no parecía tener uso, porque estaba perfectamente ordenado. Incluso los papeles de los cajones. No parecía haber notas en ellos. Solo folios blancos y material de oficina, pero había un ordenador que iba a fascinar a Enric. Y fotos, fotos y fotos, una vez más, Mirtha Val estaba por todas partes. Encontró un baño, con polvo pero ordenado también. Amanda apuró el paso, pensó que de un momento a otro el cerrajero acabaría y Enric se uniría a la exploración, y no le apetecía. Buscaba aquel momento íntimo con Mirtha. Porque allí, sin duda, no estaba la Mirta que ella había conocido. Todo era tan atrayente, extraño y seductor, aquel mundo de estrella y el miserable final voluntario. ¿Cómo no embriagarse con el personaje extremo y contradictorio? Amanda ansiaba comprenderla. Era ya una necesidad porque ella misma formaba parte de esa historia. Por eso buscó directamente las habitaciones. Esperaba encontrar algo en el dormitorio, no sabía qué, pero tenía que haber luces que encauzasen una explicación razonable de principio a fin. Cinco puertas. Cuatro habitaciones con baño y vestidores, pero lo más sorprendente fue que no había nada en los armarios abiertos todos de par en par. Inmensos armarios vacíos. Y algo más raro aún, la quinta habitación, la del fondo, estaba cerrada con una puerta de seguridad.

Amanda oyó el barullo en la entrada y dedujo que el cerrajero y Enric se despedían, y echó a correr por el pasillo.

—Por favor, por favor, Matías. ¿Puede venir un segundo?

Matías, encantado de entrar a echar un ojo, accedió al instante, mientras Enric se sorprendía de aquella llamada.

—Quiero que vea una puerta, por favor. Parece como la de la entrada.

Lo guio hasta el fondo de la casa.

El cerrajero, antes de hablar, le propinó unos violentos empujones y golpes a la puerta.

—Ah, no. Esta puerta no es como la que acabamos de abrir. La otra era una puerta acorazada, reforzada con elementos de metal, esta es una puerta con un cierre más propio de una entrada de casa que de una habitación, es cierto, pero no es nada extraordinario. Si tampoco tenés la llave, te la abro ahora mismo. Tardo una media hora, tendría que desarmar la cerradura.

Amanda no compartiría lo que hubiese en aquella habitación con un extraño, antes prefería desmontar ella la cerradura o romper a golpes la puerta.

—Lo dejaré para otro momento, estoy ya cansada y solo pienso en irme al hotel. Gracias, disculpe la molestia.

—No es nada, un placer.

El diario

El diario apareció en una de las habitaciones. No estaba escondido; más que aparecer, como si alguien lo hubiese buscado, simplemente estaba allí a la vista, esparcido sobre la cama y la alfombra. Las páginas eran manuscritas y todas estaban datadas en Buenos Aires y numeradas. El orden en el que lo encontraron era el que quedaba tras la lectura: la última arriba, las anteriores debajo a veces estiradas hacia un lado, o girando hacia otro. Unas pocas sobre la cama y el grueso de ellas dibujando eses en la alfombra, pero siempre manteniendo el orden. Casi se podían seguir los movimientos de quién la leyó al posar cada folio.

Enric y Amanda habían dejado la casa poco después que el cerrajero. Ella lo había convencido de lo tarde que era, de lo cansada que estaba, de las emociones del día y de que mejor regresar al día siguiente con todo el tiempo del mundo para analizar y desentrañar aquel ovillo cada vez más enmarañado. Por él seguirían toda la tarde y la noche, o dormirían allí investigando sin descanso días y días, comiendo solo pizzas a domicilio, embebidos en la búsqueda, disfrutando de cada hallazgo con la adrenalina por las nubes, pero cedió. Se veía demasiado impetuoso muchas veces y notaba cómo esa energía suya retraía a Amanda a su concha. Reculaba como una niña con miedo cada vez que algo iba demasiado deprisa o era demasiado imprevisible. Las dos condiciones, precisamente, que se estaban repitiendo a diario desde la llegada al país. Por eso accedió con la mejor de sus sonrisas a dejar la investigación para otro momento y se esmeró en entretenerla y divertirla con una cena, una copa, una conversación y un polvo. Ella se avenía a todo, pero Enric sabía que siempre había rincones inaccesibles en su mente en los que solo ella habitaba.

Manel sí que había entrado en ellos, quizá por eso ahora era prudente. Por mucho que Enric se esforzaba claramente en agradarla, ella se callaba sentimientos y alguna información de la que ya disponía sobre la parte económica de la herencia. Ahogaba conversaciones antes de que se produjesen y conservaba una parte de todo aquello que le sucedía para sí misma. Enric también se guardaba cosas, claro que se callaba, pero era transparente y simple en su intención. Todo su interés se limitaba al libro, a la información, a los artículos, a aquella parte de la herencia inmaterial que Amanda había accedido a compartir con él, y en la que el joven había depositado sus sueños de éxito, fama e incluso riqueza. Había sido acordado con Amanda desde el principio, todo era correcto.

Lo de Amanda era diferente y más complejo. Ella sentía. Se sentía extraña dentro de la vida de aquella mujer, como si su destino se hubiese cruzado tras la herencia y ahora compartiese algo más que dinero. Se sentía obsesionada. A cualquier hora del día o de la noche su pensamiento era Mirta o Mirtha, que no parecían el mismo ser. Le hubiera podido dar igual quién fuese, pero no era así. Había algo que la atraía, como atraen los precipicios, con ese deseo de querer ver el fondo hasta quedarse expuesta al borde del despeñamiento, así se sentía y no iba desencaminada. Percibía, en definitiva, el miedo de heredar también una vida.

Volvieron con luz, al otro día y tras una buena comida, dejándose llevar por las risas de Enric para regresar «al parque temático», como ya había bautizado al piso. Siempre aquel ingenio suyo consiguiendo sacarla de las tinieblas y de los miedos. Entraron en el piso con ojos nuevos. Amanda se esforzó por no impresionarse por todo aquello que la rondaba. Abrieron las hojas de las ventanas y entró la luz natural, luz y aire purificador. Se dejó besar por el viento y por Enric en el balcón.

Habían evitado hablar, en todo aquel tiempo, de las expectativas de cada uno. Era una manera de protegerse frente al mundo de Mirtha Val que los engullía.

—Muy bien, señora propietaria, ¿por dónde desea comenzar? —como era habitual en él, respondió a su propia pregunta para convencer a Amanda—. Creo que tenemos la zona museística, en la que podremos encontrar amplia información sobre Mirtha Val —dijo con voz de presentador de concurso de televisión, señalando todo alrededor del salón-comedor donde habían entrado.

—Muy amplia información, ciertamente —continuó Amanda siguiéndole el juego con mismo exagerado y sobreactuado tono de voz—. La vertiente más famosa y pública de la grandísima Mirtha Val.

—Así es. O podemos explorar la zona privada de la casa y rebuscar en lo oculto el rostro de Mirtha Val que nadie conoce, el de la señora Gondar. La Mirta sin h.

—¡Mirta Emilia Gondar Sánchez! —prosiguió Amanda con el juego, adornado con amplios gestos con los brazos, como subidos a un escenario—. La mujer que dejó esta casa de lujo y fama para regresar al lugar del que había partido de joven y allí convertirse en la antítesis de lo que aquí fue. Una pobre vieja miserable y apestosa. Aquí sonaría música de misterio. —Y entonces, de repente y sin más, la cara de Amanda se tornó seria, dejó la voz de concurso y se sintió delante de aquel precipicio al que daba mucho miedo aproximarse a mirar—. Creo que empezaremos por los dormitorios y buscaremos lo que no se sabe de ella.

—¡Estupendo! —Enric entendió el fuerte sentimiento de Amanda hacia aquella mujer desconocida, le tendió la mano y se la cogió con fuerza. Amanda se lo agradeció. Sabía que él no lograba entrever todos los tormentos que sufría, pero algo de ellos sí percibía e intentaba apaciguarla y calmarla. Era una torpe pero sincera demostración de cariño, más allá de su interés por la herencia.

—¿Ves? Siempre consigues lo que deseas —le sonrió Amanda. En el fondo seguía pensando que era un buen compañero de camino y no se imaginaba sola delante de toda aquella montaña escarpada que era la vida de Mirtha Val.

Fueron a los dormitorios y también allí abrieron las ventanas para dejar que entrara a la luz natural, pero en una de ellas no lo hicieron para que no volasen todos aquellos papeles desperdigados por el suelo que les interrumpieron el paso.

El diario estaba allí. A la vista. Sin que nadie pretendiese esconderlo. Preparado para otros ojos. Con toda la vida y la destrucción que tenía dentro. Mirtha Val lista para ser profanada, por fin.

El punto de partida

Fue Enric quien lo vio primero, quien lo identificó y quien gritó ante el hallazgo.

—¿Estos papeles? ¿Habías visto esto, Amanda?

—No llegué a entrar, miré desde la puerta.

—¿Qué son? —Se adelantó a coger algunos de ellos dispuestos sobre la cama, como quien descubre un tesoro delicadísimo, un papiro manuscrito que se pudiese romper. Los levantó sin descolocar el orden. Amanda se acercó por detrás. Enric devoró ansioso algunas líneas y entonces comenzó a exclamar—: ¡No me lo puedo creer! ¡No me lo puedo creer! ¡Esto es un diario! ¡¡¡Un diario!!!

Amanda sintió que el corazón se le desbocaba y acababa en un puño que le ahogaba la garganta desde dentro, apretándola sin compasión. Se asfixiaba. Cogió otro montón de folios escritos a mano con el mismo cuidado y precisión para no desordenarlos. Le costaba leer, era puro nervio.

—¿Un diario de Mirta?

—Tiene que ser de ella. Es de ella, seguro. —Enric cogió otras pocas páginas—. Dios, esto es tremendo. Brutal.

Amanda se echó la mano a la cabeza. Mirtha Val, la señora Gondar, o quienquiera que fuese, estaba allí. Esa era la puerta del precipicio puesta en bandeja para arrojarla a su interior. Ahora sí sentía todo el peso de aquella vida entrando en la suya.

—Pero la señora Gondar tenía que saber que esto quedaba aquí a la vista. ¿Quién iba a marcharse de un país y dejar su diario en el suelo? No puede ser así. La casa está recogida. ¿Y esto qué hace tirado aquí? —se preguntó Amanda.

—No está tirado, está leído.

—¿Crees que alguien más tenía llave y lo leyó?

—Creo que sí.

A Amanda le faltaba el aliento. Todo era siempre demasiado para ella. Enric la vio muy blanca.

—¿Estás bien?

—Impresionada.

—Siéntate, por favor. Siéntate en esa butaca, pásale un trapo y siéntate en ella.

Amanda observó más folios por toda la alfombra tras la cama. A veces le parecía que la señora Gondar estaba viva y guiaba todo aquel camino hacia ella.

Enric se acercó a la ventana, rodeando los papeles sin pisarlos, abrió las cortinas y buscó toda la luz natural posible. Inmediatamente después fue a la entrada y sacó de las bolsas que habían traído las bayetas y el material de limpieza que habían comprado por si hacía falta. Regresó enseguida y le limpió a Amanda la butaca de color naranja. Él era capaz de reaccionar así, resolviendo todo en un amén mientras ella seguía allí de pie, contemplativa. Amanda pensó que sus conexiones neuronales tenían por fuerza que ser distintas de las suyas, o tener menos mielina.

—Siéntate. Tú tranquila. Voy a coger todo esto e intentar ordenarlo. Los folios tienen fecha y están numerados, no me llevará mucho. —Le quitó los que aún sostenía en la mano sin leer y la miró muy de cerca—. Amanda, tienes que conseguir llevar esta historia con tranquilidad, todo está bien. Una cosa es tu vida y otra es todo esto; sepáralo, por favor.

—No sé, Enric. A veces no sé qué pinto en la vida de Mirta Val.

—Las explicaciones están aquí. —Levantó la mano con los folios.

—¿Y por qué irse y dejar un diario a la vista? ¿Quién lo leyó? ¿Quién más tiene llaves?

—Amanda, ya no tiene llaves nadie, eso para empezar. Las llaves ahora son tuyas, acabas de cambiar la puerta. Todas las respuestas las leeremos aquí, pero tienes que entender que tú no tienes que angustiarte por esta mujer millonaria que vivió como una reina, ni por su final miserable. Es anterior y ajeno a ti, así de simple. Lo que aquí esté escrito no tiene que ver contigo, aunque ahora tengas sus cosas. Debes entenderlo. Ahora tendrás la vida que decidas. Tuya. A tu gusto. Ni siquiera estás obligada a quedarte con las empresas. Y, si te quedas con ellas, no tienes que hacer nada más que cobrar los rendimientos. —Amanda asintió, era cierto que necesitaba distancia—. Voy a ordenar los folios y vemos qué es, qué cuenta y si está completo. Lo hago yo, tú relájate.

—Gracias, Enric.

Él comenzó a agrupar los folios y fue repasando cada uno de ellos por sus números. A veces marcaba alguno que faltaba y que poco después aparecía. En poco tiempo resolvió que el manuscrito debía de estar completo. Se esforzó por ordenarlos sin leer fragmentos, quería disfrutarlo con la sorpresa de una novela, como lo que él escribiría con todo aquello. Incluso era posible que más adelante lo narrase desde el punto de vista de Amanda y de él, como la búsqueda real que habían vivido. Estaba excitado y notaba también su miembro un poco excitado.

Mientras, Amanda seguía el proceso desde el sofá, intentando serenarse hasta conseguir disfrutar de la belleza de Enric, con su pantalón vaquero y su sencilla camiseta. No precisaba más.

El proceso llevó un tiempo en el que el montón de folios correlativos fue aumentando. Hasta que Enric giró la cabeza desde el suelo donde se había sentado al estilo indio:

—Listo, es el diario de Mirta, Amanda —sentenció con gravedad.

—Yo estoy lista también. ¿Comenzamos a leer?

—«Y que nada se entenderá de todo si antes no regreso al punto de partida.» —Enric recitó aquella hermosa frase antes de comenzar, mirando a Amanda a los ojos.

—Eso no lo estás leyendo.

—No, es una frase de Xohana Torres. Siempre me pareció una escritora maravillosa. Esa frase tiene la sencillez de la esencia de las cosas complejas. Todo se entiende cuando empiezas por el principio —explicó, levantando el lote de folios.

—Sí que es hermosa. Pues vamos a empezar a leer ese principio. —Amanda sonrió tranquila—. ¿Quieres sentarte en la cama? Estarás más cómodo.

—Estoy bien aquí.

Enric, sentado en el suelo delante de la cama, pero muy cerca de Amanda, le tendió la mano. Y ella le ofreció la suya en un aliento firme de ánimo para descubrir juntos lo que allí hubiese que descubrir.

—«Buenos Aires, miércoles 10 de marzo de 2004.» Todas están fechadas aquí, tuvo que ser... —vaciló pensando.

—Poco antes de ir a Galicia.

—Sí. La época coincide. —Movi6 las páginas como las cartas de una baraja, desplazando del dedo pulgar por las esquinas y dejándolas volar controladamente, viendo pasar las fechas—. Escribió a diario desde el 10 de marzo de 2004.

Tomó aire, miró de nuevo a Amanda, y comenzó:

—«Hoy rompí la taza en la que Amaro desayunaba desde niño. Su favorita. La utilizaba cada mañana como una especie de homenaje doméstico...»

Enric leyó. Firme y con tono serio y contundente. Leyó.

Y no hizo falta ir muy allá para comprender algunas cosas.

Era el diario de Mirta, sí. Un diario escrito desde el desgarró por la pérdida de su hijo, desde la desesperanza por la falta de futuro y desde el dolor de la culpa. Desde el peso del pasado y el sinsentido del presente.

—«Por fin me acomodo en esta butaca para escribir todo.»

¿Sería la butaca donde ahora se sentaba Amanda?

—«... por eso escribo, para purgarme. Escribo por culpa y por liberación. Y también escribo porque soy cómplice.»

Enric leía y no se detenía. Ni para compartir los comentarios de Amanda, las exclamaciones de sorpresa de ella, las preguntas en alto.

—¿C6mplice de qué? Le escribe a alguien... A otra mujer —Amanda hablaba.

Las preguntas salían de sus labios esperando una respuesta que brotaba dos o tres renglones después. O una página... o dos. Mirta contestaba a Amanda aunque era Enric quien leía.

Enric leía y continuaba y no se callaba, ni paraba, ni cambiaba su ritmo decisivo ni se inmutaba porque Amanda hablase. Solo leía.

—«Nunca quise reconocer que era tan monstruo como ella. Yo no. Yo tenía las manos limpias. Yo era víctima. Mártir sufridora. Carne de mala suerte y de miseria. Yo no era monstruo. Negaba, pero también aceptaba que todo sucedía por mí. Yo era la fuerza maligna por la que pasaban las cosas.»

—¿Quién? ¿De quién habla? ¿A quién se lo cuenta? ¿Para quién escribe? —murmillos que se articulaban inconscientemente con el aire de la exhalación. Amanda le hablaba a Mirta.

Y el nombre no tardó en salir de entre las líneas. Marcela era la destinataria de aquellas palabras.

Marcela y Mirta.

Y dos pares de ojos nuevos ajenos, los primeros, asomándose a aquel abismo que habían tejido entre las dos.

Las monstruosidades

Desde el principio la lectura se hizo hipnótica y enseguida asfixiante, cuando el dolor que ahogaba a Mirta se apoderó también de Amanda. Cuánto sufrimiento, rabia y culpa en tan pocas líneas. Enric leía como haría con cualquier *bestseller* comprado en la tienda del aeropuerto, sin un solo comentario por su parte. Simplemente avanzando.

Amanda en cambio no entendía y deseaba entender. Contestaba y comentaba la lectura en alto sin ninguna paciencia. ¿De qué muertos hablaba? ¿Había muertos reales o eran ficticios? ¿Estaba sugiriendo que su vida peligraba en manos de Marcela o era un pensamiento imaginario? Por momentos paraba a Enric.

—Espera, ¿pero de qué acusa a Marcela?

—Amanda, por Dios. No me dejas ni leer una página.

—Ya, pero... ¿tú qué crees?

—Yo no creo nada. No hay que creer o dejar de creer, está escrito, Amanda. Hay que escuchar. Escucha a Mirta. Ella lo va a contar. Lo está contando, pero tú no la dejas.

Aceptó la razón de Enric frente a lo absurdo de su ansiedad. Lo intentó de nuevo tal y como él le dijo, e incluso más allá. Intentó escuchar a Mirta y no a Enric. Oír la voz que hablaba al ritmo que necesitaba hablar, y no a quien leía. El diario enseguida dejó el introito para contar más o menos cronológicamente la vida de las dos: Marcela y Mirta. Y entonces llegó el horror. Incluso el periodista avezado flaqueó. Ni Enric podía intuir líneas descarnadas como aquellas. Repitió la lectura de la violación del padre. Él también necesitó una segunda vez para abarcar aquella breve frase: «Pasé a ser esposa, a dormir en su cama matrimonial, y a que usase mi cuerpo cuando quería».

En ese momento hizo un breve silencio y levantó los ojos por primera vez hacia Amanda. El horror estaba dibujado en su expresión.

—¡Dios, Amanda! ¿Qué estamos leyendo? Su padre abusaba de ella.

Amanda asintió moviendo la cabeza, cargando sobre sus hombros todo el peso de la frase que acababan de leer.

—¿Sabes lo que leemos? Leemos una vida real, Enric. La vida de una mujer, no la de una estrella. —Amanda se encontró extrañamente serena, como Mirta en aquel diario. Ahora era ella quien calmaba a Enric. Un hombre que siempre parecía de vuelta de todo. Pero nadie puede estar de vuelta de la monstruosidad.

Amanda le pidió que siguiese. Ya era capaz de oír a Mirta y no a Enric. Si una quería contar, la otra quería escuchar. En aquel momento ambos sabían ya que las páginas no tenían censura, que eran incómodas e incluso a veces escalofriantes e insoportables. Los dos se habían dado cuenta de que escondían monstruosidades y provocaban náuseas. Y no habían hecho más que empezar.

Fue el bautizo de Enric y Amanda en la vida de Mirtha Val.

Él volvió sobre las líneas, cuando inesperadamente a Amanda le sonó el teléfono.

Pensó en apagarlo, pero lo que hizo fue mirar quién era. Y entonces, un poco aturdida, lo cogió.

—¿Manel?

—Hola, Amanda. —Su voz, tanto tiempo después, sonó con una familiaridad absoluta, como si se hubiesen despedido para ir a trabajar esa misma mañana, y eso hizo que la joven sintiese un estremecimiento por todo el cuerpo.

—¿Cómo es que me llamas? —Al instante se arrepintió de la torpe frase—. Quiero decir que ¡cuánto tiempo!

Enric contemplaba la escena con los folios reposando contra el suelo.

—Hoy fui al banco y no estabas. Me extrañó mucho, la verdad, y le pregunté a Ignacio por ti. Lo vi reacio a contestarme y me preocupé. Tuve que insistirle y acabó por decirme que te habías marchado, que habías dejado la oficina. Primero pensé que te habían trasladado, pero me explicó que no, que te habías despedido. Lo dijo así mismo: que te habías despedido. Y ya sabes lo nervioso que se pone por si mete la pata. Se arrepintió al momento y me pidió que te preguntase a ti.

—¡Ah! ¿Y por eso llamas?

—Sí. Bueno, para saber si estás bien.

—Estoy bien, sí. Estoy en Buenos Aires.

—¿En Buenos Aires? ¿En Argentina? ¿De viaje?

—Sí, de viaje de negocios.

—¿Negocios? ¿Tienes otro trabajo?

—No, exactamente. Es largo de contar.

—Tengo tiempo. ¿Estás bien?

—Sí, sí.

—Hace mucho que no hablamos. Veo que tienes muchas novedades. Me gustaría asegurarme de que estás bien, Amanda. Me sorprende lo del banco, eres siempre tan reflexiva, pero ¿lo dejaste tú?

—Sí.

—¿Y por qué? ¿Estás en un trabajo nuevo? ¿Va todo bien?

—Sí, Manel. Sí —lo dijo con rotundidad, intentando dar y mostrar sensación de seguridad y calma—. Va todo bien. Dejé el banco. Me marché yo. Y estoy en Argentina por un tema de negocios —zanjó.

Manel la conocía bien y Amanda sabía que todas aquellas frases cortas, aquella falta de explicaciones no lo tranquilizaban, y menos los grandes cambios vitales. Así era Amanda, una mujer sin grandes cambios vitales, de ahí el desconcierto y la preocupación de Manel.

—¿Cuándo vuelves? Podemos quedar y nos ponemos al día.

—No sé cuándo vuelvo.

—Ah. —Hubo un silencio. Era evidente que había tomado aquella respuesta como una evasiva—. Qué extraño todo, ¿no, Amanda?

—Sí, todo un poco extraño.

—Una nueva vida.

—Eso es.

—Espero que estés bien, de verdad.

—Lo estoy.

—Lláname a la vuelta.

—Vale.

Y colgaron.

Enric miraba callado y serio, había perdido la atención de los papeles.

—Era tu ex.

—Sí.

—No sabe nada.

—No.

—¿Se lo vas a contar?

—No lo sé.

—¿Sigo leyendo, entonces?

—Sí, claro, sigue.

Enric nunca pedía más, ni daba más. Y estaba bien así.

La lectura absorbió y asfixió de nuevo, pero ya sabiendo a lo que se enfrentaban. Releyeron lo de la violación del padre y, desde ahí, siguieron.

Amanda tuvo que ir en varias ocasiones al baño. Una tras la paliza y la nueva violación en la pensión, la otra tras el engaño de Angelita a las niñas. Era imposible ir tan seguido al baño sin haber ingerido líquidos, como sospechaba Enric. Lo hacía para respirar, evidentemente. Cuando volvía, un trazo negro fuera del sitio en el delineado de los ojos delataba las lágrimas. El rímel nunca fue buen compañero de dramas.

No fue fácil leer, ni lo era juzgar. La heredera se fue difuminando para ser simplemente una mujer delante de la confesión más escalofriante y sincera que había escuchado en su vida. El periodista, por primera vez desde que habían llegado a la ciudad, había olvidado sus intereses de éxito, justo cuando lo que tenía en las manos aseguraba que aquella historia daría la vuelta al mundo. En una de las visitas al baño desde la habitación se escuchó a Amanda vomitar en la taza del váter esforzadamente con el estómago vacío. Fue después de que Abelardo le pegase a Mirta por segunda vez para hacerle pagar su delito de no ser virgen.

Y sí, aunque se callaron, los dos sintieron alivio y justicia cuando Marcela se deshizo de él.

—No puedo seguir —dijo Amanda.

—¿Lees tú un poco? —preguntó él.

—No, no es que no pueda leer, puedo si quieres que te releve, pero me gustaría parar. Salir de aquí y dar una vuelta. ¿Te parece?

Enric lo comprendió, él también estaba deseando salir por un instante de la vida de Mirtha Val.

Los monstruos

Para las monstruosidades se necesitan monstruos, y aquellas páginas estaban llenas de ellos. Monstruos antinatura, como el padre que abusa de la hija; monstruos aberrantes y miserables, como Abelardo, el proxeneta y vendedor del himen de dos niñas; monstruos como Angelita, traicionando una amistad inocente. Monstruos imposibles de perdonar.

Pero Amanda sabía también que había otros monstruos de los que la misma Mirta hablaba desde las primeras líneas y en los que se reconocía junto a Marcela, y aquellos monstruos eran mucho más molestos que los otros. Monstruos que podría disculpar en su monstruosidad, y eso los hacía incómodos, porque la situaba en arenas movedizas y la llevaba a reflexionar sobre que, cuando el terreno te engulle, todos podríamos ser uno de ellos.

Enric y Amanda salieron del piso y fuera respiraron intensamente, justo en el portal. Los dos. Una bocanada de aire limpio llenando los pulmones. Porque la casa mausoleo asfixiaba, como aquellas líneas en las que podían adivinar que los monstruos de Marcela y Mirta iban a seguir engordando y devorando, aunque no sabían muy bien cómo ni cuánto. Y Amanda quería y no quería saberlo. Si es que eso era posible.

Enric, una vez más, fue una tabla de salvación para ella, que ya había naufragado y se ahogaba ante de las revelaciones de aquella extraña.

Eso fue lo que dijo Enric poco después.

Salieron y caminaron casi una cuadra entera sin hablar. Cada uno asentando pensamientos en su cabeza, seguramente de modo distinto y probablemente ninguno de ellos sin razón. Sintieron el aire en la cara y caminaron entre la gente. Se cruzaron con mujeres y hombres anónimos, intercambiaron miradas fugaces con extraños, observaron familias normales pasar, bebés mimados, tiendas con trajes carísimos, como correspondía a la zona exclusiva en la que estaban. Iban mirando y cada uno de ellos iba gestionando sus emociones. También Enric, el hombre impávido, pasó el proceso, pero él fue capaz mucho antes de recuperar la alegría y la vida propia.

Apenas habían llegado a la esquina siguiente, en una cuadra exacta, cuando adelantó un paso sobre Amanda y giró colocándosele delante de ella.

—Señora, vamos a ir a dar un paseo y a comer. Carne otra vez, ¡por supuesto! Comeremos carne en este país de reses hasta que estemos tan hartos de la carne a la parrilla que nos den arcadas solo de olerla. Mientras, insistiremos en conseguirlo. ¡Más carne, por favor! —Hacía aspavientos sin importarle la gente que pasaba—. Puede ser eso o que antes comamos una res con el mal de las vacas locas, y cojamos la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob. Entonces no nos daría tiempo a odiar la carne a la parrilla, pero merece la pena intentarlo, ¿no crees?

Amanda se rio divertida. Enric era un auténtico tesoro en los momentos de intensidad. Tenía aquella maña impagable para devolverla a la realidad y hacerlo con humor.

Lo besó.

—Gracias por ser cómo eres. Siempre me haces reír.

—¿Es que sabes lo que pasa, Amanda? Todo eso que acabamos de leer, eso tan terrible y

devastador es la vida de alguien que no conocemos. Ni tú la conociste ni yo. Es una extraña. Una vida ajena por completo a ti y a mí por mucho que hoy seas su heredera. —La agarró por los brazos acercándole mucho la cara—. Ese es el lugar donde tenemos que estar situados. Desde ahí, como quien ve un noticiero, Amanda. Desde ahí tienes que entender todo. Es una extraña para nosotros.

—Ya... —murmuró por lo bajo Amanda, como haría una niña que reconoce su falta.

—Heredaste sus cosas, no su vida. Y mucho menos, Amanda, sus responsabilidades. Y esto que te digo es importante, porque, cuando todo se sepa, no va a ser tuya la culpa de lo que hicieron Marcela y Mirta ni tampoco las consecuencias que traiga.

Amanda torció un poco el morro y no contestó. Algo le repelía de la idea de contarlo. Contar el secreto de las dos mujeres era casi violarlas de nuevo. Claro estaba que lo que decía Enric entraba en los planes trazados y que no había marcha atrás en la promesa hecha, pero no le agradaba la traición. No se detuvo a pensar más en el asunto, bastante había ya que asimilar como para meterse en otra maraña. Creyó que la preocupación debía esperar a llegar al final del diario, porque seguro que las sorpresas no habían hecho más que comenzar.

—¿Y si volvemos al asador del primer día? —dijo ella.

—¡Gran idea!

Pasearon, rieron, hablaron, se sintieron en casa en aquella ciudad extraña, se perdieron y se dejaron perder sabiendo que con solo mirar el móvil recuperarían el rumbo y que, si se extraviaban mucho de la ruta, no tenían más que llamar a un taxi, sin importarles lo que les pudiese cobrar o si había que regatearle o no en la carrera. En una intersección que encontraron había una sombrerería de caballero. Estudiaron bien el escaparate y después entraron como niños jugando a probar, los dos, un montón de sombreros masculinos. Materiales de primera calidad, diseño italiano elaborado en la Argentina, manufactura artesana. Amanda le regaló uno a Enric y le habría comprado un centenar si se lo pidiese. ¿Por qué no?

Las culpas, las muertes y las vidas ajenas salieron de ellos empujadas por las risas y la vida.

Por lo menos durante unos instantes.

Porque al pagar, en un momento de regreso a la debilidad, Amanda recordó de dónde venía aquel dinero, procedía de Mirtha Val y aquella vendedora no podía ni imaginar que era una asesina, o como fuese que el Derecho llamase a quien no mata pero sabe, incita, encubre y participa del plan.

—¿No te acordás la clave? ¿No estarás poniendo la de otra tarjeta? No sería la primera vez que le pasa a un cliente —habló la dependienta.

Amanda se centró sacudiendo la cabeza como un perro al salir del agua.

—Sí, ya está. Todo correcto, estaba atontada.

Siguieron caminando hasta que se cansaron y llamaron a un taxi para dirigirse al asador y allí pidieron dos cosas: una mesa para comer y ver el retrato de Mirtha Val. No sabían si ella también adornaba aquellas paredes pero, si realmente se preciaban de ser un restaurante de los más exquisitos en materia de famosos, Mirtha tenía que estar.

Y así era.

—¡Por supuesto! La gran Mirtha Val estuvo en esta parrilla un montón de veces. No tenemos

una foto, tenemos varias. Se las muestro si me acompañan.

Y el jefe de sala les hizo un pequeño tour turístico. Tres fotos había. La primera era de ella en una gran mesa rodeada de gente. Las otras dos eran mesas más pequeñas.

Enric apuntó con el dedo a una mujer que se repetía.

—¿Esta dama será por casualidad Marcela?

—Disculpe, señor. No puedo contestarle. Desconozco quién es esa mujer que la acompaña. ¿Quieren ustedes sentarse acá mismo, ya que deseaban ver a Mirtha Val?

Enric habló por los dos.

—Si no le importa, preferimos sentarnos en aquella otra zona del comedor.

—No hay problema, esas también están libres.

Siguieron al camarero. Amanda delante y Enric a su lado tomándola por el talle sin ningún disimulo.

—Bastantes fotos hemos visto ya de esta mujer. Vamos a comer sin fantasmas, por favor, que la digestión de estas carnes a la parrilla no entiende de dramas.

Amanda sonrió.

—¿Ves? Son carnes felices.

—¿Crees que la otra era Marcela?

—Puede que sí o puede que no. ¿Y qué más da? Ya lo sabremos, algo aparecerá por la casa. Habrá fotos. Queda mucho trabajo para revisar todo aquello, ya nos podemos relajar y armar de paciencia.

Comieron sin fantasmas. Realmente las carnes eran tan extraordinarias y la atención tan maravillosa que no resultaba difícil desconectar del mundo y centrarse en los placeres. Antes, Amanda tuvo un último pensamiento inquietante que no compartió. Pensó en Marcela. Si lo que sabían veía la luz, traicionaban a una muerta, sí, pero también inculpaban a una viva. Porque semejantes acusaciones caerían despiadadamente sobre Marcela y sin duda le destruirían lo que le quedase de vida.

La posesión

Durante aquella comida decidieron no leer el diario de un tirón. Debían hacerlo como ese día, parándose, tomando pausas de la vida de Mirta. Ambos sabían que el horror no iba a acabar allí. No era una intuición, era lo que sugerían las palabras de la propia Mirta en el diario acusador de Marcela y de sí misma. Estaba escrito y descrito cómo la relación con Marcela se había deteriorado con el paso de los años. Y claramente temía que la fuese a matar también. Por eso sabían con seguridad que llegaban páginas oscuras, si no tanto como las del comienzo, parecidas. Decidieron no tener prisa, leer poco a poco para cuidarse. Para cuidar a Amanda. Leer lentamente para hacerlo desde la realidad.

Pero no era fácil.

Cuando regresaron al piso, al día siguiente, estuvieron más de media hora en el salón.

—Desde luego, esto podría ser una casa museo sin tocar nada. ¡Qué horror! ¿Cómo se puede vivir así, entre tantos recuerdos? —dijo Enric revolviendo marcos y fotos.

—Seguramente, si es tu vida, te sientes bien rodeada de ella. Es parte de ti.

—¡Cómo se va a sentir bien aquí alguien, mujer! Si parece un mausoleo. Ahora, que también te digo, ¡para nosotros, bárbaro! Esto es una mina.

—No me voy a deshacer de nada. Todo esto lo quiero conservar así. Era de ella, no me parecería bien venderlo.

—No, no. Cómo lo vas a vender, mujer. Con esto haremos cosas más allá del libro. Un documental, seguro, pero igual una película. O puede musealizarse de verdad y recibir visitas. — Enric miró a su alrededor y suspiró—. Es que es una mina. ¡Una mina!

Amanda se calló. Cada vez que Enric hablaba de hacer todo público sentía ese desasosiego dentro. Casi como si Mirta se revolviere en sus entrañas. En aquella extrema rectitud suya desde niña eso era una traición. Les cerró el paso a aquellos pensamientos siempre aplazados, necesitaba regresar al diario. Tocaba avanzar un poco más, pero había aprendido bien la lección que le había enseñado Enric con tanta razón, escuchar, sabiendo que Mirta era una extraña. Debía situarse ahí, no era una opción, era necesidad de supervivencia ante todo aquello que tanto le pesaba.

De una manera natural se volvieron a repartir los roles. Ella acomodada en la butaca naranja, él sentado en la cama, leyéndole. Y así continuaron el diario en el punto donde lo habían dejado, y viajaron con Mirta y Marcela, dos niñas adolescentes, en un barco a la Argentina.

Los folios iban cayendo sobre el montón de las leídas sin pausa, sin que Enric levantase casi los ojos del papel y sin que Amanda los apartase de su cara de belleza templada. Nunca habían oído nada semejante, era el vómito de una vida expulsado desde las mismas entrañas de quien ya no tiene nada que perder. En cada náusea, un capítulo sorprendente, tantas cosas vividas, todas tan reales. A eso apestaba el diario, a un golpe de realidad, a una vida de verdad con alegrías y miserias, muy lejos del glamur de las estrellas y al mismo tiempo envuelta extrañamente de él.

Dos mujeres hechas y derechas que no pudieron ser niñas.

Atravesaron las páginas y los personajes, se enamoraron un poquito de gente mencionada de pasada, como de la poeta ahogada en purines. Disfrutaron de los momentos vitales y hasta sintieron el amor y la traición con Eduardo. Todo era brutalmente sincero, pero no se les escapaba que estaba contado desde el final. Mirta creía que iba a morir a manos de Marcela. De hecho, ese era el origen del diario, Mirta escribía desde el patíbulo que evidentemente no había llegado.

Como la vez anterior, Enric pasó de leer sobre la cama a acomodarse en la alfombra a los pies de Amanda. Y allí de nuevo sonó el teléfono repitiendo la escena del día anterior.

Amanda se sorprendió y se temió una nueva llamada de Manel. Miró el móvil con las mejillas teñidas de un rojo delatador de su nerviosismo. Recordó cuando era adolescente, esa facilidad suya para sonrojarse delante de los muchachos de buen ver, pero no, no llamaba Manel. Era aquel hombre con un nombre tan largo que ocupaba dos líneas del teléfono: José Mauricio Roma Sammartano, el administrador.

Había sacado el móvil del bolso y seguía sonando en su mano, aturdida. Enric la miraba sin expresar ninguna sorpresa en su gesto, y eso era todavía peor. Le informó aliviada de que no era Manel.

—Es José Mauricio Roma Sammartano —le dijo extrañada.

El rostro del joven se tensó. Aquel hombre, evidentemente, no era del agrado de Enric, un sentimiento recíproco que ninguno de los dos había tratado de disimular.

—¿Qué coño quiere ese imbécil? Atiéndele.

Amanda pulsó el botón verde.

—Hola. Sí... No, no es mal momento... Todo bien. Sí, pudimos entrar en el piso... En orden, sí. Todo en orden, gracias... ¡Ah! ¿Cuándo? Papeles, claro... Sí, sí, por supuesto. ¿Hoy? ¿Esta tarde? Sí. Puedo, sí. ¿Que vaya a las oficinas? ¿Y si quedamos en una cafetería cerca del hotel? ¿Le parece bien?... Pues sí, perfecto. Nos vemos a las cuatro en la cafetería del hotel. Bien. Hasta luego. —Amanda colgó y le explicó a Enric, que la miraba con cara de pocos amigos desde la alfombra—. Era él, necesita que firme unos documentos y hablar conmigo, cosas de la empresa.

—Vale.

—Nos veremos a las cuatro en la cafetería del hotel. ¿Qué te parece?

—Bien. —La incomodidad de Enric se palpaba en sus gestos—. Amanda, no vayas a contarle nada de esto. Piensa que ese hombre era el protegido de Marcela y aún no sabemos qué hubo entre Marcela y Mirta, pero aquí —dijo señalando el diario que levantó en la mano— se ve claramente que entre las dos había problemas. Mirta esperaba que ella la matase.

—Sí, pero no sucedió, Mirta volvió a España.

—Eso ya lo sabemos, aun así sé prudente con ese hombre, por favor. No le cuentes nada. Para nosotros él es un camino directo a Marcela y Marcela era la tortura de Mirta.

—¿Tú crees? No entiendo muy bien qué les ocurrió. Marcela lo dio todo por ella.

—Marcela era un ser posesivo, Amanda. Huyó con Mirta, mató con Mirta...

—Mató por Mirta —puntualizó Amanda.

—No. No te equivoques. —Levantó de nuevo las páginas—. No tenía por qué huir de una familia como la suya, no tenía por qué matar. Lo hizo por Mirta, pero más allá de ella.

—No te entiendo. Enric, su padre la violaba.

—Amanda, incluso llegó a mutilar cadáveres. Es una psicópata de libro.

—Fue para liberarla de dos violadores, su propio padre y Abelardo.

—Fue para liberarla y porque ella era así. Amanda, abre los ojos. La liberó y Mirta se convirtió en su posesión. Una posesión enfermiza.

Amanda se quedó en silencio un instante, como quien procesa, un tiempo de *reload*.

—Es cierto, lo sé. Y está claro que Mirta lo sentía así, pero siempre estuvo ayudándola en cada momento importante de la vida. Le debía mucho. A veces, cuando lees, también veo eso.

—¿Y hasta cuándo se debe una deuda, Amanda? ¿Cuándo saldas que maten por ti? ¿No ves la perversión? Estaban atrapadas. Mirta atrapada en Marcela y Marcela en Mirta. Solo hay una diferencia, que la ejecutora era Marcela y eso la convertía en la poseedora.

Era así. Amanda lo sabía. Eso lo explicaba el diario. Era la historia de una posesión. De la posesión que otorga sobre una persona una deuda infinita e impagable. Marcela sentía que Mirta se lo debía todo. Y Mirta en la madurez de su vida había intentado volar como un pájaro. Pero cuando perdió a sus seres queridos, volvió a ella con las alas cortadas, dispuesta a abandonarse y a dar hasta la vida en pago de aquella deuda.

—¿Paramos? —apuntó ella un día más.

—Paramos.

Y salieron de nuevo de la vida de Mirta con el simple gesto de posar el diario para perderse otra vez por las calles de la gran ciudad. La terapia perfecta para ellos.

En el portal del edificio cada uno cogió su bocanada de aire.

Amanda lo miró.

—Gracias, Enric. Todo este viaje sin ti sería terrible. No me puedo ni imaginar hacer esto sola.

—Tranquila, niña. —La acarició—. Soy tu Marcela, no dejaré que nada malo te pase.

Los dos sonrieron.

—Marcela se volvió un problema; con que seas mi Enric, me basta.

—Marcela era una enferma, Amanda. Nosotros no somos ellas. Nosotros somos gente normal con vidas normales. Todo eso que leemos nos es ajeno.

—Lo tengo muy presente. No me dejaré arrastrar. También te lo debo a ti. Gracias, Enric. Quería decírtelo.

La besó. Y nada más separarse comenzó a pregonar en voz alta el resto del día.

—Planes para hoy: paseo, comer, tu reunión y por la noche podemos ir por fin a un local de tangos, ¿te parece? ¡No podemos estar en Buenos Aires sin pisar uno de esos locales!

—Me parece perfecto. Tú eliges, ¿vale?

El administrador

Cuando Amanda llegó a la reunión, justa de tiempo, ya había tenido ocasión de rumiar aquella conversación sobre Marcela, y llevaba la intención de sonsacarle al administrador información sobre ella. Habían comido temprano, como se hacía en aquel país, y pasado por la habitación antes de bajar a la cafetería del hotel. Allí se retocó el maquillaje y se miró bien en el espejo, que le devolvió la imagen de una mujer que le gustaba. Últimamente estaba guapa. Se sentía así. La belleza es también un estado mental, sentirse guapa, sentirse bien con una misma. Dejar la rutina anodina de su vida anterior le había sentado como un tratamiento rejuvenecedor de los caros al que también había contribuido la presencia de Enric. Amanda siempre había sido una niña vieja, excesivamente responsable, excesivamente seria. Una muchacha que soñaba una vida tranquila, segura y sin sobresaltos, que anhelaba la estabilidad en todo lo que tocaba: en el amor, en el trabajo, en las amistades. No buscaba nunca emociones ni las necesitaba. Y, de repente, toda la confusión tras la herencia la llevó a mudar la piel como las centollas. Dejar caer la vieja coraza que ya se hacía pequeña, pasar un tiempo de transición blanda y débil, para endurecer un nuevo caparazón más grande, lustroso y apropiado a su tiempo. Crecer, en definitiva. Había crecido como mujer. Y se sentía bien, independiente y fuerte.

Y pensando en esas cosas cruzó con paso firme la cafetería del hotel en donde ya había localizado al fondo a su visita. Fuera del decorado de su solemne despacho y vestido con traje sin corbata, con el último botón de la camisa desabotonado, José Mauricio parecía una persona más joven y con cierto atractivo. Amanda lo saludó con un apretón de manos que él correspondió informalmente apretando la de ella con ambas manos. Era un cambio de registro más afable y menos empresarial que Amanda recibió con interés para la búsqueda de la información sobre Marcela que deseaba conseguir.

Tras una breve y correcta conversación sobre la estancia en la ciudad, José Mauricio subió a la mesa un maletín que había puesto junto a él en el suelo y del que sacó diversos documentos. Amanda los recibió con un suspiro. Poco le apetecía ponerse con el papeleo. Él, poco acostumbrado a reparar en las reacciones de los demás, pasó por alto el suspiro que pedía una tregua y, sin perder un segundo, entró en materia de cifras y datos.

Amanda insistió en parar la reunión.

—¿Conoce usted la vivienda de Mirtha Val en la ciudad? ¿El piso que he heredado?

El hombre la miró extrañado por la interrupción, se quedó un momento en silencio. A continuación habló dándose cuenta de la desgana de Amanda por el tema empresarial.

—Creo que en mi celo empresarial he descuidado con usted la parte humana. Discúlpeme. Entiendo que para usted todo debe de ser novedoso y sorprendente.

—No se imagina cuánto.

—Me hago cargo, no crea. Tal vez tanto a usted como a su invitado periodista no les resultaron del todo agradables mis averiguaciones sobre su persona. Quisiera explicarle hoy lo que debía haberle explicado el primer día. Tiene que comprender la sorpresa que también fue

para nosotros que la heredera de una parte importante de la empresa fuese una desconocida. Desconocida no solo para nosotros, sino también para la propia Mirta. Solo podemos comprenderlo desde las excentricidades propias de las artistas. Durante muchos años Marcela encarriló y guio toda la vida financiera de la señora Gondar. Y sin duda hizo un buen trabajo. La razón de una, frente a la vida bohemia de la otra. Lo hizo con gran acierto y maestría, sí. Y le aseguro que aprendí de ella más que en ninguna universidad. Aprendí no solo asuntos empresariales, sino algo muy importante que no viene en los libros, la fidelidad. En un grupo empresarial como el nuestro, la fidelidad entre los socios es vital e imprescindible. De ahí también mi inquietud al saber que una desconocida, sin experiencia empresarial, iba a entrar en nuestro círculo. Tengo también que decirle que, a día de hoy, creo que no me equivoco si afirmo que usted es una persona seria y leal. No le voy a ocultar que no pienso lo mismo de su acompañante periodista.

—Creo que esa desconfianza es mutua. Usted tampoco le gusta.

—Lo entiendo, pero sé que usted comprende la confidencialidad que le pedí desde el primer día.

Claro que Amanda lo comprendía, lo que él no sabía era hasta qué punto le preocupaba que Enric contase todo aquello, como tampoco estaba al tanto de la magnitud de lo que ya habían descubierto sobre ellas.

—Usted debía de conocerlas muy bien.

—Cierto, aunque seguramente menos de lo que usted piensa. Marcela separaba por completo la esfera personal de la laboral.

—En el piso... hay cosas. Recuerdos, fotos... Muchos recuerdos, muchas fotos. Mucho pasado. Está la vida de Mirta casi al completo y creo que en parte también la de Marcela, su amiga y socia.

—Marcela buscó y compró ese piso para la señora Gondar tras el fallecimiento de su esposo; desconozco cuándo se mudó ahí exactamente, pero entiendo que sus efectos personales tienen que estar en ese inmueble, porque pienso que es lo único que conserva en la ciudad tras su partida definitiva a España. Como le dije, tuve siempre muy escaso trato con ella. De esos temas se ocupaba Marcela.

—Ya.

—Mire, Amanda, no sé qué hay en ese departamento que le preocupa, pero sea usted discreta. Le debe una fortuna a esa mujer que decidió abandonar los medios de comunicación voluntariamente cuando aún estaba en la cumbre. Hay que respetar las decisiones de los difuntos, ¿no cree?

—Hay algo extraño en la relación de las dos. Marcela parecía gobernar la vida de Mirta en muchos más aspectos que en el puramente económico.

El hombre la miró fijamente.

—Es posible. Vinieron juntas de muchachas desde España y no le niego cierta obsesión de Marcela por los asuntos de su amiga. Era un comportamiento... —buscó con cuidado la palabra adecuada— casi maternal. La cuidaba en todos los sentidos. Y también a su familia, a su hijo, mientras lo tuvo.

—¿Cree que al final la relación entre ellas se deterioró?

—¿Qué importa eso hoy? Supongo que pertenece al ámbito de lo privado del que antes

hablamos.

—Ya. ¿Usted mantiene contacto con Marcela?

—No, ninguno. Otra decisión suya. Está completamente fuera de la empresa, como sabe.

—Digo, a nivel personal.

—Tampoco. Fue su deseo y lo cumplo, con tristeza, pero lo cumplo. Tristeza sobre todo por su edad. Es mayor, me gustaría poder visitarla y acompañarla, pero así debe ser, como ella eligió.

—¿Y puede ponerme en contacto con ella?

—No. Lo siento.

Amanda no le creyó, pero para ser la primera conversación semiinformal con él le pareció suficiente.

—Bien, es hora de que nos pongamos con esos papeles que ha traído.

José Mauricio volvió a subir el maletín a la mesa, de donde había retirado los papeles durante la conversación. Los sacó de nuevo y los colocó ceremoniosamente.

—No le robaré mucho tiempo, pero aprovechando su estancia debemos abordar estas firmas.

—Estoy lista. Vamos allá, dígame. —Amanda sonó suelta y resolutiva.

El administrador la volvió a mirar, y pronunció una última frase fuera de la conversación financiera que retomaban.

—Señora, créame que ellas merecen silencio. Lo sabrá pronto. Y estoy seguro de que lo respetará.

El indulto de Mirta

Leer el final del diario fue una losa demoledora. No encajaba. No había sido así. Amanda sabía que Mirta había sobrevivido; por tanto, faltaba por contar algo decisivo que le diese la vuelta a la historia. En la nueva y última sesión de lectura transitaron, incrédulos y extrañados, por la angustia de los últimos días del diario de Mirta.

Aquella situación desesperada los situaba ante un fin trágico. Mirta estaba a un suspiro de morir. La superioridad de Marcela y la extrema debilidad física de Mirta no dejaba sitio a lo que vino después, a la parte que Amanda había palpado de verdad y de la que podía dar fe con sus propios ojos. Mirta había sobrevivido para transformarse en aquella mujer hedionda a la que ella conoció en Santiago.

—La única explicación —dijo Enric colocando la última hoja del diario incompleto que los perturbó— es que Marcela la hubiese indultado en el último momento. Nos falta la voz de ella.

—No entiendo nada. Estaban enloquecidas, fuera de sí. Marcela la tenía a su merced, atrapada, enferma...

—Enferma, no. Estaba envenenándola, Amanda, está bien claro. Marcela se marchó para no verlo, seguramente por si no soportaba estar presente cuando llegasen los efectos del veneno. Además, tendría que negarle el auxilio. Era más fácil así, probar el veneno y marcharse. Lo que hizo fue una prueba de los efectos y de la dosis, y cuando regresase ya podía rematarla de un plumazo. He aquí el plan —sentenció convencido Enric.

—Pues está claro que no fue capaz de matarla, era también parte de ella. Es todo tan brutal. Todo ese tiempo las dos aquí solas, una a merced de la otra, como si no hubiese vecinos, personas que podían ayudar a solo unos metros...

—Mirta no tenía voluntad y Marcela preparaba su ejecución, pero no la realizó y se separaron para siempre. Vendieron las empresas, se alejaron, todo lo que ya sabemos que pasó después. Esa tiene que ser la lógica.

—Supongo que sí. En el fondo eran realmente como siamesas, no creo que a Marcela le fuese fácil deshacerse de ella, tenía que dolerle mucho.

—Marcela era una psicópata, Amanda. Estaba trastornada.

—Pues ya ves que no lo hizo y la tenía en sus manos por completo. ¿Crees que habrá más respuestas en la casa?

—No, no lo creo. Si no hay más diario, el resto es lo que nosotros sabemos. Esos son los hilos. Esa la historia. No pudo matarla. No fue capaz de hacerlo y se separaron de por vida.

Amanda tenía el cuerpo revuelto y una sensación de angustia inabarcable. Lo que fuese que sucedió después entre esas dos mujeres tuvo que haber pasado por el arrepentimiento de Marcela y alguna suerte de perdón entre ambas. Una catarsis a la que también le hubiese gustado asistir. Volvió a coger en la mano la última página, la giró, como si se fuesen a caer letras nuevas de alguno de los escuetos párrafos escritos, pero por más que revisara, desde aquella página final del diario esa posibilidad parecía lejana, sino imposible.

Enric se puso de pie. Se había sentado a leer en la alfombra como otras veces y sentía un incómodo hormigueo en las piernas. Las sacudió y se movió por la habitación mientras escuchaba a Amanda pensar en alto, acurrucada en la butaca. En su deambular por aquellos pocos metros el joven iba sintiendo la recuperación de las extremidades. Ayudaba a la circulación moviendo los dedos de los pies dentro de los zapatos. Entonces desde la puerta miró hacia el pasillo.

—Tenemos que abrir la puerta de la llave —comentó en alto.

Amanda pareció despertar a una nueva posibilidad de resolver aquel rompecabezas.

—¿Crees que ahí puede haber más información? —La ilusión de saber el final se percibía en su voz.

—Está cerrada. Tiene que haber cosas de valor para quien decidió dejarlas ahí. Y, teniendo en cuenta que el diario estaba fuera, no creo, la verdad, que haya información. Pienso que hay cosas de valor. Puede que joyas, o a lo mejor más recuerdos y ampliamos el mausoleo. —Enric le sonrió al tiempo que le tendía la mano para sacarla de aquel aturdimiento.

—¿Llamamos al cerrajero hoy?

—Déjame intentarlo a mí. Total, es una puerta interior, qué más da si la rompemos un poco.

Amanda asintió.

La profanación

Ninguno de los dos estaba preparado para lo que vieron. Tal vez lo hubiesen llevado mejor si no hubiesen leído el diario antes, pero ya estaban muy metidos en la vida de aquellas mujeres, demasiado.

La puerta de aquel cuarto misteriosamente cerrado cedió sin mucho destrozo. Desde luego, mucho menos de lo que esperaban. Unos golpes bastaron para desarmar la cerradura y que la puerta diese de sí.

Al abrirla, la empujaron lentamente. La luz del pasillo iluminó tenue las tinieblas interiores y permitió vislumbrar algo grande en el centro de la habitación. Enric tanteó la pared en busca de un interruptor, que encontró, encendiéndose una única lámpara, sobria y de poca luz, situada en un lateral. Con la claridad afloró ante sus ojos curiosos una cama con dosel y una mosquitera transparente, y detrás un cuadro de gran tamaño. No había más mobiliario. El cadáver descansaba sobre la cama. Seguramente por su posición, Enric lo vio un instante antes. Un tiempo infinitesimal en el que su cerebro no había interpretado todavía bien las imágenes que recibía, cuando Amanda emitió un agudo sonido que parecía de un pájaro.

La casa era un mausoleo, sí, y aquella, la cámara mortuoria donde descansaba el cadáver.

—Ay... —sonó la voz de Amanda sin ser capaz dar un paso—. Por favor, por favor, dime que no es cierto lo que veo. ¡Hay una muerta!

La sangre le golpeaba tan fuerte en el pecho que respiraba ruidosamente y con dificultad. En la garganta sentía la presión de un puño apretando sus tendones. Y ensordeció para oír solo el silbido de su respiración. No fue capaz de percibir la respuesta de Enric. Solo notaba aquella respiración lastimosa, entrecortada y escasa que no le llenaba los pulmones. Creyó desfallecer.

Enric la sujetó por un brazo.

—Quédate aquí. Voy a mirar. —La echó hacia atrás temeroso de que entrase en pánico, pero ella se agarró al brazo que le ofrecía y avanzó.

Avanzó y tomó la iniciativa ansiosa de respuestas, aunque temía ver por primera vez en su vida un cadáver en descomposición.

Fue Amanda quien se plantó delante de la cama y quien separó la mosquitera, dejando expuesto el cuerpo seco, ennegrecido, las ropas, el pelo, la delgadez extrema, pero las facciones intactas. No había descomposición como tal, el cuerpo estaba incorrupto. Momificado, sin duda. Pese a todo, era muy difícil identificar a alguien en aquellos restos oscurecidos convertidos en una suerte de mujer de cuero.

—¿Es Marcela? —susurró Amanda como si alguien los fuese a oír.

Enric no articulaba palabra y también respiraba con dificultad.

—Tenían que estar los huesos, ya que los cadáveres comienzan a descomponerse en pocas horas. Este es un cadáver de alguien anciano, sin duda, pero se mantiene conservado —pensaba Enric en alto.

—Momificado. —Amanda puso la palabra exacta de lo que estaban viendo con sus propios

ojos.

—¡Momificado! —corroboró él.

—No puede ser Mirta, necesariamente es de Marcela. En el último momento debieron de cambiar las cosas y la mató —intentaba razonar Amanda.

La grasa había desaparecido en buena medida, o eso parecía. Era una momificación en toda regla. La piel del cuerpo, hecha cuero, reposaba casi sobre los huesos. Estaba dispuesta con los brazos a lo largo del tronco, perfectamente estirada, vestida y descalza. Había sido colocada con todo detalle, ella y sus ropas, que también permanecían incorruptas.

Amanda se dio la vuelta mirando a su alrededor buscando más datos en aquella cámara mortuoria. Las ventanas estaban cerradas, pero disponían de aparatos de aireación. Había varios de esos trastos eléctricos en funcionamiento distribuidos por el cuarto, con tubos de extracción conectados al exterior. Observó también algo más extraño: la cama no tenía colchón, era metálica. El cuerpo estaba depositado sobre una plancha de frío metal perforada por pequeños orificios de ventilación.

Después posó la vista sobre aquel gran cuadro. Una obra de dimensiones semejantes a las que se ven en las paredes de los museos o en los pasillos de las fundaciones, no en una casa. Un cuadro hecho a trazos gruesos negros en el que una mujer devolvía una enigmática mirada, llena de fuerza y puede que de rabia, a quien osaba mirarla. Un cuadro inmenso y ante él una muerta. Todo parecía destinado a una función, incluso aquella pintura. Se acercó más y con la linterna del móvil lo estudió. En una esquina, junto al brazo de la mujer pintada, encontró la firma del artista: «Amar». Así debía de firmar Amaro.

Tras ver todo aquello, Amanda se dirigió rápidamente hacia los pies de la cama y de la momia. Tiró fuerte de la mosquitera desprendiendo un lateral. Tenía una sospecha terrorífica. Se acercó al cadáver y comprobó la deformidad en el pie. Recordaba perfectamente haber leído en el diario la referencia a aquella transmisión genética de un dedo diferente a los demás. Un dedo exageradamente retorcido y encorvado que se metía debajo del resto y del que Marcela y Mirta se reían de niñas cuando se bañaban en el río. Amanda pudo distinguirla claramente en aquel cadáver de piel seca.

—Ahí tienes la prueba. El dedo torcido que arrastraba toda su familia. ¡Es Mirta! —exclamó con toda seguridad.

Identidades

—Tenemos una momia —resumió Enric tan pronto como la camarera se retiró tras dejarles sobre la mesa dos cafés con leche.

Se podían haber quedado en el piso o haber ido al hotel, pero necesitaban un espacio neutral en donde pensar y hablar. Una cafetería en la misma calle fue la elección adecuada.

—No tienes buena cara. Estás tan desencajada que, si fuese un policía, te detendría para que confesases cualquier delito.

—No estoy para bromas ahora, Enric.

—Nosotros no cometimos ningún delito. De qué te van a acusar, mujer, ¿de haber heredado una momia? De eso como mucho se compadecerán.

—¿Cómo es posible?

—La momificación también es un proceso natural y muchas veces espontáneo. Si lo piensas, salen casos en los periódicos todos los años. Personas solas que aparecen muertas de hace tiempo y momificadas. Incluso en Galicia, con lo húmedo que es el clima —Enric hablaba y revolvía el café como todos los días.

—Todos aquellos aparatos de aire, la temperatura controlada, esa habitación estaba preparada para hacerlo.

—¿Recuerdas el diario, Amanda? La propia Mirta sabía de las obras que se habían hecho en la habitación. La estaba acondicionando.

—Fue cuando la durmió la primera vez —resolvió ella.

—Exactamente, y ya una vez que tenía todo dispuesto, Marcela actuó con el veneno.

Amanda pensaba rápido, recordaba datos, enlazaba cosas y aquello encajaba.

—Tuvo que morir poco después de acabar el diario. En cuestión de horas o días. Tiene todo el sentido. Vomitaba, dolores abdominales, diarrea, es un envenenamiento de libro. La envenenó de un modo que redujo el agua del cuerpo. Mirta, sin saberlo, se deshidrató para ser una momia. —Amanda volvía a sentir una ansiedad incontrolable casi como cuando había entrado en la habitación—. Un cuerpo deshidratado y un cuarto seco y aireado. ¡Qué locura!

—Marcela fabricó una momia con Mirta, así de fuerte.

—Y le salió bien. —Amanda sentía una extraña lucidez al encajar las piezas que faltaban—. Fue con arsénico. Seguro.

—El rey de los venenos.

—El más usado, lo leí en alguna ocasión. —Amanda cogió el móvil y buscó datos en la Red. Enric hizo lo mismo—. He leído artículos sobre esto, estoy segura, en Francia, en la época de Napoleón, ya se usaba mucho.

—Sí, produce deshidratación —Enric confirmaba rápidamente la hipótesis de Amanda en las páginas web que leía—. Los síntomas encajan todos. Se puede usar para matar rápida o lentamente. En una muerte rápida, dice aquí, puede producir momificación.

—Probó a dejarle las fiambreras con comida envenenada y ella se marchó unos días. Al

volver comprobó que había funcionado, que había deshidratación con vómitos y diarrea, y ya tuvo las puertas abiertas para proporcionarle la última dosis letal y rápida. Seguramente el mismo día.

—Y mientras, ya tenía la habitación acondicionada para finalizar el proceso. —Enric coincidía con la argumentación de Amanda—. Era un plan arriesgado, pero se ve que funcionó a la perfección. Y después, querida Amanda, ordenó todo el tema empresarial, se aseguró de que no quedasen flecos y se marchó a España haciéndose pasar por ella.

—Le quitó la vida y conservó su piel para dejarla en el piso con el cuadro de su hijo que le había pedido, ¿lo recuerdas? Casi como acompañándola. El cuadro del hijo cuidando de la momia de la madre. Es aterrador.

—¡Es patológico! Marcela era una psicópata de libro, siempre te lo dije —sentenció Enric absolutamente convencido de lo que decía y acabándose el café de golpe.

Amanda asentía con la cabeza mientras daba un nuevo sorbo lento y pensaba que bien podía pedir una tila. Entonces, se dio cuenta de algo alterada:

—¡Las bolsas! ¡Tenemos que ir al hotel! ¡Tenemos la voz de Marcela también!

La voz de Marcela

Los muertos también hablan y no solo los forenses pueden escucharlos.

Mirta tenía cosas que contar y cuentas que aclarar, y por eso hizo el diario, aquellas páginas que anunciaban un asesinato que, por más que en ocasiones tenía apariencia de muerte asistida, no lo era. Era un asesinato. Marcela acabó premeditadamente con la vida de Mirta.

Amanda lo veía claro. Pensó en las víctimas de violaciones que no habían gritado lo suficiente, o que habían provocado con su minifalda, aquellas absurdas culpabilizaciones de la víctima que tantas veces sucedían. Y sintió que algunas palabras de Mirta podían llevar a pensar que Marcela ponía remedio a sus pocas ganas de vivir, pero no era así. Marcela era una asesina desde niña, una enferma posesiva que precisaba controlar la vida de Mirta y que le exigía un pago eterno e insalvable por sus favores.

Pero los asesinos también precisan ser escuchados. Explicar su rabia y su derecho a matar. Como las pistas que va sembrando un asesino en serie para que las encuentre la policía, Marcela también había hablado en su delirio. Las respuestas estaban en la casa de Santiago que Amanda revisó milimétricamente sin encontrar nada. Era una poza intermareal, como muy bien le había explicado Enric en su día, donde no ves si no sabes ver o no sabes qué buscar. Amanda había detectado símbolos que no sabía leer, pero sospechaba que expresaban algo. Y por eso había cargado en el equipaje hasta la Argentina con tres bolsas con ropa de las docenas que atestaban la casa de la señora Gondar.

Ya se había sorprendido la primera vez cuando había comprobado que todas aquellas bolsas no eran de basura. Eran trajes, vestidos, pañuelos del cuello, prendas de ropa, muchas de ellas de lujo y todas de vestir. La talla, pequeña, no encajaba con aquel cuerpo abandonado que ella había conocido. En cada una había un trozo de papel con unas pocas líneas escritas. Frases aparentemente sin mucho sentido que podían haber sido sacadas de un libro, de una película, de una obra de teatro o inventadas, pero que ahora Amanda sospechaba que eran la voz de la asesina, su explicación vital. Y por eso corrió a buscarlas al hotel.

Estaban en una de las maletas facturadas, guardada en el armario de su habitación sin abrir. Allí había metido un montón de zapatos y bolsos, para después andar casi todos los días con los mismos, como siempre le pasaba en los viajes, y había guardado también aquellas tres bolsas. Cogió una al tuntún. En su interior había un fular hermosísimo de seda, y un papel. En la segunda, un vestido verde bordado con apliques de encajes en el cuello y en las mangas, y otro papel. En la tercera bolsa había una torera con piedras brillantes bordadas en los puños, y su papel. Amanda podía contemplarlas y soñar, en qué situación habría vestido la gran Mirtha Val cada prenda. Imaginarle una vida a cuenta de los trajes que llevaba en cada ocasión.

Extendió todo sobre la cama del hotel, las prendas y sus tres papeles. Los leyó varias veces y después los cambió de orden hasta dar con la secuencia lógica con la que sospechaba que habían sido escritos para, finalmente, leérselos en alto a Enric, que había seguido todo el proceso en silencio y un tanto sorprendido.

—Escucha, Enric, ¿recuerdas el piso de Santiago repleto de bolsas? Bolsas que no eran de basura. Ya sabemos qué son. Es ropa de Mirtha Val. Ropa elegante, de vestir, no de espectáculo. —Enric la seguía con atención—. Mira. —le mostró—. Cada bolsa tiene un vestido y una nota de Marcela. Las traje porque cuando las encontré me extrañaron, pero ahora tienen una explicación.

Amanda tomó emocionada el papel que había colocado en la parte superior de la cama y leyó:

—«Me debías mucho. O debiera decir: me lo debías todo. Pero nunca me devolviste nada, solo la caridad, como a quien mendiga.»

Enric entendió la frase llena de rabia, de odio y de hambre de venganza y supo que estaba dedicada a Mirta. Amanda tomó el papel que había situado en el medio de la cama junto con su prenda de ropa, el vestido verde. Y leyó de nuevo.

—«Sabía que la culpa te haría débil. La esperé años. Convencida de que llegaría y de que yo tendría que arrancártela.» —Sin demora dejó el papel donde estaba y cogió el tercero—: «La piel, siempre la piel. Quise que conservases la tuya para siempre. Y lo conseguí».

Aquella catarsis de Amanda hilando las últimas piezas cerraba la historia y la locura de Marcela, que había convertido a Mirta en su obsesión tanto como en una pertenencia. Ahora era Enric quien lo digería todo:

—Se transformó en ella, fue una manera de no matarla. Conservó su piel momificada y le dio su propia vida. Marcela se convirtió en Mirta. —Enric se agarró la cabeza con las manos y profirió un soplido a medio camino entre bufido y suspiro.

—Se transformó en ella y no consiguió ser ella. En Santiago no encontró paz ni sosiego. En su cabeza se trajo de un lado al otro del océano todos sus fantasmas y obsesiones. La obsesión.

Amanda miró a Enric serena y segura de haber encontrado por fin el argumento que explicaba todo. ¡Y cuánto había necesitado ella comprenderlas! Aunque lo que había encontrado no fuese de su agrado. Aunque fuese absolutamente terrible. Acabó con una última frase que le pareció la última pieza que encajar en el lugar perfecto para así completar con ella el puzle imposible de cinco mil piecitas diminutas y casi iguales.

—Por eso se abandonó, abandonó su cuerpo y su piel porque, pese a la transformación, no había conseguido ser ella. —Amanda calló y se hizo un breve silencio que Enric rompió.

—Lo que tenemos aquí, Amanda, lo que tenemos aquí. ¡Esto es una locura! Ninguna ficción puede superar esto. El mundo entero va a hablar de ellas. —Le cogió las manos entusiasmado.

Amanda reaccionó, pero no como él esperaba.

—¡No lo podemos contar, Enric! —exclamó visiblemente enojada y con toda firmeza y claridad.

—¿Cómo que no? ¿Qué dices? ¿Estás loca? La gran Mirtha Val fue asesinada por su mejor amiga. ¡Ella misma era una asesina, aunque no hubiese matado! Y después fue traicionada, momificada y suplantada. ¿Cómo no vamos a contar todo esto? —Enric pasó de la exaltación a intentar serenarse y dirigirse con delicadeza a Amanda para convencerla y que abandonase aquella postura contraria a su acuerdo anterior—. Pero su honor, si es eso lo que te preocupa, no se va a ver manchado. En el fondo fue una víctima absoluta, aunque participando en los asesinatos. Marcela es el monstruo, Amanda, no Mirta.

—Enric, ¿no lo ves?

—Lo veo perfectamente, tú eres la que estás viviendo su vida como si tuvieses

responsabilidad sobre ella. Solo tienes su herencia, Amanda, todo esto no te alcanza. Ni a Mirta, que ya está muerta. Ni a Marcela, que se murió también. Para bien o para mal, ya no puede haber justicia. —Enric alzaba demasiado la voz, estaba claramente alterado ante la posibilidad de tener que callarse toda aquella historia que nunca había podido imaginar cuando salió de España. Se movía compulsivamente frente a ella perdiendo las maneras en un braceo excesivo y casi violento.

Amanda lo frenó en seco y lo desmontó con una sola frase.

—¿Qué herencia tengo, Enric? ¿La de una suplantadora? ¿No lo ves? Si hablamos, no hay herencia.

Amanda

El agua porteña le sentaba bien en la piel. Ella, que casi siempre se olvidaba de echarse las cremas hidratantes corporales que cargaba en todos los viajes para traerlas de vuelta intactas, notaba especialmente la calidad de las aguas de las ciudades. Y aquella sería buena o mala, pero a su piel le sentaba bien. Había venido caminando una distancia considerable de varias cuadras, con la piel tersa y el pelo limpio y alisado de peluquería. Caminar era un modo maravilloso de despedirse de la ciudad que había sentido como su casa, estando tan lejos de ella. En otras circunstancias padecería de todo tipo de miedos y angustias, estaría tensa y aterrorizada ante la proximidad del vuelo intercontinental y de la temida embolia. Sonrió al pensarlo pero, a estas alturas, Amanda ya había cambiado hasta en los miedos irracionales que sentía.

Llegó al pie de la torre y tomó el ascensor al último piso en donde estaba aquella cafetería con un gran mirador de Buenos Aires a sus pies. Nada más entrar sintió un agradable olor a café. Su cita estaba sentada de cara a la puerta con el paisaje a sus espaldas. Un lugar tranquilo, sin duda. Amanda pidió un café americano al camarero mientras pasaba por delante de la barra y llegó a la mesa tendiéndole la mano, a lo que él respondió como ya había hecho la última vez, apretándosela con ambas manos.

—Me encanta este lugar —saludó Amanda.

—Muy hermoso. Es una buena elección. Fíjese que nunca había estado acá. ¿Lo puede creer? Amanda se rio.

—Perfectamente. Los nativos no siempre son los que más disfrutan de su ciudad.

—La encuentro a usted muy bien. Está a horas de irse, ¿no es cierto?

—Así es.

—Siento robarle los últimos momentos en nuestra querida Buenos Aires. Sabe que me tiene usted a su disposición a cualquier hora del día, esté acá o allá.

—Lo sé, José Mauricio, y por eso lo he citado. Sé de su fidelidad, lealtad y diligencia en la empresa que ayudó a crecer y de la que hoy, gracias a la generosidad de Marcela, es usted propietario en una parte importante.

—Gracias.

El hombre esbozó una forzada sonrisa delante de aquel cumplido inesperado, que sin duda lo era, pero inseguro de la intención de Amanda, a quien veía especialmente firme y segura. Nada que ver con la joven llena de dudas que había recibido hacía algo más de un mes en su despacho, recién llegada de España.

El camarero colocó el café solicitado delante de ella y forzó un breve silencio entre ambos que Amanda rompió detonando una bomba.

—Sabe usted, o sospecha, que no hay herencia, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Lo he citado aquí no solo para despedirme. En ningún momento, señor Roma, me lo ha contado todo. Es evidente que usted vale más por lo que calla que por lo que cuenta,

seguramente por eso Marcela puso todo en sus manos. Se fiaba de usted pero, por si su lealtad flaqueaba en algún momento, también le dio parte de su riqueza, y esa es una causa de fuerza mayor para guardar secretos comprometedores, ¿verdad?

—¿Pero qué está diciendo...?

—Creo que estamos en el mismo barco y nuestra querida loca ha jugado con los dos para conseguir sus fines. Eso sí, nos ha pagado muy bien.

—De verdad, ¿no sé de qué me habla! —Se hizo el ofendido.

—No valore, querido, ni por un momento seguir callando. No tengo tiempo. Sabe usted o sospechaba que Mirta Gondar, mi Mirta, la que me hizo heredera universal de sus bienes, no era ella. ¿Verdad? ¿Cuánto sabe, señor Roma? —José Mauricio se tocó repetidamente la cara durante aquel breve monólogo delator de Amanda. Un experto en lenguaje gestual le habría dado un significado inculpatorio, la propia Amanda así lo había entendido—. He comprobado las fechas en las que las dos hicieron sus ventas y cambios empresariales. Y sé que una al menos no pudo haber participado. No pudo haber firmado ningún documento porque estaba muerta. No pudo haber acudido a un notario, escribano le llaman ustedes, ¿no?

—Marcela se dirigió a mí para efectuar esos cambios en el patrimonio de Mirta, pero no sé qué está usted dando a entender. Marcela tenía plenos poderes para gestionar los bienes de Mirta.

—No me engañe, señor Roma, le he dicho que tengo poco tiempo. Marcela no podía firmar cualquier cosa. Usted sabía que Mirta había muerto. Y no sé si sabe o sospecha que Marcela la asesinó.

—¿Cómo puede decir algo así! ¡Esa es una acusación gravísima! —El hombre hizo ademán de levantarse de la silla.

—¿Quiere ver usted el cadáver que tengo en casa, señor Roma? Ha quedado muy mona, está momificada.

José Mauricio se sintió atrapado y sin escapatoria. La miró con los ojos desorbitados y volvió a sentarse, dejándose caer, abatido físicamente sobre el asiento. Era como el contable de Capone, no había cometido delitos de sangre, pero por fuerza tenía que sospechar de algo muy grave y, sin duda, todo lo que Amanda le confesaba no le era ajeno.

Amanda insistió:

—Su amiga y benefactora, Marcela, no solo la mató, también la momificó con un esmerado plan.

—Yo no sé nada de eso —se defendió de nuevo.

—Supongo que no. Usted no tenía ni quería esa información, pero sabía que Mirta había muerto. Sabía que Marcela estaba involucrada de alguna manera. Y, cuando apareció Mirta muerta en España por segunda vez, usted tuvo que ser consciente, si no lo era antes, de que Marcela había suplantado su identidad.

El hombre de negocios brillante se calló desarmado.

—¿Se acuerda de la lealtad? —Amanda prosiguió—. Usted y yo tenemos los mismos intereses, llámelo lealtad, si así lo desea. La realidad es que los dos saldremos beneficiados de que todo siga el devenir que Marcela diseñó y de que nadie más sepa todo esto.

—¿Y su amigo, el periodista?

—Mi amigo el periodista ya no puede hablar. También ha seguido el plan trazado por Marcela y, si todo va bien, funcionará por segunda vez. Es lo único que usted tiene que vigilar

cuando yo me vaya. Yo he resuelto una parte, ahora le queda a usted la otra. Sabrá qué hacer. Estas son las llaves del piso, allí lo entenderá todo.

El hombre miró un instante la mano de Amanda tendida sobre la mesa con las llaves en ella. Finalmente las cogió, aceptando el trato.

—El periodista... —El hombre evitó terminar la frase.

—Él ansiaba algo que está reñido con los secretos, y es la fama. Marcela y Mirta no estaban a salvo con él. Usted y yo tampoco. Con ese tipo de personas el dinero no resolvería las cosas. Sabrá qué hacer, estoy segura.

De todas las posibles uniones, las basadas en intereses económicos son seguramente las más férreas. Están por encima de la amistad y, por supuesto, del amor y de las relaciones entre las personas. Se sitúan a la altura de los lazos de sangre que se establecen entre padres e hijos, lazos inquebrantables por encima del bien y del mal. Amanda y José Mauricio se necesitaban para mantenerse en donde estaban y, con que solo uno de ellos fallase, los dos caerían estrepitosamente. En eso había confiado Marcela. En eso confiaba ahora Amanda. Tanto era así que podía marcharse del país completamente tranquila. En manos del financiero quedaban los dos ocupantes de la habitación cerrada.

Amanda volvió a su piso de Santiago de Compostela. Tampoco esta vez hubo embolia en el avión y hasta juraría que el viaje de regreso se le hizo más corto. No le preocupó regresar al mismo edificio de Enric. Ni pasar por delante de su puerta en el tercer piso cuando subía y bajaba las escaleras, a pie como solía hacer. Entró de lleno en su nuevo estado de mujer con la vida resuelta. Vio a alguna amiga, no llamó a Manel y, aunque pensó en volver a decorar y mudarse al piso de Mirta heredado en la exclusiva calle General Pardiñas, enseguida lo descartó pensando que lo que realmente había deseado siempre era tener terraza. Eso abría dos posibilidades: o un ático en alguna zona exclusiva con una gran azotea, o una casita de piedra por la zona antigua de la ciudad de las que conservan huertas detrás, con inmensas posibilidades y sin problema de presupuesto.

Aún no habían pasado tres semanas de su regreso cuando tuvo noticia del grave accidente sufrido por Enric en la Argentina, donde se había quedado para acabar unos artículos periodísticos. Esa era la versión que había repetido varias veces desde su llegada. No parecía nada extraño que él se quedase allá un poco más. Tampoco se habían mostrado nunca como pareja formal. Aquel accidente resolvía lo pendiente. Una amiga común completó el relato a través de lo leído en algún medio argentino. Tras salirse de la carretera, el coche de Enric había sufrido un impacto tan brutal que estalló en llamas carbonizando su cuerpo por completo.

José Mauricio había cumplido su encomienda. La informó a través de una breve llamada transoceánica de que la limpieza del cuarto ya se había efectuado por completo y podía regresar a la casa cuando quisiese. Amanda respondió con un escueto «perfecto». Fue todo lo que hablaron aquel día y en el futuro del asunto, como si nunca hubiese sucedido. Tras el accidente, Enric había sido incinerado para entregarle las cenizas a la familia y poder ser llevado de vuelta a España sin el engorro que significaba el asunto del ataúd en el avión. La urna con cenizas era lo que se estilaba para los muertos en viajes transoceánicos, mucho más práctico y económico en esos casos.

Amanda ignoraba si en aquel mismo horno crematorio había entrado también Mirta pero, como ella, no necesitaba conocer los detalles.

El único mensaje que importaba era el que le había transmitido José Mauricio en su llamada: la casa estaba limpia.

*No me sirvió de nada tener una piel nueva.
Esta piel tuya no es la mía.
Nos evaporamos las dos.*

AGRADECIMIENTOS

Siempre se termina una novela un poco más sabia. Tras *La culpa* aprendí sobre venenos y momificaciones, se lo debo al gran forense Fernando Serrulla, a quien agradezco sus conocimientos, su tiempo y, sobre todo, su humor. Los temas legales fueron revisados por la abogada Ania González. Mi familia argentina (Magali, Fran, Marcelo y María Nieves) y el físico, poeta y divulgador José Edelstein se encargaron con entusiasmo de la revisión del español argentino.

Una tarde de escritura pedí por Twitter nombres y apellidos para personajes. Así tomé prestado el de varios seguidores que me lo ofrecieron amablemente. También, por mi cuenta, bauticé a otros robando apellidos como el de mi primo político argentino, Marcelo Sammartano, o el de mis viejos amigos Carlos Roma e Isabel Patiño. Ellos, como Leticia Costas y Susana García, fueron luz con su amistad. Gracias a mis hijos Aldara y Martín, por entender que mamá escribe durante horas y a veces se despista imaginando cosas. Os quiero.

A Silvia Bastos, por su llamada ilusionante tras leer *La culpa*. Igual sucedió con la llamada del jurado del Premio Xerais cuando me anunciaron que era ganadora. Después llegó el trabajo cuidadoso de los equipos editoriales de Xerais y Contraluz en sus traducciones al castellano y catalán desde el gallego original.

Esta novela se escribió antes y durante la pandemia, entre Santiago de Compostela y Madrid. También las ciudades merecen agradecimiento.

Edición en formato digital: 2023

Copyright © María Solar, 2023.

Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

© de la traducción: Susana G. Ducrós

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-18945-57-1

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Contenido

La herencia

La culpa

La piel

Agradecimientos

Créditos